El beso de la viuda
Jane Feather



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Derbyshire, Inglaterra. Septiembre de 1536.

La mujer estaba junto a la ventana abierta y la suave brisa agitaba delicadamente en su espalda los pliegues de la capa de seda azul. Permanecía inmóvil y erguida, con el vestido oscuro confundiéndose con el terciopelo tupido de las cortinas descorridas.

Le oyó en el pasillo, con su andar torpe y pesado, y se imaginó aquel cuerpo grandote tambaleándose de una pared a la otra según se aproximaba. Se encontraba ya al otro lado de la enorme puerta de roble. La mujer le oía respirando con fuerza y lo supuso con los ojos inyectados en sangre, el rostro enrojecido y los labios flácidos por el esfuerzo.

Se abrió la puerta de golpe y su esposo apareció bajo el dintel, con la túnica bordada de piedras preciosas arremolinándose a su alrededor.

-¡Por Dios! ¡Cómo te atreves a hablarme de este modo en mi propia mesa! ¡Delante de nuestros invitados y de los miembros del servicio!

Entró en la habitación farfullando aquellas palabras, acompañadas de múltiples escupitajos, y cerró la puerta de una patada que hizo estremecerse hasta las bisagras.

La mujer se mantuvo impertérrita junto a la ventana y entrecruzó las manos por delante de la falda.

-Y yo te digo, esposo, que si vuelves a amenazar a alguna de mis hijas te arrepentirás. -Habló en un tono bajo, pero a él le sonó con la fuerza de un trueno.

El hombre pareció dudar por un segundo y luego se acercó a ella con los puños en alto. La mujer siguió inmóvil, con una leve sonrisa burlona en los labios y mirándole fijamente con sus ojos de color violeta, con tanto desprecio que él rugió con rabia de borracho.

Cuando el hombre se acercó con un puño alzado en dirección al rostro de su esposa, pálido bajo el tocado lleno de joyas, y con la única intención de arrebatarle aquella sonrisa de los labios, de eliminar ese odioso desdén de su mirada, ella se hizo a un lado. Él tropezó con el tobillo de la mujer y la velocidad y el peso hicieron que se impulsara hacia delante.

Por un momento, pareció quedar suspendido sobre el borde del espacio oscuro más allá del bajo alféizar de la ventana. Luego, se contorsionó y cayó. Un grito aterrorizado acompañó a su caída sobre las losas del patio.

La mujer dio un tirón a la cortina para poder ver sin que la vieran. Al principio, con la oscuridad absoluta debajo de la ventana, no se veía nada. En seguida se oyeron unas voces y muchos pasos y, finalmente, aparecieron unos hombres con antorchas corriendo desde las cuatro esquinas del patio. A la luz vacilante de las llamas la mujer vio el maltrecho cuerpo de su esposo.

Qué pequeño parecía, pensó, abrazándose los codos por encima del pecho, algo temblorosa. Tanto rencor y tanta violencia reducidos, rebajados a ese bulto inerte.

Y entonces se sintió revivir. Con paso rápido fue al extremo opuesto de la habitación, donde había una puertecilla que daba al excusado. Entró en él y permaneció allí unos segundos, escuchando. Sonaron unos pasos precipitados en el pasillo, alguien llamó con fuerza a la puerta y se oyó que subía el pestillo. La mujer salió entonces del excusado alisándose apresuradamente la falda.

Una señora de edad avanzada estaba en la puerta, con el cabello recogido bajo una toca de lino blanco.

-¡Ay, ay, ay! -exclamó, retorciéndose las manos-. ¿Qué ha ocurrido, querida? ¿Qué ha pasado aquí?

Detrás de ella, varios rostros llenos de curiosidad se asomaban por encima del hombro. La mujer habló a aquellos rostros en un tono de voz comedido y tranquilo:

-No lo sé, Tilly. Lord Stephen entró mientras yo me encontraba en el excusado. Me llamó. Yo estaba ocupada... No pude acudir inmediatamente. Se impacientó..., pero... -Se encogió de hombros-. Con los nervios debió de perder el equilibrio... y se cayó por la ventana. No he visto lo que ha ocurrido.

-¡Ay, ay, ay! -repitió la señora mayor, casi para sí misma-. ¡Es el cuarto! Que Dios nos bendiga.- Se santiguó y sacudió la cabeza.

-Lord Stephen iba bebido -dijo la mujer joven sin alterarse-. Todos lo sabían... En la sala, en la mesa... Apenas podía fijar la vista. Debo bajar. -Pasó a toda prisa junto a la mujer y al grupo de sirvientes asombrados, remangándose la falda para facilitarse el camino.

Cuando llegó al final de la escalera, el mayordomo cruzó corriendo el gran vestíbulo.

-Señora, señora... Ha ocurrido algo horrible.

-¿Qué pasó, señor Crowder? ¿Alguien lo sabe?

El sirviente, vestido de negro, negó con la cabeza y las orejeras del gorro, como las llevaba sueltas, le golpearon las orejas como si fueran alas de cuervo.

-¿No lo ha visto, señora? Creímos que usted sabría lo que había ocurrido. Se cayó desde la ventana de su habitación.

-Me encontraba en el excusado. Lord Stephen estaba borracho, señor Crowder. Debió de perder el equilibrio.

-Supongo que sí, señora.

El sirviente la siguió hasta el patio, donde un montón de personas rodeaba el cuerpo caído.

Abrieron paso a la dueña de la casa, que se arrodilló en el suelo junto a su esposo. El hombre tenía el cuello torcido y había un charco de sangre bajo la cabeza. La mujer puso un dedo en el cuello para tomarle el pulso. Luego, tras un suspiro, se colocó en cuclillas y los oscuros pliegues de su vestido se desparramaron alrededor.

-¿Dónde está el señor Grice?

-Aquí, señora. -El capellán se aproximó corriendo desde su pequeño aposento en la parte posterior de la capilla. Según se acercaba se iba colocando bien el atuendo-. He oído el golpe, pero yo... -Al llegar ante el cadáver se detuvo. Pasó unas cuentas del rosario entre los dedos mirando al hombre y musitó-: Que Dios acoja su alma.

-Sí, por supuesto -dijo la esposa de lord Stephen y se levantó con un movimiento lleno de gracia-. Lleven el cuerpo de mi esposo a la capilla para que lo laven y lo preparen. Cuando amanezca diremos una misa. Estará de cuerpo presente para que el servicio doméstico y los arrendatarios se despidan de él antes de que le enterremos mañana a última hora de la tarde.

Se volvió y se abrió camino entre la multitud para regresar a la casa. Agachó la cabeza y pasó bajo la puertecilla que resguardaba el vestíbulo del frío y de las inundaciones.

Lady Guinevere volvía a ser viuda.

1

Londres, abril de 1537

-¿Cuántos esposos dices?

El rey volvió su pesada cabeza hacia Thomas Cromwell, su consejero. Posó su mirada con una indiferencia lánguida sobre el semblante serio de su consejero, pero nadie en la habitación de Hampton Court se creyó aquella indiferencia.

-Cuatro, alteza.

-¿Y cuántos años tiene la dama?

-Veintiocho, alteza.

-Parece que ha estado ocupada -musitó Enrique.

-Lo que parece es que los esposos no le duran mucho en la cama -dijo una voz procedente de un rincón oscuro de la habitación.

El rey dirigió su mirada hacia un hombre de complexión robusta que iba vestido de negro y oro, un hombre cuyo comportamiento militar no casaba bien con el elegante atuendo real, los tapices del salón, los susurros, los espías y los chismes de la corte del rey Enrique.

Parecía impaciente, como si se tratara de alguien que prefería actuar a hablar.

Pero en sus ojos había una chispa de humor y en la boca se esbozaba una sonrisa natural. La voz era seca como las hojas marchitas.

-Es como si sospecharas algo, Hugh -reaccionó el rey-. ¿Y cómo se explica que estos desafortunados esposos hayan muerto?

-Lord Hugh sabe más de esto que yo. -El consejero real le hizo un gesto con la mano al hombre del rincón.

-Tengo ciertos intereses, alteza. -Hugh de Beaucaire avanzó bajo la luz que entraba a raudales por las ventanas de cristales adiamantados detrás de la cabeza del rey-. Lady Mallory, que ahora es... la viuda lady Mallory..., se casó a los dieciséis años con un hombre cuya primera esposa era una prima lejana de mi padre. Roger Needham fue el primer esposo de lady Mallory. Hay unas tierras de por medio y yo las reclamo para mi hijo. Lady Mallory no hace caso de esta petición. Ella se ha quedado con el último penique y todas las hectáreas de tierra de cada uno de sus esposos.

-Sin duda es una proeza -comentó el consejero real-. Pero, por supuesto, tiene que haber un padre..., un hermano..., un tío que la aconseje y le lleve los asuntos.

-No, señor. La dama lleva sus propios asuntos.

-¿Cómo es posible? -Los ojos del rey brillaron en su rostro como si fueran dos pasas insertadas en un bollo.

-Tiene considerables conocimientos sobre la ley de propiedades, alteza -contestó lord Hugh-. Son conocimientos que la viuda afligida pone en práctica antes de embarcarse en otra relación.

-¿Ella redacta sus contratos de matrimonio? -El rey se mostraba incrédulo. Se acarició la barba y el enorme carbúnculo que lucía en el dedo índice brilló con fuerza.

-Exactamente, alteza.

-¡Dios mío!

-En cada uno de sus matrimonios, la mujer se ha asegurado de que, en caso de la muerte de su esposo, ella lo heredaría absolutamente todo.

-Y los esposos han muerto todos... -murmuró el rey.

-Todos y cada uno de ellos.

-¿Hay herederos?

-Dos hijas pequeñas, hijas de su segundo esposo, lord Hadlow.

El rey movió lentamente la cabeza en sentido negativo.

-Dios mío -repitió-. ¿No se pueden revisar esos contratos?

El consejero real, que tiempo atrás había sido abogado, alzó un montón de papeles del escritorio.

-He tenido abogados examinando cada documento con lupa, alteza. Están perfectamente redactados.

-¿Estamos con Hugh de Beaucaire en cuanto a su interés en estas tierras? -preguntó Enrique.

-Cuando una mujer posee gran parte de un condado tan extenso y rico en recursos como Derbyshire, el rey y su erario tienen cierto interés -respondió el consejero real-. En último caso, uno debe interesarse por el diezmo adecuado.

El rey permaneció un momento en silencio. Cuando habló volvió a hacerlo en un tono de voz muy bajo:

-Y, por supuesto, si se sospechara que hubo juego sucio en cualquiera de estas..., mmm..., muertes prematuras, entonces no se permitiría que la autora del crimen siguiera en posesión de sus ganancias mal adquiridas.

-O de su cabeza -murmuró el consejero real.

-Mmm...

-Por lo que tengo entendido, lord Mallory pertenecía a la Iglesia de Roma -prosiguió el consejero real, acariciándose el labio superior-. Tal vez pudiéramos relacionarlo con la rebelión de Yorkshire que tuvo lugar el año pasado. ¿Qué opina, lord Hugh?

-¿Pretende que Mallory haga causa común con Robert Aske y su Peregrinación de Gracia, lord Cromwell? -Lord Hugh lo miró con recelo.

-Hay muchas maneras de hacerlo -dijo el consejero real y se encogió de hombros-. Es una opción..., confiscarle sus posesiones a esa mujer por la sospecha de que su desaparecido esposo tuvo que ver con la rebelión de Aske en el norte. Es una traición cuestionar la decisión de su alteza de suprimir los monasterios. Más de un hombre ha sido colgado por mucho menos, y muchas propiedades han sido confiscadas por el erario real.

-Sí -convino el rey-. Y también veré cómo cuelgan a Aske por ello. -Volvió a mirar a lord Hugh-. Pero en cuanto a esta viuda... Me intriga. ¿Sospechas que ha jugado sucio, milord?

-Digamos que considero que las coincidencias son difíciles de creer. Un esposo muere al caer de su caballo durante una cacería de ciervos. Ahora bien, le concedo a su alteza que esto no es poco habitual. Pero el segundo fue alcanzado por la flecha de un cazador, una flecha que ningún cazador presente reconoció como propia. El tercero murió de una repentina y misteriosa enfermedad. Era un hombre muy enérgico y que jamás había estado enfermo. Y el cuarto se cae por una ventana, por la ventana de la habitación de su propia esposa, y se rompe el cuello.

Lord Hugh había ido contando las muertes con los dedos mientras las enumeraba en un tono de voz lleno de incredulidad.

-Sí, resulta extraño -coincidió el rey-. Lord Cromwell, considero que deberíamos investigar estas muertes.

El consejero real asintió con un movimiento de cabeza.

-Si a su alteza no le importa, Hugh de Beaucaire ha accedido a encargarse de la tarea.

-No tengo ninguna objeción. Después de todo él tiene un interés particular en el caso, pero... -El rey hizo una pausa y frunció el ceño-. Hay algo que me intriga. ¿Cómo es posible que esa mujer haya sido capaz de persuadir a cuatro caballeros de buena familia y con propiedades para que acepten sus condiciones de matrimonio?

-Con brujería, alteza. -El obispo de Winchester, con su atuendo púrpura, habló por primera vez-No puede haber otra explicación. Se sabe que sus víctimas estaban en plena posesión de sus facultades cuando conocieron a lady Guinevere. Únicamente un hombre

hechizado accedería a aceptar los términos que ella les ofrecía. Considero que, sea lo que sea lo que descubra lord Hugh, deberíamos traer aquí a esa mujer para interrogarla.

-¿Qué aspecto tiene la mujer? ¿Lo sabemos?

-Aquí tengo un retrato que le fue realizado unos dos años después de su matrimonio con Roger Needham. Por supuesto, es posible que haya cambiado. -Hugh entregó a su soberano una miniatura en un marco decorado con diamantes.

El rey examinó el retrato.

-Es muy guapa -murmuró-. Tendría que haber cambiado mucho para que ahora no resultara agradable. -Alzó la vista y cubrió el retrato con su enorme mano-. Tengo mucho interés en conocer a esta preciosa bruja que, además, parece ser una buena abogada. Sea o no una asesina, la veré.

-Será un viaje de un par de meses, alteza. Saldré en seguida.

Hugh de Beaucaire hizo una reverencia, esperó un momento para ver si la enorme mano del soberano soltaba el retrato y, cuando comprendió que lo había perdido para siempre, volvió a hacer una reverencia y abandonó la habitación.

En el bosque hacía calor y todo estaba muy tranquilo. Una profunda somnolencia se había apoderado de los caminos anchos y verdes bajo el dosel de enormes robles y hayas. Incluso los pájaros estaban inmóviles y sus cantos parecían silenciados por el calor. La partida de caza permanecía reunida en la arboleda, a la espera de oír el cuerno de un ojeador indicándoles que la presa estaba a la vista.

-¿Habrá un jabalí, mamá? -cuchicheó una chiquilla montada encima de un poni pinto. Luego se calló, impresionada por el enorme silencio que los envolvía. Llevaba un arco pequeño con una flecha colocada en la cuerda.

Guinevere miró a su hija mayor y sonrió.

-Tiene que haberlo, Pen. Me he gastado mucho dinero para asegurarme de que haya un jabalí cuando queremos que aparezca.

-Señora, hace mucho calor. Los jabalíes se esconden con el calor -se disculpó el jefe de los cazadores, angustiado ante la posibilidad de decepcionar a la niña.

-Pero es mi cumpleaños, Greene. Me prometiste que por mi cumpleaños le dispararía a un jabalí -protestó la niña que seguía hablando en susurros.

-Greene no puede hacer milagros -dijo su madre. El tono de reproche hizo que la niña inmediatamente asintiera con un movimiento de cabeza y le dedicara una sonrisa al cazador.

-Lo entiendo, Greene. Sólo es que... -titubeó la niña-. Es que le dije a mi hermana que le dispararía a un jabalí el día de mi cumpleaños y tal vez no lo haga y luego ella seguramente le disparará a uno el día de su cumpleaños.

Conociendo a lady Philippa como la conocía, el cazador no tenía ninguna duda de que ella lograría lo que su hermana quizá no, y le dispararía a su primer jabalí el día de su décimo aniversario. Afortunadamente, el sonido de un cuerno, agudo e insistente, evitó que tuviera que responder. Se oyó un fuerte ruido procedente de los matorrales y los perros tiraron de sus correas, ladrando con todas sus fuerzas, y los caballos se revolvieron sobre el césped a la vez que olfateaban el aire, tensos y expectantes.

-No ha sido uno de nuestros cuernos -comentó el cazador, asombrado.

-Pero sí es nuestro jabalí -afirmó lady Guinevere-. Vamos, Pen.

Le dio un codazo a su yegua, blanca como la nieve, para que avanzara al galope por el claro del bosque en dirección a los árboles de donde procedía el ruido de los

matorrales. La niña la siguió en su poni y Greene hizo sonar su cuerno. Los perros, sueltos ya de sus correas, echaron a correr y los cazadores los siguieron.

Se abrieron camino entre los árboles por un sendero estrecho. El jabalí, con sus diminutos ojos muy brillantes, se mantuvo inmóvil. Gruñó y bajó la cabeza mostrando sus colmillos terriblemente afilados.

Pen levantó su arco y le temblaron los dedos por la emoción. El jabalí se abalanzó contra el poni de la niña.

Guinevere también levantó su arco y disparó una flecha en el mismo instante en que otra flecha salía disparada desde el lado contrario del sendero, enfrente de ellos. Esa otra flecha alcanzó al jabalí en la nuca. Pen, entre aterrorizada y excitada, disparó demasiado tarde su flecha, que cayó sin fuerza al suelo. Su madre acertó en la garganta del animal enfurecido, que, a pesar de las dos flechas clavadas en su cuerpo, continuó avanzando por el impulso de su ataque. Pen se estremeció cuando el jabalí saltó con sus horribles colmillos dirigidos contra el pecho del poni.

Acto seguido, otra flecha se clavó en la nuca del jabalí y éste cayó al suelo, a los pies del poni, que retrocedió aterrorizado y se desbocó, con la niña aferrada a las crines.

Un hombre a caballo surgió de los árboles y, al pasar el poni, lo sujetó de las riendas. El animal reculó de nuevo, con los ojos desorbitados y bufando, y el hombre levantó a la cría de la silla justo antes de que se cayera al suelo.

El poni piafó y pateó. De entre los árboles aparecieron más hombres, que se reunieron en el camino frente al grupo de Guinevere.

Pen miró al hombre, que la sostenía con él en su silla de montar, y pensó que jamás había visto unos ojos tan azules.

-¿Estás bien? -le preguntó el hombre.

Ella afirmó con la cabeza, pues todavía estaba demasiado nerviosa y asustada para hablar.

Guinevere corrió hacia ellos.

-Se lo agradezco mucho, señor. -Miró a aquel hombre y a sus acompañantes con un gesto amistosamente inquisitivo-. ¿Quién cabalga por las tierras de Mallory?

El hombre se inclinó y dejó de nuevo a Pen en su poni, ya más tranquilo. En vez de contestar a la pregunta, dijo:

-Supongo que usted es lady Guinevere.

Había un cierto aire desafiante en su mirada. Guinevere, igual que su hija, pensó que jamás había visto unos ojos tan azules, aunque también advirtió antagonismo en ellos. Dejó de sonreír y levantó el mentón en un gesto instintivo al responder:

-Sí, aunque no sé cómo lo sabe. Está en mis tierras, señor. Y es mío el jabalí que ha matado.

-Me pareció que necesitaba usted ayuda para matarlo.

-Mi disparo era bueno -replicó ella con furia en su mirada-. No necesitaba ayuda. Y si la hubiera necesitado tengo a mis propios cazadores.

El hombre echó un vistazo a los hombres, agrupados detrás de ella, y a los perros, que habían sido atados de nuevo, y se encogió de hombros, como dando a entender que no valía la pena tenerlos en cuenta.

Guinevere empezó a enojarse.

-¿Quién osa pisar las tierras de Mallory? -le exigió.

Él la miró con sus ojos azules, la observó detenidamente, recorrió con la vista a aquella mujer que se sentaba altiva en su silla de montar. Se fijó en la elegancia de la capa de seda verde esmeralda y con un dibujo de hojas de vid doradas, en el cuello rígido del vestido, que se alzaba por la nuca enmarcándole la cabeza, y en la capucha verde oscuro y con ribete enjoyado, que llevaba retirada de la frente y dejaba ver unos

cabellos del color del trigo más pálido. Los ojos tenían el asombroso tono púrpura de las endrinas maduras. El hombre pensó que el retrato no le hacía justicia. O tal vez era la madurez lo que acentuaba la gracia y la belleza de la joven que aparecía en la miniatura.

Miró entonces a la yegua blanca que la mujer montaba y vio que era de raza por la inclinación de las cuartillas y la curvatura del cuello. Se trataba de una mujer rica y distinguida, no dejaba lugar a dudas.

-Hugh de Beaucaire -respondió casi con desgana.

De modo que había acudido personalmente. Harto de reclamarle las tierras por escrito, había decidido acudir personalmente. Eso, desde luego, explicaba su antagonismo. Guinevere se limitó a mirarlo con una ceja levantada, en un gesto irónico, y vio a un hombre en la plenitud de su vida, de complexión robusta, mandíbula cuadrada, cabello tupido, fuerte, gris y muy corto, y con un gorro plano y de terciopelo y el cutis curtido de quien no se pasa el tiempo haraganeando con politiqueos por los rincones y los pasillos de los palacios.

-Éste es mi hijo Robin. -Hugh hizo un gesto y un chico se adelantó del grupo de hombres que había a su espalda y se colocó junto a su padre. El chico tenía los mismos ojos azules-. Reclamo para mi hijo las tierras entre Great Longstone y Wardlow.

-Y yo rechazo su petición -contestó Guinevere-. Mi derecho legal sobre estas tierras es indiscutible.

-Perdone, pero yo se lo discuto -replicó él, en un tono amable.

-Ha entrado en una propiedad ajena, Hugh de Beaucaire. Ha ayudado a mi hija y no me gustaría tener que echarle con la ayuda de los perros, pero lo haré si no se marcha usted de mis tierras. -La mujer hizo un gesto para que los cazadores acercaran a los perros, que tiraban furiosos de sus correas.

-Así que me lanza el guante -dijo Hugh, pensativo.

-No necesito hacerlo. Ha entrado usted en propiedad privada. Eso es todo.

Pen se removió en su silla y su mirada se encontró con la de Robin, que parecía tan incómodo como ella ante aquel airado altercado entre sus padres.

-Greene, suelta los perros -ordenó Guinevere con frialdad. Hugh alzó la mano para detenerlos.

-Hablaremos de esto en otra ocasión, y en privado. -Agarró las riendas de su caballo dispuesto a dar media vuelta.

-No hay nada de que hablar. -La mujer también agarró las riendas-. No puedo evitar cuestionarme la cordura de un hombre que es capaz de recorrer a caballo tan larga distancia para nada. -Señaló con la fusta el camino-. Si va hacia el oeste, saldrá de Mallory en menos de una hora. Hasta hace unos meses hubiera podido descansar en el monasterio de Arbor, pero lo suprimieron el pasado mes de febrero. Ahora los propios monjes buscan un lugar donde refugiarse. -En su voz había desprecio.

-¿Pone usted en tela de juicio la decisión de su alteza de suprimir los monasterios, señora? Pues yo cuestiono su cordura. Robert Aske es una compañía peligrosa.

-Me limito a señalar la molestia que supone para los viajeros que tienen que hacer noche -repuso ella en un tono amable-. Hasta la vista, Hugh de Beaucaire. Espero que dentro de dos horas haya salido de las tierras de Mallory. -Le dio la vuelta a su caballo-. Vamos, Pen. Greene, prepare el jabalí para asarlo. Será suficiente para la fiesta de cumpleaños de la señorita Pen.

-Pero no lo he matado yo, mamá -protestó Pen con el tono de quien no quiere atribuirse un mérito que no se merece.

Miró fijamente a Robin. El chico le sonrió y dijo:

-Pero le disparaste. Yo vi tu flecha. El jabalí iba directo al cuello de tu poni. Fuiste muy valiente.

-Felicidades por tu cumpleaños, señorita Penelope. -Hugh le dedicó una sonrisa a la niña.

Guinevere se paró en seco. La sonrisa transformaba al hombre y hacía desaparecer todo su antagonismo para mostrar únicamente una cordialidad y un sentido del humor que ella jamás hubiera sospechado bajo aquella conducta hosca de soldado. Si en los ojos de Hugh brillaban antes el desafío y la antipatía, había en ellos ahora regocijo y una sorprendente amabilidad. Eso la desconcertó.

-Adios -volvió a despedirse con el mismo tono frío que había utilizado anteriormente-. Vamos, Pen. -Extendió el brazo, agarró las riendas del poni y le hizo darse la vuelta.

Pen miró por encima del hombre al chico montado en el alazán castrado, le dedicó una sonrisa y alzó tímidamente la mano a modo de despedida.

Hugh observó a Guinevere y a su hija mientras se marchaban con sus acompañantes. Los cazadores iban detrás, y el jabalí colgaba entre dos palos.

Volvió a pensar que la miniatura no le hacía justicia a aquella mujer. Esos enormes ojos de color púrpura eran asombrosos, cautivadores. ¡Y su cabello tenía la palidez plateada de las cenizas! ¿Cómo sería sin la toca ni la capucha?

-Padre...

Hugh se volvió al oír la voz dubitativa de Robin.

-¿Te gusta esta chiquilla, Robin? -bromeó.

El chico enrojeció hasta las raíces de su cabello castaño.

-No... Por supuesto que no, señor. Me preguntaba si vamos a irnos de la tierra de Mallory.

Hugh negó con la cabeza sonriendo con los ojos y con los labios, pero no era una sonrisa demasiado agradable.

-¡Oh, no, hijo mío! Tenemos trabajo. Lady Mallory no ha hecho más que conocerme. Creo que dentro de pocas horas estará deseando no haber oído jamás el nombre de Hugh de Beaucaire- contestó, y picó con la espuela a su caballo.

-¿Lo has matado tú? ¿Has matado tú al jabalí, Pen?

Una niña con trenzas y un vestido arrugado acudió corriendo por el puente para las caballerías sobre el río Wye mientras la partida de caza entraba en los jardines de Mallory Hall por las enormes puertas de roble del edificio de piedra.

Pen miró a su madre, que se apresuró a responder:

-Tenemos un jabalí para la fiesta, Pippa. Lo traen los hombres.

-¿Pero lo mataste tú, Pen? -insistió la niña, que no se apartaba del camino y no dejaba de mirar a su hermana.

-Mi flecha no lo alcanzó -contestó Pen apenada.

Su hermana pequeña siempre conseguía que le dijera la verdad. No es que fuera mala, sino que sentía la necesidad de saber cosas, incluso los mínimos detalles.

-Bueno, no importa -dijo Pippa-. Yo sí mataré un jabalí el día de mi cumpleaños.

-No estés tan segura -intervino su madre, mientras se inclinaba para darle la mano-. Sube.

Pippa le agarró la mano y se subió a la silla de montar.

-Ojalá me hubieras dejado ir -protestó.

-Todavía eres pequeña para cazar jabalíes. Y vas hecha una pena, hija. ¿No has estado estudiando con el tutor?

-Sí, pero se cansó y me dijo que podía irme a jugar -respondió la niña, muy contenta.

-Me pregunto por qué se ha cansado -comentó Guinevere de forma retórica.

Maese Howard, que había sido también tutor suyo desde los ocho años, consideraba que las inacabables preguntas de Pippa eran agotadoras.

Entraron en el patio y Guinevere se apeó del caballo y bajó a Pippa.

-Voy a ver cómo le arrancan la piel al jabalí -anunció la niña-. ¿Vienes, Pen?

-No. Me da asco -rechazó su hermana.

Guinevere se rió y entró en la casa. El mayordomo la saludó con una reverencia.

-Señora, todo está listo para la fiesta, pero los cocineros quieren saber si deben utilizar mazapán para el pastel de la señorita Pen. Después de lo que ocurrió la última vez...

Guinevere lo pensó un momento. La pasión de Pippa por el dulce y pegajoso mazapán había producido unos resultados desafortunados la última vez que se sirvió en la mesa.

-No considero que haya ninguna razón por la que los demás no puedan comerlo. Después de todo es el pastel de la señorita Pen. Esperemos que Pippa haya aprendido que debe moderarse, señor Crowder.

Subió la escalera a toda prisa hasta su habitación, encima de la entrada norte, donde Tilly estaba colocando vestidos en el ropero.

-¿Ha ido bien la caza, querida? -preguntó la anciana en el tono informal que solía utilizar, pues llevaba con lady Guinevere desde que ésta era una niña.

-Eso depende de cómo se mire -contestó Guinevere, que se descalzó con el sacabotas y luego se sentó en un arcón de madera y se levantó la falda para quitarse las gruesas medias de lana que usaba para cabalgar-. Tenemos un jabalí, pero la flecha de Pen no lo alcanzó.

-Esperemos que Pippa no se lo recuerde demasiadas veces -comentó Tilly.

Guinevere no dijo nada y fue descalza hasta la ventana que daba a la ondulación de valles de Derbyshire. Era una vista espléndida y una neblina cálida relucía sobre las colinas y los valles, entretejidos por las dos anchas cintas que suponían los ríos Wye y Dove. En invierno era desapacible y gris, con lluvias torrenciales y vientos fríos, conformando un paisaje muy distinto del de esa tarde de verano.

Su encuentro con Hugh de Beaucaire no había terminado. Nadie haría un viaje como ése para irse porque lo amenazaban con soltarle los perros. Mientras pensaba en todo aquello, le llegó el sonido de un cuerno desde el otro lado de la entrada a la casa. Guinevere permaneció inmóvil, con las manos en el alféizar. Conocía aquel sonido.

-Pásame las medias de seda, Tilly. Las de color marfil. Y los zapatos verdes de cabritilla.

-¿Visitas? ¿Esperamos visitas? -preguntó la mujer.

-No, pero me parece que las vamos a tener.

Se puso las medias, ató las ligas y metió los pies en los zapatos. Llamaron a la puerta y apareció el señor Crowder:

-Señora, lord Hugh de Beaucaire pide que le dejen entrar.

-Ya lo imagino. -Guinevere frunció el ceño. Podía negarle la entrada. Era su tierra, su casa. Pero estaba completamente convencida de que ese hombre no se iría, y ella no quería que gente armada le sitiara las puertas-. Déjele entrar, señor Crowder.

Cruzó la habitación para ir a la ventana que daba al patio, la ventana por la que había caído Stephen. Vio al grupo de hombres a caballo entrando en el patio.

Hugh de Beaucaire desmontó y miró a su alrededor con los brazos en jarras.

Guinevere pensó que era un hombre rotundo y sólido; pero no porque estuviera gordo, sino porque tenía una presencia de lo más firme. Alguien a quien, sin duda, había que tener en cuenta. Bueno, el encanto era probablemente su mejor arma. La había utilizado con éxito en muchas ocasiones anteriores y no había razón alguna para pensar que Hugh de Beaucaire fuera inmune.

Bajó al patio. En la puerta del vestíbulo se detuvo y, desde allí, dijo en un tono de voz agradable:

-Lord Hugh, ¿ha venido a pedir hospitalidad?

Hugh recorrió las losas que lo separaban de ella, metió la mano en el jubón, sacó un pergamino doblado y se lo tendió.

-Estoy aquí por mandato real. Tengo órdenes del consejero real de investigar la muerte de sus esposos, lady Guinevere. Eso y otros asuntos que llaman la atención al rey.

2

De modo que ya había ocurrido. Se decía que no había un solo lugar en todo el reino de Enrique que los espías del consejero real no hubieran visitado. Guinevere había esperado contra toda lógica que su situación económica no llamara la atención del erario real. Era sabido por todo el mundo que las tierras, sus custodias, los títulos y los beneficios judiciales enriquecían las arcas del rey. Guinevere Mallory, una viuda rica y sola, era un melocotón maduro al que hincarle el diente. Cualquier excusa sería buena. La investigación de Hugh de Beaucaire proporcionaría la excusa y él mismo se llevaría su recompensa.

Una ola de furia y frustración la invadió. Dobló los dedos y los cerró sobre la empuñadura de la pequeña daga de plata que llevaba en la manga derecha.

Ante el poder y las intrigas del consejero real, Guinevere se encontraba indefensa, pero podía descargar su ira sobre Hugh de Beaucaire. No estaba totalmente desamparada. La empuñadura curva resultaba agradable y familiar entre sus dedos. Guinevere se imaginó la trayectoria del cuchillo. Qué sencillo resultaría clavar la punta afilada en el cuello de aquel hombre odioso que permanecía altivo y confiado en un patio que no le pertenecía, como si ya fuera del dueño de las piedras que pisaba con sus pies. Era él quien con sus insistentes reclamaciones había logrado que el consejero real se fijara en ella.

Pero una cólera fría ocupó el lugar de su rabia. La ira no le serviría de nada en aquel momento. Abrió los dedos y dejó caer el brazo a un costado. Debía concederse un poco de tiempo, tiempo para pensar con claridad.

-¿Me va a arrestar? -preguntó, haciendo girar el pergamino entre sus manos y sin mirarlo, con un tono de voz neutro, casi indiferente, sin mostrar furia ni temor.

-Todavía no. Estoy aquí para investigar y acompañarla luego a Londres con lo que descubra. Hay personas a las que les gustaría hablar con usted.

El hombre la miró con unos ojos muy brillantes. Era una mirada precavida y dura. Había visto el movimiento de sus dedos y leyó en sus ojos el deseo de asesinar, que desapareció tan rápidamente como había aparecido, pero él estuvo alerta para recibirla, con todos los músculos en tensión.

De modo que aquella farsa tenía un solo fin previsto y se la iban a llevar independientemente de si era culpable o inocente, pensó Guinevere, consciente de que, si llegaba a abandonar Mallory Hall y se iba a Londres escoltada por Hugh de Beaucaire, no regresaría. En cuanto la tuvieran en sus garras no la dejarían marchar. Así pues, aquí estaba el campo de batalla, aquí estaba el enemigo. Si no era capaz de vencer

a lord Hugh y sus investigaciones mientras éste se encontraba bajo su techo, estaría perdida.

Lady Guinevere miró a los hombres montados en los caballos. Eran diez más el chico, Robin. ¿Serían capaces sus propios hombres de vencer a los de Hugh de Beaucaire? Los de Beaucaire tenían el mismo porte recio y militar de su jefe. Guinevere supuso que era gente entrenada en los campos de batalla al otro lado del canal durante las últimas guerras contra Francia y España.

Los hombres de Mallory nada podrían contra aquellos guerreros. Pero tal vez por la noche, cuando el enemigo hubiera bajado la guardia... En Londres tardarían meses en enterarse de su desaparición. Ella podía asegurar que jamás habían estado allí. En un viaje tan largo y peligroso les podía ocurrir cualquier cosa por el camino.

-No es una buena idea -dijo Hugh en voz baja y mirándola con los ojos entrecerrados, como si pretendiera penetrar en su cerebro.

-¿El qué?

-Lo que estaba usted pensando. -Le mostró un asomo de sonrisa que no tenía nada de divertida-. Mis hombres son mucho más fuertes de lo que imagina. Y yo soy demasiado fuerte para esa pequeña daga que esconde debajo de la manga.

Guinevere, enojada consigo misma por mostrarse tan transparente, pensó que era evidente que debía mostrarse más reservada cuando se encontrara en compañía de ese hombre.

-Mamá..., mamá... -La voz aguda de Pippa rompió aquel silencio tenso. La niña venía corriendo del patio de la cocina-. El señor Crowder dice que tenemos visita. -Llegó jadeando hasta su madre y observó al grupo de extraños con interés.

Las niñas no debían asustarse, no debían enterarse de lo que estaba ocurriendo. Al menos, de momento. Guinevere puso una mano encima del hombro de la niña y la presentó en un tono tranquilo:

-Mi hija Philippa, señor. Hazle una reverencia al señor Hugh de Beaucaire, Pippa.

Pippa obedeció y de inmediato lanzó una batería de preguntas:

-¿Viene de muy lejos? ¿De dónde viene? ¿Ésos son sus hombres? ¿Quién es ese chico? ¿Es un halcón lo que hay en su escudo de armas? Yo tengo un halcón peregrino... -Antes de que Hugh pudiera responder a todas aquellas preguntas, Pippa vio salir a su hermana de la casa y la llamó excitada-: ¡Oh, Pen...! Mira, tenemos visita. No sé de dónde vienen, pero...

-Cállate, Pippa -la regaño Guinevere.

Lord Hugh sonreía con la mirada y se le transformaba el semblante. Y, de nuevo, ella se sintió desconcertada. Era prácticamente imposible imaginarse clavándole una daga a aquel hombre en el cuello. Su boca... A Guinevere le pareció que la veía por primera vez. Era grande, sensual, divertida. Observó la profunda hendidura de la barbilla y las arrugas que se formaban alrededor de los ojos al sonreír. Y cayó en la cuenta, con asombro, de que la expresión habitual de ese hombre no era la hostil, desabrida y sardónica que le dirigía a ella, que aquél no era el modo en que él miraba el mundo y la vida en general, sino sólo el modo en que la miraba a ella, al parecer.

-Sólo quería saber si venían a la fiesta de Pen -se disculpó Pippa-. Pen, pídeles que vengan a tu fiesta.

Pen miró a Robin. Él le dedicó una sonrisa y ella se la devolvió recordando que el chico había alabado su valentía cuando el jabalí la atacó.

-Sí, por favor, quédense -dijo-. Me encantaría que vinieran. El jabalí es muy grande, ¿no, mamá?

-No querríamos abusar, señorita Pen -se excusó en seguida Hugh mirándola con afecto, pero ese afecto desaparecio en cuanto volvió a mirar a Guinevere-. Señora, será

mejor que les dejemos con su fiesta. Acamparemos fuera y proseguiremos con nuestro asunto mañana.

Guinevere pensó que mostrarse hostil no la llevaría a ninguna parte. Había llegado el momento de probar otro método. Y el hombre de la boca graciosa y de las arrugas alrededor de esos ojos azules tan vivos era un hombre al que seguramente podría embelesar, y hasta seducir. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Pretendía convertir a su enemigo en un compañero de cama? Un escalofrío le recorrió la espalda y sintió un hormigueo en el cuero cabelludo.

-A mi hija le gustaría que usted y su hijo acudieran a su fiesta de cumpleaños, señor. En nuestra familia solemos conceder los deseos de la persona que celebra su cumpleaños. -Guinevere hizo una reverencia y sonrió brevemente.

Hugh se sintió confundido, como si los sentimientos de su mente y los de su cuerpo fueran en direcciones opuestas. Era una sonrisa de lo más endemoniada. ¡Y esos ojos! Brillaban como luces de color púrpura oscuro. Un momento antes estaban llenos de ira, y ahora no veía en ellos más que amabilidad. ¿A qué demonios estaba jugando aquella mujer?

Vio que Robin ya había desmontado. Miró a las dos niñas y se dijo que parecía razonable que su madre hubiera decidido no mostrarse hostil tanto como le fuera posible. Él no era capaz de echar a perder el cumpleaños de la cría. Pero ¿cómo iba él a compartir una velada festiva y amistosa con una mujer a la que investigaba por asesinato?

-¡Oh, sí! Tienen que venir -se entusiasmó Pippa-. Pen quiere que así sea y da muy mala suerte negar un deseo de cumpleaños. Serían meses y meses de mala suerte, un año entero de mala suerte.

-No exageres, Pippa -la reprendió Pen, ruborizándose-. Oye, ¿por qué llevas el vestido manchado de sangre?

-¡Oh! Es del jabalí. Me he acercado mucho mientras le arrancaban la piel y me ha salpicado. Greene se ha enfadado mucho -contestó Pippa alegremente mientras se frotaba las manchas de color rojo oscuro de su vestido de gasa-. Me llamó algo que me pareció muy grosero, pero lo dijo en voz baja, así que no lo entendí bien y él no lo repitió. Me dijo que me marchara. Entonces vendrán, ¿no? Usted y ese chico. -Pippa señaló a Robin.

Hugh sabía que no le quedaba otra opción que ceder. Era consciente de que Guinevere lo observaba con una sonrisa irónica y leyéndole los pensamientos con la misma claridad con la que anteriormente él había leído los suyos. Se dio por vencido. Sería una velada incómoda, pero en cuanto terminase no habría nada que interrumpiera su investigación.

-Estaríamos encantados de celebrar el cumpleaños de tu hermana. Robin, ven y preséntate.

Le dio un empujoncito a su hijo.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó Pippa inmediatamente-. Yo tengo ocho y Pen tiene diez.

-Doce -contestó Robin con un cierto aire altivo-. Estoy de campaña con mi padre.

-¡Oh, qué bien! -exclamó Pippa sin importarle la altivez-. Me gustaría ser un chico para ir de campaña. Pero ¿por qué estáis de campaña por aquí? ¿Dónde están los enemigos? -Miró a su alrededor con aire inquisitivo, como si esperara que fuese a surgir un ejército del suelo.

-Pippa, ya está bien -se impacientó Guinevere-. Entra y dile a Nell que te ayude a cambiarte de vestido. No puedes asistir a la fiesta con ese vestido lleno de manchas de sangre del jabalí. ¡Ah! Y pídele al señor Crowder que salga, por favor.

Pippa era fácil de contentar y se marchó saltando alegremente. Pen comentó muy seria:

-A veces me gustaría que se mordiera la lengua.

-¿Siempre habla tanto? -le preguntó Robin.

-No se calla jamás -respondió Pen, y soltó un suspiro típico de hermana mayor.

-¿Me ha llamado, señora?

El mayordomo se acercó con su negra vestimenta ondeando a su alrededor. Observó a los recién llegados con curiosidad.

-Lord Hugh está aquí por un asunto relacionado con el rey. Él y su hijo serán mis invitados por unos días -le instruyó Guinevere-. Enséñeles sus habitaciones del ala oeste. Los hombres de lord Hugh pueden alojarse encima de los establos.

-Mis hombres acamparán fuera de la casa -dijo Hugh en un tono firme y con un brillo burlón en sus ojos-. Así no supondrán una molestia para usted, señora.

-Como quiera, señor -aceptó ella, encogiéndose de hombros.

El mayordomo hizo una reverencia.

-Si es tan amable, señor...

Hugh asintió con la cabeza y se dirigió a sus hombres:

-Jack, que metan mi equipaje en la casa. -Le hizo una reverencia a Guinevere-. Le agradezco mucho su hospitalidad, señora. Debemos cambiarnos de ropa para asistir a la fiesta de su hija.

Había algo de irreal en aquel intercambio formal de cumplidos, pero Guinevere se limitó a sonreír y dijo:

-Espero que se encuentren cómodos en nuestras habitaciones para invitados, señor. La misa en la capilla es a las cinco.

Hugh volvió a hacer una reverencia, puso una mano en el hombro de su hijo y se dirigieron hacia la casa detrás del mayordomo.

-¿Quiénes son, mamá? -preguntó Pen, agarrándola de la mano, un poco nerviosa.

-Vienen de parte del rey. Lord Hugh debe tratar un asunto de Estado conmigo. -Guinevere le dedicó una sonrisa tranquilizadora a su hija-. Me gustaría que os ocuparais de Robin, Pen. Yo tengo que atender a su padre.

-Intentaré evitar que Pippa lo moleste -se comprometió Pen.

-Entonces te deseo mucha suerte, querida. Tú también deberías cambiarte de vestido. Tienes que estar muy guapa para la fiesta.

Guinevere vio a su hija entrar corriendo en la casa. Los hombres de Beaucaire estaban saliendo del patio. Evitaban así un ataque sorpresa por la noche. ¡Maldito hombre! Parecía ser capaz de leerle los pensamientos con tanta facilidad como si los tuviera escritos en la frente.

¿Qué iba a hacer?

Era su vida la que estaba en juego. Si Hugh la encontraba culpable de asesinato, sería decapitada. Peor aún, moriría en la hoguera. Asesinar al esposo se consideraba una traición de no poca importancia y se castigaba con la hoguera. Sus hijas quedarían bajo la tutela del tribunal y pasarían a disposición del rey. Confiscarían todas sus propiedades, y sus rentas engrosarían el tesoro público después de que la gente como Hugh de Beaucaire recibiera su parte.

Y ella no podía hacer nada para detener ese proceso si ellos habían decidido que así fuera. Su culpabilidad o su inocencia eran irrelevantes. Le quitarían lo que quisieran igual que habían hecho con muchos otros.

Por un momento, se sintió desesperada ante la inutilidad de enfrentarse al Estado. Pero no podía rendirse sin luchar. No sólo estaba en juego su futuro, sino también el de sus hijas. Por ellas no debía aceptar lo inevitable sin antes defenderse.

Se dio la vuelta y, lentamente, entró en la casa y subió a su habitación. Tenía la mandíbula muy tensa y le brillaban los ojos por la determinación.

Lucharía contra ellos con todas las armas que tuviera a su disposición. Ellos tendrían que atenerse de algún modo a la ley, tendrían que encontrar pruebas de los supuestos crímenes. Y tendrían que juzgarla por los cargos de los que la acusaran. Inventarían pruebas, conseguirían testigos... Pero ella conocía la ley, y mejor que muchos abogados. Era capaz de defenderse a sí misma incluso ante los miembros de la arbitraria Cámara Estrellada. No había pruebas de que ella deseara la muerte de sus esposos. ¿Cómo iba a haberlas? Su tobillo se dobló por voluntad propia. Su pie adquirió vida propia la noche en que murió Stephen Mallory, pero eso era algo que únicamente ella sabía.

No podía luchar contra ellos con medios físicos, pero podía utilizar la cabeza, sus conocimientos.

Guinevere permaneció con el ceño fruncido en el centro de su dormitorio, oyendo el graznido de los grajos en los álamos que flanqueaban el río. Pensó en lord Hugh, en lo que había detectado en él bajo su aspecto de tipo duro. Tal vez ella odiara y despreciara a un hombre capaz de imputarle cargos a alguien por su propia codicia, pero eso no evitaría que Guinevere utilizara las otras armas de las que disponía como mujer.

Pensativa, abrió el ropero y sacó un vestido italiano de terciopelo de color ámbar y bordado con lazos negros en un diseño de lo más complejo. El cuello del vestido era cuadrado y estaba tachonado de azabaches, y el vestido se abría sobre unas enaguas de seda negra bordada con hilo dorado. Lo examinó frunciendo los labios y asintió lentamente con la cabeza. Le serviría perfectamente para sus propósitos.

-Querida, menudo jaleo. -Tilly irrumpió en la habitación-. ¡Oh! Éste es el vestido que vas a ponerte, ¿no? Bueno, es muy bonito. ¿Quiénes son esas visitas que merecen que te pongas un vestido como ése?

-Vienen de parte del rey -contestó Guinevere mientras dejaba el vestido encima de la cama.

-¡De parte del rey! -exclamó Tilly-. ¿Qué tenemos que ver nosotros con el rey?

-Es una buena pregunta -dijo Guinevere malhumorada-. Ayúdame a desabrocharme, Ttlly.

Se volvió para que Tilly la ayudara con sus hábiles dedos.

Hugh echó un vistazo a la grande y bien amueblada habitación del ala oeste. Las contraventanas estaban abiertas y del jardín subía el aroma de las rosas.

Robin se había arrodillado en el alféizar de la ventana.

-Hay un maravilloso jardín de setos con formas de animales, señor. Pavos reales, serpientes y ciervos. Jamás había visto nada igual.

Hugh se reunió con su hijo y apoyó una mano en el hombro del chico. Más allá del jardín se veía el río, que fluía tranquilamente por un prado salpicado de ovejas. Todo en Mallory Hall parecía próspero y disciplinado.

-¿Por qué reclamamos la tierra de lady Mallory, señor? -Robin miró a su padre, con esos ojos suyos que eran una réplica de los de Hugh-. Quiero decir que si ella posee las escrituras...

-Posee las escrituras, pero no tiene derecho a poseerlas, hijo mío. La tierra no era de Roger Needham. Pertenecía a su primera esposa, una prima lejana nuestra. Lady Mallory se las ingenió para persuadir a Needham de que le cediera la tierra en caso de morir. Pero él no podía disponer de esa tierra. Pertenecía a la familia de su primera

esposa y, por lo tanto, debería habérseles devuelto. -Se apartó de su hijo y volvió al centro de la habitación-. Las tierras por las que se disputa son particularmente ricas en plomo. Comprensiblemente, lady Mallory no va a rendirse, puesto que las ha explotado durante años. Supondría el principio de una fortuna considerable para ti, Robin.

El chico bajó del alféizar.

-¿Será fácil recuperarlas?

Hugh se rió al recordar la expresión que el consejero real había utilizado.

-Por lo que he conocido de lady Mallory, imagino que resultará muy difícil. Pero hay muchas formas de intentarlo. -Abrió el arcón de madera y hierro que le habían subido-. Y ahora... ¿qué debemos ponernos para la fiesta de Pen?

-Es muy guapa -dijo Robin-. ¿No crees?

-¿Quién? ¿Pen? -Hugh alzó la vista y sonrió.

-Sí... Sí que lo es, aunque estaba pensando en lady Mallory.

-Ah... -Hugh asintió con un movimiento de cabeza y volvió a concentrarse en el contenido del arcón-. Guapa no es la palabra que yo hubiera utilizado. ¿Te pondrías el jubón azul con el traje plateado? ¿O el amarillo y rojo?

-El azul. -Robin tomó las prendas que su padre le pasaba y se quitó el traje corto de lana y el jubón de lino que había llevado para montar a caballo-. ¿Qué te pondrás tú?

-Todavía no lo he decidido.

Hugh se quitó el jubón, la camisa y las medias. Fue al lavabo y se mojó la cara.

-Tendrás que cambiarte también de camisa y de medias.

Robin se miró la camisa, dudando, y dijo:

-No está muy sucia. Me la cambié hace una semana.

-Y desde entonces has montado mucho a caballo. Apestas, hijo mío. Y si lo que quieres es impresionar a esas señoritas será mejor que huelas bien. Un poco de agua no te irá nada mal. -Le lanzó una toalla.

El chico, ruborizado, la agarró. Hugh se rió y se sentó en la cama para ponerse unas medias limpias. Desde que el chico cumplió cinco años y siempre que Hugh no se encontraba en alguna misión militar para el rey, se había dedicado a cuidar de su hijo. La madre de Robin murió durante el parto de un niño que nació muerto y Hugh había ahogado su dolor cuidando de su hijo. Robin se parecía mucho a su madre. A veces una expresión y otras veces un gesto bastaban para recordarle tanto a Sarah que Hugh se quedaba sin aliento y el dolor por su pérdida volvía a ser tan fuerte como lo había sido siempre.

Ahora que el chico prácticamente era un adulto podía acompañar a su padre en las campañas. Ese largo viaje hasta Derbyshire era la primera campaña en la que participaban juntos y los había unido más aún.

Se ató las ligas a la altura de las rodillas mientras observaba los preparativos de su hijo. Había notado que Guinevere sentía por sus hijas el mismo amor apasionado que él sentía por Robin. ¿Acaso también ellas le recordaban a su compañero ya muerto? ¿Era posible que Guinevere hubiera amado a lord Hadlow tanto como él había amado a Sarah?

Hadlow había sido víctima de la flecha de un cazador, una flecha misteriosa que no pertenecía a nadie. No había ninguna señal en la flecha que la identificara como de alguno de los cazadores presentes en la cacería. Casi todas las flechas llevaban la marca de su propietario, con el fin de que no hubiera dudas para determinar quién se había cobrado la pieza. Una flecha sin marca acabó con la vida de lord Hadlow y dejó a su esposa en posesión de todas las tierras entre Matlock y Chesterfield, una tierra rica en carbón y en hierro. Un bosque bien provisto de caza rodeaba la casa solariega de

Hadlow en Matlock. Esa mujer poseía ya en el condado tantos feudos y bosques para la caza que podía ir de uno a otro sin repetir una visita en seis meses.

Hugh fue a la ventana y se abrochó la camisa mientras volvía a contemplar los jardines y los prados regados por el río. Al admirar la suavidad de la piedra del edificio y los floridos arriates, Hugh comprendió por qué Guinevere debía de preferir Mallory Hall a las otras casas. ¿Se habría casado con Stephen Mallory sólo para hacerse con esa propiedad?

¿Qué clase de hombres habrían sido sus esposos? Sabía muy poco de ellos, ni siquiera del primero, con quien tenía algún parentesco gracias al matrimonio del padre de Hugh. Roger Needham como mínimo le doblaba la edad a su esposa de dieciséis años. A ella tal vez la habían obligado a casarse y no tuvo la posibilidad de decir nada sobre el asunto. Pero nadie podía haberla obligado a casarse con ninguno de sus otros tres esposos. Se había casado con ellos por voluntad propia. Y ella misma redactó los contratos de matrimonio. No era raro que una mujer noble fuese culta. La hija bastarda del rey, lady Mary, era una reconocida latinista, y se decía que su hermana de cuatro años, lady Elizabeth, estaba siendo educada con mucho rigor. Pero Hugh sabía que una mente con conocimientos legales era algo muy distinto.

Debía de haber sirvientes, antiguos criados, que la conocieran desde hacía muchos años y que, con suerte, hubiesen estado con ella desde su primer matrimonio. El mayordomo, por ejemplo. El jefe de los cazadores. Tal vez un tutor. Tal vez alguna mujer. Por la mañana echaría las redes para ver lo que conseguía.

Se puso un jubón de terciopelo rojo y se ató un cinturón de piel en la cintura en el mismo instante en que la campana de la capilla avisaba para las vísperas.

-Vamos, Robin. Ya son las cinco. No debemos hacer esperar a nuestra anfitriona.

Se puso rápidamente un traje ancho y holgado de seda roja y azul y metió la daga en la funda de la cintura. Echó un vistazo a su hijo, le quitó una mota de polvo del hombro y le indicó con un gesto que saliera de la habitación.

Robin olió con gusto el sabroso aroma a carne asada que salía de las cocinas mientras se dirigían a la capilla, donde la campana no dejaba de sonar.

Los miembros más ancianos del servicio estaban reunidos en los largos bancos de madera de la capilla ubicada en el patio superior. Cuando Hugh y Robin entraron en la oscura estancia de techo abovedado, todos los miraron.

-Ese chico tiene que sentarse con nosotras -anunció Pippa en su habitual tono de voz agudo desde uno de los bancos aislados en el prebisterio-. Chico, ven aquí -lo llamó en un tono de voz imperativo.

-¡Pippa, no grites! -susurró Pen escandalizada-. ¡Estás en la capilla! Y se llama Robin.

-¡Oh! Se me había olvidado. -Pippa se cubrió la boca con una mano mientras le hacía señas al chico con la otra.

Hugh no vio a lady Guinevere en ninguno de los bancos reservados mientras avanzaban por el pasillo hacia el presbiterio. Pensó que tal vez su mala conciencia la mantenía alejada de las oraciones.

-Ven y siéntate a mi lado -cuchicheó Pippa haciéndose a un lado en el banco sin preocuparse de que se le arrugara el vestido de seda verde al dejar espacio para que Robin pudiera sentarse.

Hugh contuvo una sonrisa. Sabía que Robin hubiera preferido sentarse junto a la hermana mayor, que le ofrecía su invitación con una sonrisa tímida. Hugh le indicó con un gesto a Robin que se sentara en el banco con las chicas y él se dio la vuelta para ir a uno al otro lado del pasillo. Se oyó un revuelo en la puerta de la capilla y Hugh se volvio.

Lo que vio lo dejó sin aliento. Lady Guinevere, luciendo un vestido de terciopelo ámbar tachonado de azabaches, avanzaba por el pasillo hacia él. En la cintura llevaba una cadena de oro de la que colgaban una cajita de perfumes, dorada y esmaltada, y un diminuto reloj tachonado de diamantes. Sobre el pecho exhibía un colgante de diamantes, y el tocado también estaba tachonado de diamantes y lo llevaba hacia atrás, de modo que se veía el cabello en la frente. A la luz de las velas, el tono pálido del pelo parecía relucir bajo el brillo fulgurante de los diamantes.

-Lord Hugh, perdone que le haya hecho esperar. Tuve que discutir algunas cosas con los músicos. Pen tiene unos bailes preferidos y quería asegurarme de que estaban incluidos en el repertorio. -Su voz era suave y musical, y de nuevo esa endemoniada sonrisa. ¡Estaba llena de cálidas promesas! ¡Era embrujadora!

Hugh recordó el comentario del obispo de Winchester acerca de que la mujer debía de haber utilizado algún tipo de brujería para someter a tantos hombres. Normalmente, Hugh no perdía el tiempo en tonterías de esa clase, pero en aquel momento se sentía dispuesto a creerlas.

Guinevere miró a los niños y Robin se puso de pie de inmediato e hizo una reverencia. Ella le sonrió y dijo:

-Buenas tardes, Robin. Pippa, ven a sentarte a mi lado, no quiero que te pases la misa charlando.

Sacó de allí con suavidad a su hija pequeña, sin hacer caso de sus protestas, y la metió en el extremo opuesto del banco de enfrente y entró ella luego.

-Lord Hugh... Hay espacio para los tres.

Él se sentó, todavía algo incómodo. La fragancia que ella desprendía lo envolvió. Era un aroma a verbena, limón y agua de rosas. A Hugh no le gustaban los perfumes fuertes que muchas mujeres utilizaban en la corte para enmascarar los hedores que desprendían las múltiples prendas de ropa que llevaban encima, pero ésta era una fragancia delicada que le mareaba los sentidos. Se alegró de haberse tomado la molestia de asearse y vestirse con ropa limpia. Y ese pensamiento lo disgustó. Él no se encontraba allí para que lo sedujera Guinevere Mallory.

El capellán inició la misa, una fórmula que todos los presentes conocían de memoria. Guinevere pronunció las respuestas rituales mientras su mente divagaba. El efecto de su aspecto en lord Hugh había sido tal y como ella lo esperara.

Por mucho que él hubiera intentado disimularlo, Guinevere había reconocido en su mirada la verdadera respuesta masculina cuando ella avanzaba por el pasillo. Y notaba esa misma respuesta en lo rígido que permanecía el hombre a su lado en el banco. Lord Hugh se encontraba cautivado completamente por la presencia de la mujer.

Guinevere esbozó una tímida sonrisa de satisfacción al tiempo que agachaba la cabeza para la bendición.

Las campanas sonaron con alegría en honor de Pen mientras la familia y los invitados abandonaban la capilla. Los miembros del servicio felicitaban a la niña y le entregaban flores y pequeños detalles que habían confeccionado expresamente para ella. Pen sonreía y se mostraba complacida, mientras Pippa no dejaba de comentarle a Robin cada uno de los regalos que su hermana recibía y la personalidad de quien se lo entregaba.

-¿Has visto qué cajita de fragancias tan bonita? Se la ha regalado la despensera. Espero que la haya rellenado con todo tipo de hierbas olorosas... ¿Crees que la protegerá de la plaga, chico?

-En esta zona no hay ninguna plaga -replicó Robin-. Y me llamo Robin.

-¡Oh! Me esforzaré por recordarlo -dijo Pippa, despreocupada-. Se me olvida porque no solemos ver a muchos chicos por aquí, al menos no como tú. Sirvientes, mozos y gente así, pero no chicos de verdad. Así que por eso te llamo, chico.

-¿Cómo te soportan? -se quejó Robin en un tono de voz muy bajo-. ¿Nunca estás callada?

A Robin le hubiera gustado regalarle algo a Pen y trató de recordar qué había en el interior del arcón que compartía con su padre, preguntándose si algo serviría como regalo.

Se dio cuenta de que Pippa, extrañamente, se había callado. La miró y vio que parecía molesta.

-¡Oh! No he querido ser grosero -se disculpó-. Estaba pensando en algo y me has interrumpido.

Pippa inmediatamente se mostró encantada:

-Ya sé que hablo mucho. Todos me lo dicen. Pero es que hay tantas cosas que decir... ¿No estás de acuerdo?

Robin negó con la cabeza.

-No del todo.

Guinevere, que iba justo detrás de los niños, oyó el comentario y, sin pretenderlo, miró a su acompañante, que de nuevo mostraba una expresión cálida y alegre, con las arrugas muy marcadas alrededor de los ojos.

-¿Esta pequeña nació hablando? -comentó Hugh con su voz grave y melodiosa y conteniendo la risa.

-Desde luego, nació sonriendo -contestó Guinevere, sin poder evitar mostrarse un poco alegre-. Tiene un carácter muy risueño.

Un hombre mayor, que llevaba un atuendo de pieles, lo cual indicaba su condición de erudito, y con las cintas de su sombrero negro bien atadas bajo la barbilla puntiaguda, se aproximó a ellos a toda prisa.

-Querida, querida, quería ser uno de los primeros en felicitar a Pen, pero el señor Grice me ha entretenido en la capilla hablando sobre la redacción de un texto devoto y ahora seré prácticamente el último en hacerlo -murmuró-. No querría que la niña pensara que soy un irresponsable.

-Estoy segura de que no lo piensa, maese Howard -lo tranquilizó Guinevere-. Lord Hugh, permítame que le presente a maese Howard. Es el tutor de las niñas. Y también lo fue mío. -Cuando sus miradas se cruzaron, a Guinevere le brillaron los ojos-. Imagino que querrá hablar con él en el transcurso de su... -Guinevere dudó un segundo y frunció el ceño, como si buscara la palabra correcta-. Su...

-Mi investigación -concluyó él en un tono amable-. Creo que es la palabra que estaba usted buscando, lady Guinevere. -Hugh saludó con una amistosa inclinación de cabeza al hombre.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó el tutor-. ¿Qué está investigando, señor?

-No es un asunto adecuado para tratarlo en una celebración como ésta -respondió Hugh en el mismo tono amable mientras se hacía a un lado para permitir que Guinevere entrara en la casa antes que él.

La siguió hasta el salón de la fiesta tras atravesar la abertura en el tabique cincelado que separaba el salón del pasillo.

La larga mesa colocada sobre la tarima estaba cubierta por un mantel blanco de damasco en honor de la ocasión. Los músicos tocaban sobre el estrado una tonada alegre, y unos pajes permanecían de pie detrás de las sillas de los familiares y los invitados con una servilleta blanca y una jarra de vino para llenar las copas que aquella tarde adornaban la mesa en vez de los habituales cuernos.

Los sirvientes salían a paso rápido de la cocina con las bandejas de humeante carne asada, y en la mesa de trinchar, a un lado de la sala, un cocinero cortaba en rodajas la carne y la ponía en el plato que le presentaba un sirviente. El sabroso jugo se deslizaba hasta el canalito que bordeaba la mesa y caía luego en un cuenco.

En el centro de la mesa instalada debajo de la tarima y en perpendicular a ella, había un enorme salero. Los miembros de la casa ocupaban cada uno su sitio de costumbre, situándose los de menor rango en el extremo opuesto a la mesa principal.

Guinevere se dirigió al centro de la mesa superior e invitó a lord Hugh a que se sentara a su derecha.

Pen, por ser la hija mayor de la casa, se disponía a sentarse a la izquierda de su madre cuando comprendió que, entonces, solamente le quedaría espacio libre al otro lado.

Pippa esperaría ocupar aquel asiento. Siempre lo hacía y, en un cumpleaños, se trataba de un asiento importante. Pen miró a su hermana. Luego, miró a Robin. Sabía que no podía reemplazar a su hermana por Robin, aunque fuera su cumpleaños. Pippa se sentiría muy ofendida y no lo entendería.

-Robin, por favor, siéntate a mi izquierda -acudió en su ayuda Guinevere, comprendiendo de inmediato la situación-. Pen, no te importa cederle tu sitio a nuestro invitado, ¿verdad? Puedes sentarte entre Robin y Pippa.

Fue una manera de resolver el dilema de Pen y, de paso, separaría a Hugh y a Robin de la proximidad de la charla de Pippa. Momentáneamente, Pippa se mostró desconsolada al verse distanciada de la novedosa compañía del chico, pero se trataba del cumpleaños de su hermana y no protestó.

Tomaron asiento y los demás invitados hicieron lo mismo. El ruido de los cuchillos y el murmullo de las voces ahogó pronto el sonido de la música. Guinevere se fijó en las manos de su invitado y vio que estaban cuidadas y bien hechas. No tenían nada de aristócrata decadente aquellos gruesos nudillos, las fuertes muñecas y los largos dedos. Llevaba un anillo de sello, de oro y con un enorme zafiro muy brillante. Esa sortija y un rubí en la visera de su sombrero de terciopelo negro eran los únicos adornos que lucía. Su magnífica vestimenta no necesitaba joyas para resaltar. Guinevere tuvo la sensación de que se sentía incómodo con aquellas prendas o que, al menos, las llevaba con menos agrado que su habitual atuendo militar de montar a caballo.

-¿Le interesa algo? -preguntó él, en un tono burlón y con una ceja levantada-. Me siento halagado. -Volvía a ser el Hugh de Beaucaire que no ocultaba su hostilidad hacia ella.

-Pues no tiene por qué -replicó ella, y levantó su copa. Era un vino tinto de Aquitania. Guinevere miró a su compañero, esperando a que él también bebiera de su copa. Pero Hugh tomó la de Guinevere en cuanto ella la dejó encima de la mesa y bebió deliberadamente.

Cuando el paje que tenía detrás se inclinó para servirle la carne en el plato, Hugh le indicó con la mano que se apartara.

Guinevere lo miró fijamente, desconcertada. Hugh le dedicó una sonrisa fría y desagradable y tomó otro sorbo de vino.

-Bebemos de una sola copa, señora, y comemos de un solo plato.

-¿A qué se refiere?

Empujó la copa hacia ella y, mirándola a los ojos, dijo:

-Los hombres que están con usted mueren.

3

Guinevere crispó los dedos alrededor del fino pie de la copa. Por un momento tuvo miedo de que el delicado cristal veneciano se le partiera entre los dedos mientras trataba de recobrar la compostura. Tenía que mostrarse indiferente y no parecer vulnerable a los insultos de Hugh. Hizo caso omiso del comentario y le preguntó en un tono sereno:

-¿Qué le parece este vino, señor? -Volvió a llevarse la copa a los labios.

-Tan bueno como todos los de esta zona -contestó él-. Olvidaba que usted heredó unos viñedos en Aquitania de su... -Hugh frunció el ceño, como si estuviera pensando-. Su tercer esposo, ¿no es cierto? -Se inclinó y pinchó con el tenedor un trozo de carne de jabalí asado del plato de Guinevere, con una mirada, en su pálido rostro, tan sarcástica como había sido el tono de su voz.

-Sí, me dejó los viñedos, entre otras propiedades -admitió Guinevere, con calma y mirándolo a los ojos.

-¿Y de qué murió exactamente su tercer esposo? Lo he olvidado. -Hugh masticó el trozo de carne, lo tragó y tomó otro sorbo de la copa de vino.

-La fiebre que mató a tantas personas en Londres, señor, afectó al norte algunos meses más tarde -contestó Guinevere, que, después del día de caza, estaba hambrienta, pero cuyo apetito ya había desaparecido, y la carne de su plato no le parecía buena y suculenta, sino más bien anodina y grasienta, y para ella el vino había adquirido un sabor metálico.

Hugh permaneció un momento en silencio y se reclinó en la silla mientras el paje rellenaba la copa compartida con Guinevere y servía en el plato una cucharada de fritura de chirivías y un montón de salchichas pequeñas.

En efecto, la fiebre había azotado todo el país el año en que lord Kirk supuestamente murió de una enfermedad que lo consumió. Hugh miró de reojo a la viuda.

Guinevere volvió en ese momento la cabeza y sus miradas se cruzaron. Esbozó una fría sonrisa al preguntar, con una ceja ligeramente alzada:

-Señor, ¿se está preguntando si acabé con la vida de mi tercer esposo con la excusa de la epidemia?

Hugh se encogió de hombros, lo que hizo ondularse la seda roja y azul de su traje.

-Estoy aquí para buscar respuestas, señora. -Pinchó una salchicha con el cuchillo y se la llevó a la boca.

-¿Respuestas y no pruebas? -preguntó ella, con una sonrisa tensa, pero con la mirada clara y aparentemente tranquila.

-¿Acaso hay alguna diferencia?

-Creo que sí. -De pronto, a pesar de su desesperación oculta, Guinevere descubrió que empezaba a divertirse con aquella batalla de agudezas y juegos de palabras. Ella siempre se había divertido con los comentarios ingeniosos. Maese Howard entraba en discusiones legales y lógicas como un puro ejercicio mental, pero únicamente su segundo esposo, el padre de las niñas, había disfrutado con el dar y recibir de una discusión de doble filo. Timothy Hadlow había sido un hombre muy poco común, ya que no consideraba indigno perder en una discusión con una mujer-. Las pruebas suelen implicar que se ha cometido alguna infracción. Las respuestas simplemente buscan explicar un enigma. En las muertes de mis esposos no hay enigmas que solucionar. Cada una de ellas tiene una explicación sencilla.

Volvía a tener apetito, así que le indicó a un camarero que le sirviera de una bandeja de becadas. Partió el ave con los dedos y mordisqueó uno de los crujientes muslitos mirando a su rival mientras éste consideraba la respuesta.

Hugh dijo en un tono de voz mesurado:

-Entonces, es cierto que busco pruebas de circunstancias sospechosas en esas cuatro muertes tan convenientes.

Guinevere tomó un sorbo de vino antes de decir:

-Dígame una cosa, lord Hugh, ¿está aquí para encontrar esas pruebas, o para asegurarse de que las encuentra?

Hugh no contestó en seguida, pero luego se enfadó un poco:

-Pone en duda mi honor, señora.

Finalmente lo había herido. Lo sabía por el leve rubor visible bajo el tono bronceado de su piel curtida y por la rigidez de la boca y de las mandíbulas.

-¿En serio? -lo provocó ella en un tono de voz dulce. Dejó el hueso ya limpio y se lamió delicadamente los dedos uno a uno.

Hugh vio atraída su atención de pronto por la punta de la lengua de Guinevere entre los cálidos y rojos labios en contraste con la blancura de los dientes. Pensó que jamás había visto un gesto tan sensual y, por un momento, le desapareció su enfado por el insulto.

-Mamá..., mamá...

La voz aguda de Pippa rompió el tenso silencio que mantenían, y, sin darse cuenta, los dos se relajaron al ser invadida su intimidad.

-¿Qué ocurre? -Guinevere le sonrió a su hija, cuya carita resplandecía de entusiasmo bajo el cabello rubio trenzado.

-¿Puedo pedirle al chico que baile conmigo? Están tocando una gallarda y esta mañana he estado practicando los pasos.

Guinevere se percató del rostro disgustado de Pen y del repentino rubor de Robin al darse cuenta de que estaba tan ocupado en satisfacer su apetito que había descuidado los deberes sociales para con su anfitriona, por no hablar de la oportunidad que acababa de perder.

-Es el cumpleaños de Pen, Pippa. Ella es quien debe abrir el baile -solucionó Guinevere el descuido con discreción.

Robin tosió, se limpió la boca con la servilleta y dijo en un tono de voz ronco, tras levantarse de un salto:

-Lady Pen, ¿me permite...? -Se restregó la mano en el pantalón, por si quedaba algún resto de grasa, antes de extendérsela a Pen a modo de invitación.

Pen se ruborizó un poco, se levantó de su asiento y le dio la mano a Robin. Él la ayudó a bajar de la tarima mientras se oía un fuerte aplauso por parte de los invitados, que se levantaron en parejas para unirse a ellos en el baile.

Pippa se mordió el labio y, esbozando una sonrisa, se unió a los aplausos. Hugh dejó su servilleta a un lado y se levantó.

-Ven, pequeña, enséñame lo bien que has aprendido a bailar la gallarda. -Le ofreció su mano con una cálida y alegre sonrisa y Pippa se levantó de un salto.

-¡Oh! Lo hago muy bien, mi profesor de baile me lo ha dicho. En realidad bailo mejor que Pen -le confió en susurros-. Tengo más ritmo y muevo los pies con más ligereza. Me pregunto si ese chico se dará cuenta.

-Tu hermana baila muy bien. Tendrías que ser muy buena para hacerlo mejor que ella.

-¡Oh! Lo hago mejor -le aseguró Pippa, completamente inconsciente de cualquier desaire y mientras daba saltitos junto a él.

Guinevere apoyó la cabeza contra el respaldo tallado de la silla y cerró los ojos un momento. Se sentía extrañamente agotada, tan cansada como si hubiera participado en alguna especie de lucha. Luego, se incorporó, tomó un sorbo de vino y observó el baile. Pen y Robin parecían muy serios; él estaba pendiente de los pasos, y ella se mordía el

labio inferior, lo que demostraba su concentración. Guinevere pensó, sonriente, que no les sería posible mantener conversación alguna en esas condiciones. Mirando a los chicos, por lo menos se olvidaba en parte de su desesperación y su fatiga.

Pippa daba brincos como si fuera una pequeña mariposa verde revoloteando alrededor de su alta pareja de baile. A pesar de su complexión robusta y de su aspecto de soldado, Hugh de Beaucaire se movía con gracia y no parecía encontrar nada incongruente en su diminuta y exultante pareja de baile. Pippa, a diferencia de su hermana, no paraba de hablar, y Guinevere advirtió que Hugh respondía sólo en algunas ocasiones. Supuso que se trataba de un hombre al que no le gustaba desperdiciar energías en trivialidades. Hugh seguía sonriente y su mirada era cálida y divertida mientras se agachaba una y otra vez para responder a Pippa. De nuevo, Guinevere se preguntó cómo dos personalidades tan diferentes podían convivir en un mismo cuerpo.

Fue consciente del extraño hormigueo que le recorría la piel y de la inesperada ola de calor que le ruborizaba las mejillas. La última vez que se sintió así fue aquella Noche de reyes, cuando quien reina es lord de Misrule y nada está prohibido, en que conoció a Timothy Hadlow. Se miraron y ocurrió el flechazo. Guinevere todavía sentía la mano de Timothy agarrada a la suya cuando la llevó en silencio a aquel cuartito, poco mayor que un armario, donde se tumbaron en el suelo y se revolcaron y se arrancaron la ropa uno a otro en un glorioso estallido de pasión. Aún veía en su mente la viveza de esos ojos de color avellana sonriéndole cuando se subió encima de ella, y mientras se movía dentro de ella, calculando su creciente excitación, hasta el momento en que...

¡Por el amor de Dios! Sintió que se le humedecía la entrepierna, que le latía la sangre en el vientre, que se le encendía la piel, que la sacudía la pasión. Ningún otro hombre ni antes ni después deTimothy le había hecho sentir aquel deseo. Hasta ahora... ¡No, era absurdo! Hugh de Beaucaire era su enemigo y estaba empeñado en condenarla a morir, en robarle a ella y robarles a sus hijas. No era un hombre por el que sentir un deseo apasionado.

El baile terminó y Pippa se apartó de Hugh y echó a correr hacia Robin, gritándole por encima de la música y del murmullo de las voces de la sala:

-¿Me has visto bailar con tu padre, chico? Quiero decir, Robin. ¿No crees que bailo muy bien? ¿Ahora bailarás conmigo? Es un baile campestre. Podemos bailar todos juntos..., tú, Pen y yo.-Los agarró de la mano y los arrastró de nuevo a la pista de baile.

Hugh regresó a la mesa. Muy sonriente, subió con agilidad los escalones de la tarima de dos en dos.

-¡Es un terremoto! -Cuando el camarero retiró la silla de la mesa, se sentó. Tomó la copa y dio un largo trago-. Oírla me da sed.

Guinevere sonrió débilmente, pues la proximidad de Hugh le removió las sensaciones. El cabello le olía un poco a lavanda y a algo de romero cuando Hugh se inclinó a un lado para tomar un trozo de pan de la cesta que había encima de la mesa. Un hombre que se preocupaba de su higiene no era demasiado habitual; sobre todo cuando llevaba tanto tiempo viajando.

Para pensar en otra cosa, Guinevere se reclinó en la silla y le indicó al paje que le dijera al personal de la cocina que llevaran la tarta de cumpleaños.

-Señora, creo que le pediré a Pen que me conceda un baile -gritó maese Howard desde su asiento-. Si es que no le importa bailar con un anciano torpe. -Sonrió mostrando su boca desdentada y asintiendo con la cabeza, con lo que el sombrero negro se le movía como una corneja y la barbita canosa se le agitaba.

-Estará encantada, maese -le aseguró Guinevere, pues sabía que Pen, pensara lo que pensara, se limitaría a mostrarle una sonrisa de respeto a su tutor.

-Y la pequeña Pippa todavía estará más encantada de tener a ese «chico» para sí sola -murmuró Hugh.

Guinevere se rió. Era imposible no responder a su tono alegre.

-No por mucho tiempo. Maese no es tan ágil con sus pies como solía serIo aunque su cerebro sigue estando en plena forma. De todos modos, pronto el pastel atraerá la atención de Pippa.

-¿La madre baila tan bien como sus hijas? -preguntó Hugh-. ¿O tal vez todavía está de luto?

-No he llevado luto por Stephen Mallory -contestó en voz baja-. Y no pretendo hacerlo.

Hugh la miró atentamente, con una curiosa expresión en los ojos. Una de las llamas de las altas velas que se consumían en el centro de la mesa vaciló por una repentina corriente de aire, y fue como si los ojos color púrpura de Guinevere capturaran la llama y la reflejaran sobre Hugh, quien, con lentitud y de una forma deliberada, dijo:

-En ese caso, señora, ¿me permite un baile? -Le ofreció una mano, con una mirada retadora en sus ojos azules.

Casi sin darse cuenta, Guinevere aceptó su mano y se puso de pie con un elegante revuelo de su vestido de terciopelo ámbar. Los diamantes que llevaba sobre el pecho y encima del alto arco del tocado refulgieron con la luz de las antorchas de los candelabros de la pared. La larga capa de seda negra le llegaba hasta los talones y, con los movimientos del baile, se arremolinaba sobre la falda de terciopelo.

Ella le sonrió del mismo modo que lo hiciera antes en la capilla, y Hugh volvió a sentir la sensación desconcertante de perder el equilibrio. Estaba absolutamente convencido de que Guinevere era culpable, de la misión que lo había llevado hasta allí, de su decisión de recuperar lo que le pertenecía; pero en ese momento, ante aquella sonrisa, toda convicción y toda determinación se deshacían como la mantequilla bajo el sol. ¿Era brujería? ¿Intentaba Guinevere hechizarlo igual que había hechizado a sus cuatro esposos? Hugh no podía hacer otra cosa que luchar consigo mismo para mantener las distancias.

-¡Mamá está bailando...! ¡Mira, Pen! ¡Mamá está bailando! -exclamó Pippa desde el otro extremo de la pista, donde bailaba con Robin, que había tenido que cederle su pareja al tutor-. Está bailando con tu padre, chico Robin.

-Ya lo veo. No sé por qué te pones así. Me voy a la mesa. ¿Vienes, o prefieres bailar sola?

Pippa pareció momentáneamente alicaída, pero lo siguió por la pista hacia la mesa.

-Hacía mucho tiempo que no veía bailar a mamá -le confesó Pippa-. Con lord Mallory no bailaba nunca. Ni siquiera por Navidad ni en la Noche de reyes. -Un leve fruncir de ceño unió sus cejas-. Era un hombre asqueroso. Solía gritar y lanzar las cosas por el aire. Todos lo odiaban. En una ocasión oí que Crowder le decía a Greene que lord Mallory era un borracho muy bruto.

Robin, que únicamente sabía que su padre había acudido allí para reclamar sus propiedades, se asombró al oír aquella confidencia de Pippa.

-No deberías escuchar detrás de las puertas. Algún día oirás algo que preferirías no haber oído.

-¡Oh! No lo hago a propósito -le aseguró Pippa-. Es que a veces la gente no sabe que estoy allí.

-¿Cómo es posible? -se extrañó Robin con los ojos muy abiertos-. ¿Me estás diciendo que a veces no hablas?

-¡Eres un maleducado! -se enfadó Pippa-. Me voy a hablar con Greene.

Se bajó de su asiento y se dirigió al lugar donde el jefe de cazadores se encontraba bebiendo de una copa de cuerno y charlando muy animado con el ujier de armas. Greene vio la precipitada llegada de la niña con un gesto de simulada consternación, pero se corrió un poco en el largo banco para hacerle un sitio a su lado.

Ella puso un codo encima de la mesa y apoyó la barbilla en la palma de la mano, mirándolo muy seria.

-¿De qué hablabais?

-De nada que pueda interesarte, pequeña -contestó Greene.

-Pero parecía muy importante -insistió Pippa.

-Sí, y lo es -reconoció él, y le dio un largo trago a su copa. Greene le guiñó un ojo al ujier y éste sonrió. Pippa era la favorita de todos, pero no podía formar parte de su anterior conversación. Habían estado hablando de lord Hugh de Beaucaire y de sus hombres. El ujier estaba en la corte cuando Hugh de Beaucaire anunció su misión, y Greene estuvo presente cuando el primer encuentro en el bosque durante la caza. A pesar de que ninguno de los dos sabía exactamente lo que ocurría, ambos miembros veteranos al servicio de lady Mallory sabían perfectamente que algo iba mal. Y no les gustaba nada la idea de que hombres armados acamparan al otro lado de las puertas.

-¿Hablabais de la caza? -volvió a la carga Pippa.

-Sí -respondió Greene-. Eso es.

-¿Es cierto que el jabalí atacó al poni de Pen? ¿Y ella se puso a chillar?

-Supongo que sí. ¿Por eso la flecha no alcanzó al jabalí?

Robin, solo en la tarima, empezó a sentirse incómodo y deseaba no haber sido tan maleducado con Pippa cuando un bullicio procedente del pasillo, al otro lado del tabique, y el toque ceremonioso de una trompeta interrumpieron el baile. Una comitiva de personas con antorchas entró en la sala y, en el centro del cortejo, iba el cocinero con una enorme tarta cuadrada, en cuya superficie había una réplica espléndida de la casa de los Mallory, con los jardines, la entrada e incluso los setos con formas de animales. También aparecía un poni en miniatura con una diminuta figura que representaba a Pen cabalgando por el puente para las caballerías, con el río verde y marrón debajo.

Pen, ruborizada y muy contenta, dejó a su pareja de baile y se fue corriendo a la mesa, con maese Howard jadeando detrás.

-¡Oh, señor Gilbert, qué bonito! -exclamó mientras el cocinero depositaba el pastel delante de ella con mucho cuidado-. No puedo cortarlo. No podemos comérnoslo.

-¡Por supuesto que podemos, Pen! -protestó Pippa a su lado-. Sería una lástima si no lo hiciéramos. Es mazapán, señor Gilbert. Me encanta el mazapán.

-Todos lo sabemos a nuestro pesar -comentó Guinevere, medio sonriendo-. Señor Gilbert, es usted un verdadero artista.

El cocinero agradeció las alabanzas y le dio un cuchillo a Pen.

-Córtelo por el centro, señorita Pen. Yo haré el resto.

-Tienes que pedir un deseo... ¡Pide un deseo! -gritó Pippa, que se puso de puntillas para no perderse aquel momento tan mágico-. Tienes que pensar en algo maravilloso. ¡Oh! ¿Por qué no pides un poni nuevo? O... ¿O que se te rice el pelo? ¿O que en la próxima cacería mates al jabalí? O...

-Sé pedir un deseo solita. Gracias -replicó Pen.

-Tienes que cerrar los ojos y desearlo con todas tus fuerzas -la avisó Pippa, que no se había ofendido en absoluto y vigilaba a su hermana con una mirada crítica para asegurarse de que seguía sus instrucciones.

Hugh se echó a reír con ganas, y Guinevere sintió a su lado moverse los hombros masculinos. Pen miró a Robin y éste le señaló:

-Si cortas por aquí no estropearás el dibujo.

Pen asintió con la cabeza y agarró el cuchillo. Lo colocó con cuidado encima del pastel, cerró los ojos con fuerza y lo cortó.

-¿Qué has pedido...? ¿Qué has pedido, Pen?

-No puedo decírtelo. Si te lo digo no se cumplirá -la regañó Pen, que miró luego de reojo a Robin y él, a su vez, le dedicó una sonrisa.

-Bueno, pues espero que fuera algo muy maravilloso -proclamó Pippa-, porque un pastel como éste se merece un deseo muy especial, ¿verdad, mamá?

-Por supuesto que sí -contestó Guinevere-. Pero tú, hija mía, te comerás un trozo muy pequeño. Puedes comerte uno de estos arbolitos de mazapán, pero nada más.

Miró al señor Gilbert, que asintió con un movimiento de cabeza, sonrió y dijo:

-Me aseguraré de ello, señora. -Alzó la tarta y se la llevó para servirla.

-¿Le digo al botillero que traiga el vino del Rin, señora? -preguntó el señor Crowder, apareciendo en la tarima de pronto con su atuendo negro.

-Por supuesto. Yo lo prefiero con un plato dulce. -Guinevere miró a lord Hugh con intención y le dijo en voz baja-: Tal vez no le importaría abrir la botella y servirse usted mismo, señor. De este modo estaría seguro de que no corre peligro alguno.

Hugh, que no había pretendido antes otra cosa que ser sarcástico, contestó en un tono amable y también en voz baja:

-He disfrutado de la intimidad que he compartido con usted, señora. Ha sido un placer añadido a la fiesta, así que ahora no podría soportar tener que beber solo.

Guinevere sintió que se ruborizaba mientras su indignación resurgía con sensaciones tormentosas y contradictorias. Hugh había recogido su guante y, por supuesto, ella no esperaba menos, pero el poco disimulado sarcasmo dejaba al descubierto la confusión en que ella se encontraba y, de pronto, Guinevere decidió permanecer en silencio. ¿Sentiría él lo mismo?, se preguntó sorprendida.

Había percibido la reacción de Hugh cuando la vio entrar en la capilla y sabía qué efectos podían causar su sonrisa y su tono de voz melodioso. Eran las únicas armas de su arsenal, y constituían un arsenal bastante patético comparado con el de Hugh de Beaucaire. Pero, al utilizar esas armas con aquel hombre, ella parecía olvidar por qué las estaba utilizando.

Luego, cuando ambos se tranquilizaban, como había sucedido mientras bailaban, cuando Guinevere bajaba la guardia y era intensamente consciente de que se encontraba ante un hombre cálido, alegre y muy atractivo, la fiera hostilidad y la desconfianza mutuas surgían como un maremoto y arrasaban con todo inicio de acercamiento.

Se limitó a bajar la cabeza, regresó a su asiento y vigiló que Pippa no comiera demasiado mazapán ni tarta. Con mucha ceremonia, el botillero abrió la botella de vino del Rin y llenó solemnemente las copas limpias.

Esta vez, Hugh no tapó su copa. Se reclinó en su silla y contempló el chorro de vino dorado brillando a la luz de las velas al ser vertido en el interior del delicado cristal. En aquella mesa había cristal veneciano suficiente para construir y fortificar un pequeño castillo. Echó un vistazo alrededor de la sala. Los tapices que cubrían las paredes eran suntuosos y sus tonos verdes, azules, carmesíes, dorados y plateados resplandecían con la luz de las antorchas.

Las velas que había encima de la mesa eran de cera y no de sebo, y el aire estaba perfumado con hierbabuena y otras hierbas aromáticas, diseminadas por el suelo de madera.

La corte del rey Enrique era célebre por su ostentación, pues los nobles competían entre sí para demostrar su riqueza y su categoría y se arruinaban decorando sus casas con los mejores adornos. Exhibían sus posesiones con una aparente indiferencia por su

valor, que ellos consideraban añadido a la importancia de su persona. Hugh había visto a más de un noble intentando ocultar su estremecimiento cuando por orden suya se arrojaba al suelo una botella de cristal veneciano de incalculable valor.

Guinevere Mallory probablemente era tan rica como el consejero real, pero la exhibición de lujo que veía Hugh no era ostentación, sino que formaba parte de aquella mujer, era algo que ella aceptaba como natural. No pretendía impresionarlo.

Hugh miró a Robin, que estaba comiendo tarta y mazapán con la dedicación propia del adolescente, siempre creciendo y, por lo tanto, siempre hambriento. Robin heredaría una pequeña propiedad en Kent, la dote de su madre. El propio Hugh, el hijo menor de una familia de varones, no poseía demasiadas cosas. Por sus servicios prestados al rey le habían cedido las tierras de Beaucaire en la Bretaña francesa. Eran unas tierras fértiles, aunque no demasiado extensas. Hugh tenía dinero, pues el rey se mostraba generoso cuando se acordaba de serIo, pero Hugh no había tenido tiempo de hacer mejoras ni en Kent ni en las tierras francesas y, por supuesto, no disponía del dinero necesario para adquirir lo que acompaña a la riqueza, lo que aquella noche estaba viendo a su alrededor. Comparado con lady Guinevere, Hugh de Beaucaire era un pobretón.

Bebió un poco de vino y saboreó su calidad. ¿Cuál de los cuatro esposos habría guardado aquel vino en las bodegas?

-¿Le gusta, lord Hugh?

-Es estupendo. Me preguntaba cuál de sus esposos fue el responsable de esta adquisición. -Sus ojos eran como rendijas azules en el rostro bronceado.

Guinevere dudó un momento antes de contestar:

-Lord Hadlow tenía representantes en Borgoña, en Burdeos y en las regiones vinícolas del Rín. Me instruyó en el tema y yo les compro a esos mismos agentes que le servían a él.

-Pues han elegido bien.

-No, señor, ellos me aconsejaron. Yo fui quien los eligió.

-Comprendo.

Hugh no estaba seguro de si debía creer lo que Guinevere le decía. Las mujeres no entendían mucho de esas cosas, pero tampoco solían redactar sus contratos de matrimonio ni sabían de herencias de tierras ni de ganado ni de otras cosas de sus esposos fallecidos. Se tocó los labios con la punta de los dedos, muy pensativo.

-¿Ninguno de sus esposos tiene familia que pudiera reclamar alguna parte de sus propiedades?

-Señor, me encantaría responder a todas sus preguntas..., o colaborar en su investigación, si prefiere utilizar estos términos. Pero no el día del cumpleaños de mi hija. -Guinevere dijo esto en un tono de voz cortante.

-¿Y más tarde?

-Cuando los niños se hayan acostado, venga usted, si quiere, a mis aposentos y haré todo lo que pueda para que se quede más tranquilo.

-Señora, dudo que eso esté en sus manos.

-Depende de si ha cerrado definitivamente usted su mente a oír la verdad -replicó ella en voz baja.

-Mi mente siempre está dispuesta a conocer la verdad.

Guinevere lo miró directamente a los ojos, con burla por la defensa patética que había hecho Hugh para quedarse en la casa.

-¿Está seguro, lord Hugh?

Se salvó de la necesidad de contestar gracias a un nuevo toque de las trompetas. Pippa se levantó de un salto inmediatamente antes que su hermana.

-¡Pen, es tu procesión! Ya empieza. Chico Robin, tienes que ponerte a su lado porque eres un invitado de honor y a ella le gustas... ¿verdad que sí, Pen? -Tuvo un momento de duda y, acto seguido, continuó-: Y yo iré detrás de vosotros. Mamá vendrá detrás con... -Dudó otra vez y miró a Hugh.

-Yo iré detrás de tu madre -le confirmó él.

-Y todos los demás irán donde les toque -añadió Pippa muy contenta.

La procesión, precedida de trompetas y hombres con antorchas, abandonó la sala, atravesó el patio bajo y salió de la casa. Pasaron por el puente de las caballerías, cruzaron el prado iluminado por las estrellas y regresaron por la rosaleda que rodeaba los muros de la casa.

Cuando volvieron al patio, Guinevere se despidió de sus hijas con un beso y de los sirvientes con una sonrisa de agradecimiento y le entregó una bolsa con dinero al señor Crowder para que lo repartiera como creyera conveniente.

Guinevere alzó la vista y miró a la media luna amarilla, que parecía un gajo de limón colgando en el luminoso cielo nocturno. Le llegaba el olor del humo de la madera y la brea, procedente de los hombres acampados al otro lado de las puertas de la casa. Lentamente se volvió hacia Hugh, que permanecía a su espalda tan inmóvil como ella, y comentó:

-Hace una noche preciosa.

-Sí.

-Es una pena echarla a perder. -Suspiró y, con los dedos de la mano derecha, jugueteó con los anillos que llevaba en la izquierda-. Pero así es como debe ser. Voy a echar un vistazo a las niñas y luego le espero en mi habitación. Se encuentra encima de la entrada norte.

Se volvió sin añadir nada más y Hugh vio su alta y esbelta silueta, con la falda moviéndose elegantemente a su alrededor, cruzar el patio y entrar en la casa. El aroma de su perfume permaneció en el aire, pero Hugh se preguntó si tal vez no se trataba de la fragancia de la rosaleda.

No se dio cuenta de que él también suspiró mientras se dirigía a visitar a sus hombres al otro lado de las puertas.

4

El reloj de la torre de la capilla dio las diez cuando Hugh cruzaba de vuelta el patio. Miró la entrada norte, hacia la ventana que daba al patio. Las contraventanas de madera estaban cerradas y la tenue luz de una vela iluminaba el interior de la habitación. Una sombra cruzó ante la ventana, una sombra alta y esbelta.

Entró en la casa por el portillo de la puerta grande. De las cocinas procedían unos ruidos a la izquierda del pasillo; seguramente, los sirvientes estaban limpiando lo utilizado en la fiesta. Se desvió y entró en la sala del banquete. No quedaba nada de la festividad de la tarde. Habían quitado el mantel de la mesa de la tarima, y los caballetes de la mesa larga estaban doblados y apartados a un lado junto con los bancos. El suelo aparecía completamente limpio y las antorchas se encontraban apagadas, a excepción de dos que iluminaban la escalera en el otro extremo de la sala.

Subió por la escalera y tomó el largo pasillo que conducía hasta la habitación de lady Guinevere. Se detuvo ante la maciza puerta de roble por si oía voces. Probablemente Guinevere se encontraba con su ayudante. Pero no oyó nada, así que levantó la mano y llamó.

-Adelante, lord Hugh.

Hugh alzó el pestillo y abrió. Guinevere estaba sentada ante una mesa sobre la que colgaba un espejito italiano de cristal plateado y con un marco de madera cuidadosamente tallado y pintado. Encima de la mesa había una vela alta y encendida a cada lado del espejo. Las mechas eran perfumadas, de modo que el aire se impregnaba del delicado aroma de la verbena.

Guinevere se levantó, se volvió y le dedicó una sonrisa a Hugh, que permanecía en el umbral.

-Cierre la puerta, por favor.

Hugh echó una mano atrás y empujó la puerta con suavidad hasta cerrarla. Guinevere exhibía de nuevo esa endemoniada sonrisa suya y le brillaban mucho los ojos. Su piel aparecía cremosa y resplandeciente a la luz de las velas, y la boca se veía cálida, carnosa y sensual.

La habitación era amplia y en ella reinaba la quietud, y la única luz provenía de las dos velas. Las paredes estaban forradas de roble claro y el techo lo adornaban molduras doradas. Involuntariamente, Hugh dirigió la mirada hacia la enorme cama, cuyos pilares estaban cincelados con líneas sinuosas. Las colgaduras y la colcha eran un tapiz de un espléndido color turquesa y estaban bordadas con unos enormes soles amarillos. Las almohadas y el embozo de la sábana eran del linón más blanco. La chimenea estaba apagada, pero una jarrita de cobre con caléndulas doradas proporcionaba a la habitación los aromas veraniegos.

-Siéntese si lo desea. -Guinevere le señaló un asiento de madera que había junto a la chimenea.

Pero Hugh se sentó en el alféizar de piedra de la ventana que daba al campo. Su voz sonó tensa, y enmascaraba su tormento interior:

-De modo que Stephen Mallory se cayó por una ventana.

-Sí. Por ésta. -Guinevere señaló la ventana que daba al patio-. Estaba borracho, como le puede corroborar todo el mundo. -Se sentó de nuevo ante el espejo y empezó a quitarse los anillos y a colgarlos de las ramas de una filigrana plateada y con forma de naranjo que había encima de la mesa. No le temblaban las manos.

Hugh se levantó y fue a la ventana opuesta. Se quedó de pie mirando a los adoquines del patio.

-No comprendo cómo puede nadie tropezar en este alféizar. Es muy ancho.

Miró de reojo a la mujer, que seguía sentada ante el espejo. Guinevere encogió sus esbeltos hombros.

-Era un hombre grande y pesado, y entorpecido por el alcohol. -El tono de voz fue indiferente, como si no le importara si Hugh la creía o no.

Abrió una caja plateada que había encima de la mesa, se llevó una mano a la nuca y desabrochó la cadena de la que pendía el diamante que colgaba entre sus pechos. Puso la joya sobre el terciopelo negro del interior de la caja, centelleando a la luz de las velas.

Hugh la miraba fascinado, amparado por la tenue luz de la habitación y con todas sus preguntas detenidas en los labios. Ella aflojó la diadema tachonada de diamantes que llevaba a modo de tocado y la dejó sobre la mesa. Sus movimientos eran lánguidos y deliberados, como si formaran parte de un elaborado ritual en el que cada paso era sagrado.

Desprendió el estuche de los perfumes y el diminuto reloj de la cadena que colgaba de su cintura y los metió en la caja junto al colgante. Se levantó y, muy lentamente, abrió la cadena dorada, se la quitó y la enrolló delicadamente en la palma de su mano.

Él sintió que empezaba a perder el sentido de la realidad, como si el propósito que lo había llevado a aquella habitación perfumada e iluminada por una débil luz se hubiera

convertido en algo irrelevante. Se abrió paso por entre los zarcillos de la red que ella estaba tejiendo y apartó de sí el ensueño de aquel momento.

-¿Qué cree que está haciendo?

La voz de Hugh sonó chirriante en la quietud de la habitación. Lo que no se esperaba era una respuesta literal:

-Es tarde, señor, y me gustaría deshacer el peinado. -Volvió a sentarse junto a la mesa-. No deje que le distraiga de su investigación. -Fijó la vista en el espejo, donde captó la mirada de Hugh a su espalda, y pensó que por un momento lo había conseguido, por un momento había logrado que dejara de preguntarle por la caída de Stephen; pero ¿volvería a la carga?

Agachó la cabeza y se quitó la capucha de seda negra para retirar los largos alfileres dorados que sujetaban su cofia blanca.

Eso fue demasiado para Hugh.

-¡Dios bendito! ¿Dónde está su ayudante?

-En la habitación contigua -contestó ella, señalando una puerta en la pared opuesta-. Creí que preferiría que habláramos en privado. Estoy segura de que querrá hablar también con Tilly. Supuse que no le gustaría que sus palabras se vieran influenciadas por nuestra charla, ¿no es cierto, señor? -Desdobló los pliegues de la cofia y la colocó estirada sobre un taburete a su lado.

Hugh se vio incapaz de objetar nada. Guinevere llevaba el cabello trenzado por detrás de las orejas y recogido en la nuca. Unos pelillos ensortijados se le escapaban de las trenzas por encima de las orejas y le caían con gracia sobre la frente.

Con los mismos movimientos lentos, se fue quitando los alfileres que mantenían las trenzas en su sitio, siempre mirándolo a él por el espejo, mientras le preguntaba, levantando una ceja con un poco de burla:

-¿Había visto antes a alguna mujer deshacerse el peinado, señor?

Esta vez, Hugh sí fue capaz de hablar:

-Hay ocasiones en las que esta intimidad en el dormitorio es adecuada y ocasiones en las que no, señora. Yo considero que ésta no lo es.

Guinevere se rió con suavidad.

-Tal vez sea como usted dice, lord Hugh. Ahora pregúnteme lo que quiera. Supongo que querrá interrogar a los miembros a mi servicio y ellos se verán obligados a contestarle, pero le voy a dar la oportunidad de escucharme.

Las trenzas quedaron sueltas, hasta más abajo de los hombros, y Guinevere se puso a deshacerlas entremetiendo con destreza sus largos dedos en los cabellos, casi blancos de tan pálidos como eran. Sacudió la cabeza y la melena relució al agitarse a su alrededor. Tomó un cepillo con el dorso de marfil y empezó a pasárselo por el pelo.

Hugh no pudo contenerse. Le agarró la muñeca y, reflejados en el espejo, sus dedos curtidos contrastaron con la piel blanca de Guinevere, que entonces aflojó su mano sobre el cepillo. Él se lo quitó y se puso a peinarla, de arriba abajo, con movimientos suaves y rítmicos. Se miraban a través del espejo y permanecieron en silencio varios minutos, un silencio interrumpido sólo por el roce del cepillo y el ocasional chasquido que producía la electricidad estática del cabello.

-Podría usted trabajar como ayudante, señor -rompió Guinevere el silencio, hablando en voz baja y con voz ronca, mientras agachaba la cabeza con cada caricia del cepillo.

-Han pasado muchos años desde la última vez que hice esto con una mujer -confesó Hugh, también en voz baja.

-¿La madre de Robin?

Él asintió con la cabeza.

-Debía de quererla mucho -añadió ella.

Hugh dejó de peinar. Observó el rostro en el espejo y entonces vio el rostro de Sarah, un rostro redondo y lleno de pecas, con nariz respingona y alegres ojos castaños, muy distinto de la belleza escultural del de lady Guinevere.

Nunca había oído bromear a Sarah, tampoco decir un sarcasmo y ni siquiera algo desagradable. No era una mujer instruida, excepto en lo referente a ser amable y buena madre, y a lo único que le habían enseñado era a llevar la casa; pero él la había amado.

Soltó el cepillo y éste produjo un fuerte ruido al caer sobre la mesa. Hugh volvió a ver la habitación donde se encontraba y recordó el motivo de su visita y quién era aquella mujer. Se dio la vuelta y se apartó de ella, de ese rostro embrujador y precioso, de esos ojos brillantes e inteligentes.

-De modo que Stephen Mallory cayó por esta ventana. ¿Dónde se encontraba usted cuando ocurrió?

Guinevere se giró lentamente en su silla y le vio alejarse de ella. ¿Qué era lo que había roto la conexión entre los dos? Había sido tan fuerte, tan real... Pero ahora él la miraba con el antiguo antagonismo y con una verdadera y personal hostilidad.

-En el excusado -respondió lentamente, consciente de que tenía húmedas las palmas de las manos y de que su serenidad era ya sólo pura fachada.

-¿No le vio caer?

-No.

Guinevere casi había llegado a creérselo, pero al mentir se le crispó el pie igual que cuando Stephen la atacó. Le escocía el tobillo como después de que Stephen tropezara con él. Tuvo que esforzarse para no agacharse a frotárselo.

-¿Le vio alguien caerse?

Guinevere negó con la cabeza.

-Por lo que sé, no. Los hombres de las antorchas acudieron a toda prisa al oírle gritar, pero ya se encontraba en el suelo cuando llegaron.

-¿Estaba borracho?

-Stephen siempre estaba borracho, muy borracho. -Lo dijo con naturalidad, pero no pudo ocultar la amargura en su tono de voz.

-¿Por eso no ha llevado luto por él?

-Entre otras razones. -Volvió a mirarlo por el espejo, al tiempo que dejaba descansar las manos en el regazo, porque le resultaba más llevadero que mirarlo directamente.

-¿Y qué me dice de sus otros esposos? ¿Llevó luto por ellos, o tampoco le merecieron ese respeto?

-¿Considera que mis sentimientos hacia mis esposos son relevantes para su investigación, señor?

-Estoy investigando las circunstancias de las muertes. Sus sentimientos pueden proporcionar el motivo -expuso en un tono de voz carente de emoción y con los hombros apoyados en la pared que había detrás de Guinevere y las manos en los bolsillos de la ropa. Hugh volvía a ser dueño de sí mismo y mostraba una expresión fría y tensa.

-El motivo de lo que usted pretende demostrar -señaló Guinevere-. Si descubre que no amé a mis esposos lo suficiente, eso supondrá un motivo y no tendrá que seguir investigando. ¿Así es como usted y sus jefes razonan, señor?

-Dudo mucho que sus motivos fueran tan simples como eso del poco amor, señora. Imagino que fueron más materialistas.

-Lo dice como si mi culpabilidad fuera un hecho. Todavía no hemos hablado de la muerte de dos de mis esposos. -Guinevere hablaba en un tono de voz tan dulce como el

mazapán de la tarta de cumpleaños de Pen, pero su mirada era fría y dura-. ¿No le gustaría preguntarme acerca de esas muertes, o es que no merece la pena indagar sobre mis motivos porque ya ha tomado una decisión? -Permanecía de espaldas a Hugh y con las manos en el regazo.

-Seré justo y escucharé lo que usted tenga que decir.

Guinevere negó con la cabeza.

-Sé cómo son las cosas, señor. Si el consejero real quiere considerarme culpable por su propio beneficio lo hará. Ya supongo que usted no es más que su instrumento...

Guinevere había dado en el clavo. Con los ojos encendidos, Hugh se apartó de la pared. Por un momento, ella pensó que iba a agredirla, pero Hugh, con grandes pasos, fue hasta la ventana que daba al patio, puso un pie en el alféizar, apoyó un brazo en la rodilla y habló con tranquila frialdad:

-Vaya con cuidado, señora. Lo que dice es traición. Esas afirmaciones sobre el consejero real impugnan al rey mismo. Si llegaran a oídos de lord Cromwell, pediría su cabeza.

Guinevere se encogió de hombros.

-Si él quiere hacerlo, señor, ya encontrará algún pretexto. -Se giró a un lado de la silla y lo miró directamente a los ojos-. De todas formas, sólo hay una forma de que se entere el consejero real. Únicamente me ha oído una persona. ¿Va a chivarse usted, Hugh de Beaucaire?

De algún modo, Guinevere había llegado a olvidar, debido a la estimulante satisfacción de vencerlo, que lo que ella pretendía con este encuentro era turbar a su adversario a base de encanto, hacer confusas sus reacciones para con ella. Y en un principio había actuado en esa dirección; pero, una vez más, el antagonismo había terminado por truncar la frágil armonía. Sólo que a ella eso ya no le importaba, pues la ira podía causar tanta turbación como la sensualidad tentadora.

Pero Hugh no estaba dispuesto a dejarse tentar otra vez. Con un regocijo burlón, comentó:

-Tiene usted una lengua viperina, señora. Yo diría que con el veneno suficiente para aniquilar el amor propio de cualquier esposo. No obstante, si acepta un consejo, cuando la interroguen en Londres, será mejor que no utilice ese veneno. No le beneficiará en nada, se lo aseguro.

-¿Acerca de qué me van a interrogar? -preguntó Guinevere, esforzándose por mantener su simulada indiferencia a pesar del miedo que le recorrió la espina dorsal ante la mención de ese viaje que tenía pendiente si no encontraba algún medio de evitarlo. Estaban muy bien los juegos de palabras y la alegría de acertar con un dardo bien lanzado, pero eso no dejaba de ser un triunfo inútil y pueril frente al verdadero peligro que la esperaba.

-Eso lo decidirán ellos.

-¿Y quién está interesado en interrogarme?

-El rey es uno. El obispo de Winchester es otro. Y el consejero real, otro.

Guinevere se rió por lo bajo y sin ganas.

-¡Por el amor de Dios! ¡Cuánta distinción y cuánto interés augusto por una simple viuda de las regiones salvajes del norte!

-Una viuda muy rica -puntualizó Hugh en voz baja-. Una mujer que ha enviudado en cuatro ocasiones, y que ha enviudado con mucho provecho.

-Y usted viene de parte del consejero real -repitió Guinevere, esta vez con una amargura imbuida de desesperación y temor-. ¿Se encuentra aquí para encontrar las pruebas que apoyen los hechos que a usted le convienen? ¿Cree que conseguirá los derechos de mis tierras por estos medios? ¡Dios mío! ¿Es tanta su codicia que sería

capaz de inventarse acusaciones falsas contra mí y condenarme a morir para conseguir una tierra que no le pertenece?

Desapareció el regocijo burlón y ahora el semblante de Hugh mostró una expresión hosca.

-Mi hijo tiene derechos legítimos sobre esas tierras. Si usted es inocente de la muerte de sus esposos, demostraré su inocencia. Pero, si usted es culpable, créame que descubriré su culpabilidad.

-Usted me considerará culpable porque le interesa que así sea -insistió ella, en su mismo tono de voz bajo y furioso-. ¿Cree que no sé qué clase de hombre es, Hugh de Beaucaire?

Una fría brisa, procedente de los montes de Derbyshire, hizo vacilar la llama de una de las velas. Guinevere se inclinó y puso una mano delante de la llama para que no se apagara. Le temblaban ligeramente los dedos.

-Lord Hadlow murió con una flecha que no estaba marcada -dijo Hugh tras un breve silencio-. ¿Puede explicar esa circunstancia, señora?

Guinevere siguió protegiendo con la mano la llama de la vela.

-Había campesinos que cazaban por los bosques aquel día. El primer miércoles de cada mes, Tim... -Se le quebró la voz. Luego, prosiguió-: Lord Hadlow permitía ese día que sus arrendatarios se llevaran a casa todo lo que cazaban. Él, Greene y yo supimos que uno de ellos disparó una flecha por error. Nadie hubiera matado a propósito a lord Hadlow. Todos los arrendatarios lo querían mucho. Pero, cuando dos días después murió, no se había presentado ninguno. Supongo que coincidirá conmigo, lord Hugh, en que la justicia es implacable.

Era cierto que el castigo por matar a un dueño y señor, fuera o no intencionadamente, era despiadado. Pero a Hugh la explicación le pareció demasiado simple, demasiado sencilla para creerla sin una corroboración. Tendría que ir a las tierras de Hadlow y preguntar a los propios arrendatarios.

-Mi primer esposo se cayó del caballo durante una caza de venado -prosiguió Guinevere en un tono inexpresivo-. Dudo que estuviera sobrio cuando ocurrió. Yo aquel día estaba en cama. Había dado a luz un niño que nació muerto -añadió sin inflexión alguna-. Supongo que ni siquiera el consejero real podría cargarme también esa muerte, a menos que, por supuesto, me acusen de brujería.

Como Hugh permaneció en silencio, en seguida Guinevere se giró del todo en su silla y lo miró aterrorizada.

-¿También me acusarán de eso, señor?

-El obispo de Winchester está interesado en hablar de esos temas con usted.

Hugh vio el miedo en la mirada de Guinevere y, a pesar de su hostilidad, sintió lástima de ella. Había pocas acusaciones más difíciles de refutar que ésa y pocos delitos que se castigaran con tanta severidad.

-Comprendo -dijo ella en voz baja y se volvió de espaldas de nuevo-. Parece que el asesinato no es suficiente. -Alzó las manos de su regazo y volvió a dejarlas caer-. Buenas noches, Hugh de Beaucaire. No tengo nada más que añadir.

-Si es inocente lo descubriré -repitió él. Guinevere no dijo nada más y se limitó a permanecer inmóvil en su silla frente al espejo, así que Hugh dio media vuelta y abandonó la habitación.

Guinevere se cubrió la cara con las manos y, luego, por entre los dedos miró fijamente su imagen en el espejo, como si pudiera perderse en ella. ¿Cómo iba a luchar contra ellos?

Acto seguido, levantó la cabeza y se puso de pie lentamente. Lucharía contra ellos. Encontraría el modo de hacerlo.

En ese momento se abrió la puerta que daba a la habitación contigua y entró Tilly. Iba en camisón.

-Querida, creí que jamás terminaríais. Menudas ganas de hablar a estas horas de la noche. Venga, que te ayudo a desvestirte.

Guinevere se dejó hacer por las diestras manos de Tilly antes de meterse en la cama.

-Tráeme una taza de hipocrás, Tilly. Si no, no dormiré.

-¿Qué es lo que quieren? -La mirada de Tilly era clara, a pesar de su edad-. Esos hombres armados en la puerta... Ese Hugh de Beaucaire... ¿Qué buscan, querida?

-Quieren demostrar que mis esposos murieron prematuramente porque yo los maté -respondió Guinevere, encogiéndose de hombros.

Tilly pareció dudar un segundo, pero fue rotunda al decir:

-¡Qué tontería! Ahora mismo te traigo esa taza.

Se fue a toda prisa a hacer el recado, aunque con el ceño fruncido de preocupación. Sin duda alguna, perder a cuatro esposos accidentalmente suponía una situación embarazosa. Era ridículo imaginar que lady Guinevere hubiera tenido algo que ver con aquellas muertes, pero de todas formas resultaba extraño. Y pocos hombres se merecían la muerte tanto como lord Stephen. No había seguramente un solo miembro al servicio de lady Guinevere que no se hubiera alegrado en su interior de la muerte de aquel tirano borracho y violento. Y nadie que hubiera servido a lady Guinevere desde que era una niña le haría demasiadas preguntas sobre lo que ocurrió aquel día en su habitación.

Hugh se dirigió pensativo a la habitación de los invitados del ala oeste. La casa estaba silenciosa, pero cuando se detuvo ante una ventana del pasillo para mirar al patio vio el resplandor de las antorchas en los dos extremos del patio. La noche en que murió Stephen Mallory debía de haber hombres con antorchas en esas mismas posiciones. Según Guinevere fueron los primeros que vieron el cuerpo de Mallory. Las ventanas de la habitación se encontraban abiertas aquella noche y estarían bien iluminadas por la luz de las velas.

Un impulso le hizo volver sobre sus pasos y atravesar de nuevo la sala del banquete. Cruzó el patio hasta donde se encontraba el hombre de la antorcha de la esquina más al sur. El hombre se sobresaltó. Se puso firme y se cuadró.

-¿Puedo ayudarle en algo, señor?

Hugh negó con la cabeza.

-No, gracias. Descanse.

De espaldas a la pared miró hacia la ventana de la habitación que había encima de la entrada. Las contraventanas seguían abiertas y la luz de las velas iluminaba el interior de la habitación. Si hubiera habido alguien junto a la ventana, el hombre de la antorcha de aquella esquina lo vería.

Fue luego a la esquina noroeste, y el vigilante de allí lo miró absolutamente perplejo. La habitación de Guinevere quedaba justo encima del lugar que ocupaba el hombre, por lo que no se veía la ventana, pero alejándose del muro sólo unos pasos sí se veía perfectamente. El hombre de la antorcha habría ido corriendo hasta el cuerpo tumbado en el suelo, miraría hacia arriba desde allí y vería perfectamente la ventana. Mientras Hugh permanecía pensativo con el ceño fruncido, la luz de la habitación de Guinevere desapareció.

Tras despedirse del vigilante, Hugh regresó a la casa y se dirigió al ala oeste.

En la habitación de los invitados había una vela encendida sobre el manto encima de la chimenea. Robin estaba dormido en la cama auxiliar a los pies de la cama grande, pero al entrar su padre se removió y se dio la vuelta.

-¿Es usted, señor?

-Sí. -Hugh se inclinó y le revolvió el pelo-. Vuelve a dormirte, hijo.

-¿Dónde estaba? -Robin junto los brazos por detrás de la cabeza-. Le esperé, pero me he quedado dormido.

-He hablado con Jack y luego con lady Mallory.

-¡Oh! Yo estuve buscando algo para regalarle por su cumpleaños a Pen. He pensado que tal vez esto sirva. -Se incorporó, metió la mano debajo de la almohada y sacó un pañuelo de seda de tonos verdes y dorados-. Es el que usted me trajo de España, pero he pensado que si no le importa... -Miraba nervioso a su padre.

Hugh se echó a reír.

-Claro que no. Creo que servirá. Le quedará muy bien a Pen.

-Sí, los colores harán juego con sus ojos -aseguró Robin, en un tono de voz algo soñador.

El primer amor, pensó Hugh, jamás resultaba fácil, pero en aquellas circunstancias estaba destinado a ser un verdadero infierno.

-Entonces ¿te has divertido en la fiesta? -Se quitó el traje y lo colgó en el ropero.

-Sí, pero esa Pippa... -Robin puso los ojos en blanco.

Hugh volvió a reírse.

-Sí, una cotorra. Pero es muy dulce.

-Habla demasiado. Y no tiene en cuenta lo que dice. Me dijo que su padrastro era un bestia que siempre se emborrachaba, que se lo oyó decir a los sirvientes. Debería andarse con cuidado antes de contar esas cosas, sobre todo a un extraño -concluyó Robin desde la superioridad de sus doce años.

-Dudo que Pippa considere a nadie un extraño -observó Hugh mientras se desataba el jubón-. ¿Cuál de sus dos padrastros era el borracho? ¿Te lo dijo?

-¡Oh, sí! Lord Mallory. Solía tirar cosas y gritar. Dijo que todos lo odiaban. -Bostezó y se tapó de nuevo con la ropa de cama-. ¿Cuánto tiempo nos quedaremos?

-Unos días.

-¿Sólo unos días? -Robin no pudo ocultar su decepción.

Hugh no contestó. No estaba preparado para decirle a Robin que lady Mallory y sus hijas los acompañarían hasta Londres. Era Guinevere la que debía explicárselo a sus hijas y a los sirvientes cuando ella lo considerara oportuno. Durante cuánto tiempo podrían ocultarles a los niños el motivo del viaje no lo sabía, pero no iba a ser él quien lo revelara.

Se quitó las medias y la camisa y se metió desnudo en la cama. Las sábanas frías y limpias le resultaron muy suaves al contacto con la piel. Hacia muchas semanas que no dormía en una cama. Cerró los ojos y la imagen de Guinevere se le coló de rondón en el pensamiento, su rostro expresivo, su figura elegante, su agudo ingenio. Sintió el tacto de la melena entre las manos mientras la peinaba, con ese tono rubio tan pálido resplandeciendo a la luz de las velas, y vio la hendidura entre los pechos, con la blanca suavidad de la piel resaltando bajo la camisa, que asomaba por encima del cuello del vestido.

Y el cuerpo de Hugh se estremeció como no le ocurría desde hacía muchos meses. Tuvo la sensación de que las sábanas estaban impregnadas del olor de esa mujer, que estaban calentadas por la piel de esa mujer. Casi la sentía tumbada a su lado, todas las redondeces de ese cuerpo al alcance de la mano.

¿Habría embrujado a sus cuatro esposos? Pero Hugh recordó el terror en su mirada al mencionar la palabra brujería, cómo se le había ensombrecido el rostro, despojado de todo color. Era la primera vez que veía miedo en ella, traspasando su frío coraje hasta la desesperación oculta bajo la aparente serenidad, bajo el veloz antagonismo con que respondía a las pullas de Hugh con una suya.

Por supuesto, Guinevere sabía el peligro que corría. Se puso de lado y se tapó hasta las orejas. Si Guinevere Mallory se había hecho su propia cama, que se acostara en ella.

5

-Esto pinta mal, señor Crowder -opinó Tilly mientras tamizaba el agua de cebada de una cacerola llena sobre una jarra de barro-. ¿Qué tienen que ver esos tipos de Londres con gente como nosotros? Andan preguntando y fisgoneando por ahí. Ese tal Jack está en las cocinas preguntando de todo sobre lord Mallory, qué clase de hombre era.

Crowder estaba contando los cubiertos de plata utilizados en la fiesta de Pen y los iba colocando en el enorme arcón donde se guardaban mientras no hubiera celebraciones solemnes.

-Y yo diría que le están calentando la cabeza -comentó-. ¡Adiós y buen viaje! Eso es lo que yo digo.

-Sí, pero será mejor que no lo diga muy alto -le aconsejó Greene desde el otro extremo de la larga mesa, donde se encontraba destripando conejos para deleite de los halcones en las caballerizas.

-¿Qué quiere decir eso? -Tilly, visiblemente molesta, levantó bruscamente su cabeza enfundada en una cofia blanca.

-Ya sabe lo que significa, señora Tilly -dijo Crowder, que sostenía un cucharón en lo alto, junto a la luz, por si tenía manchas-. Cuatro esposos son muchos en sólo doce años. No es normal.

-No estará insinuando...

-No, no, por supuesto que no. Usted sabe muy bien que trabajé para el padre de lady Guinevere y para su tío después, igual que usted y que Greene. Conozco a la señora desde que era un bebé. Sería incapaz de matar una mosca.

-A menos que esa mosca estuviera a punto de hacerle daño a una de sus hijas... -murmuró Greene-. A veces le he visto cara de querer asesinarlo cuando lord Mallory les levantaba la mano a las niñas.

-Si les hubiera puesto la mano encima yo misma le hubiera golpeado con una sartén -aseguró Tilly, dando un golpe con la jarra llena de agua de cebada al dejarla sobre una repisa-. Ya era suficiente con lo que le hacía a la pobre señora cuando estaba borracho. Algunas veces, cuando yo la veía por la mañana, le hubiera echado veneno para ratas en la cerveza de haber tenido ocasión.

-¿A quién habría envenenado, señora Tilly? -preguntó una voz jovial desde la puerta que separaba la despensa de la bodega.

Jack Stedman, el lugarteniente de lord Hugh, observaba los presentes en la despensa con un aire engañosamente benévolo.

-No le interesa para nada, señor -le espetó Tilly, que se había puesto colorada-. Sería mejor que usted y sus hombres regresaran a su lugar de origen y dejaran a las personas respetables en paz.

-Pero estamos cumpliendo órdenes del rey -arguyó Jack mientras entraba del todo en la habitación. Plantó su corpachón delante del hogar, con un pie sobre el caballete de hierro y contemplando con cordialidad a sus acompañantes-. Son los deseos del rey.

-¿Y qué tiene que ver el rey con nuestra señora? -le preguntó Greene.

Jack se encogió de hombros.

-Eso no lo sé. Yo sólo hago lo que me pide mi señor. Y le interesa mucho hablar de venenos y cosas así.

-¡Oh, no haga caso de una vieja loca! -exclamó Crowder-. La señora Tilly hace tiempo que no sabe lo que dice. ¿No es cierto, Greene?

-Sí -aseguró Greene mientras llenaba un cazo con las tripas sanguinolentas-. La pobre parece que tiene un leño en la cabeza. -Le guiñó un ojo a Tilly y empujó un poco a Jack al salir de la despensa.

-No me lo creo, señora Tilly. -Jack le sonrió abiertamente.

-Normalmente no sé lo que me digo -confirmó Tilly, y recogió la jarra de agua de cebada-. Ahora quítese de mi camino. La señora me está esperando.

Jack se hizo a un lado para que Tilly saliera. Luego se aproximó a la mesa, donde Crowder seguía ocupado con la cubertería de plata.

-Esto vale un dineral -aseguró-. En las mesas del palacio real de Hampton no tienen una cubertería como ésta.

Crowder subió fugazmente la vista.

-¿Me está diciendo que se ha sentado en la mesa del rey? -le preguntó con desdén.

-Mi señor sí. Yo he visto lo que he visto.

Como el mayordomo permanecía en silencio, poco después Jack añadió, en un tono intrascendente:

-¿Y usted qué ha visto, señor Crowder? Por lo que he oído, ese lord Mallory era un bestia. ¿Qué decían acerca de un veneno para ratas?

-Para las ratas del patio de la cocina -contestó Crowder-. Estamos invadidos. Los perros y los gatos no pueden con tantas.

-¿Y creen ustedes que envenenándoles la cerveza se solucionará el problema? -Soltó una carcajada sonora-. Jamás he oído hablar de una cerveza raticida. Pero, por lo que dice la gente, aquí ocurren cosas muy extrañas. -Miró al mayordomo con malicia.

-¿Eso cree, señor Stedman? -Crowder cerró el arcón con la llave que colgaba de su cuello y miró a Jack con franca antipatía-. Mire, no nos gustan los fisgones, aunque vengan de parte del rey. -Se sacudió la piel de zorro que ribeteaba su traje, con un gesto melindroso, como si quitara algo desagradable, y salió de la despensa.

Jack se quedó mirando pensativo. Si no tenían nada que ocultar, ¿por qué actuaban de aquel modo?

Tilly, con la jarra llena de agua de cebada que Guinevere utilizaba como tónico para el cutis, salió murmurando de la despensa y se dio de frente con lord Hugh, que se encontraba de pie, con las manos hundidas en los bolsillos de su traje corto de terciopelo gris y adornado de marta, mirando con aire distraído el pequeño patio que comunicaba las cocinas con la bodega y la despensa. Por su actitud despreocupada, nadie hubiera dicho que tenía sus razones para estar allí. Cualquiera podía enterarse de muchos detalles interesantes simplemente paseando por las zonas donde los miembros del servicio charlaban libremente unos con otros. La conversación que acababa de oír en la despensa era uno de estos casos. La reacción de los sirvientes al aparecer Jack había sido particularmente reveladora.

-Buenos días, señora Tilly. -Saludó a la mujer con una sonrisa-. ¿Podría dedicarme un minuto?

Tilly parecía nerviosa. Se colocó la jarra en la cadera y se secó la frente con la otra mano.

Lady Guinevere les había indicado a los miembros del servicio que cooperaran con lord Hugh y sus hombres si les formulaban preguntas, pero Tilly se sintió muy inquieta ante aquella mirada de ojos azules y aparentemente amables.

Hugh, todavía sonriente, agregó:

-Me preguntaba si alguien vio caer a lord Mallory de la ventana. Tengo entendido que en aquel momento usted no se encontraba en la habitación con lady Guinevere.

Tilly intentó ir más allá de la pregunta. ¿A qué se refería?

-¿Quién le ha dicho eso? -preguntó en un tono más bien agresivo. Hugh se encogió de hombros.

-Nadie -contestó muy tranquilo-. Supuse que lady Guinevere se encontraba a solas con su esposo.

-No sé por qué razón tiene que pensar eso, señor. Soy su ayudante. Siempre atiendo a la señora cuando se retira por la noche. -Apartó su vista de la intensa mirada de lord Hugh.

-Comprendo. Entonces ¿se encontraba allí cuando lord Mallory se cayó? Tengo entendido que lady Guinevere estaba en el excusado.

-Sí, es verdad -contestó, aliviada de poder confirmar eso. Ella la había visto salir de allí después de que se cayera el señor-. Estaba en el excusado. -Asintió con fuerza para dar énfasis.

-Y usted se encontraba en la habitación... ¿tal vez guardando la ropa de la señora? -Levantó una ceja de un modo inquisitivo-. Tal vez estaba atareada en el ropero... de espaldas a la ventana...

-Sí.

No era una mentira dejar que creyera algo que no era cierto. En realidad, ella no había dicho que se encontrara en la habitación cuando ocurrió aquello, pero, desde luego, parecía más oportuno si lord Hugh creía que la señora no se encontraba a solas con su esposo.

-Es extraño -murmuró lord Hugh-. Cuando hablé con lady Guinevere acerca de aquella tarde, ella no mencionó que usted se encontrara allí. -Miró atentamente a Tilly.

-Tal vez se le olvidó. Ella estaba en el excusado.

-Sí, en eso sí que han coincidido. Bueno, muchas gracias señora Tilly. No quiero entretenerla.

Tilly hizo una reverencia de cortesía y se marchó a toda prisa. El corazón le latía muy deprisa. Casi podía notar la mirada de lord Hugh en su espalda, perforándola como si quisiera sonsacarle la verdad. Ella no había hecho nada malo, se dijo. Pero era mejor para todos que creyeran que la señora no se encontraba sola cuando ocurrió el accidente.

Hugh se dio la vuelta al oír a su espalda el sonido de unas botas sobre los adoquines. Jack Stedman, que salía de la despensa, dio una palmada como si hubiera realizado un buen trabajo.

-Bueno, ese lord Mallory parece ser que era una buena joya -comentó-. Los miembros del servicio dicen que solía maltratar a la señora. Nadie derramó una sola lágrima cuando murió.

-Eso parece.

-Pero hay algo más, algo que no dicen, señor. Estoy seguro.

-Unos hablan poco y otros hablan demasiado -sentenció Hugh, pensativo-. Me gustaría que hablaras con los hombres de las antorchas que estaban de guardia en el

patio la noche en que murió Mallory. Pregúntales lo que estaban haciendo antes de que su señor se cayera por la ventana. ¿Vigilaban, o echaban una cabezadita apoyados en el muro? ¿Miraron a la ventana de la habitación de la señora? ¿Había luz allí? A ver si consigues que recuerden exactamente lo que vieron. Y luego habla con sus compañeros y con los mozos de cuadra. Duermen todos en el mismo sitio y es probable que hubiera comentarios, chismorreos..., conjeturas. A ver qué consigues.

-Muy bien, señor. -Jack saludó y se fue deprisa del patio.

Hugh cruzó el patio superior hacia la puerta del ala sur, que daba a los jardines que rodeaban los altos muros almenados de la casa. Estaban muy bien cuidados y unos senderos de grava se abrían paso entre los lechos de flores y bajo los enrejados cubiertos de rosas. Justo al borde de los jardines, el terreno descendía hacia las márgenes del río Wye y los fértiles prados verdes.

Se quedó allí, contemplando el verdor de aquellos campos. Hasta donde alcanzaba la vista, todo era propiedad de Mallory, y más allá del valle estarían las tierras ricas en plomo entre Great Longstone y Wardlow, unas tierras que pertenecían a Robin por derecho de nacimiento.

Él no era abogado, pero los abogados con los que había consultado en Londres coincidían en que el contrato de matrimonio entre Guinevere y Roger Needham y su apéndice, donde él le cedía a ella el título de propiedad de la tierra disputada, eran inequívocos siempre y cuando las tierras hubieran constado en la dote de Roger Needham. Si se demostrara que no le habían pertenecido a él, entonces Hugh tenía derecho legítimo a reclamar.

Pero era difícil de demostrar. No parecía haber documentos que apoyasen la reclamación de Hugh de que esas tierras pertenecían a la familia de su padre. Pero, del mismo modo, no se habían presentado documentos que demostraran que pertenecían a Needham. Era una competición entre dos reclamaciones aparentemente indemostrables. Sólo que si la posesión constituía el noventa por ciento de la ley, entonces lady Guinevere jugaba con ventaja. ¡Como bien sabía él! Esa mujer no había dejado ni una sola laguna en sus impecablemente legalistas documentos.

Si quería arrebatarle aquella tierra a lady Guinevere, tendría que encontrar un modo que no los llevara a juicio.

Hizo una mueca al recordar cuando lo acusó de pretender inventarse pruebas contra ella en beneficio propio. ¡Como si él fuera capaz de un acto tan deshonroso! Pero, detrás de su ira ante un insulto como ése, asomaba el incómodo conocimiento de que ya no necesitaba hacer nada más que llevarla a Londres. El consejero real haría el resto. Hugh había iniciado el proceso al darles a conocer la riqueza de Guinevere al rey y a su ayudante. La rueda giraría sin su ayuda, y a él le recompensarían cuando se repartiera el botín.

Hugh se restregó la barbilla, con la vista fija en las curvas, entre el marrón y el verde, del río a sus pies. En ningún momento se le ocurrió pensar que estuviese haciendo nada malo cuando empezó todo aquello. Creía en su derecho a recuperar la propiedad, del modo en que fuese, de una ladrona codiciosa que había conseguido su enorme riqueza por medios sospechosos. Pero entonces todavía no conocía a Guinevere, todavía no la había visto con sus hijas ni había considerado las consecuencias humanas que para las tres tendrían las acciones que emprendiese. Era mucho más sencillo deshacerse de unos nombres escritos en una hoja de papel que de unas personas de carne y hueso.

Pero, si encontraba alguna prueba indiscutible de que Guinevere había asesinado por lo menos a uno de sus esposos, la conciencia de Hugh quedaría tranquila. Y, dijera ella lo que dijese, Guinevere tenía buenos motivos para enviudar. Si se había librado de

Stephen Mallory, al parecer ningún miembro del servicio estaba dispuesto a culparla. Pero Hugh había detectado algo en el tono de voz de Guinevere cuando habló de Timothy Hadlow, algo que parecía indicar que Guinevere tenía sentimientos muy distintos para con él. Había hablado de lord Hadlow con pesar y admiración, e incluso con amor. Hugh se había preguntado anteriormente si Guinevere habría amado al padre de sus hijas. El vínculo de Guinevere con sus hijas parecía tan poderoso y profundo que tendría sentido que también lo hubiera tenido con el hombre que las había engendrado. Pero no podía negarse que la de Hadlow era otra muerte envuelta en el misterio. Una flecha no marcada, desconocida.

Los miembros del servicio de Guinevere realmente se comportaban como si ocultaran algo. Tilly no se encontraba en la habitación cuando Mallory cayó de la ventana y encontró la muerte. Guinevere lo hubiera mencionado. Por lo tanto, ¿qué era lo que esa señora pretendía ocultar?

Impulsivamente, abandonó la visión de aquel paisaje, dio media vuelta y empezó a recorrer el camino que bordeaba los muros de la casa y conducía a las caballerizas. Le resultaba más fácil pensar cuando se mantenía activo. Le hubiera agradado contar con la compañía de Robin, pero por la mañana le había asignado varias tareas en el campamento. Presumiblemente, el chico le habría entregado a Pen su regalo de cumpleaños antes de empezar a trabajar. Hugh sonreía levemente cuando entró en los establos y le pidió a un mozo que le llevara su caballo.

Esperaba junto al abrevadero, dándose distraídamente golpecitos en una pierna con la fusta, cuando de una esquina del edificio surgió de pronto un estrépito de gruñidos, ladridos y carreras veloces. Junto con los ladridos se oyeron los chillidos de Pippa y, entre el torbellino blanco y gris que formaban los perros peleándose, Hugh vio el fragmento de una falda roja. El corazón se le subió a la garganta.

Agarró el cubo lleno que había junto al abrevadero, echó a correr y arrojó el agua a la refriega. Los tres perros retrocedieron, temblorosos y babeando. Hugh los golpeó con la fusta y se escabulleron aullando y con el rabo entre las piernas.

Pippa se levantó del suelo. Tenía medio deshecha su trenza rubia, desgarrada una manga y sucio de barro el vestido. Estaba empapada y parecía a punto de echarse a llorar.

-Iban a matarlo. Siempre se meten con él -se lamentó sorbiendo por la nariz y restregándosela con el dorso de la mano, así que se manchó la mejilla de barro-. Era el más pequeño de la camada y los otros siempre lo molestaban. Greene no me dejó llevármelo a casa porque es un perro de caza, pero le diré a mamá que me deje.

A Hugh no le interesaban las explicaciones. El miedo dio paso al enfado por la imprudencia de la niña:

-¿Te has vuelto loca, pequeña? -Se agachó junto a Pippa, empapada y llena de lágrimas-. ¿Nadie te ha dicho nunca que no debes meterte en las peleas de perros o de gatos? Podrían haberte hecho pedazos. -Le levantó el brazo y examinó la piel bajo la manga rota.

-Rolly no me habría hecho daño -protestó ella, pero se miró el brazo desconcertada, así que Hugh supo que ya le había ocurrido en alguna ocasión.

-Ni siquiera sabría que te lo estaba haciendo -le explicó Hugh en el mismo tono severo que había utilizado antes-. ¡Creí que tenías más sentido común, Pippa! -Le apartó la manga para que no le cubriera la herida y, al no ver ninguna perforación, se le pasó el miedo-. Es sólo un rasguño, pero hay que curarlo. Te merecías que hubieran tenido que cauterizártelo.

Pippa se puso la mano sobre el rasguño y miró con miedo a Hugh.

-Pero no hace falta, ¿verdad?

-Eso tendrá que decidirlo tu madre. Tienes que quitarte la ropa mojada. Ven. -La agarró de la mano y le gritó al mozo que había sacado su caballo-: Desensíllalo. No lo voy a usar.

Pippa levantó el brazo del rasguño y lo miró de cerca.

-¿Verdad que no hay que cauterizarlo?

Hugh contestó mientras entraban en el patio de abajo:

-No creo.

A Pippa se le iluminó la carita, toda sucia.

-¡Oh, qué bien! Una vez tuvieron que cauterizarme porque me mordió una ardilla mientras jugaba con ella. Me dolió mucho y se me quemó la piel. Yo no hacía más que llorar. -Pippa dio un salto y sus zapatos chapotearon.

Hugh se detuvo. Parecía que la niña estaba a punto de olvidar su reciente experiencia del mismo modo que había olvidado otras anteriores. Hugh había visto muertes horribles producidas por mordiscos de perros y, ante la despreocupación de la niña, se aterrorizó, tanto como si se tratara de Robin. Se inclinó y la levantó a la altura de sus ojos.

-Pippa, ¿comprendes que el mordisco de un animal puede matarte? ¿Lo entiendes? -La sacudió suavemente para poner más énfasis.

-Pero ¿y si lo cauterizan?

-Eso no siempre detiene el veneno. -La agarraba firmemente y los grandes ojos color avellana de la niña no eludían su mirada.

-¿Por qué? ¿Por qué es veneno? ¿Y por qué no vale si lo queman? -quiso saber Pippa.

La niña le hacía unas preguntas para las que Hugh no tenía respuesta. Hugh volvió a dejarla en el suelo.

-No lo sé. Sólo sé que es así.

Ella arrugó la nariz.

-Me gusta saber el porqué de las cosas.

Sin venir al caso, Hugh pensó que, probablemente, Guinevere también fue una niña muy curiosa.

-A todos nos gusta -dijo, al tiempo que buscaba un pañuelo en su bolsillo-. ¿Has entendido lo que te he dicho? -Le limpió la suciedad de la nariz con cierta energía-. El mordisco de un animal puede matarte. ¿Está claro?

Pippa asintió con cara de desconsuelo y frotándose la punta enrojecida de la nariz con la palma de la mano.

-Pero no sé qué hacer con el pobre Rolly.

-Pippa, cariño, ¿por qué estás tan mojada?

-Mamá, mamá... -Pippa se soltó de las manos de Hugh y corrió hacia su madre, que acababa de salir de la casa-. Rolly estaba peleándose con los otros perros y yo quería salvarlo.

-Por el amor de Dios, Pippa, ¿cuántas veces te he dicho que no te metas en medio cuando hay una pelea entre perros? Deja que te vea el brazo. -Guinevere se lo levantó-. ¿Jamás aprenderás? -El enfado de su madre, poco habitual y muy real, provocó que Pippa volviera a llorar.

-Ya hemos hablado de ello -dijo Hugh en un tono de voz pausado-. Espero haberla asustado lo suficiente. Aunque creo que en esta ocasión sólo se ha llevado un rasguño.

Guinevere miró a Hugh asombrada. Él le sonrió como si no tuviese nada de extraño que reprendiera a su hija. Por supuesto, Hugh no sabía lo celosa que era Guinevere respecto a su papel de madre. A ninguno de los padrastros de sus hijas les había permitido nunca interferir en su educación.

Para su sorpresa, Guinevere se dio cuenta de que no la molestaba que Hugh hubiera intervenido. Y eso le pareció de lo más extraño, pues era su enemigo y, no obstante, confiaba en él en lo referente a lo más valioso del mundo para ella: sus hijas. Sólo fue capaz de decir:

-Comprendo. Bueno, no suele servir de mucho. ¿Por qué estás tan mojada, Pippa?

-Lord Hugh me ha echado agua -contestó, todavía con voz sumisa.

-Se la eché a los perros -le corrigió Hugh-. Tú estabas en la línea de fuego.

Guinevere estuvo a punto de reírse, pero lo que hizo fue enderezarse y decirle a Pippa:

-Vete a enseñarle el brazo a Tilly. Ella decidirá qué hay que hacer. Y dile a Nell que te cambie de vestido antes de que te resfríes. Por cierto, ¿por qué no estás en clase con Pen y maese Howard?

-Pen es tonta porque discutió con el chico Robin de algo y el tutor quiso animarla leyéndonos un poco de la *Odisea,* pero yo no entiendo el griego..., y Pen tampoco lo entiende o sólo un poco, pero dice que sí lo entiende, así que el tutor me dijo que me fuera a por cuatro clases diferentes de flores salvajes y buscara sus nombres en latín, y yo estaba buscando las flores cuando Rolly se peleó con los otros perros. -Soltó toda esa explicación llena de detalles sin darse un respiro.

-¿De qué discutieron Pen y Robin?

-No lo sé. Yo no estaba y Pen no ha querido decírmelo. -Pippa parecía indignada.

-Ve y sécate.

Guinevere le indicó con la mano que se fuera y Pippa obedeció, aunque no se marchó alegremente, como solía hacerlo, sino con el brazo apoyado contra el pecho. Su madre se quedó mirándola con una leve sonrisa en los labios.

-¿Le recuerda a su padre? -le preguntó Hugh de pronto. Dio la impresión de que se pensaba la respuesta:

-Un poco. Tal vez por su buen carácter. Creo que Pen se parece más a Timothy. Tiene los pies bien puestos en el suelo. -Sacudió la cabeza, sonriendo más abiertamente-. En realidad, Pippa me recuerda a mí misma de niña. Siempre andaba revoloteando de una cosa a otra en cuanto algo me llamaba la atención. Aunque yo no estaba tan mimada, así que me veía obligada a autodisciplinarme mucho más que Pippa.

-Todavía es muy pequeña.

-Sí. -Guinevere se encogió de hombros-. Pero debo admitir que a su edad yo ya traducía la *Odisea* para maese Howard bastante bien. Mis hijas no parecen estar tan interesadas en su educación. -El tono en que lo dijo parecía dar a entender que eso la desconcertaba. Volvió a encogerse de hombros-. Pippa siempre está haciendo travesuras. Debo darle las gracias por su oportuna intervención, lord Hugh. Estoy en deuda con usted.

Se produjo un silencio y, luego, él dijo:

-Lo dudo, lady Guinevere.

Hugh seguía sonriendo tanto con los ojos como con los labios, pero; algo parecía haberla detenido allí. Guinevere sintió que ella misma dejaba de sonreír y rápidamente cambió de tema.

-¿Por qué habrán discutido los niños?

-Creo que pronto lo sabremos.

-Sí, supongo que sí. -Guinevere dudó un momento y añadió-: El almuerzo es en el comedor que hay detrás de la sala del banquete. Espero que usted y Robin se reúnan con nosotros.

Hugh frunció el ceño.

-Anoche acepté su invitación a la fiesta de cumpleaños de Pen, pero no quiero abusar de su hospitalidad. Mientras dure la investigación, Robin y yo acamparemos con mis hombres.

Y eso privaría a Guinevere de cualquier oportunidad de influenciarlo a favor de ella, a la vez que le impediría estar al tanto de cómo y por dónde avanzaba la investigación.

Guinevere abandonó su aire distante y se apresuró a decir, en un tono jovial:

-¡Vamos, señor! No irá a privar a Pen y a Robin de la posibilidad de que hagan las paces, ¿verdad? Además, ¿no cree que me debe la oportunidad de poder conocerme? ¿Cómo va a juzgar mi carácter correctamente si no pasa algún tiempo conmigo? Antes de acusarme, tendrá que asegurarse de que soy capaz de cometer un asesinato. -Sonrió una vez más con aquella endemoniada invitación bailándole en los ojos, lo que volvió a provocar en Hugh la ya familiar confusion ante los rumbos divergentes que tomaban su mente y sus sensaciones físicas-. ¿Tiene miedo de que, por alguna razón, conocerme ponga en peligro su investigación? -le preguntó en voz baja al ver que Hugh dudaba-. ¿Es que teme que utilice la brujería, señor?

Era evidente el reto burlón implícito en aquella pregunta formulada con dulzura. Hugh sintió el calor del sol en la nuca. El aroma a romero y a lavanda perfumaba el aire. El broche de zafiro que Guinevere llevaba sobre el escote cuadrado, allí donde asomaba la blancura de la camisa, despedía destellos azules. El manto era de la misma seda de color marfil que las mangas abombadas del vestido de terciopelo rosa.

-Quizá sí -respondió Hugh, casi contra su voluntad-. Pero dudo que yo llegue a ser víctima de ella, señora.

-¿Cómo lo sabrá si se esconde usted detrás de las puertas? -La risa de Guinevere fue suave y melodiosa, mientras su mirada seguía retándolo al mismo tiempo que lo invitaba-. Encuentro francamente ridículo que cuando un hombre le teme a una mujer la llame bruja.

No era un reto al que Hugh de Beaucaire pudiera resistirse, pues lo aguijoneaba y, simultáneamente, lo seducía.

-Aceptaré su hospitalidad, señora, únicamente para demostrarle que puedo llevar a cabo mi investigación sin prejuicios.

Guinevere volvió a reírse y no ocultó su incredulidad.

-Señor, ha venido con muchos prejuicios y me debe la oportunidad de hacerle cambiar de opinión.

Hugh la miró con los ojos entrecerrados.

-No impediré que lo intente, señora. -Le hizo una reverencia.

-Entonces, hacemos un trato. -Extendió la mano y los anillos que llevaba en los finos y delgados dedos brillaron bajo la luz del sol.

Él recordó cómo se quitaba los anillos la noche anterior, uno a uno, y los colgaba en las ramas del pequeño naranjo plateado que había encima de la mesa. Lo hizo con toda la sensualidad lánguida de una mujer desvistiéndose ante un hombre.

Se le puso la piel de gallina. Si lady Guinevere quería jugar a ese juego, descubriría que tenía ante sí a un buen adversario. Tomó su mano, se la llevó a los labios y, mirándola a los ojos, le besó los dedos con parsimonía.

Y Guinevere, que se había sentido segura hasta ese momento, se dio cuenta de pronto de que estaba perdiendo el control de la situación. Emitió una risita breve antes de decir:

-Resulta deliciosamente... provocativo, si se puede decir así, ofrecerle hospitalidad al enemigo, ¿no está de acuerdo, lord Hugh?

-Y no lo es menos aceptarla, señora -contestó él-. Excúseme, pero he de ver a Robin antes del almuerzo. Debía realizar algunas tareas esta mañana y quiero asegurarme de que las ha hecho.

-Por supuesto. Nos veremos al mediodía.

Guinevere se despidió con una reverencia de cortesía y su falda de terciopelo rosa revoloteó a su alrededor. Dio media vuelta y regresó a la casa.

Hugh permaneció inmóvil unos segundos. Por supuesto que no le tenía miedo a lady Guinevere. El temor no era una respuesta racional para tratar con una mujer tan distinta de cualquier otra que hubiera conocido, una mujer que entendía la vida de un modo similar a como la entendían los hombres, una mujer que tomaba posesión de lo que le pertenecía, y, si Hugh no se equivocaba, también de lo que no le pertenecía, con la misma habilidad con que lo hacía el consejero real. No, no le daba miedo.

Pero sí lo excitaba.

Era algo que prefería no tener que reconocer. Sacudió bruscamente la cabeza y se fue al campamento a buscar a su hijo.

Robin se encontraba sentado en el suelo, delante de la tienda de campaña de Hugh, limpiando concienzudamente un peto. Levantó la vista y sonrió un poco tenso a su padre cuando lo vio entrar en el pequeño campamento.

-¿Qué pasa, Robin? -le dijo Hugh en un tono animado-. Tienes aspecto de que te debieran algo y no te lo pagasen.

-Nada, señor. -Robin frotó con fuerza el metal opaco.

-¿No le ha gustado a Pen el regalo de cumpleaños? -Sacó el tema indirectamente porque no quería que su hijo supiera que su discusión con Pen era de dominio público. Se sentó en un taburete de lona a su lado.

-Le ha gustado... O al menos eso ha dicho -murmuró Robin. Dejó el peto a un lado y tomó el pesado cinturón de la espada de Hugh, con su gran hebilla de plata-. ¿Debo encerar la piel, señor?

Hugh estiró las piernas y se puso las manos en los muslos.

-Si lo consideras necesario, sí. Pero ¿por qué estás tan serio, hijo?

Robin se encogió de hombros.

-Pen dice que la tierra que reclamamos no nos pertenece. Dice que es de su madre.

De modo que se trataba de eso. Ya suponía Hugh que tarde o temprano ocurriría.

-Bueno, no me sorprende. Ella defiende a su madre. Pero mis diferencias con lady Guinevere no tienen por qué provocar una discusión entre vosotros.

-Pues hemos discutido -dijo sencillamente Robin mientras mojaba un trapo en un recipiente con cera de abeja-. Yo le defiendo a usted y ella defiende a su madre. Es lógico, ¿no?

-¡Oh! -Hugh se tiró del lóbulo de la oreja, pensativo-. Es muy loable por vuestra parte y bastante comprensible. Deberíais hablar de ello durante el almuerzo. Seguro que sois capaces de llegar a un acuerdo acerca de los caprichos de vuestros padres.

Robin levantó la vista de su tarea, con un gesto sereno, y preguntó sorprendido:

-¿Vamos a almorzar en la casa? ¿Aunque lady Guinevere y usted estén enfrentados?

-Lady Guinevere nos ha invitado. -Extendió el brazo y le revolvió los rizos castaños-. Incluso cuando dos personas están enfrentadas se puede actuar de forma civilizada. Sin duda, Pen y tú sabréis hacerlo. No veo por qué tenemos que dormir en el suelo cuando nos han ofrecido una buena cama. Ya nos hartaremos de dormir en la tienda cuando regresemos a Londres. -Se puso de pie-. Termina con el cinturón y luego aséate para el almuerzo. Si hemos de compartir mesa con esas señoras tenemos que hacer un esfuerzo para estar presentables.

6

-Maese Howard, ¿le importaría darles la tarde libre a las niñas? Necesito que me aconseje. -Guinevere habló en un tono bajo desde la puerta de la pequeña habitación que utilizaban como aula.

El tutor levantó la vista del libro que estaba leyendo.

-Por supuesto que no, señora. Mis conocimientos siempre están a su disposición.

Guinevere asintió con la cabeza.

-Sí, maese. Sus conocimientos y su buen juicio. Actualmente necesito las dos cosas. -Le sonrió a Pen, que se encontraba sentada frente al profesor-. Es un pañuelo muy bonito, Pen. No recuerdo haberlo visto antes.

La niña se ruborizó y se tocó el pañuelo, que llevaba prendido en la manga.

-Es un regalo, mamá. El regalo de cumpleaños de Robin.

-Pues es muy bonito. Parece que el chico tiene buen gusto.

Pen se ruborizó todavía más y evitó mirar a su madre, que la contemplaba sonriente.

-Pippa me ha dicho que Robin y tú habéis discutido -añadió Guinevere-. Es casi mediodía y tal vez deberíamos hablar de ello antes de que Robin y su padre se sienten a la mesa con nosotras.

-¿Los has vuelto a invitar, mamá? -preguntó Pen, poniéndose en pie de un salto-. Anoche tuve la culpa yo. Los invité porque no sabía por qué habían venido. Pero no quiero volver a hablar con él.

Maese Howard se levantó de la mesa y abandonó la habitación con un libro debajo del brazo.

Distraída, Guinevere se puso a afilar la pluma que había junto al tintero con el cuchillito que el tutor empleaba en esos casos.

-Es incómodo, cariño, pero debemos mostrarnos corteses. Será mejor para nosotras.

Pen preguntó, acalorada:

-¿Por qué reclaman nuestra tierra?

-Porque consideran que les pertenece -contestó su madre.

-Pero no es así.

Guinevere percibió en la afirmación de su hija una vacilación inesperada, un tono interrogativo.

-Actualmente no está claro, Pen. Cuando mi primer esposo me la cedió, él creía, igual que yo, que estaba en su dote. Pero hasta ahora no he podido demostrarlo. Ahora bien, no veo la razón para entregarla sin luchar, sólo porque lord Hugh aparezca de repente y la reclame.

-¿Pero es nuestra?

Guinevere repitió:

-Cariño, de momento no he descubierto un modo legal de demostrar a quién pertenece. Pero lo estoy intentando.

Pen seguía de pie, mirándola fijamente con sus ojos de color avellana. Pensar que las dos niñas habían heredado el color de ojos de su padre le recordaba siempre a Guinevere su pena por la pérdida.

-¿Y por qué no se la das, mamá? Tú tienes muchas tierras -le planteó la niña.

-¿Por qué se la voy a dar, Pen? ¿Simplemente porque vienen tocando unas enormes trompetas y con las armas en la mano? ¿Por eso debo renunciar a algo que legalmente puede ser tan suyo como mío?

Pen se mordió el labio inferior y Guinevere advirtió que llevaba horas mordiéndoselo.

-Maese Howard sabe mucho de leyes -dijo finalmente Pen.

-Sí. Él me enseñó todo lo que yo sé.

-¡Ojalá no lo hubiera hecho!

Empujó el asiento a un lado y salió corriendo de la habitación rozando a su madre, que seguía con el cuchillo y la pluma en la mano.

Guinevere los dejó sobre la mesa. No podía culpar a la niña. Sólo tenía diez años aunque, en muchos aspectos, pareciera mayor. Pen sabía, a diferencia de Pippa, el infierno que su madre había vivido con Stephen Mallory. La mayor era la víctima preferida de Stephen, pues la pequeña siempre lograba esquivarlo. Guinevere había protegido a su hija y sabía que Pen era consciente de ello, por mucho que su madre hubiera intentado evitar que se enterase.

Tal vez la niña pensaba que, si su madre se hubiera sometido a lord Mallory, si se hubiera comportado como se supone que deben comportarse las mujeres, no habrían ido tan mal las cosas como fueron.

Guinevere suspiró. Ella, y sólo ella, había escogido a Stephen Mallory como cuarto esposo, así que la responsabilidad era suya y sólo suya. De haber sabido el tipo de hombre que era, Guinevere jamás hubiera aceptado que la cortejara.

Pero ahora tenía Mallory Hall. Al final, tenía Mallory Hall. Pen acabaría comprendiendo que una mujer podía cuidar de sí misma.

Y entonces se preguntó cómo podía olvidar, ni por un momento, que estaba a punto de perder todo por lo que había luchado; que, si no hacía nada, sus hijas perderían a su madre, las dejarían sin herencia y quedarían a disposición de la voluntad del rey. ¿Y para qué tanto estudiar, tanta determinación, tanta voluntad de pelear por lo suyo? Hugh de Beaucaire conseguiría la tierra de un modo u otro. Pero no, ella no podía rendirse sin luchar. Encontraría un modo de reclamar legalmente para que si Hugh conseguía la tierra supiera que la había robado. La mala conciencia de haber vencido con malas artes disminuiría su sensación de triunfo.

-Ese lord Hugh y sus hombres han estado husmeando y haciendo preguntas, señora -le informó Tilly cuando Guinevere entró en el dormitorio al cabo de unos minutos.

-Ya te avisé que lo harían. -Guinevere vertió un poco de agua de cebada de la jarra en un cuenco poco profundo-. Debes limitarte a decir la verdad, Tilly. -Humedeció un paño con agua de cebada y se lo llevó a las mejillas. Estaba fría y resultaba muy refrescante y era un poco astringente.

-Sí -murmuró Tilly, y agachó la cabeza sobre la costura.

-¿Ocurre algo?

Guinevere, con los ojos cubiertos por el paño, se volvió hacia la mujer. Tilly, que no parecía tan serena como solía mostrarse habitualmente, sacudió la cabeza y murmuró:

-No sé qué haremos con Pippa.

-¡Oh, Pippa! -Guinevere asintió varias veces con la cabeza para indicar que coincidía con su preocupación-. ¿Le has curado el brazo?

-Sí, le he puesto una cataplasma de malvas y se lo he vendado. Si pensara que sirve de algo se lo hubiera cauterizado para que aprendiera a no acercarse a los perros.

-No, no hubieras sido capaz -dijo Guinevere, sonriente.

Dejó el paño dentro del cuenco, fue al espejo, acercó el rostro y lo examinó. Tenía los ojos cansados y un poco apagado el rostro, lo que no era nada extraño dadas las circunstancias.

Se enderezó y, casi sin darse cuenta, suspiró. Se le ocurría un modo de salvarse y salvar a las niñas, pero era demasiado desesperado y únicamente lo consideraría como última opción.

El reloj de la capilla dio las doce cuando Guinevere se dirigía a la puerta.

-Esta tarde trabajaré con maese Howard, Tilly. ¿Te ocuparás de vigilar a Pippa por mí? Que se quede bordando. No quiero que ande corriendo por ahí con ese brazo, por si se le hincha.

-Sí, aunque dudo que quiera estarse quieta -le contestó Tilly.

-Ya te apañarás para convencerla.

Guinevere se rió y salió de la habitación, pero al cerrar la puerta se puso seria. Tilly no había sido sincera. No estaba preocupada simplemente por Pippa, pues la mujer siempre se tomaba las travesuras de las niñas con buen humor. ¿Tendría que ver con Hugh y sus preguntas? Era comprensible que el servicio estuviera molesto con esos extraños y su presencia innegablemente amenazadora. Una investigación de aquellas características tendría como objetivo provocar consternación y miedo.

Absorta en sus pensamientos, tuvo que forzar una sonrisa para saludar a Hugh y a Robin al final de la escalera, que entraban en ese momento en la casa.

Robin hizo una reverencia y Hugh se hizo a un lado para que Guinevere pasara delante al entrar en el salón de banquetes.

-El pañuelo que le has regalado a Pen por su cumpleaños es precioso, Robin -dijo Guinevere-. Tiene unos colores hermosos.

Robin se ruborizó.

-Espero que a ella le guste, señora.

-Lo llevaba puesto cuando la vi hace unos minutos.

Guinevere abrió la puerta que daba al comedor familiar y más íntimo, en la parte trasera del gran salón. Era una habitación ovalada, forrada de caoba con una enorme ventana al jardín. Hugh echó un vistazo al techo, cuyo artesonado estaba pintado con flores de intensos colores. Aunque Stephen Mallory fuera un bruto, desde luego tenía buen gusto. A menos que la decoración se debiese a su viuda, cosa que parecía más probable.

Se fijó entonces en la esbelta espalda de Guinevere, que caminaba delante de él con su elegante falda de terciopelo moviéndose a su alrededor. Se dio cuenta por primera vez de que Guinevere tenía un cuello muy largo y, de pronto, se imaginó aquel largo cuello blanco en el cadalso de Tower Hill..., el hacha alzada... Se le empapó la frente de sudor y cerró los ojos para evitar aquella imagen.

Pen y Pippa ya se encontraban sentadas a la mesa, junto con el tutor, el capellán y el señor Crowder, que siempre comía con la familia.

Pen no miró a Robin, pero sus mejillas estaban sonrosadas. Le dedicó una mirada angustiosa a su madre, queriendo disculparse por lo que había ocurrido antes, aunque sin querer decirlo delante de los demás. Guinevere sonrió y le asintió levemente con la cabeza. Pen se mostró más relajada.

Pippa levantó el brazo vendado.

-Mira lo que me ha ocurrido, chico Robin. Me ha herido un perro y tu padre me ha echado agua encima.

-Había motivos para hacerlo -la reconvino Hugh-. No obstante, no parece haberte molestado demasiado. ¿Te duele?

Pippa examinó con el ceño fruncido su brazo, como si estuviera pensando la respuesta:

-Sólo un poco, pero yo creo que es porque Tilly me lo ha vendado muy fuerte.

-Esta tarde te quedarás sentada con Tilly -le anunció Guinevere mientras se colocaba junto a la silla que encabezaba la mesa. Invitó a Hugh a que tomara asiento a su lado-. Robin, siéntate al Iado de Pen. Señor Grice, bendiga la mesa.

A Hugh le pareció una oración excesivamente larga, pero así le dio tiempo a pensar que el destino de Guinevere no estaba en sus manos. Si había matado a Stephen Mallory, debía pagar por ello. La ley que ella había manipulado para sus fines era una espada de doble filo.

Pen miró a Robin de reojo mientras éste se sentaba a su lado cuando hubo terminado la inacabable oración.

-¿Todavía estáis enfadados? -preguntó Pippa muy interesada-. ¿Por qué os habéis enfadado?

-No te interesa para nada -replicó Pen.

-No -la secundó Robin, presentando un frente unido contra la inquisitiva Pippa.

Le ofreció a Pen una sonrisa vacilante y ella se la devolvió con timidez mientras movía el brazo para que los vivos colores del pañuelo se iluminaran bajo la luz del sol, que entraba sesgada por la ventana abierta.

-Además ya está olvidado -zanjó Guinevere con firmeza la cuestión al ver que Pippa abría la boca para protestar-. Señor Crowder, puesto que tenemos invitados abriremos una botella de vino de Borgoña.

-Yo no tomaré vino, señora -rechazó Hugh-. Esta tarde necesito tener la mente muy clara.

Guinevere se acordó del aspecto preocupado de Tilly y miró a Hugh con evidente sarcasmo y una sonrisa serena en los labios.

-Por supuesto, se debe estar en plenas condiciones para interrogar a las criadas y a los pinches de cocina. Yo, en cambio, tomaré vino, señor Crowder. Debo estar en plenas condiciones esta tarde, pero considero que un poco de vino agudizará mi ingenio.

El ambiente se volvió tenso. Pen y Robin se miraron, y Hugh sonrió amablemente al decir:

-Somos muy distintos, señora. Mejor así, ¿no cree? -Levantó una ceja.

-Desde luego, contribuye a que la vida sea más interesante -contestó Guinevere, y tomó su servilleta.

Los criados sirvieron las bebidas y la comida, y la tensión desapareció. Era una comida mucho más sencilla que la de la noche anterior, pero seguía siendo espléndida en la variedad y en el número de platos.

-¿A quién tiene intención de interrogar esta tarde, señor? -preguntó Guinevere en voz baja. Tomó un sorbo de vino y sonrió.

-No tengo intención de interrogar a nadie -respondió él, también en voz baja y mientras se servía varias tajadas de cordero-. Lo que quiero es hablar con varias personas. Ya he mantenido una pequeña charla con la señora Tilly, pero me gustaría hablar otra vez con ella más tarde.

Hugh miró a Guinevere, por si notaba algún signo de preocupación, de incomodidad, pero ella no pareció inmutarse.

De modo que había interrogado a Tilly y alguna de sus preguntas había disgustado a la mujer, Guinevere continuó sonriendo plácidamente. Tilly se encontraba en algún otro sitio de la casa cuando Stephen Mallory cayó por la ventana. No tuvo nada que ver con lo ocurrido. Nada de lo que le dijera a lord Hugh sería relevante para la

investigación. La mujer creía que Guinevere se encontraba en el excusado, pues de allí la vio salir. Nadie sospecharía que lord Mallory había tropezado con ella.

Pero ¿le puso el pie a propósito? Era una pregunta que la atormentaba desde aquella noche. Y no era capaz de encontrar una respuesta sincera.

Hugh prosiguió:

-Me gustaría hablar con el señor Crowder, si es posible. -Miró al otro extremo de la mesa, donde se encontraba el mayordomo, sorbiendo caldo ruidosamente. Hugh alzó un poco la voz-: ¿Podría dedicarme unos minutos, señor Crowder?

El mayordomo dejó el cuenco en la mesa. De inmediato se mostró cauteloso:

-No imagino en qué puedo ayudarle, señor.

-Yo sí -replicó Hugh con frialdad-. Y con el tutor también. Creo que esta tarde está libre, ¿no es cierto, maese Howard?

-Tengo trabajo con la señora, señor -respondió, evaluándolo incisivamente con sus ojos castaños-. Cuando termine estaré disponible.

-Entonces será después de anochecer -accedió Hugh con una sonrisa amable-. Si no le importa a lady Guinevere...

Ella sonrió forzadamente, consciente de la inquietud en la mirada de Pen.

-Es usted quien tiene el mandato real, señor, no yo.

-Cierto -convino Hugh.

-¿Qué es el mandato real? -quiso saber Pippa, con los ojos llenos de curiosidad.

Su hermana también miraba atentamente a su madre, que dudó en cómo contestar a la pregunta sin asustar a las niñas.

-La autoridad del rey. Lord Hugh ha venido con la autoridad del rey. Podría decirse que le ha ordenado que venga.

-¿Le ha dicho el rey que nos quite las tierras? -preguntó Pen.

-No, Pen. La tierra en cuestión es simplemente un asunto de disputa legal entre tu madre y yo -respondió Hugh-. Estas disputas son habituales. Es algo que no debe preocuparos ni a ti ni a Robín ni a Pippa. ¿No es así, lady Guinevere?

-Sí, por supuesto -coincidió Guinevere, y se preguntó cómo podía mostrarse tan sensible con las inquietudes de las niñas y al mismo tiempo considerar fríamente la posibilidad de arrebatarles a su madre, la casa y el futuro.

Aquel hombre era un enigma, una confusa mezcla de paradojas, un individuo frío y calculador con una cálida y alegre sonrisa, un maravilloso sentido del humor y mucha sensibilidad con los niños. ¿Cómo un hombre, que amaba a los niños de forma tan evidente y en quien éstos a su vez confiaban plenamente, podía ser el brazo cruel del despiadado consejero real?

¿Cómo era posible que un hombre como aquél provocara que se le erizaran los pelos de la nuca y le latiera el pulso en el vientre cuando sus miradas se cruzaban? ¿Cómo podía un hombre como aquél recordarle los buenos momentos que ella había compartido con Timothy Hadlow?

Dejó su copa de vino y le temblaba un poco la mano.

-Debo pedirle que me excuse, lord Hugh. Tengo muchas cosas que hacer esta tarde. -Se levantó de la mesa y, automáticamente, todos se pusieron de pie-. Por favor, continúen. Maese, estaré en mi cámara privada cuando esté listo. Pippa, en cuanto termines de comer te vas con Tilly.

Abandonó el comedor lentamente, sin hacer caso de la incipiente protesta de su hija menor, y se dirigió a sus aposentos sabiendo que, como siempre, encontraría paz y distracción en la lectura. Aceleró el paso al ritmo de sus pensamientos, animada por la perspectiva de encontrar la respuesta legal a su problema.

La cámara privada era donde trabajaba, una habitación con pocos muebles y una larga mesa llena de libros, algunos forrados de piel y otros con cubiertas de madera y cantoneras doradas o plateadas. También había folletos, impresos por lo general en inglés. De todas las pertenencias de Guinevere, los libros eran la prueba más poderosa de su riqueza y la fuente de los conocimientos legales que equipaban esa riqueza.

Se inclinó para buscar un tomo que contenía el Estatuto de Usufructos.

Alguien llamó a la puerta y, sin levantar la vista, Guinevere dijo:

-Entre, por favor, maese.

El tutor entró frotándose las manos, y su piel reseca producía un sonido como de papel de lija.

-¿En qué puedo ayudarla, señora?

-Se me ha ocurrido algo -explicó ella, algo distraída-. Si la propiedad de las tierras de Roger Needham, que me cedió una vez casados, aparece en el registro público, nadie puede quitármela. ¿No es así, maese?

-Eso es. -El tutor se aproximó a la mesa-. Pero no está registrada, señora. Si lo estuviese, lord Hugh no podría reclamar.

-Sí, ya lo sé, pero si puedo argumentar con el Estatuto de Usufructos que la intención era ésa... ¡Ah! Aquí está.

Tomó el pesado libro y lo llevó al alto atril de lectura que se encontraba junto a la ventana. El tutor fue detrás y juntos buscaron en el tomo.

-Mire... Aquí dice: Si las circunstancias evitaron el registro, pero la intención de registro puede demostrarse, entonces la cesión se considerará, conforme al Estatuto de Usufructos, legalmente vinculante para todas las partes. Mire. -La uña perfectamente arreglada de Guinevere señaló el texto en latín-. ¿Lo he leído bien?

Maese Howard examinó el texto moviendo los labios mientras leía en silencio. Un momento después dijo:

-Parece ser que sí, señora.

-Bien. Roger Needham obtuvo la tierra a través de su primera esposa, que era una prima lejana de la misma rama familiar que el padre de lord Hugh. Cuando ella murió, la tierra pasó a manos del cónyuge superviviente, su viudo. Lord Hugh reclama la tierra porque asegura que el viudo sólo podía hacer uso de la tierra mientras viviera. No tenía derecho a cederla a una segunda esposa. Ahora bien, si la tierra que lord Hugh reclama se menciona en los contratos prematrimoniales entre Roger Needham y su primera esposa y no hay artículos que estipulen nada sobre su disposición, ello implicaría intención de que esa tierra perteneciera a Roger Needham a perpetuidad, y el Estatuto de Usufructos le otorga el derecho a disponer de ella según su voluntad.

Maese Howard se ajustó los cordones que sujetaban su gorro negro encima de la cabeza. Apretó los labios y consideró el razonamiento hundiendo las mejillas de modo que parecía una carpa gigante, algo que hacía que sus alumnos tuvieran que esforzarse por evitar una carcajada. Incluso a Guinevere le costaba contener la risa, pero respetaba mucho a aquel hombre, por sus conocimientos y su inteligencia.

-Podría servir, señora -dijo el tutor, finalmente.

-Bien. Ahora lo único que tenemos que hacer es mirar el contrato prematrimonial y rogar para que se mencione la tierra.

Guinevere fue hasta un arcón reforzado con hierro, que había en la pared opuesta, y se arrodilló para abrirlo.

Hugh se apoyó en la repisa de la chimenea del despachito del mayordomo, situado detrás de la despensa.

-Gracias por concederme su tiempo, señor Crowder.

-La señora dijo que debíamos colaborar, señor.

-Hizo arrastrar los pies con impaciencia y miró intencionadamente el reloj de encima de la repisa.

-No le entretendré demasiado. Tengo que hacerle sólo una pregunta esta vez. ¿Dónde se encontraba usted cuando Stephen Mallory se cayó por la ventana?

Crowder frunció el ceño. Parecía una pregunta bastante inofensiva.

-¿Por qué? Estaba aquí con la señora Tilly.

-¿La señora Tilly se encontraba con usted? -preguntó Hugh, muy tranquilo.

-Sí. Estuvimos hablando de cómo había ido la velada. Hubo invitados a la hora de la cena y bebieron mucho. Lord Stephen había estado... -Se le ensombreció el rostro y se encogió de hombros-. No hay que hablar mal de los muertos.

-Supongo que no. Aunque ésta no parece ser la actitud general. Por lo visto, todo el mundo sabe que el esposo de lady Guinevere no la trataba con el respeto y la consideración debidos.

-Es cierto. -Los pómulos angulosos de Crowder enrojecieron-. Ella es una santa. Lo soportaba todo como una santa. Conozco a la señora desde que era un bebé. Cuando el señor y la señora Ashbourne murieron y ella quedó huérfana, su tío, lord Raglan, fue nombrado su tutor legal y ella tuvo que mudarse a su casa. Yo fui con ella, y también Greene y la señora Tilly. Estuvimos a su servicio en el castillo de lord Raglan y, cuando a maese Howard lo nombraron su maestro, se unió a nosotros. Ocupábamos un ala del castillo y lord Raglan, que era viudo, nos dejaba trabajar a nuestro aire. Dudo que la señora viera a su tío más de dos veces al año, por su cumpleaños y por Navidad. Cuando lady Guinevere se casó con el señor Roger, todos nosotros la acompañamos.

-Comprendo. -Hugh asintió con la cabeza y abandonó su postura relajada. Crowder había hecho una descripción sombría de la infancia solitaria de lady Guinevere. No era de extrañar que se hubiera consolado aprendiendo y en compañía de sus libros-. De modo que cuando lord Mallory se cayó por la ventana, usted y la señora Tilly se encontraban aquí. ¿Oyó algo?

-Sí. Oímos el grito -aseguró Crowder-. Tilly dijo: «¡Es la señora!», y echó a correr a su habitación. Aquella noche, lord Mallory estaba furioso y tan borracho como siempre. La señora le hizo enfadar durante la cena y todos temíamos lo que él pudiera hacer.

-¿Solía hacerle enfadar?

-Ella no le tenía miedo ni permitía que les pusiera una mano encima a las niñas. No permitía que se acercara a ellas -insistió Crowder, con énfasis.

-Parece que con razón.

-Oh, sí. -El hombre afirmó varias veces con fuerza.

Sonó la campana de la capilla avisando para vísperas y Hugh asintió con la cabeza y dijo:

-Le agradezco mucho su tiempo, señor Crowder.

-No encontrará a nadie por aquí que diga una sola palabra en contra de la señora -le advirtió Crowder mientras se envolvía en su manto negro-. Ni aunque los torture.

Hugh alzó las manos en un gesto de negación.

-Confío en que no crea que he venido con esas intenciones.

Crowder lo miró con recelo.

-No nos gustan los fisgones, señor, y ese hombre suyo se ha pasado la tarde preguntando en los establos. No voy a decir que tenga cuidado por la noche, pero no está haciendo amigos. -Tras decir aquello, el señor Crowder salió por la puerta.

Hugh inspiró con fuerza. Amenazar a un caballero que cumplía órdenes del rey se consideraba traición. O aquellas gentes de Derbyshire desconocían el poder y el alcance de la autoridad del rey, o el amor por su señora les otorgaba mucho coraje.

De todos modos, Crowder había confirmado la sospecha de Hugh. La señora Tilly había mentido acerca de aquella noche. Pero ¿por qué? Si la muerte de Stephen Mallory había sido el accidente de un borracho, ¿por qué esa mujer creía que debía fingir que Guinevere no estaba sola con su esposo cuando ocurrió?

Salió del despacho y se dirigió sin prisas a la capilla mientras las campanas seguían tocando.

-Señor... -le gritó Jack Stedman al aparecer corriendo por el arco de entrada al patio bajo.

Hugh se detuvo.

-¿Qué ocurre, Jack?

Jack parecía tener noticias. Corrió hasta Hugh, jadeando.

-Información, señor. Información importante.

Hugh echó un vistazo por encima de su hombro hacia la capilla. Las campanas ya no sonaban. Con la oración del mediodía, Hugh había tenido suficiente religión por aquel día, pero a un joven le vendría bien una segunda tanda, así que Robin tendría que asistir representándolo a él esa tarde. Asintió para sí y se dijo que la edad concedía ciertos privilegios.

-Vayamos al campamento. Será mejor que me lo digas en privado.

Salió de la casa con Jack. Caminaban demasiado deprisa para poder conversar mientras cruzaban el puente de las caballerías y dejaban atrás la garita de la guardia. El olor de los fuegos encendidos impregnaba el aire del anochecer.

Bajo una haya había una mesa dispuesta para la cena, y Hugh bebió de una jarra de cerveza antes de decir:

-¿De qué se trata, Jack?

-He hablado con los hombres de las antorchas que estaban en el patio la noche en que el señor cayó por la ventana. A uno de ellos se le ha escapado que vio a alguien en la ventana poco antes de que el señor cayera y que luego vio una sombra.

-¿Dijo de quién se trataba?

-No, en cuanto le pregunté no quiso decir nada más. Dijo que podía tratarse de un error.

Hugh hizo una mueca y frunció el ceño.

-¿Dónde estaba ese hombre?

-En la esquina suroeste, señor.

Ésa era la esquina donde estuvo Hugh y miró hacia la ventana de Guinevere. Se veía perfectamente la ventana iluminada.

-Ve a buscar a ese hombre, Jack. Quiero hablar con él. Tal vez podamos persuadirlo si se ve sometido a un interrogatorio.

-Me llevaré un par de hombres para que parezca más oficial -dijo Jack.

Hugh se sentó en un árbol caído y extendió las piernas. El cuadro empezaba a completarse. Guinevere había dicho que se encontraba en el excusado cuando su esposo entró en la habitación. Si se demostraba que había mentido, que en realidad se encontraba con su esposo junto a la ventana, Hugh tendría motivos suficientes para llevarla a Londres a responder de la acusación de asesinato.

Jack y sus hombres aparecieron al cabo de veinte minutos junto con un joven asustado y vestido con ropa tosca y casera.

-Éste es Arthur -lo presentó Jack-. ¿Dónde quiere que se coloque, señor?

-Llévenlo a mi tienda.

-Yo no he hecho nada -protestó el joven.

-Nadie ha dicho lo contrario -le espetó Hugh-. Sólo quiero hacerte algunas preguntas. Contéstalas con sinceridad y te dejaremos en paz. Pero si mientes lo sabré, de modo que ni lo intentes -añadió con una expresión furiosa y el ceño fruncido-. Mentir a un enviado del rey es traición y, con suerte, conseguirás que te cuelguen por ello.

El joven empezó a temblar. Estaba lívido. Parpadeaba repetidamente y miraba a Hugh como un animal acorralado. La pena por traición, para cualquier persona que no fuera un noble, suponía la horrible amputación de las manos.

Hugh hizo un gesto para indicar el camino hacia su tienda y los dos hombres agarraron al joven por los codos y se lo llevaron. Hugh detestaba tener que utilizar métodos intimidatorios para lograr sus objetivos, pero cuando era necesario no dudaba en usarlos. Fue detrás de sus hombres y del prisionero.

-Dime exactamente lo que viste la noche en que murió lord Mallory. Estabas de guardia en la esquina suroeste del jardín, ¿es correcto?

-Sí, señor. -El joven asintió con la cabeza como si fuera una marioneta en manos de un titiritero loco.

-¿Miraste hacia la habitación de lady Guinevere?

El joven volvió a asentir con la cabeza.

-Y... -lo apremió Hugh, cruzándose de brazos y mirándolo fijamente.

-Bueno, vi algo en la ventana.

-¿Algo, o alguien?

-Una sombra.

-¿De qué?

Hubo un largo silencio y Hugh sintió lástima del joven.

-Vamos -le instó en un tono de voz áspero-. ¿Alguien te ha dicho que no me digas lo que viste?

Arthur primero negó con la cabeza; luego, asintió y, después, volvió a negar.

-No me aclaro -le soltó Hugh de malos modos-. ¿Es sí, o es no?

-Creo que vi a la señora en la ventana -contestó Arthur atropelladamente-. Era su silueta. No me sorprendió porque muchas veces se ponía allí por las tardes. Y luego, después de que el señor se cayera, vi que la cortina se movía y volví a ver la silueta de la señora. Creo que fue eso, pero no puedo asegurarlo. -Miró atemorizado a su interrogador-. Greene me dijo que lo olvidara..., que yo no había visto nada.

Greene, el otro miembro al servicio de Guinevere que la conocía desde pequeña, había cerrado filas en torno a su señora. Y de nuevo surgió la pregunta de por qué, si fue un accidente, creaban ese entramado de mentiras.

-Muy bien, Arthur. Puedes irte.

El joven se marchó a toda prisa, con los hombros y la cabeza agachados.

Hugh fue a la puerta de la tienda y permaneció allí observando el campamento. Sus hombres estaban sentados a la mesa y de pronto decidió unirse a ellos. Había llegado el momento de enfrentarse a Guinevere con sus conclusiones y no estaba dispuesto, como hizo Judas, a compartir mesa con ella.

7

Robin se preguntaba dónde se encontraba su padre. Echó un vistazo disimuladamente por encima del hombro a los bancos traseros de la capilla por si lord Hugh hubiera llegado cuando el servicio ya había empezado. Pero no lo vio.

Se sintió intranquilo. Su padre siempre lo avisaba si cambiaba de planes o si tenía previsto retrasarse y, en aquella ocasión, no había vuelto a verlo desde la comida.

Robin había pasado la tarde terminando sus tareas con la armadura y luego, como Pen estaba libre de su tutor y Pippa se encontraba bajo la vigilancia de Tilly, estuvo paseando con Pen en silencio por la orilla del río. Reunió para ella un ramo de malvaviscos rosas; un ramo, ya un poco marchito, que Pen llevaba todavía prendido en el vestido.

-¿Dónde está tu padre? -le preguntó Pippa con un susurro agudo cerca de su oreja.

Robin se encogió de hombros y Pen murmuró:

-Supongo que algo lo ha retrasado.

-A lo mejor se ha ido a cazar. Espero que no se haya caído del caballo, o que no se haya perdido en el bosque -volvió a la carga Pippa, otra vez con sus susurros agudos-. Una vez...

-¡Cállate! -le ordenó Pen cuando el capellán hizo una pausa en la oración para mirar recriminatoriamente a la menor de la casa.

Su madre salió de su ensueño y también miró con reprobación desde el banco del otro lado del pasillo. Pippa bajó la cabeza y se acarició el brazo vendado.

Guinevere no tenía su atención centrada en el oficio religioso. Seguía enfrascada, con lo que admitía que era un placer impío, en las acrobacias legalistas de la tarde. La tierra disputada se mencionaba claramente en los contratos prematrimoniales entre Roger Needham y su primera esposa. Guinevere había logrado el triunfo en esa batalla y Hugh de Beaucaire se vería obligado a aceptarlo. De momento prefería disfrutar de su alegría y dejar de lado el hecho de que su victoria era probablemente harto discutible, puesto que había mucho más en juego que un altercado legal.

Concluido el servicio religioso, al salir de la capilla echó un vistazo al patio y no pudo ocultar su decepción al no ver ni rastro de lord Hugh.

-¿Tu padre no cenará con nosotros, Robin?

-No me ha dicho nada, señora. -Robin parecía incómodo con la ausencia inexplicable de su padre-. Cuando cambia de planes suele avisarme. Supongo que le habrá salido un imprevisto.

Guinevere asintió y dijo:

-Seguro. ¿Le esperamos para cenar?

Robin negó con la cabeza.

-No, a él no le parecería bien, señora. No le gustaría causar problemas.

«¿En serio?» Guinevere se guardó aquel cínico comentario para sí.

-Espero que no se haya perdido y se haya caído de su caballo como Josh Barsett -se entrometió Pippa-. ¿Te acuerdas, mamá, de que nadie lo encontró y estuvo tumbado horas y horas hasta que el carbonero lo vio con la pierna hinchada y morada? Creyeron que tendrían que cortársela...

-Sí, me acuerdo -le interrumpió Guinevere-. Pero el padre de Robin, a diferencia de Josh Barsett, conoce bien los caballos.

-¡Oh! No he querido decir nada malo sobre el padre del chico -se apresuró a asegurar Pippa y miró preocupasa a Robin-. No quería alarmarte.

Pero a Robin le parecía tan divertida la imagen absurda de su padre cayéndose del caballo que se limitó a sonreírle y le dio un tirón de la trenza como hubiera hecho un hermano.

-No sé lo que has dicho. Estoy aprendiendo a no escucharte.

-Eso es de mala educación -se quejó Pippa-. Yo no tengo la culpa de que las palabras me salgan de la boca.

-Bueno, tal vez si te llenaras la boca de comida no te saldrían palabras -sugirió Guinevere sonriendo-. Vamos a cenar. -Empujó a Pippa para que entrara en la casa delante de ella.

Cuando terminaron de cenar, Guinevere interrumpió la descripción detallada y desagradable de Pippa acerca de un perro de caza que asaltaba un nido de ratones de campo en la orilla del río y engullía una a una las crías, que no paraban de chillar.

-Igual que si fueran dulces de color rosa hechos de mazapán. -Pippa levantó una ciruela cubierta de mazapán a modo de ejemplo.

-Creo que ya hemos oído bastante -le cortó Guinevere en un tono de voz firme y se volvió hacia Robin-: Cuando veas a tu padre, Robin, ¿puedes decirle que daré un paseo dentro de una hora por el jardín y me gustaría que viniera conmigo?

Robin asintió con fuerza.

-Por supuesto, señora. Estoy seguro de que está en el campamento.

En cuanto salieron del comedor, Robin se fue corriendo al campamento.

Hugh masticaba muy pensativo un muslo de pollo cuando su hijo llegó a toda prisa.

Al ver que el chico jadeaba y tenía las mejillas muy enrojecidas, en seguida preguntó:

-¿Ocurre algo?

Robin se detuvo en seco delante de su padre.

-Sí, señor. Estaba preocupado. Le esperábamos para cenar.

-No tenías por qué preocuparte. -Le sonrió-. Sabes que soy capaz de cuidar de mí mismo.

Su hijo también sonrió.

-Sí, señor.

-Luego me excusaré ante lady Guinevere.

Seguramente no estaría muy interesada en las disculpas cuando Hugh la enfrentara a las pruebas que tenía de sus mentiras.

Robin se retiró un mechón de cabello húmedo de la frente. Era una tarde cálida y había corrido mucho.

-Me ha dicho que le dijera que daría un paseo por el jardín dentro de una hora y quería que fuera usted con ella.

Hugh miró al cielo. El sol estaba bajo y en una hora se habría puesto por completo. Asintió lentamente con la cabeza, con una expresión torva en su rosto.

-Da la casualidad de que tengo que hablar con lady Guinevere. Esta noche nos trasladamos al campamento. Vuelve a la casa y recoge nuestras cosas. Que uno de nuestros hombres te ayude a traer el arcón.

Robin dudó.

-¿Nos..., nos vamos, señor?

-Sí. Lo antes posible. Ve a hacer lo que te he dicho.

Tiró el hueso del muslo al césped y con un gesto de la mano le indicó al chico que se marchara.

Robin obedeció inmediatamente y dejó a su padre paseando por el círculo cubierto de césped alrededor del campamento, con las manos hundidas en los bolsillos mientras aguardaba a que se pusiera el sol.

No le apetecía enfrentarse a su siguiente entrevista. Se sorprendió al descubrir que no se sentía satisfecho de haber descubierto la verdad. Guinevere Mallory se había deshecho de un bruto borracho y violento que probablemente se merecía lo que le

ocurrió. Pero Hugh de Beaucaire debía cumplir las órdenes del rey, y sus simpatías personales, si eso eran, no contaban para nada.

Vio a Robin corriendo como un potro joven, camino de Mallory Hall. Le seguía uno de los hombres de Hugh a paso más lento. Su hijo heredaría una tierra rica que le permitiría establecer su propia dinastía. Esa riqueza le supondría el acceso a la corte, a los favores y las influencias, e incluso a más riqueza. Robin no tendría que ser el soldado mercenario que era su padre.

Y la tierra, Dios lo sabía, no pertenecía a Guinevere Mallory. Needham no tenía derecho a cedérsela a nadie.

El resultado era justo.

Guinevere paseaba por la rosaleda con una cesta colgada del brazo y unas tijeras en la mano. Se detenía de vez en cuando para oler la fragancia de las flores que cortaba y echar un vistazo al delicioso paisaje, que se teñía de sombras del ocaso. Se oyó un arrullo procedente del palomar. A su espalda se encontraban los muros de piedra de la casa.

No podía perder aquello. No podía perderlo por el antojo de un rey avaricioso y de un codicioso consejero real. Tenía que haber algo de justicia en el mundo.

Desde el momento en que comprendió los placeres de disfrutar de una mente analítica y fue capaz de leer y hablar en latín igual de bien que en su idioma, se había sentido fascinada por las leyes. Bajo la brillante tutoría de maese Howard aprendió las normas legales y el proceder de la justicia. Guinevere creía en la justicia. Era la piedra angular de su mundo.

No podía perder lo que le pertenecía legalmente sólo porque alguien lo deseaba.

Pero sabía que existía esa posibilidad. La justicia era una fiesta movible en la Inglaterra del rey Enrique.

Las tijeras resbalaron en el duro tallo de una rosa blanca abierta y se cortó la punta del dedo. Guinevere chupó la gota de sangre y percibió su sabor. ¿Qué era perder la tierra en comparación con perder la vida?

Oyó unos pasos a su espalda. Eran unos pasos familiares, firmes y a la vez ligeros. Los pasos de un usurpador.

Eran los pasos de un hombre capaz de hacerle cantar la sangre.

-Lord Hugh. -Guinevere se volvió con una sonrisa en los labios.

-¿Se ha pinchado?

-No. Las tijeras resbalaron. No es nada.

Guinevere dejó la cesta de las rosas en un banco de piedra que había junto al camino. Hugh sacó un pañuelo del bolsillo y, sin pedirle permiso, le secó la sangre del dedo, mientras comentaba muy tranquilo:

-Por alguna razón, los dedos sangran mucho aunque se trate de una herida muy pequeña.

-Sí, ya me he dado cuenta.

Ella observó los dedos de Hugh, morenos, gruesos, fuertes, pero de movimientos muy delicados. Sintió la calidez de su tacto, un calor maleable, como el de la cera derretida.

Hugh soltó la mano de Guinevere bruscamente.

-Debemos hablar, señora.

Guinevere abrió la boca para decir algo, pero Hugh continuó hablando, mirándola fijamente a los ojos.

-Desde que llegué aquí no ha dejado de mentirme. Estoy rodeado de mentiras. Todas las personas con las que he hablado han intentado cambiar los hechos para tratar de ocultar la verdad.

Guinevere estaba muy pálida.

-¿Qué verdad, señor?

-La verdad. El hecho de que usted empujó a su esposo para que se cayera por la ventana.

-¿Quién me acusa? -Tenía los labios exangües.

-Yo. Su ama de llaves dice que se encontraba con usted y con Stephen Mallory en la habitación aquella noche, pero el señor Crowder me ha asegurado que ellos dos estaban juntos en el despacho del mayordomo en el momento del accidente. Usted me dijo que se encontraba en el excusado cuando Mallory se cayó, pero uno de los vigilantes la vio junto a la ventana tanto antes como inmediatamente después de que su esposo muriera. Si usted no estuviera implicada en esa muerte, ¿por qué me han mentido?

La ira hizo que el rostro de Guinevere adquiriera un tono ceniciento al comprender por qué Tilly se había mostrado tan afligida. En medio de aquella palidez resaltaba el fuego púrpura de los ojos.

-¿Cómo se ha atrevido a intimidar a mi servicio? Les dije que colaboraran con usted, que le contaran lo que sabían. No tenían por qué ocultar nada. ¡Ha asustado a Tilly y por eso le ha mentido! Ha merodeado por ahí como una víbora para atrapar a mi gente, personas que me son fieles, que llevan conmigo desde que yo era una niña. Ha intentado que me traicionaran.

Olvidaba que tenía las tijeras en las manos y lo apuntaba con ellas para dar énfasis a sus palabras. Hugh la agarró por la muñeca.

-Por el amor de Dios, ¿qué pretende hacer?

Guinevere se miró la mano apresada y abrió lentamente los dedos. Las tijeras cayeron al suelo.

-Ni me acordaba de que las llevaba en la mano.

-¿Debo creerla? ¿Cuatro esposos muertos y me amenaza con unas tijeras?

-¡Oh, no sea ridículo! -Lívida, Guinevere lo miró y giró la muñeca hasta desasirse de Hugh.

Hubo un momento de silencio mientras Hugh comprendía que era ridículo. Guinevere no había querido hacerle daño. Habló en un tono de voz más calmado:

-Tal vez pueda explicarme por qué me aseguró que se encontraba en el excusado cuando parece ser que no es así.

-¿Qué vio el vigilante?

-La vio a usted.

Guinevere negó con la cabeza.

-¿Cómo puede estar tan seguro? O tal vez usted utilizó algunas técnicas persuasivas para que el hombre le dijera lo que usted quería oír. -De nuevo, Guinevere hablaba en un tono duro-. Los dos sabemos que no tenía intención de marcharse de aquí sin las pruebas que ha venido a buscar.

Hugh estrechó los labios.

-Esa cantinela aburre. El hombre la vio en la ventana antes y después de la caída de Mallory.

-¿Y vio que yo lo empujaba?

-No. Pero es evidente que lo hizo.

-¿Tiene la menor idea de lo grande que era Stephen, señor? Yo no soy una mujer menuda, de acuerdo, pero comparada con mi esposo... -Sonrió como con lástima-.

Cualquiera que conociese a Stephen le dirá que era un hombre muy alto, ya bastante grueso, pero todavía muy fuerte. Era un alcohólico y a menudo se tambaleaba. Cuando perdía el equilibrio después de una cena copiosa, lo cual ocurría a menudo, como puede corroborarle cualquier miembro de mi servicio, era como intentar levantar un roble caído. Yo no hubiera tenido fuerza suficiente para empujarlo por la ventana.

«Pero un pie bien colocado y en el momento oportuno tendría el mismo efecto.» Guinevere rechazó ese pensamiento y volvió a mirar como con lástima a Hugh, que ya no se sentía tan convencido.

-¿Estaba usted en la ventana? -El jardín se había quedado a oscuras y Hugh apenas veía el rostro de Guinevere.

Ella se volvió y dejó vagar la vista por los campos, ya oscurecidos. Inmóvil y con el cuerpo muy erguido, contestó en voz baja:

-Sí.

-¿Por qué me mintió?

Guinevere se volvió hacia él de nuevo. Tenía el rostro muy pálido y los ojos muy oscuros, casi negros.

-Fue una mentira piadosa. Quería evitar comentarios. Las personas de por aquí son muy supersticiosas y les encanta cuchichear. Después de todo, perder a cuatro esposos podría considerarse negligencia. -Volvía a mostrarse irónica-. ¿Acaso no llegaron a esta misma conclusión usted y quienes le enviaron?

Hugh tuvo que admitir que se trataba de una explicación razonable. La miró e intentó leer sus pensamientos. Estaba convencido de que había algo que Guinevere seguía ocultando. ¿Era una asesina codiciosa y despiadada, o una mente brillante que utilizaba los conocimientos para proteger sus intereses financieros? Hugh no contaba con ninguna prueba concluyente sobre la implicación de Guinevere en ninguna de las muertes, a pesar de que, al menos para una de ellas, había tenido el motivo y la oportunidad.

-Entonces, Hugh de Beaucaire, ¿va a arrestarme? -El tono de voz sarcástico le retó.

El sarcasmo desafiante en el tono de voz irritó a Hugh.

-No soy yo quien debe decidirlo. Pero sí que tengo que llevarla a Londres, donde otras personas tomarán la decisión. Saldremos al amanecer pasado mañana. Esté preparada.

Tan pronto. ¿Tendría tiempo de hacer algo antes? Guinevere pensó en el documento que llevaba en el interior de la cesta de rosas. Era el documento que demostraba que Roger Needham tenía derecho a ceder a su segunda esposa la tierra disputada. Ese triunfo de poco le servía ya.

Mostró una expresión tranquila, negándose a dejar traslucir que estaba asustada. No le daría a Hugh aquella satisfacción.

-No puedo prometerle que estaré lista tan pronto.

-Lo estará, señora. Ha pasado más de la mitad del verano y no quiero arriesgarme a estar todavía en camino cuando los días empiecen a acortarse.

-Creo que me llevaré a mi servicio.

-Hágalo. Pero han de ir abastecidos y preparados para cuidar de sí mismos. Mis hombres no pueden hacerse cargo de ellos. Yo me encargaré de usted y de sus hijas y de una mujer que la ayude. Los demás deberán arreglárselas por sí solos.

-Lo hablaré con los más veteranos de mis sirvientes -decidió Guinevere, mientras pensaba a toda velocidad examinando y descartando posibilidades.

Hugh asintió con la cabeza.

-Como quiera. Comprendo que han estado con usted desde que se quedó huérfana de niña. Si puede pagarles la manutención no pondré ninguna objeción.

-Los mantendré hasta que ustedes me conviertan en una miserable -afirmó Guinevere, ya sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su amargura. Hugh de Beaucaire supondría que su reacción sería de enfado y amargura y, para que él no sospechara que tenía otros planes, así era como debía mostrarse-. En Londres necesitaré a mi tutor para que me ayude en mi defensa, suponiendo, claro está, que se me permitia defenderme.

Hugh, de pronto, tuvo una imagen de lo que la esperaba en Londres. ¿Qué estaba haciendo él? ¿Conspiraba para destruir a aquella mujer y a sus hijas?

La nube que cubría la luna pasó y el jardín quedó bañado de luz plateada. El rostro de Guinevere aparecía con una belleza traslúcida en su gesto desafiante. Y Hugh volvió a tener la sensación desconcertante de perder el equilibrio, de no ser capaz de centrar su atención, lo cual le hacía no estar seguro de nada, sólo del confuso torbellino de sus emociones. La estaba mirando fijamente y vio en su rostro que ella le leía la expresión, que le captaba en los ojos el deseo. Las mejillas de Guinevere recobraron un poco de color, los labios se abrieron apenas, los ojos resplandecieron.

Sin darse cuenta, Hugh se inclinó, puso su boca sobre la de ella y, por un momento, el mundo se detuvo. Le abarcó la espalda con las manos y la atrajo hacia sí, y Guinevere abrió la boca bajo la suya. Hugh saboreó la calidez cuando ella le exploró la boca con la lengua; inhaló la fragancia del cabello y de la piel, y se le perturbaron los sentidos al contacto con el cuerpo de Guinevere también estremecido por el deseo. Ansiosos, ambos bailaron con la lengua una danza apasionada, y ella le succionó el labio inferior como si fuera una ciruela madura.

De pronto, Guinevere se apartó, lo miró con la expresión de un zorro acorralado y en sus ojos la pasión fue sustituida lentamente por un extraño horror. Se marchó apresuradamente hacia la casa con los elegantes pliegues de la capucha agitándose a su espalda.

Hugh pasó los dedos por la boca y maldijo entre dientes. Se sentía frustrado y confundido. ¿Cómo había podido ocurrir?

Tronchó una rosa del arbusto que tenía a su lado, insensible a las espinas y con la mirada fija en las ventanas iluminadas de la casa. Uno a uno, arrancó los pétalos y los dejó caer al suelo, a sus pies.

¿Cómo había podido ocurrir?

A Guinevere le temblaban las manos cuando, con la falda arremangada, subía corriendo la escalera que conducían a su estancia. ¿Cómo había podido ocurrir? Era como si los dos hubieran estado hechizados, como si un hada hubiese trazado con la varita mágica un círculo a su alrededor, un círculo que excluía la amargura, la enemistad y la desesperación.

Cerró de un portazo su dormitorio y se apoyó contra la puerta como si quisiera impedir el paso a una multitud de demonios. Respiraba deprisa, todavía con el recuerdo del beso en la boca. Alzó las manos y vio que le temblaban. Le palpitaba todo el cuerpo, el deseo le latía en la ingle, y tenía ganas de llorar de miedo y de frustración.

Tilly se levantó de un salto de la silla donde cosía y levantó las manos, lanzando la aguja y la costura por los aires.

-¡Ay, ay, ay! ¿Qué ha ocurrido? Parece como si hubieras visto un fantasma.

-No he visto ningún fantasma, Tilly. -Guinevere se alejó de la puerta e inspiró profundamente-. Si acaso al demonio. -Fue a la ventana y miró al patio. El vigilante de

la esquina suroeste alzó la cabeza e inmediatamente desvió la mirada. Guinevere se volvió hacia la habitación-. ¿Por qué creíste que tenías que mentirle a lord Hugh?

Tilly se mostró afligida.

-No lo sé, querida. Me pareció que era mejor decir que no estabas a solas con lord Mallory. Creí que era mejor.

-No era necesario. -Guinevere le puso una mano en el hombro-. Pero sé que lo hiciste con buena intención.

-¡Oh, perdóname! ¿Te he causado problemas, querida?

-En realidad, creo que no hubiera cambiado nada -contestó Guinevere, y suspiró-. Dijerais lo que dijerais, el resultado no iba a cambiar.

Tomó una vela de la mesa y, cuando habló de nuevo, lo hizo en un tono enérgico y autoritario:

-Tenemos muchas cosas que hacer. Avisa a maese, a Crowder y a Greene. Tengo que hablar con vosotros.

Tilly salió a toda prisa y Guinevere entró en su cámara privada. Encendió las velas con la que llevaba en la mano y se sentó en una silla forrada de piel ante la mesa. Dejó caer las manos en el terciopelo de su regazo y cerró los ojos para serenarse.

Los sirvientes convocados aparecieron a los pocos minutos, serios y respetuosos. La verdadera razón de la visita de Hugh de Beaucaire a Mallory Hall ya no era un secreto para ellos, aunque mantenían la discreción con los otros miembros del servicio.

-Lord Hugh quiere que salgamos para Londres pasado mañana al amanecer -les informó Guinevere sin más preámbulos-. No es necesario que les diga lo que ocurrirá si nos obligan a ir a Londres. -Todos asintieron solemnemente con la cabeza-. Así que mis hijas y yo tenemos que escondernos y mi intención es trasladarnos en secreto a la casa de Cauldon que me dejó mi padre. No creo que lord Hugh nos encuentre allí. Estoy segura de que no sabe ni que existe.

-Sí, señora. Dudo que nadie lo sepa -afirmó Crowder-. Hace años que nadie ha estado allí. -Negó con la cabeza-. Nadie sabe dónde está.

-Hay una persona que se ocupa de la casa, ¿verdad?

Crowder parecía un poco embarazado.

-Sí, pero hace tiempo que no hago una inspección, lady Guinevere. Hay tantas casas...

-Sí, lo entiendo. Y es mejor así. Cauldon es una casa olvidada y abandonada y a tan sólo un día a caballo desde aquí. A nadie se le ocurrirá buscarnos allí. -Hizo una breve pausa y añadió-Me gustaría que todos ustedes me acompañaran. -Miró uno a uno sus rostros sombríos-. Pero si no quieren exiliarse lo entenderé. No podremos vivir como estamos acostumbrados a hacerlo.

Hizo un gesto con la mano indicando los muchos signos de riqueza y comodidad visibles a su alrededor.

-¡Por el amor de Dios, querida! -exclamó Tilly-. ¿Crees que vamos a abandonaros a ti y a las niñas?

Guinevere sacudió con fuerza la cabeza al oír las protestas de todos y les advirtió:

-Deben pensarlo bien. El consejero real tiene un brazo muy largo. Mi esperanza es que, si se queda con gran parte de mis tierras y mi fortuna, no nos buscará con insistencia, pero no puedo estar segura.

-No la dejaremos sola -aseguró Crowder.

Guinevere se sintió aliviada. Sonrió con gratitud.

-No puedo expresar con palabras lo que esto significa para mí. Además, no sé cómo me las arreglaría sin ustedes.

-Señora, y ¿Cómo lo haremos? Con lord Hugh y sus hombres en la entrada, ¿Cómo vamos a darles esquinazo? -preguntó Greene, que, como de costumbre, ya estaba dispuesto a entrar en acción.

-He estado pensando y no veo la manera de salir de esta casa sin que nos vean, de modo que haremos lo siguiente: las niñas, Tilly y yo iniciaremos el viaje con lord Hugh y le diré que los demás necesitan un poco de tiempo para los preparativos, las provisiones y todo eso, y que se reunirán con nosotros tan pronto como les sea posible. Intentaré persuadirlo para que vayamos por el camino de Derby en vez de tomar la ruta de Chesterfield, que nos alejaría mucho de Cauldon. Por el camino de Derby estaremos cerca de Kedleston al final del segundo día, lo que quiere decir que nos encontraríamos a una noche a caballo de Cauldon. -Los miró para ver cómo recibían su plan y, puesto que todos asintieron mostrando su acuerdo, prosiguió-: En cuanto nos marchemos, el señor Crowder y maese se ocuparán de todo lo necesario para instalarnos en Cauldon. Greene, usted nos seguirá a una distancia prudente. Cuando acampemos la segunda noche, cerca de Kedleston, nos escaparemos. Todavía no sé exactamente cómo, pues dependerá del campamento que monte lord Hugh, pero confío en que lo podremos hacer.

Mientras hablaba, Guinevere sabía que, en realidad, no estaba nada segura de ello, pero era lo único que se le ocurría.

-Sí, y yo las estaré esperando -afirmó Greene, que no necesitaba más explicaciones.

-Sí, no podemos viajar sin una escolta armada, sobre todo por la noche. Si logramos escapar sin que nos vean, llegaremos a Cauldon antes de que nos echen de menos al amanecer. Si cubrimos las herraduras de los caballos no haremos ruido cuando pasemos por las poblaciones que encontremos en el camino y, con suerte, nadie se dará cuenta de que hemos pasado por allí.

-Sí, y yo iré detrás borrando las huellas -decidió Greene-. Con una rama gruesa será suficiente.

-Habremos desaparecido como fantasmas -siguió Guinevere-. Nos habremos esfumado por la noche sin dejar ni rastro. -Asintió con un movimiento de cabeza. Era el mejor plan que se le había ocurrido.

-¿Y qué tengo que hacer yo, señora? -preguntó el tutor, inclinado hacia delante y rascándose su nariz aguileña.

-Se encargará de los libros -contestó Guinevere-. Usted sabrá mejor cómo empaquetarlos y transportarlos.

Maese Howard hundió las mejillas, como imitando a una carpa, mientras pensaba en su cometido. Luego, asintió.

-Sí, creo que podré empaquetarlos.

-Eso es todo. -Guinevere los miró sonriente-. Les estoy sinceramente agradecida a todos. -Se levantó y se dirigió a un armario que había en una esquina. Sacó una jarra de piel y una copa con dos asas y regresó a la mesa-. Brindemos por el éxito de nuestro plan.

El vino tenía el color de una ciruela oscura y estaba enriquecido con coñac. Se guardaba para ocasiones muy especiales. Guinevere llenó la copa, tomó un sorbo y se la pasó al tutor.

Todos bebieron en silencio, conscientes de los riesgos que iban a correr. Si el plan fallaba, todos serían acusados de traición por ayudar a escapar a una persona que viajaba a Londres por mandato real para enfrentarse a las acusaciones del consejero real y al poder del Estado.

8

-Nos vamos a Londres..., nos vamos a Londres... -canturreó Pippa mientras recorría bailoteando el largo pasillo-. ¿No es emocionante, Pen? -Se dio media vuelta y bailó de espaldas para hablar con su hermana, que la seguía lentamente.

Pen no estaba muy convencida. Aunque, por un lado, la idea la fascinaba y sentía un cosquilleo peculiar al pensar que pasaría mucho tiempo con Robin, por otro lado había notado cierto tono preocupante en su madre cuando les anunció animadamente la inminente aventura.

Su madre las había llamado para que acudieran a su cámara privada, una formalidad que estaba reservada para las ocasiones más importantes. Cuando las niñas entraron, Guinevere se mostró sonriente e hizo todo lo posible para que el viaje les pareciera excitante, a la vez que educativo. Les explicó que tenía que ir a Londres para reclamar su tierra en los tribunales. Lord Hugh y sus hombres les proporcionarían todo lo que necesitaran durante el viaje. Les prometió que Londres les encantaría. Aunque Guinevere jamás había estado allí, dijo que había leído muchas descripciones sobre el maravilloso río Támesis, el bullicio de las calles, las enormes mansiones de los nobles y los bonitos palacios del rey Enrique en Greenwich, en Hampton Court y en Whitehall. Les aseguró que los verían todos.

Pero Pen advirtió tristeza detrás de la sonrisa de su madre. Era la misma tristeza que cuando Stephen Mallory recorría la casa hecho una furia.

Y no había vuelto a ver esa tristeza desde su muerte, hasta que lord Hugh y sus hombres llegaron. Pen no comprendía por qué su madre insistía en todo aquello por una tierra que no necesitaban. Ya tenían muchas cosas.

-¡Bueno, di algo, Pen! -gritó Pippa, interrumpiendo los pensamientos de su hermana-. No has dicho nada de lo emocionante que será.

-¡Eres una cría! -soltó Peno Pippa se ofendió.

-¡Y tú también!

-¡Yo no me paso el día gritando!

-¿Pero no quieres estar con el chico? Son muchas semanas cabalgando juntos. Seguro que te apetece. -Pippa, zalamera, puso una mano encima del hombro de su hermana-. No me entrometeré, te lo aseguro.

Pen sonrió de mala gana.

-Sí que lo harás. No podrás evitarlo. Vamos, mamá quiere que ayudemos a Nell a guardar nuestra ropa.

-Mientras dure el viaje no tendremos clase con el tutor -insistió Pippa, contenta-. Seguro que eso te gusta, Pen.

Pen todavía era demasiado niña para no alegrarse ante la idea de no dar clases, pero sabía que su madre echaría de menos las largas sesiones de lectura con el tutor. No se podía leer mientras se cabalgaba y el tutor era un jinete tan malo que ya tendría suficiente con intentar no caerse del caballo. Pen no pudo evitar que se le escapara una risita. El tutor encima de un caballo tenía el aspecto de un saco de harina mojada. Su madre tendría que contar con lord Hugh para mantener una conversación de adultos.

La risita dio paso a un leve fruncimiento de las rubias cejas de la niña. A veces parecía como si lord Hugh y su madre fueran buenos amigos. En ocasiones se reían de lo mismo y parecían mantener una buena relación. Pero otras veces era como si se odiaran. Pen sabía que Robin estaba tan confundido como ella, pero no hablaban de eso nunca. Ya habían tenido bastante con la discusión acerca de la disputa de la tierra. Por supuesto, Pen se puso de parte de su madre y, del mismo modo, Robin defendió a su

padre. Desde entonces, los dos acordaron tácitamente no volver a mencionar el tema. ¿Pero lo lograrían en un viaje tan largo y pasando tanto tiempo juntos?

Mucho tiempo juntos, semanas y semanas... Pen sintió que un escalofrío le recorría la espalda, pero no porque se sintiera alarmada ni porque ocurriera nada malo.

Pippa estaba por delante dando brincos, sin preocuparse de que Pen no hubiera contestado a su pregunta. De todas formas, sólo cabía una respuesta.

-¡Espérame! -gritó Pen, que aceleró el paso para alcanzar a su exultante hermana.

A solas en su cámara privada, Guinevere caminaba de una ventana a otra cubriéndose el rostro con las manos de forma inconsciente. ¿Había logrado convencerlas de que no había nada de que preocuparse? A Pippa sí, pero a Pen tal vez no.

Bueno, de momento poco más podía hacer para tranquilizarlas. Volvió al dormitorio y se miró en el espejo. Unas pequeñas arrugas se le formaban alrededor de los ojos y estaba muy pálida. Abrió el tarrito de hojas de geranio secas y pulverizadas, mojó un dedo en el aguamanil y captó una pizca del polvo rojo. Se lo esparció suavemente por las mejillas y lo suavizó luego con la yema de otro dedo. Eso le proporcionó un leve tono rosado. Los dientes, gracias a las aplicaciones diarias de hojas secas de salvia, resplandecían cuando sonreía.

Se pasó un dedo por los labios y parecieron cobrar vida con el recuerdo vivo del beso. Todavía notaba el sabor de la boca de Hugh en la lengua. Se le tensaron los músculos del sexo y tuvo la sensación de que el bajo vientre le goteaba. Lujuria.

-Timothy.

Pronunció el nombre en voz baja y fue un grito de socorro. ¿Cómo podía abrirse paso en aquel enredo mortal si la lujuria le entorpecía la mente? Sólo una vez antes se había dejado llevar por la gloriosa seducción de la pasión pura y eso la transportó a las maravillosas profundidades de la satisfacción en el amor.

Y lo echaba mucho de menos. Le dolía anhelar tanto el pasado. No pasaba ni un solo día sin que no pensara en Timothy, sin que no lo viera con alguna de sus expresiones, sin que no lo reconociera en algún gesto de sus hijas, sin que no oyera su voz o su risa en su memoria. Y por la noche lo sentía en sueños.

Ésa era la lujuria que llevaba a las más profundas y maravillosas satisfacciones del amor.

La lujuria por Hugh de Beaucaire la conduciría únicamente al patíbulo. Alisó la seda de la falda, de color rojo oscuro, se colocó bien el tocado blanco bajo la capucha gris como el carbón, acarició el colgante de perlas que llevaba en la garganta y se fue a plantarle batalla a Hugh de Beaucaire.

Encontró al mayordomo en su despacho. Estaba confeccionando listas de provisiones.

-Señor Crowder, me gustaría hablar con lord Hugh. ¿Sería tan amable de enviar un sirviente a avisarlo?

Crowder conocía a su señora y sabía que estaba poniendo en marcha el plan. Lo notaba en la posición de la cabeza, en el brillo belicoso de los ojos, por el tono resuelto y bien modulado de la voz. Todavía no la había visto nunca fracasar.

-El señor Robin está en la entrada noroeste, señora. ¿Puedo sugerirle que sea él quien avise a su padre?

-¿Se encuentra Pen con el señor Robin?

-No, señora, aunque me parece que espera que aparezca pronto.

-Vamos a tener problemas con eso, Crowder.

-Sí, señora. -El mayordomo asintió con la cabeza-. Pero la señorita Pen es sensata como pocos.

-Cierto, sólo que el primer amor... -Guinevere sacudió la cabeza con pesar-. Pues envíe a Robin a por su padre. Lo recibiré en la sala... No, un momento. -Levantó una mano y Crowder se quedó a la espera-. Iré yo misma -añadió con los ojos entrecerrados-. Así tendré la oportunidad de echarle una ojeada al campamento para ver cómo está dispuesto. Tal vez eso me dé algunas ideas para nuestra huida.

-Estaba pensando, señora, que sería mejor emplear gente de la zona de Cauldon para la nueva casa. Si nos llevamos sirvientes de aquí, a alguno podría escapársele algo.

-Sí, ya he pensado en ello. Si lord Hugh decide buscarnos, seguramente lo primero que hará será regresar aquí. Nadie debe saber adónde hemos ido.

Le dedicó una sonrisa a Crowder, tanto para darle confianza a él como para dársela a sí misma, y salió al soleado patio. Abandonó la casa por la puerta noroeste y vio a Robin sentado en el pretil de piedra del puente de las caballerías, mirando desconsolado hacia la casa.

-Buenos días, Robin -lo saludó Guinevere-. Las chicas andan muy ocupadas preparando las cosas para el viaje de mañana. Hay mucho por hacer. Pero estoy segura de que Pen querrá hablar contigo un momento si entras en casa.

Robin se mostró más desconsolado aún.

-Mi padre, señora, dice que hoy no debo molestarlas. Pensé esperar aquí por si Pen salía a dar un paseo o algo...

-Bueno, ¿por qué no tomas el camino que rodea la casa por los jardines? Puedes esperar debajo de la habitación de las chicas y hacerte ver -sugirió Guinevere-. Con un día tan bonito, las contraventanas estarán abiertas. Pen mirará por la ventana, de vez en cuando. Y, si ella no lo hace, Pippa seguro que sí.

Robin sonrió.

-De este modo no molesto a nadie, ¿verdad?

Guinevere negó con la cabeza.

-No creo que tu padre considere que un simple paseo por el jardín sea desobedecerlo. ¿Se encuentra él en el campamento?

-Sí, señora. Está preparando el viaje con Jack Stedman.

-Confío en que no esté demasiado ocupado y pueda hablar con él -comentó mientras se dirigía a la garita de piedra.

Le latía el corazón muy deprisa a medida que se aproximaba al círculo de tiendas asentadas a unos noventa metros de la entrada. ¿Cómo se comportaría Hugh después de lo de la otra noche? Guinevere estaba decidida a actuar como si no recordara nada de lo ocurrido. Se mostraría fría, igual que un prisionero con su encarcelador, y muy rotunda en sus peticiones.

Tenía la sensación de que, si sus peticiones eran razonables, él las aceptaría. Hugh era un hombre seguro de sí mismo y que poseía un don de mando que le era natural, así que no necesitaba demostrar su poder sobre ella haciéndole la vida más difícil de lo que tuviera que serIo. Y Guinevere sabía que no era un hombre cruel. Nadie que tratara a los niños con la cordialidad y el sentido del humor con que él lo hacía podía ser una mala persona. Pero este pensamiento no lograba que el corazón le palpitara más lentamente. Si estuviera segura de que su nerviosismo se debía simplemente a la situación a la que se enfrentaba, le sería mucho más fácil enfrentarse a ella. Pero no podía engañarse.

En el campamento había un ajetreo ordenado. Guinevere echó una ojeada y vio que los caballos estaban atados a una empalizada rudimentaria. Nadie los vigilaba, pero ¿tampoco lo harían durante el viaje? Se llevaría belladona por si había que dormir a

algún vigilante. Tilly sería muy útil para esto, pues se le daba muy bien iniciar conversaciones. Con su aire maternal, en seguida entablaría una conversación agradable con cualquier hombre y lo distraería.

-Lady Guinevere.

Al oír la agradable voz de lord Hugh a su espalda se giró un poco sobresaltada. No esperaba que apareciera en aquella dirección.

-Mi campamento le da la bienvenida -la saludó él.

Hugh no mostraba expresión alguna en el rostro, pero a Guinevere le pareció detectar cordialidad en los luminosos ojos azules y un amago de sonrisa en los labios, como si él mismo se sorprendiera de cuánto le agradaba volver a verla.

-Me gustaría comentar algunas cosas con usted, lord Hugh.

-¿Por qué no ha enviado a alguien para que me avisara?

-Los prisioneros no suelen enviar a nadie para que avise a sus encarceladores -replicó Guinevere.

La cordialidad se adueñó de todo el rostro y el amago se convirtió en una amplia sonrisa.

-¿Está decidida a mostrarse irritada? Pues a mí no logrará irritarme, señora. Estoy de muy buen humor.

-¿Ah, sí? ¿Y a qué se debe? -Guinevere se arrepintió inmediatamente de haber hecho esa pregunta.

Él la miró con los ojos entrecerrados. Levantó lentamente una mano y puso los dedos sobre la boca de Guinevere, como un hombre ciego leyendo los labios.

-A un recuerdo que no soy capaz de olvidar -respondió en voz baja-. ¿Por qué ocurrió, Guinevere?

Ella ni quería ni podía seguirle la corriente.

-No lo sé -contestó, con un enojo en parte auténtico, aunque dirigido tanto a sí misma como a él. Ladeó la cabeza para apartar los dedos de Hugh-. Y preferiría no volver a hablar de ello. Fue una locura.

Hugh se encogió de hombros y la luz de sus ojos dio paso a una frialdad metálica.

-Como usted quiera. ¿De qué desea hablarme?

-De los detalles del viaje. Me parece que el señor Crowder, maese Howard y Greene no estarán listos para salir por la mañana.

-Entonces... se irá sin ellos. -Lo dijo como si se tratara de una conclusión prevista.

-No -dijo Guinevere-. Ha decidido usted el viaje de repente, señor, y deben arreglarse algunas cosas antes. No puedo dejar a todos los miembros del personal sin dinero ni órdenes. -Lo miró con una sonrisa burlona-. Por supuesto, ya sé que otra persona se hará cargo de Mallory Hall, pero esto no ocurrirá inmediatamente y mi gente no tiene por qué pasarlo mal en mi ausencia.

Hugh se tiró del lóbulo de la oreja.

-¿Y qué sugiere, señora?

-Si insiste... -Guinevere hizo una pausa muy breve, pero significativa-. Tilly, mis hijas y yo estaremos listas para salir mañana a primera hora con usted.

-Insisto. -Con un gesto, Hugh la invitó a que continuara.

-El servicio se reunirá con nosotros tan pronto como lo hayan arreglado todo. Por ejemplo, las provisiones para el viaje. No tendrán problemas para encontrarnos porque, con las niñas, no podremos cabalgar muy deprisa.

-Muy bien. -Hugh asintió con la cabeza.

-Necesito saber la ruta que tomaremos, señor.

-Iremos por Chesterfield.

-Sería más lógico ir por Derby -dijo Guinevere-. No está muy familiarizado con los caminos de esta parte del país, ¿verdad? -Levantó una ceja.

-Vinimos por Chesterfield. Nos pareció un camino apropiado.

-El camino de Derby está más concurrido y la superficie se encuentra en mejor estado -afirmó ella con mucha seguridad-. A mi gente, que viaja cargada con provisiones, le resultaría más sencillo reunirse con nosotros si tomáramos el camino de Derby. -Se apartó un poco y, en un tono de voz casi ahogado, añadió-: Lord Hugh, necesito a mi tutor conmigo en Londres. Por lo menos tardará un día entero en embalar todos los libros que necesitamos. Estoy segura de que no me negará la posibilidad de defenderme.

-Jamás lo he cuestionado. -Hugh tenía la sensación de que había algo más detrás de esa conversación, pero no era capaz de identificarlo. Todo lo que Guinevere decía tenía sentido y él no había recibido instrucciones para negarle el derecho a defenderse. Si ella necesitaba libros y a su tutor, no se lo iba a prohibir-. Usted conoce este condado mejor que yo, señora... Por cierto, Matlock se encuentra en el camino de Derby, ¿no?

-Sí, por supuesto.

-Mmm... -murmuró. En Matlock podía investigar la muerte de Timothy Hadlow. Aunque tenía pruebas suficientes para acusarla del asesinato de Mallory y no necesitaba más que un asesinato para llevarla ante el consejero real, las circunstancias que rodeaban el accidente de Hadlow, si es que lo fue, lo intrigaban. Del mismo modo que lo intrigaban las circunstancias del matrimonio de Guinevere con Hadlow. Le gustaría saber si se había tratado de un matrimonio feliz, y en Matlock y sus alrededores habría gente que sabría cosas y que tendría formada una opinión al respecto-. Muy bien -aceptó, asintiendo enérgicamente con la cabeza-. Tomaremos el camino de Derby.

-Entonces, le diré a mi gente que procure reunirse con nosotros cuando nos detengamos en Kedleston -dejó caer Guinevere en un tono tranquilo-. Supongo que nos permitirá descansar un día entero de vez en cuando, no esperará que mis hijas cabalguen sin descanso. Cada dos días tendremos que parar.

-Ya lo había pensado. Pero cuándo y dónde descansamos lo decidiré yo. Dependerá también de las condiciones climatológicas.

-Mis hijas no son campistas. No puede esperar de ellas lo mismo que de Robin.

-Lo comprendo. No se preocupe, que no esperaré de ellas más de lo que sean capaces de hacer.

Guinevere pensó que lo que a ella le preocupaba no era precisamente eso. Le sonrió de un modo ambiguo.

-Le agradezco su comprensión, señor.

Hugh hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y preguntó:

-¿Qué les ha dicho a Pen y a Pippa?

-Lo mismo que supongo que le ha dicho usted a Robin. -Su tono de voz fue amargo.

-No tienen por qué alarmarse -se mostró él de acuerdo.

-¿Está seguro, señor? -Con la mirada le desafió a que lo negara-. ¿Ha pensado por un momento en lo que les ocurrirá a mis hijas?

Dio media vuelta, con un remolino de su falda de color rojo oscuro, y se marchó.

Hugh regresó al campamento. Él se haría cargo de las niñas. Lucharía por ellas en el juicio y las conseguiría. Pero eso no podía decírselo a Guinevere, pues era tanto como asegurarle que ella iba a morir en el patíbulo.

A la mañana siguiente, justo antes de amanecer, Hugh entró en el patio bajo montado en su caballo negro y, con una mano apoyada en la empuñadura de la espada a la altura de la cadera, observó la agitación producida por los preparativos. Dos hombres

ataban troncos de madera en la espalda de un caballo de carga. Los mozos de cuadra preparaban la yegua blanca de Guinevere, dos ponis y una mula robusta. Presumiblemente, la mula era para Tilly. Parecía muy fuerte, pero les haría ir más lentos. Los ponis eran de raza, aunque tampoco alcanzarían la velocidad de los caballos ni la de la preciosa yegua de Guinevere. Además, cuando los sirvientes se reunieran con ellos, con los carros llenos de provisiones y de libros, la marcha se ralentizaría todavía más.

Hugh disponía de casi dos meses para llegar a su destino antes de que entrara el otoño y los días se acortaran. Desde luego, iba a necesitar todo ese tiempo. Encabezar una combinación de guardería y librería ambulante era muy distinto de dirigir una brigada de soldados a caballo.

Levantó la vista al cielo, que empezaba a clarear, y el caballo se agitó notando la impaciencia de su jinete. Hugh tenía ganas de acabar con todo aquello de una vez. Estaba obligando a una mujer y a sus hijas a abandonar su casa y no quería alargar el proceso.

Guinevere salió de la casa con el tutor y el señor Crowder y no se dio cuenta en seguida de la presencia de Hugh.

De todas formas, lo supo de inmediato, pues era imposible no verlo en la penumbra de la primera luz de la mañana. Era un hombre tan..., tan imponente, pensó Guinevere, buscando la palabra adecuada para describirlo. Imponente, poderoso...

Suponía que debía de inspirar admiración y temor entre sus hombres, y la imagen de Hugh con la espada desenvainada en plena batalla hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Con el cabello corto y de tono metálico bajo el gorro negro, el penetrante brillo de los ojos azules y los hombros cuadrados, acentuados por el jubón de piel que llevaba debajo de la capa corta de estambre de color gris, parecía un verdadero Gengis Kan asaltando a mujeres y niños inocentes. Aunque Guinevere lograra escapar tendría que abandonar su casa y se vería reducida a una miseria relativa, condenada a perder todo por lo que tanto había luchado y a pasar el resto de su vida en una especie de exilio. Era un reconocimiento muy amargo.

-La estaremos esperando en Cauldon, señora -le susurró Crowder.

-Si Dios quiere -contestó ella-. ¿Dónde están las niñas?

-Querían despedirse de los perros -respondió el tutor. Guinevere miró al hombre montado a caballo. A pesar de la distancia, se notaba que estaba impaciente.

-Será mejor que envíe a alguien a buscarlas, Crowder. -Fue lentamente hasta el caballo-. Lord Hugh, veo que está impaciente por acabar con todo esto. Todavía no ha amanecido.

Hugh la miró y vio que estaba muy pálida y tranquila, pero con ojeras. Llevaba puesta la capa de seda verde esmeralda, de cuando se vieron por primera vez en el bosque durante la caza, y la misma capucha verde oscuro y con ribete enjoyado, muy retirada de la frente y dejando ver el brillo pálido del cabello.

-No veo por qué debemos retrasar lo inevitable, señora.

-No.

-Mamá..., mamá..., ¿nos vamos ya? -La voz de Pippa precedió a su aparición en el patio-. Nos hemos despedido de los perros y de los gatos del establo. La grande y gris, esa que llamamos Wolf*...,* pues las crías ya son lo bastante grandes para dejar a la madre y Pen y yo vamos a llevarnos un gatito cada una. ¡Oh! Buenos días, lord Hugh. Mire mi gatito. -Pippa lo saludó sonriente, enseñándole una diminuta pelotita de pelo plateado-. El de Pen es rojizo. El suyo es macho y el mío hembra. Así, cuando lleguemos a Londres pueden tener crías juntos. Todavía no les hemos puesto nombre.

¡Por el amor de Dios! Una guardería, una biblioteca ¡Y también un corral!

Hugh miró a Guinevere y vio que ella lo miraba con aire retador, a la espera de su reacción.

-Tu madre te explicará por qué no podéis traer gatitos en un viaje como éste -dijo él, indicando con un gesto decidido de la cabeza a Guinevere.

-¡Oh! Pero, mamá, serán un recuerdo de casa... -protestó Pen, que en ese momento se aproximaba a ellos con su cría de pelo rojizo. Parecía afligida, como si de pronto comprendiera la realidad de la despedida-. Tenemos que dejarlo todo, ¿no podemos llevarnos estos dos gatitos? No van a causar ningún problema. Son muy pequeños.

-¡Sí, por favor! -la secundó Pippa-. No causarán problemas. Cuidaremos de ellos y serán un recuerdo de casa.

Guinevere miró a Hugh con malicia y murmuró:

-Un único recuerdo. Es muy duro para ellas tener que dejarlo todo.

Hugh le lanzó una mirada furiosa, sintiendo los dos pares de ojos color avellana suplicantes e ilusionados, clavados en él. ¿Cómo iba a negarse en aquellas circunstancias? Guinevere era perfectamente consciente de lo que Hugh estaba pensando y lo miraba sin ocultar su regocijo.

Él se volvió para evitar su mirada burlona y les dijo a las chicas:

-Muy bien. Pero serán responsabilidad vuestra y no quiero verlos en ningún momento. ¿Lo habéis entendido?

-Sí -respondió Pen, cuya expresión se transformó. Cubrió al gatito con su manto-. Gracias.

Le dedicó una sonrisa tan parecida a las de su madre que Hugh se quedó sin aliento. No era extraño que Robin estuviera loco por ella.

El sol empezó a asomar por el horizonte y la suave luz rosada iluminó el patio e hizo brillar la piedra de la casa.

-¡Vámonos! -les ordenó con brusquedad-. Yo quería partir a la salida del sol. Tenemos mucho camino que recorrer hoy.

Hizo girar a su caballo y atravesó el arco de la puerta para salir al camino de gravilla.

Al llegar al puente, tiró de las riendas y se quedó esperando. No tardó mucho en salir la pequeña procesión de mujeres y niñas, y Hugh volvió a sentir una punzada de remordimiento, una punzada de temor por lo que los esperaba.

Imaginó que abandonaba su misión. ¿Y si daba media vuelta y desaparecía?

Pero ¿por qué iba a hacerlo? Guinevere Mallory no era inocente. Había seducido a cuatro hombres y los cuatro encontraron la muerte. Hugh tenía pruebas de conspiración, de engaño, de motivos para el asesinato. Ella debía tener la oportunidad de defenderse de las acusaciones, pero él no podía absolverla.

Guinevere llegó al puente, hizo girarse a la yegua y contempló su casa. Tan bonita, tan tranquila a la suave luz de la mañana... Le llegaba la fragancia de las rosas en el jardín, al otro lado del puente. Miró al río y vio un pez que saltaba y las ondas extendiéndose en el agua. Una libélula, de color azul muy brillante, revoloteaba encima.

Se dirigió a Hugh de Beaucaire en un tono de voz frío:

-Bueno, señor, si todo esto forma parte de su recompensa por perseguirme, confío en que sabrá apreciarlo.

Le dio con el codo a la yegua, para que se pusiera en marcha, pasó junto a Hugh y se encaminó a la garita de la entrada.

Robin y los soldados, montados en los caballos, esperaban ya al otro lado de la garita, dispuestos para partir. Hugh, todavía molesto por el comentario, les indicó a las

niñas y a Tilly que se colocaran entre las dos filas de sus hombres. Robin se apresuró a situarse a lado de Pen.

-Señora, usted cabalgará a mi lado -le ordenó a Guinevere en un tono distante.

Ella se encogió de hombros y asintió:

-Obedeceré sus órdenes, señor.

-Si eso es cierto, todo resultará más sencillo -le espetó Hugh, y guió a su caballo hasta encabezar el pequeño desfile.

Guinevere lo siguió mientras pensaba en una respuesta, pero con sólo una mirada comprendió que sería mejor permanecer en silencio, al menos de momento. No quiso mirar atrás, ver por última vez su casa. La ira y la amargura la ayudaron a ocultar el dolor y el temor.

-No espere mi ayuda si uno de esos gatitos se escapa y tiene que consolar a una niña -soltó bruscamente Hugh, incapaz de contener su irritación.

-¿Por qué iba a esperar su ayuda? -Guinevere estaba sorprendida realmente de que a él se le hubiera ocurrido aquella idea-. Puedo arreglármelas sola con mis hijas, lord Hugh. Como siempre he hecho.

-¿Y qué me dice de su padre? ¿No participó en su educación? -A pesar de su mal humor, tenía interés en oír la respuesta.

-Pippa era un bebé cuando él murió y Pen apenas tenía dos años -contestó ella en voz muy baja.

Hugh no dejó de mirar al frente al preguntar:

-¿Lo amaba? -No sabía por qué le hacia esa pregunta. ¿Qué importancia tenía aquello? Pero quería saberlo.

-Creía que se suponía que yo lo había hecho matar -contestó Guinevere con sarcasmo-. ¿O tal vez lancé yo misma la flecha? Lo he olvidado.

-¿Lo amaba? -repitió Hugh, que, esta vez sí, se volvió para mirarla.

En vez de contestar, Guinevere le hizo otra pregunta:

-¿Amaba usted a la madre de Robin?

-Sí. Amaba a Sarah.

-Pues yo amaba a Timothy Hadlow.

Las dos declaraciones permanecieron entre ellos en un silencio que, de algún modo, era apacible y estaba libre de resentimientos e irritaciones. Parecía como si hubieran mantenido una fuerte discusión que había calmado los nervios, pensó Guinevere asombrada. Un poco después, ella cambió de tema:

-¿Dónde tiene intención de pasar la noche?

-Allí a donde lleguemos a última hora de la tarde. En algún lugar entre Matlock y Ambergat, supongo.

-Antes, el convento de Wirksworth era conocido por su hospitalidad con los viajeros -comentó Guinevere-. Hubiera sido el sitio ideal para descansar si los hombres del consejero real no lo hubieran quemado hasta los cimientos. También violaron a las monjas.

-Tenga cuidado con lo que dice. Se sabe que Stephen Mallory pertenecía a la Iglesia de Roma. Se sabe que estaba relacionado con Robert Aske. Esto no la beneficiará.

-Sí, Stephen conocía a ese hombre, pero yo no. Y, en cuanto la Peregrinación de Gracia de Robert Aske empezó a tener problemas, Stephen dejó de relacionarse con él. Ahora Aske se encuentra en la cárcel de York, o eso tengo entendido.

Robert Aske había iniciado la Peregrinación de Gracia en el norte de Inglaterra para protestar por la supresión de los monasterios. Durante parte del año anterior, los insurrectos tuvieron éxito, pero fueron sofocados por el duque católico de Norfolk con

una violencia impulsada por su propia supervivencia, por la necesidad de demostrarse leal al rey aunque esto supusiera perseguir a aquellos que defendían su misma fe.

-Será ejecutado -afirmó Hugh-. Y no será una muerte tranquila. Recuerde mi consejo y evite el tema en Londres. Apesta a traición.

-Asesinato, brujería y ahora ¡traición! -dijo Guinevere en un tono de burla. Sonrió con tristeza-. ¿De qué más van a acusarme? Pero yo sólo puedo perder una cabeza, señor, de modo que tal vez escoja mi propio cnmen.

Hugh no supo qué responder.

9

A las afueras de Matlock se detuvieron para que los caballos bebieran y descansaran un poco. Hugh, que comía pan con queso, estaba consultando un mapa con Jack Stedman y no se dio cuenta de que una diminuta bola de pelo plateado estaba jugando con un cordón de sus botas de montar desatadas. Retrocedió un paso, y el chillido de dolor que se oyó al pisar la cola de la cría pareció proceder del infierno.

-¡Por el amor de Dios! -exclamó mirando al gatito, que se lamentaba con los pelos erizados y la cola esponjada-. ¡Pippa! -Se agachó y levantó al animal agarrándolo por el pescuezo con el pulgar y el índice.

Pippa corrió por el pequeño claro mientras decía:

-¡Oh, está ahí! Estaba muy preocupada. Pensé que se había perdido... ¡Y eso que aún no le había puesto nombre! Pen ha llamado Nuez Moscada al suyo, que es un nombre que está muy bien, y yo tengo que encontrar uno que también esté muy bien. ¡Oh! No la agarre así, señor. Le hará daño.

-Así es como los lleva la madre -le explicó Hugh con una expresión de disgusto y mientras dejaba caer a la criatura en las manos extendidas de Pippa-. ¡Y si vuelvo a ver a ese maldito animal lo ahogo!

-¡No sería capaz! -Pippa lo miró horrorizada, como si se tratara de un fantasma-. ¡No sería capaz, señor! -Apretó a la cría contra su pecho.

-No intentes comprobarlo -dijo Hugh, y se volvió hacia Jack Stedman, que sonreía.

Pippa, que por una vez se había quedado sin palabras, retrocedió con el gatito y Hugh prosiguió su conversación con Jack.

-De modo que, mientras estemos en Maclock, Bill Waters se encargará del grupo. Acamparemos en los alrededores de Ambergate. -Señaló con un trozo de pan el punto indicado en el pergamino manchado de aceite-. Nos reuniremos con ellos allí. Dile a Bill que busque un lugar adecuado; necesitaremos agua, un suelo llano... Bueno, él ya sabe lo que necesitaremos. En cuanto hayan encontrado un lugar para acampar, dile que deje a Robin en el camino para que nos guíe cuando lleguemos.

-Sí, señor. ¿Quiere que reanudemos la marcha?

-En cuanto le hayas dado a Bill las órdenes.

Jack asintió con la cabeza y se alejó a toda prisa. Hugh terminó el trozo de pan y el queso y fue a buscar su caballo. Jack y él entrevistarían a algunas personas en Maclock durante una hora aproximadamente. Hugh miró a su alrededor buscando a Guinevere y la vio caminando por la orilla del riachuelo en el que los caballos habían estado bebiendo. Hugh fue hacia ella.

Guinevere estaba paseando, contenta de poder estirar las piernas mientras perfilaba su plan de huida. Si Hugh ponía un guardia en el campamento, Tilly tendría que deshacerse de él con la ayuda de la belladona. Después, lo más difícil sería soltar los caballos sin atraer la atención de nadie. Guinevere decidió que se las arreglarían con

dos. Su yegua y uno de los dos ponis. Greene andaría cerca y podía llevarse a Tilly. Pen montaría sola y Pippa iría con su madre.

¿Dónde estaba Greene?, se preguntó. ¿Estaría por allí? Guinevere sabía que, aunque se encontrara a pocos metros, ella no lo vería a menos que le hiciera la señal acordada. El padre de Greene había sido cazador y Greene lo aprendió todo de niño. Era un rastreador muy bueno y un maestro a la hora de ocultarse.

-¿Señora?

Guinevere alzó la vista al oír aquella voz familiar. Lord Hugh se detuvo junto a ella.

-¿Nos vamos?

-Se pondrán en marcha en breve -le confirmó Hugh-. Esta tarde no iré con usted. Uno de mis hombres se encargará del grupo.

-Oh. -Guinevere alzó una ceja-. ¿A qué es debido?

-Jack y yo tenemos que resolver unas cosas en Maclock.

-Oh -repitió Guinevere-. ¿De qué se trata?

-Unos asuntos -contestó Hugh, y asintió con un sereno movimiento de la cabeza-. Nos reuniremos con ustedes cuando acampen en Ambergate esta noche.

-Comprendo -dijo Guinevere.

Hugh volvió a asentir con la cabeza y se marchó. Guinevere se volvió de espaldas al riachuelo y la luz del sol le hizo entrecerrar los ojos. ¿Asuntos en Matlock? Probablemente, se disponía a investigar la muerte de Timothy. Guinevere supuso que Hugh no se enteraría de nada que apoyase sus sospechas. Quienquiera que fuese el responsable de aquella flecha no iba a darse a conocer. Además, si alguien del pueblo sabía algo, todos cerrarían filas para defender a uno de los suyos.

Pero ¿y si se enteraba de algo que pudiera interpretarse en un sentido determinado, algo que se volviera en contra de ella? Todo aquel asunto lo formaba una compleja red de temores, mentiras y secretos. Los aldeanos eran personas no instruidas, y ya habían pasado siete años desde el accidente. Sometidos a un interrogatorio, y aterrados por el mandato real, uno de aquellos campesinos tal vez dijese algo que le fuese útil a lord Hugh.

¡Dios, seguir así era imposible! Guinevere se apretó la cabeza con las manos como si pudiese contener el zumbido desesperante que resonaba en su cerebro. Sólo le quedaba una esperanza. El día siguiente por la noche. Todo dependía del día siguiente por la noche.

El largo toque de un cuerno indicó el final del descanso, y Guinevere fue hasta su yegua, que le sujetaba uno de los hombres de Hugh.

-Precioso animal, señora -le comentó el hombre, que la ayudó a montar.

-Sí, lo es. -Guinevere se inclinó para acariciar el sedoso cuello del animal-. Cuando acampemos esta noche, preferiría que los ponis y esta yegua se mantuvieran apartados de los demás caballos. La yegua es muy nerviosa y se inquieta con facilidad. Le gusta la compañía de los ponis porque los conoce.

-Sí, señora. Utilizaremos otro ronzal para atarlos un poco alejados de los demás -le prometió el hombre.

Guinevere volvió a respirar. Lo había logrado sin mucho esfuerzo. Y lo que valía para un día valdría para el día siguiente.

Poco antes de llegar a Ambergate, se detuvieron en una bonita explanada en medio de un bosquecillo. Un arroyo de aguas claras fluía entre grandes rocas.

-Apuesto a que ahí hay truchas -observó Bill Waters desde su caballo, junto a Guinevere-. No estaría mal cenar pescado fresco, ¿verdad, señora?

-No -coincidió Guinevere, que echó un vistazo alrededor del claro de bosque para examinar el lugar.

Bill desmontó y empezó a dar órdenes a los hombres para que establecieran el campamento.

Guinevere también se bajó de su yegua.

-Me gustaría que colocaran mi tienda allí -señaló en un tono de voz autoritario, indicando un llano en los alrededores del claro-. Me gusta tener intimidad. Allí estaré bien.

Bill se mostró desconcertado.

-A lord Hugh no le gustará tenerla tan lejos, señora. En el bosque hay muchos peligros. Me ha dado órdenes de que instale juntas su tienda y la de usted y las niñas. Y él no querrá estar tan lejos del centro del campamento.

-De todas formas, me gustaría que los hombres levantaran mi tienda allí de momento y, si lord Hugh pone alguna objeción, entonces lo discutiré con él cuando llegue -dijo Guinevere muy tranquila.

Bill dudó por un segundo, pero había algo en lady Guinevere que no permitía discusión alguna, al menos con él. Lord Hugh ya se ocuparía de aquello cuando regresara.

-Muy bien, señora. -Se marchó y siguió dando órdenes. Tilly se acercó a Guinevere.

-Querida, tengo ganas de que se acabe todo esto -murmuró-. A mi espalda le iría bien que no continuáramos.

Guinevere echó un vistazo a su alrededor y habló en voz muy baja:

-Tilly, ahora parece un buen momento para que entables una buena amistad con los hombres.

-¡Oh, sí! Iré a ver qué cocinan. No te preocupes, señora. Antes de que se den cuenta me habrán contado la historia de su vida. Y si alguien necesita un remedio yo tendré la solución.

Guinevere asintió con un movimiento de cabeza. Tilly sabía qué papel debía jugar.

-Necesitamos saber si alguien va a vigilar el campamento por la noche. Creo que he logrado asegurarme de que nuestros caballos estén atados aparte, así nos será más fácil huir. Pero si hay un vigilante tendremos que conseguir que se duerma. ¿Has traído la belladona?

-Eso y otras cosas que pueden resultarnos útiles. Pero por ahora voy a ver si podemos comer algo decente. Me parece que han pescado algunos peces pero no saben qué hacer con ellos.

Tilly se dirigió a la fogata.

Eran casi las cuatro cuando Hugh apareció por detrás de una cabaña de piedra en Matlock. Jack estaba sentado en el banco que había en el exterior de la taberna, al otro lado del pozo, y se levantó inmediatamente y apuró su cerveza.

Alzó una mano, y Hugh le indicó con un gesto que no se moviera de su sitio.

Cruzó el césped y se sentó a horcajadas en el banco.

-Tengo mucha sed -dijo. Se inclinó a un lado para asomar la cabeza por la puerta abierta y pidió una cerveza.

No habló mientras esperaba a que se la sirvieran y Jack también guardó silencio. Hugh se tomó la cerveza de un trago y dejó el recipiente en el banco, a su lado.

-¿Qué has oído?

Jack se encogió de hombros.

-Poco, señor. Siete años son muchos y parece que por aquí andan mal de memoria. -Miró con perspicacia a lord Hugh-. ¿A usted le ha ido mejor, señor?

-Tal vez -respondió Hugh, pensativo-. Tal vez, Jack. Bueno, vámonos. Tendremos que darnos prisa si queremos llegar al campamento antes de que se ponga el sol.

Cabalgaron a galope con los caballos levantando el polvo del estrecho camino hacia Amburgle. Los campesinos apartaban sus carretas a un lado del camino y miraban con temor a los veloces jinetes. El ritmo de vida en la zona de Derbyshire era, en general, muy lento y no estaban acostumbrados a ver a hombres con armaduras cabalgando a toda velocidad.

Ninguno de los dos dijo nada mientras cabalgaban. Iban demasiado deprisa y el polvo era demasiado espeso. Hugh estaba preocupado, pues un ceño muy fruncido unía sus dos cejas. Jack sabía, por experiencia, que su señor estaba reflexionando acerca de algún asunto importante. De todos modos, aunque hubieran ido despacio, Jack no se hubiera aventurado a preguntar nada. Lord Hugh únicamente hablaba de sus preocupaciones cuando quería hacerlo.

Robin estaba sentado en el tronco de un árbol caído junto al camino, bajo las alargadas sombras del atardecer cuando los dos hombres a caballo doblaron la curva. El chico se levantó de un salto y los saludó con la mano.

Los dos hombres tiraron de las riendas y los caballos, sudorosos y resoplando, bajaron la cabeza.

-¿Va todo bien, Robin?

-Sí, señor. El campamento se encuentra unos metros detrás de esos árboles. Hay un claro -les informó Robin.

-Entonces vamos, hijo.

Guinevere se encontraba sentada sobre una manta extendida en la hierba a la entrada de su tienda, con la falda desplegada a su alrededor, cuando Hugh, Jack y Robin entraron en el claro del bosque. Las niñas jugaban a su lado con los gatitos.

Hugh echó un vistazo general y, al ver dónde habían montado la tienda de Guinevere, frunció el ceño. De la hoguera le llegaba olor a comida y Hugh advirtió que Tilly se estaba encargando de la cena. A juzgar por el ambiente de alegría, no parecía que nadie lamentara que Tilly hubiese tomado el control.

Se apeó del caballo y cruzó el círculo de hierba para dirigirse al lugar donde se encontraban Guinevere y sus hijas. Pippa levantó a su gatita al ver que Hugh se aproximaba y la estrechó contra su pecho.

-Parecen haberse acomodado -observó Hugh mientras examinaba la tienda de campaña.

-Sí, y se lo agradezco. Sus hombres han sido de mucha ayuda a la hora de descargar nuestras cosas. La tienda es muy amplia. Mucho más de lo que había imaginado. -Guinevere le dedicó una sonrisa.

De nuevo se trataba de aquella condenada sonrisa seductora, que una vez más confundió las intenciones de Hugh. Era como si el norte y el sur intercambiaran sus posiciones.

Hugh miró a las niñas, que seguían sentadas en la hierba, y le tendió una mano a Guinevere.

-¿Le importaría entrar conmigo a la tienda?

-Por supuesto que no, señor.

Aceptó su mano y se levantó sin dejar de sonreír. La falda se arremolinó a su alrededor. Hugh levantó la entrada de la tienda y le indicó a Guinevere con un gesto que entrara. Él entró detrás, agachando la cabeza para poder pasar por la pequeña abertura.

El interior era sorprendentemente amplio. Había espacio suficiente para los cuatro catres con su respectivo colchón de paja.

-Lamento tener que molestarla, pero la tienda tendrá que ser trasladada junto a la mía -le anunció Hugh sin más preámbulos.

Guinevere lo miró en silencio un momento. Luego, dijo:

-Me gusta tener intimidad.

-Le aseguro que la tendrá.

-¿Cómo de cerca?

Hugh fue a la entrada y miró al exterior.

-A quince metros.

Guinevere se encogió de hombros. No tenía sentido discutir con él y, después de todo, quince metros le daban libertad suficiente. Probablemente, más de la que le hubieran concedido de haberse doblegado desde el principio.

-Como usted diga -aceptó Guinevere.

Hugh se volvió de nuevo hacia ella, con un asomo de sonrisa en los labios. Se limitó a preguntar:

-¿Ha traído ropa de cama?

-Tenemos mantas -contestó Guinevere.

-Puedo ofrecerle una linterna. Las velas son demasiado peligrosas en las tiendas. Preferiría que no abandonara la tienda por la noche, pero, si tiene que hacerlo, asegúrese de llevar la linterna y avise al vigilante.

-¿Dónde estará el vigilante? -preguntó Guinevere, que se dirigió a la entrada para mirar al exterior.

-Recorrerá el perímetro del campamento. También se encargará de que no se apague el fuego.

Hugh se encontraba muy cerca de Guinevere y ella notó el olor a caballo, a piel y a sudor. Inesperadamente, la invadió una oleada de deseo.

Tuvo que sofocar ese deseo y, para ello, echó mano del sarcasmo:

-¿Teme que pueda sufrir un ataque por parte de un grupo de pastores salvajes de Derbyshire?

-¡Oh, esfuércese un poco más, señora! -contraatacó él, mirándola con los ojos entrecerrados y cierta ironía, como si hubiera adivinado su reacción-. Ese golpe ha sido muy flojo, definitivamente no es digno de usted.

Guinevere se encogió de hombros, en un intento de enmascarar su consternación ante la posibilidad de haberse delatado.

-Debe de tener usted miedo de algo, ¿no?

-Simplemente tomo precauciones. -Hugh se agachó y salió antes que ella-. Trasladarán su tienda inmediatamente.

Las niñas y los gatos habían desaparecido y, por un momento, Hugh y Guinevere se encontraron aislados de la actividad del campamento.

-¿Han ido bien sus asuntos en Matlock? -le preguntó Guinevere, sin mostrar interés.

-Eso depende de lo que usted entienda por ir bien.

-¿Descubrió lo que quería descubrir?

La mirada de Hugh fue indescifrable al responder:

-Una vez más, señora, eso depende de lo que yo quisiera descubrir.

¿Y qué se suponía que significaba eso?

Frustrada, Guinevere buscó la manera de intentarlo de nuevo, pero Hugh no le dio la oportunidad. Le indicó con un gesto brusco una gran tienda cuadrada, en la cual la brisa fresca hacía ondear un pendón con el halcón de Beaucaire.

-Cenaremos en mi tienda. Ahora me toca a mí ofrecerle la hospitalidad de mi mesa, señora.

¿Qué habría descubierto en Matlock?

Guinevere se tragó su frustración y le dedicó una reverencia burlesca.

-Es muy amable, señor.

Hugh inclinó la cabeza y, al incorporarse, tomó la mano de Guinevere. La mano del hombre era cálida y estaba seca, y su voz sonó en un tono bajo y melodioso cuando, mirándola intensamente, con una mezcla de dulzura y perspicacia, le propuso:

-Considero que podemos convertir lo que debería ser un tiempo aburrido en una conversación agradable, en vez de maullar como esos malditos gatitos y sentirnos los dos muy miserables.

Una Pippa indignada le había contado a Guinevere el incidente con la gatita y el cordón de la bota de Hugh. Recordarlo le hizo sonreír débilmente al decir:

-Debe de ser mortificante para un hombre que ha luchado en tantas batallas verse atacado por una cría de gato...

-No me gustan los gatos. Los perros y los caballos, sí. ¡Pero no los gatos! Me ponen la carne de gallina.

-Qué raro. ¿Tal vez los asocia con la brujería? -le planteó Guinevere, en un tono de voz dulce-. Después de todo, es una de las acusaciones que se me imputan.

Hugh puso sus manos encima de los hombros de Guinevere y presionó suavemente, pero con autoridad.

-Guinevere, suspendamos al menos por esta noche las hostilidades. Admito que discutir con usted tiene su gracia, pero me gustaría dejarlo por unas horas. ¿Qué opina?

Guinevere movió los hombros para desasirse de Hugh, que dejó caer los brazos a los costados. Tras decidir que jamás sabría lo que él había descubierto en Matlock, si seguía manteniendo las distancias, contestó animadamente:

-Yo también estoy harta de discutir. Y, desde luego, discutir mientras se come no va bien para la digestión. Y eso sin mencionar que se da un mal ejemplo a los niños.

-Eso es lo que yo había pensado. -Hugh le ofreció su brazo-. Tengo un borgoña bastante bueno. Me gustaría que lo probara y me diera su opinión.

Pippa, suficientemente intimidada por su anterior experiencia con lord Hugh y la gatita, se avino dócilmente a dejarla junto a su hermanito en uno de los baúles de la tienda durante la cena.

-Todavía no sé cómo la llamaré -se lamentó-. No se me ocurre ningún nombre tan bueno como el de Nuez Moscada.

-¿Qué te parece Azogue? -sugirió Hugh, mientras servía vino en dos copas. Le dio una a Guinevere-. Puesto que esa maldita criatura siempre anda bajo los pies, parece un nombre bastante apropiado.

Pippa frunció el ceño.

-Y lo es -dijo pensativa-. Pero si a usted no le gusta, señor, no puede ponerle nombre, porque a ella le traerá mala suerte.

-Eres muy supersticiosa -intervino Robin-. Siempre hablas de la suerte.

-Es que creo en ella -razonó Pippa muy convencida-. Pen también, ¿verdad que sí? -Se volvió hacia su hermana.

-Sí -reconoció Pen, lanzando una mirada de disculpa a Robin.

-Sí, mira, pisar las líneas de las baldosas trae mala suerte. Pen jamás las pisa. Y admirar la luna nueva con una pieza de plata en la mano y girarla trae buena suerte. Y da mala suerte...

-Pippa, es suficiente -le interrumpió Guinevere-. Es un borgoña muy bueno, lord Hugh.

-Estaba seguro de que lo disfrutaría. Por favor, siéntese. Me temo que no es demasiado lujoso, pero estará mejor que en el suelo. -Le señaló un taburete de madera con tres patas.

-Normalmente no llevamos tantas cosas cuando vamos de campaña -le comentó Robin a Pen con aires de suficiencia-. A veces tenemos que viajar prácticamente sin nada. Si tenemos que luchar... -Dudó un segundo y, antes de proseguir, miró a su padre-. Por supuesto, yo todavía no he estado nunca en una batalla...

-Espero que nunca lo hagas -le cortó Pen. Robin la miró decepcionado.

-Por supuesto que lo haré. Soy soldado, como mi padre.

-Yo también podría ser soldado -afirmó Pippa-. Todavía no he decidido lo que quiero hacer. Tal vez sea abogado, como mamá. O soldado. No estoy segura de querer casarme -añadió pensativa.

Divertido, Hugh miró de reojo a Guinevere, pero su sonrisa desapareció al ver tristeza en sus ojos. Guinevere lo miró a él con frialdad y tomó un sorbo de vino.

¿Qué futuro tenían sus hijas? Guinevere pensó que sus hijas, educadas por una madre poco convencional, no encontrarían jamás esposo. Ya no tendrían dote. ¿Qué hombre se mostraría interesado en sus poco habituales cualidades? ¿Acaso Hugh de Beaucaire no tenía sensibilidad? Pero Guinevere sabía que sí la tenía. ¿Era la codicia o su condición de soldado que acata las órdenes recibidas lo que lo llevaba a arruinarlas a ella y a sus hijas? ¿O realmente creía que Guinevere era culpable?

¿Y era culpable? ¿Se habría caído Stephen si ella no hubiera movido su pie en aquel preciso momento?

Aquella noche, Guinevere no durmió bien. Los ronquidos de Tilly ahogaron la tranquila respiración de las niñas y la de los gatitos dentro del baúl. A primera hora de la mañana, apartó la manta y puso los pies en la hierba del suelo. Se envolvió con la manta, fue a la entrada de la tienda, deshizo el lazo que la cerraba y salió a la oscuridad de la noche iluminada por la luna. En el centro del campamento ardía la fogata y a la vacilante luz de una antorcha se desplazaba el vigilante en su ronda alrededor del perímetro.

La yegua relinchó, atada en un lateral de la tienda. Guinevere pisó con sigilo la hierba húmeda, sin apartar la vista de la antorcha del centinela, y se detuvo en la sombra que proyectaba el cuerpo de la yegua y le acarició la nariz aterciopelada. Mirando a la antorcha, empezó a contar en voz baja.

Calculó que el vigilante tardaba unos cinco minutos en rodear el campamento. No era suficiente para huir. Tilly tendría que prepararle una de sus pociones especiales.

-¿Qué está haciendo aquí fuera a oscuras?

Guinevere se sobresaltó y la yegua levantó la cabeza y relinchó, alarmada.

Hugh alzó la linterna e iluminó el rostro de Guinevere y pudo así relajar un poco el suyo, pues se había mostrado muy enfadado.

-No me pareció necesario traer una linterna a tan poca distancia de la tienda. Isolde estaba nerviosa y yo no podía dormir, de modo que he salido a tranquilizarla.

Hugh puso una mano en el cuello de la yegua.

-El vigilante tiene órdenes de disparar. Tiene muy buena puntería con el arco.

-Era imposible que me viera en la oscuridad.

-De todas formas... -Levantó un poco más la linterna y suavizó su expresión-. Ha sido un día muy largo y cansado. ¿Por qué no puede dormir?

Guinevere tuvo un escalofrío y se apretó más la manta.

-Una mente inquieta, lord Hugh. ¿Y usted?

-Raramente duermo más de un par de horas seguidas cuando estoy de viaje.

Hugh la miró a la luz de la linterna. No sabía qué lo había despertado, pero era algo relacionado con Guinevere. Le entraron ganas de abrazarla, de borrarle las arrugas de preocupación que se le formaban en la frente. Quería besar aquella boca roja y cálida. Sus labios no habían olvidado aquel beso y en su cuerpo todavía sentía el de Guinevere, la presión de los pechos, la curva de la cadera, la estrecha espalda bajo sus manos.

Pronunció el nombre sin querer, en voz muy baja.

-Guinevere...

Ella sintió otro escalofrío y esta vez poco tenía que ver con el aire fresco de la noche y la fina camisa que llevaba puesta bajo la manta.

-No -lo rechazó-. Hugh, no.

Sintió la necesidad de volverse y echar a correr, pero sus piernas no la obedecieron. Se quedó observándolo, mirando el fuego azul de sus ojos. Sabía lo que Hugh deseaba, igual que sabía que ella deseaba exactamente lo mismo. Y era una locura. Pero su cuerpo pedía a gritos lo que él podía ofrecerle, y no era capaz de dejar de mirarlo.

Fue como si el mundo contuviera el aliento. Y, entonces, Hugh respiró lentamente y ella se sorprendió haciendo lo mismo. Guinevere se dio la vuelta y regresó lentamente a su tienda.

Se tumbó en la cama y permaneció mirando la oscuridad. Le dolía el cuerpo por la frustración, una frustración mucho más intensa de lo que jamás hubiera podido imaginar. ¿Por qué se había empeñado en negarse? ¿Qué hubiera cambiado por aceptar lo que él le ofrecía? Un día más y no volvería a verlo nunca.

¡Por Dios, no volvería a verlo nunca!

Cuando el sol empezó a asomar por el este, Greene se sentó a horcajadas en una rama baja de un roble del bosquecillo. Observó la llama de la antorcha del vigilante, que oscilaba pálida por la luz del amanecer. Desde el anochecer había habido dos cambios de guardia. El mejor momento para que la señora escapase sería a mitad de la segunda guardia, cuando la noche era más oscura y todos dormían, incluso los caballos. Aunque eso haría que se encontraran aún en camino al amanecer, era el momento en que todos dormían, menos los animales predadores del bosque. Incluso los caballos estarían dormitando. y, cuando amaneciera, se encontrarían ya muy cerca de Cauldon.

Greene continuó vigilando mientras tarareaba entre mordisco y mordisco a una gruesa chuleta de cordero, que le servía de desayuno.

Guinevere había dormido de forma irregular desde que dejó a Hugh, pero ya estaba levantada y vestida mientras sus hijas todavía dormían.

Salió de la tienda y contempló el amanecer, oyendo el canto matutino de los pájaros. El viento era suave y prometía otro día cálido.

No necesitaba linterna esta vez para que el vigilante la viera, puesto que había suficiente luz. Caminó con aire despreocupado hacia los árboles. Si alguien la detenía, su excusa era perfecta: toda dama tenía necesidades que requerían retirarse entre los arbustos. Decidió que no les diría nada a las niñas de la huida hasta aquella noche. Se lo

diría cuando se acostaran. Eso no las dejaría conciliar el sueño, pero al menos Pippa no la agobiaría con un montón de preguntas en plena noche mientras intentaban escapar. Se imaginaba a Pippa charlando y todo el campamento despierto.

En el aislamiento que le proporcionaron los arbustos, silbó imitando a un mirlo y, casi de inmediato, se oyó el repiqueteo de un pájaro carpintero. Respiró aliviada. Greene se encontraba allí, observando, esperando. No necesitaba verlo, pero al anochecer hablarían, cuando volvieran a acampar. Saber que Greene estaba allí le proporcionaba una gran tranquilidad.

Dio media vuelta y regresó al campamento. Hugh la observaba desde detrás de un ancho tronco de un roble. Estaba a punto de salir de su tienda cuando la vio dirigirse hacia el bosquecillo bajo la suave luz dél amanecer. Había algo en sus movimientos que le hizo sospechar que Guinevere no se ocultaba simplemente para tener intimidad y contestar a una llamada de la naturaleza, como él pensó en un principio. En vez de llamarla la siguió. En realidad la acechó, se corrigió sonriendo con malicia. Hugh no era un mal cazador. Oyó el canto de un mirlo y la inmediata respuesta.

¿Con quién demonios se estaba comunicando? ¿Y por qué? Podía ordenar un registro del bosquecillo, y sus hombres en seguida localizarían a quien estuviese merodeando por allí. Pero tal vez fuese mejor dejar que los acontecimientos siguiesen su curso. Guinevere enseñaría sus cartas y sería muy interesante ver lo que se llevaba entre manos.

Con las manos en los bolsillos, volvió al campamento paseando despreocupadamente.

10

-¿Vas a llamar Azogue a tu gatita, Pippa?

Pippa estaba intentando alimentar a su mascota con trocitos de carne que había encima de la mesa del desayuno.

-Todavía no lo sé -le contestó a su hermana.

Robin se agachó junto a ella.

-A mí me parece un nombre estupendo.

-Pero lo eligió tu padre y a él no le gusta mi gata -razonó Pippa, mientras mojaba un dedo en un pote de leche y se lo ofrecía al gatito-. Eso trae mala suerte.

-¡Oh, Pippa! Eso es una tontería -opinó Pen, que dejó a Nuez Moscada en el suelo.

-¡Pero tú crees en la suerte!

-Sí, pero Robin dice que a lord Hugh no le gusta ningún gato. No es que no le guste el tuyo -le explicó su hermana-. El nombre le pega.

Pippa siguió ofreciendo leche a la gata e hizo una mueca. Pen no tenía razón. Ellas siempre habían compartido los juegos de la suerte. Jamás pisaban las líneas de las baldosas, nunca pasaban por debajo de una escalera, siempre daban siete vueltas y luego se sentaban si tenían que regresar a casa porque se habían olvidado algo. Se reían de ello, pero era importante. Era algo que hacían juntas. Y ahora Pen daba mucha más importancia a lo que Robin decía que a lo que ellas siempre habían hecho juntas.

-¡Oh, vamos, Pippa! -insistió Pen-. Es un nombre muy bonito.

-Voy a llamarla Pamplinas -decidió Pippa, que tomó en brazos a la gata y se marchó rascándole la cabeza.

-¡Dios mío! -exclamó Pen, con aspecto decepcionado.

-¿No le cae bien mi padre? -Robin estaba furioso.

-Sí, claro que sí. A Pippa le cae bien todo el mundo. -Pen suspiró-. Sólo es que...

-¿Qué?

Robin puso una mano encima de la de Pen y ella se ruborizó como una delicada rosa. El chico apartó su mano apresuradamente y también se ruborizó, como si el contacto hubiera sido un accidente desafortunado.

-Creo que piensa que tú me gustas más que ella -le explicó Pen, aún ruborizada y en un tono de voz muy bajo.

-¡Oh!

-Pero es distinto -prosiguió Pen con la mirada fijada en el gatito que sostenía en su regazo-. Tú me gustas de otro modo. Pero Pippa es demasiado pequeña para entenderlo.

-¡Oh! -repitió Robin. Volvió a poner su mano sobre la de Pen y esta vez no la apartó-. Tú también me gustas.

Se hizo un embarazoso silencio entre ellos, aunque ninguno hizo nada por soltarse, ambos incómodamente conscientes de lo calientes y sudorosas que tenían las manos, pero sin ser capaces de hacer el primer movimiento que rompiera el contacto. Los dos se sintieron aliviados cuando oyeron el cuerno anunciando que era hora de montar a caballo para iniciar la jornada. Se levantaron de un salto y se apresuraron a salir.

Guinevere le dio amablemente a Hugh los buenos días cuando él situó su caballo junto a ella. Hugh correspondió con una sonrisa afable, que no revelaba nada de sus pensamientos.

¿Qué demonios estaba tramando esa mujer?

Hacía pocos días que conocía a Guinevere Mallory, pero ya tenía muy claro que ese cerebro fértil no dejaba de trabajar ni un solo minuto. Lo único que se le ocurría es que estuviese planeando una huida. Pero ¿por qué pensaba que iba a poder escapar de él? No sabía cómo Guinevere pretendía desaparecer con las niñas, y seguramente con Tilly, de un campamento armado. Evidentemente, tendría que ser por la noche. Y también resultaba evidente que contaría con algún tipo de ayuda..., con quienquiera que fuese el que había respondido a su llamada en el bosque. ¿Tenía algo que ver aquel plan con el hecho de que Guinevere se hubiera mostrado tan insistente para que tomaran el camino de Derby y no el de Chesterfield? ¿Adónde tenía previsto ir, tan segura de que él no la encontraría? En cualquier caso, tenía que tratarse de un buen plan, un plan muy meditado. Guinevere no era una persona que se embarcara en empresas imposibles.

La miró de reojo y apreció su silueta y el porte erguido, sentada encima de su preciosa yegua blanca. Parecía extrañamente tranquila.

Hugh apretó los labios. Por muy lista que fuera, lady Guinevere no iba a ir a ningún lugar que no fuera Londres y bajo su escolta.

Le dejaría que continuara con sus planes y pondría en marcha los suyos. Debía admitir que era el mismo tipo de crueldad que el que muestran los gatos con los ratones, pero quería ver el desarrollo completo del plan. y tenía que reconocer que le proporcionaba cierta satisfacción pensar en el final de la partida. Se trataba de una batalla de ingenio en la que Hugh iba a ganar.

-Creo que mencionó usted que Kedlestone era un lugar apropiado para pasar la noche, ¿no es cierto? -preguntó Hugh-. ¿Hay algo especial allí? -Su sonrisa fue tan suave y exquisita como un plato de nata.

-En realidad no, aunque puede cargar provisiones si lo necesita.

-Es un poco pronto para eso. Pero pasaremos la noche allí si quiere.

-Si quiere usted, lord Hugh -replicó ella con indiferencia.

El camino desde Kedlestone hasta Cauldon era directo. Si avanzaban unos kilómetros más hacia Derby tendrían que volver sobre sus pasos cuando escaparan. Eso

alargaría una o dos horas el trayecto. En otra circunstancia sería un problema menor, pero los problemas menores adquirían mayor importancia a medida que se aproximaba la hora de la libertad.

Hugh dejó de sonreír.

Guinevere decidió que ya habían hablado suficiente de Kedlestone. Estaba demasiado cerca de casa. Cambió de tema y empezó a hablar de algo que los distraería a los dos.

-Reconozco que siento curiosidad por lo que descubrió en Maclock, lord Hugh. -Volvió la cabeza y lo miró de un modo penetrante.

-¿Qué esperaba que descubriera?

-Nada.

Hugh se encogió de hombros.

-Mi tarea consiste en revelar mis descubrimientos al consejero real. Yo no soy nadie para interpretarlos.

-Es la declaración más falsa que he oído jamás -lo provocó Guinevere-. ¿Cómo voy a defenderme si no sé qué pruebas ha conseguido?

-Será informada a su debido tiempo.

«Y usted, señor, descubrirá a su debido tiempo que la reclamación de mi tierra no es válida», pensó ella.

No había decidido si se lo diría aquella noche, antes de escapar, o si dejaría el contrato prematrimonial en su tienda vacía para que él se lo encontrara, junto con una explicación legal de su significado. De todas formas, probablemente Hugh se quedaría con la tierra, a menos que el rey y el consejero real se enfadaran porque ella había huido estando bajo su vigilancia. Pero, aunque la consiguiera, Guinevere ya lo conocía lo suficiente para saber que el hecho de que no le perteneciera legalmente le dolería. Eso suponía toda la venganza que Guinevere podía obtener, pero era mejor que nada.

La tentación de decírselo a la cara era grande, simplemente por la satisfacción de ver su disgusto. Pero Guinevere decidió que sería algo que tendría que perderse. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para complicarse la vida con venganzas, por muy dulces que éstas fueran.

A las afueras de Kedlestone, Hugh eligió para acampar una vasta extensión donde había una charca y rodeada de bosque. Guinevere pensó que era un lugar mucho más expuesto que el claro de la noche anterior. Allí había poca distancia entre el campamento y los árboles. Esta vez era muy diferente. ¿Pero qué podía hacer al respecto?

Se dispuso a desmontar y se encontró con lord Hugh esperándola a su lado.

-Permítame, señora -se ofreció, con una sonrisa traviesa y divertida. Puso las manos en su cintura y Guinevere las apartó indignada.

-Soy capaz de bajar sin ayuda.

-¡Oh! No me niegue la oportunidad de mostrarme caballeroso -insistió él, sin hacer caso de las manos de Guinevere, y la ayudó a bajar hasta el suelo-. Debo darle a Robin un buen ejemplo.

-Supongo que mostrar excesiva cortesía con una prisionera es un modo de hacerlo. -Se apartó para que le soltara la cintura.

Hugh sonrió.

-¿Querrá que le monten aparte la tienda? -Ocultó el brillo cínico de su mirada.

-Me gusta tener intimidad -replicó Guinevere, repitiendo las mismas palabras de la noche anterior.

-Por supuesto -murmuró Hugh, que observó con la misma sonrisa cínica cómo, de nuevo, Guinevere lograba que la yegua y uno de los ponis permanecieran atados junto a

su tienda. Todo listo para una huida rápida. ¿Pero cómo iba a arreglárselas con el vigilante? Resultaría interesante verlo-. Confío en que cenará conmigo.

Guinevere dudó. Había decidido declinar la invitación, pero se le ocurrió que tal vez pudiera echarle algo en la copa de vino. Estaba preocupada por el comentario de Hugh acerca de que únicamente dormía un par de horas seguidas cuando estaba de acampada. Si cenaba con él tendría la oportunidad de cambiar aquello.

-Las niñas cenarán con Tilly en mi tienda. Después de cabalgar durante dos días están algo cansadas. Pero yo me sentiré muy honrada de cenar con usted y con Robin, señor -aceptó en un tono fríamente sereno.

-El honor será mío, señora. -Se inclinó sobre su mano-. Robin cenará con los hombres. ¿Le parece bien a las seis?

-Será un placer. -Sonrió, sin mostrar otro sentimiento que la serenidad-. Si me perdona, señor, me gustaría estirar un poco las piernas mientras montan la tienda.

Se dirigió a la línea de árboles que rodeaban el terreno. Las niñas corrieron hacia ella y Hugh vio que Guinevere se agachaba y les decía algo. Inmediatamente, las niñas la dejaron sola y se fueron a la charca.

Hugh asintió con la cabeza y esperó un par de minutos antes de moverse.

Guinevere paseó entre los árboles. Se trataba de un bosque con poco follaje y no había demasiados lugares donde esconderse. Se adentró un poco más y emitió su canto del mirlo. Esperó, escuchó y, casi de inmediato, se oyó el repiqueteo del pájaro carpintero. El sonido la llevó hasta unos arbustos.

Greene se levantó lentamente, en silencio, sin apenas mover la maleza.

-¿Va todo bien, señora?

-Me alegro mucho de verle -dijo ella, incapaz de ocultar su alivio a pesar de que estaba segura de que él estaría allí-. Creo que podemos hacerlo. Pero el sitio está muy al descubierto.

Greene asintió.

-Ya lo sé, señora.

-Lo intentaremos después de medianoche. Ayer, el vigilante tardaba unos cinco minutos en recorrer el perímetro del campamento. Hoy el campamento no se extenderá más, pero está muy expuesto. Nos llevará más tiempo ir de la tienda a los árboles. -Guinevere hablaba rápido y en susurros-. Tilly le dará a beber algo al vigilante para que se quede dormido justo después de medianoche.

-Creo que es más seguro que me ocupe yo de él, señora -sugirió: Greene-. Huele a lluvia, así que esta noche estará nublado. Puedo acercarme a él por detrás con facilidad.

-No le haga daño.

-No, sólo será un golpecito. Le dejaré dormido mejor que Tilly. No tema, señora.

Se oyó el crujido de una rama detrás de Guinevere. Greene desapareció de repente y ella no tuvo delante más que arbustos. Se volvió lentamente.

-¿Hay alguien ahí?

Nadie contestó. Mientras regresaba por el mismo lugar por donde había ido, notó que tenía las manos húmedas. Una liebre de color beis y blanco pegó un brinco delante de ella y echó a correr pisoteando ramitas y hojas al alejarse de lo que la había asustado. El corazón de Guinevere tardó un buen rato en recuperar su ritmo normal.

Salió al campamento y vio que las tiendas ya estaban montadas y que el pendón ondeaba en la de Hugh. Las fogatas estaban encendidas y los hombres charlaban y reían en el ambiente de bullicio disciplinado que Guinevere ya esperaba de la tropa de Hugh de Beaucaire. No vio a Hugh, así que supuso que se encontraba en el interior de su tienda.

Pen y Pippa estaban con Robin en la charca. El chico les estaba enseñando a lanzar piedras para que pasaran rozando por encima del agua. Había llegado el momento de hablar con las niñas, aunque Guinevere todavía no había decidido cuál sería el mejor modo, el menos alarmante, de explicarles la huida.

Se agachó para entrar en su tienda, donde Tilly estaba preparando las camas.

-Ve a buscar a las niñas, Tilly. Están en la charca. Ha llegado el momento de contárselo.

-Sí. Les diré que vengan a cenar. Les diré que esta noche cenarán aquí.

Salió a toda prisa y Guinevere se sentó en una cama para calmarse. Las niñas no debían notar que estaba nerviosa, desesperada, que consideraba que era la última oportunidad que tenían de salvarse.

La voz aguda de Pippa anunció su llegada. Entró como un ciclón en la tienda.

-¿Por qué cenamos aquí, mamá? Queremos estar fuera y jugar con el chico Robin. He tirado una piedra que casi recorre todo el lago. -Hizo una demostración con el brazo completamente extendido.

-Es una charca y no un lago -le corrigió Pen, que seguía a su hermana y entró con bastante menos euforia. Miró atentamente a su madre-. ¿Ocurre algo, mamá?

-No -contestó Guinevere, sonriendo-. Pen, cierra la puerta de la tienda y siéntate. -Le señaló una de las camas.

-¿Se trata de algo emocionante? -preguntó Pippa, dando botes sobre el jergón de paja.

Pen, con la cara seria, cerró la puerta y se sentó solemnemente junto a su hermana.

-Supongo que sí -contestó Guinevere.

Les explicó con calma que, en vez de ir a Londres, dejarían a los hombres de lord Hugh aquella noche y se irían a una nueva casa.

-¿Podemos llevamos a los gatitos, mamá? -preguntó Pippa en cuanto su madre hizo una pausa.

Guinevere se levantó y se sentó entre sus dos hijas.

-Sí, claro que podéis. -Las rodeó con los brazos y las estrechó fuertemente.

-Pero dijiste que querías ir a Londres -le reprochó Pen.

-He cambiado de opinión, cariño.

-¿Y por qué tenemos que irnos de noche, mamá? -insistió Pen, mirándola alarmada.

Guinevere sabía que poco podía decir para tranquilizar a su hija. Pen era demasiado lista para creer en historias sobre divertidas aventuras a medianoche.

-Lord Hugh tiene órdenes de llevarnos a Londres. He decidido que no quiero ir, pero él cree que es su deber llevarnos tanto si quiero como si no. De modo que debemos irnos sin que se entere.

-Yo quiero ir a casa -se quejó Pippa, que ahora miraba asustada a su madre-. ¿Por qué no podemos volver a casa?

-A lo mejor más adelante -respondió Guinevere, estrechando a la niña-. Pero de momento iremos a esta otra casa. Greene nos estará esperando cuando salgamos de aquí.

-¡Greene! -gritó Pippa-. ¿Dónde está? -Echó un vistazo a su alrededor como si esperara que el cazador se materializara a través de las lonas que la rodeaban.

-No interrumpas a mamá -le indicó Pen.

-Nos está esperando en el bosque. Ahora, escuchadme bien. Cenaréis con Tilly y luego os iréis a la cama. Tilly y yo os despertaremos cuando llegue la hora de marcharnos. Greene, Crowder y el tutor vendrán con nosotras. Y Tilly también, por supuesto. Así que, en realidad, será como en casa.

Las niñas parecían estar más tranquilas ante la idea de encontrarse entre rostros familiares.

En ese momento, Tilly entró en la tienda con una bandeja.

-Aquí está la cena -anunció en un tono alegre. Examinó el rostro de las niñas y chasqueó la lengua en señal de desaprobación-. ¡Qué son esas caras tan largas! ¿Qué dirá Greene cuando te vea tan triste, Pippa? Creerá que tienes miedo de algo. Ya sabes, como siempre le dices que a ti no te da miedo nada...

-Bueno, es que no me da miedo nada -aseguró Pippa, envalentonada-. Tú tampoco tienes miedo, ¿verdad, Pen?

-No tenemos por qué tener miedo, ¿verdad, mamá? -Pen logró esbozar una temblorosa sonrisa.

-No -contestó Guinevere con firmeza-. ¿Permitiría yo que ocurriera algo malo? Ahora cenáis y luego os metéis en la cama sin desvestiros. Así, cuando os levantéis ya estaréis listas para salir.

-Yo no podré dormir -afirmó Pippa, mientras se servía un pastel de ternera de la bandeja-. Estoy demasiado nerviosa para dormir. ¿Tú dormirás, Pen?

-No lo sé -contestó su hermana, examinando lo que había en la bandeja. No le gustaban los pasteles a los que el relleno se les había salido, de modo que, finalmente, se decidió por un muslo de pollo, con la piel crujiente y la carne jugosa. Eso la consoló.

-He traído una bebida de moras muy buena -dijo Tilly, que llenó dos vasos con la bebida de miel con sabor a moras.

Miró de un modo muy significativo a Guinevere. La dulce bebida, que siempre era una golosina, las tranquilizaría.

Guinevere asintió con la cabeza. Parecía que se les había pasado el miedo a las niñas y Tilly se encargaría de todo lo demás. Las metería en la cama y se quedaría con ellas hasta que Guinevere regresara de cenar con Hugh. A pesar de lo que decían sus hijas, estaba segura de que las dos se dormirían.

Cena con lord Hugh. Se mostraría encantadora y agradable. Ambos eran capaces, y así lo habían hecho, de disfrutar de la compañía del otro cuando dejaban de lado su mutuo antagonismo.

¡O cuando dejaban de lado aquella extraña conexión lujuriosa que los acertaba de pleno cuando menos se lo esperaban!

Apartó de su mente aquel recuerdo tan poco conveniente. Aquella noche, sólo le mostraría su rostro más amable. Sacó del baúl su espejito de viaje y examinó su aspecto a la luz de la lámpara. Llevaba la capucha torcida, después de cabalgar durante todo el día, y el tocado estaba sucio. Se frotó el cuello y observó con disgusto que se le ensuciaban las yemas de los dedos.

-Tilly, ¿podrías ir a buscarme un poco de agua?

La mujer tomó la jarra y salió de la tienda. Guinevere se quitó la capucha y el tocado y le pidió a Pen que le desatara el manto.

-Tengo los dedos sucios -dijo Pen.

-¡Yo no! -exclamó Pippa. Pen miró a Pippa.

-Mamá me lo ha pedido a mí. -Se lamió los dedos a toda prisa y empezó a desatar los lazos del manto de su madre.

Guinevere se apartó de la seda verde esmeralda, que quedó amontonada a sus pies. Como había estado montando a caballo, no llevaba el miriñaque que normalmente impedía que se le arrugara la falda. Dijo en tono conciliador:

-Pippa, cariño, necesito que tú me busques la capucha turquesa. La que tiene el reborde plateado.

-¡Ya sé dónde está! -Pippa se fue a un baúl, buscó en su interior y sacó triunfante la capucha de color azul oscuro-. Pero con esto siempre te pones el manto gris.

-Está en el otro baúl.

Guinevere se había llevado únicamente dos mantos y muy pocas joyas; sus otras prendas y pertenencias estarían ya en los armarios y los roperos de Cauldon. Aquella noche, cenaría con lord Hugh con un manto de seda de color gris plateado y estampado con cisnes negros, luciría zafiros y... enviaría a ese hombre a dormir el más dulce de los sueños.

11

Guinevere entró en la tienda de Hugh a las seis en punto.

-Buenas noches, lord Hugh.

Hugh hizo una reverencia y le brillaron los ojos al ver el aspecto de Guinevere.

-Señora, es un honor. -Se miró su atuendo cubierto de polvo-. Me temo que no he tenido tiempo de cambiarme de ropa.

-Tiene demasiadas responsabilidades -lo disculpó Guinevere en un tono de voz suave-. Hay demasiadas cosas que requieren su atención, ¿cómo va a tener tiempo para este tipo de trivialidades?

Hugh volvió a inclinar la cabeza.

-Es usted muy comprensiva, señora. -Sirvió vino y le dio una copa a Guinevere. Luego, hizo un gesto para indicarle que se sentara a la mesa, donde había un puchero que desprendía un humo muy apetecible-. Uno de los hombres ha cazado un conejo esta tarde. Parece que nosotros somos los beneficiados.

-Es una de las ventajas de cenar en la mesa del jefe -murmuró Guinevere, que se sentó en un taburete junto a la mesa y los pliegues de su falda plateada cayeron elegantemente a su alrededor. Tomó un sorbo de su copa mientras Hugh servía el asado de conejo en dos cuencos antes de sentarse frente a ella.

Guinevere escondía en su pañuelo la valeriana que aquella noche aseguraría el sueño profundo de lord Hugh, aunque de momento no sabía cómo administrársela. Él dejó su copa de vino encima de la mesa, pero no la soltó mientras pinchaba con el tenedor un trozo de asado. Guinevere deslizó el pañuelo de su manga y lo dejó caer en el regazo.

Hugh la observaba con disimulo. Por lo que había oído antes, ella y Greene tenían todos los planes preparados para esa noche. Ahora bien, incluso el plan mejor tramado podía echarse a perder, y ella tenía que saberlo. De todos modos, si Guinevere estaba inquieta por su inminente huida, no daba muestras de ello. Parecía estar tan tranquila como de costumbre, con sus hermosos ojos de color violeta alertas y tranquilos. Ese precioso vestido podría habérselo puesto para sentarse a la mesa de su casa, y no en aquella tienda de campaña en medio del campo. Hugh se preguntaba por qué había decidido vestirse con tanta elegancia para él precisamente esa noche. A pesar del enfado por los problemas que Guinevere le estaba causando, admiraba su valor y se sentía tan cautivado como siempre por su belleza, por la indefinible sensualidad que le provocaba a él una respuesta involuntaria.

¡Por el amor de Dios! Deseaba hacer el amor con ella. El ansia de explorar aquel cuerpo esbelto hacía que le temblaran las manos y se le acelerara la respiración.

-¿Tiene casa en Londres, lord Hugh? -le preguntó ella con amabilidad mientras partía un trozo de pan.

La pregunta supuso para él un alivio, pues le hizo retirarse del borde del abismo del deseo.

-Una muy modesta -respondió-. En Holborn.

-¿Está cerca del río? Conozco muy poco Londres.

-Tal vez esté más familiarizada con la geografía de la antigua Roma o de Atenas -comentó él.

Guinevere inclinó la cabeza, sonriendo agradecida, y extendió el brazo para meter el pan en el enorme salero del centro de la mesa. Le resbaló la mano y, con una torpe sacudida, tiró con el codo el salero a la hierba, debajo de la mesa.

-¡Oh, qué patosa! -exclamó, y se agachó para tomar un pellizco de la sal desparramada-. Las niñas dirían que esto trae mala suerte. Ahora no recuerdo si debo echármela por el hombro derecho o por el izquierdo para anular la mala suerte.

-Será mejor que lo haga por los dos -le aconsejó Hugh, que dobló el cuerpo para recuperar el salero.

-He desperdiciado mucha sal. ¿Cree que podrá salvar algo? Deje que le ayude.

-No es necesario. -Hugh tomó un puñado del preciado condimento.

Guinevere tenía el pañuelo en la mano. Con un movimiento rápido se inclinó hacia delante y echó el polvo que contenía el pañuelo en la copa de vino de Hugh, rogando que se disolviera antes de que él levantara la cabeza.

Hugh se enderezó y devolvió al salero la sal recuperada. ¿Qué había hecho ella? Sabía que lo de tirar el salero era una estratagema. Guinevere no mostraba nada ni en su tono de voz ni en su semblante, pero él permaneció alerta, consciente de algún peligro. Estaba seguro de que había hecho algo.

¿Veneno? ¿Pretendía enviarlo al mundo en el que estaban ahora sus esposos?

Guinevere tomó un sorbo de vino y repitió:

-¿Holborn está cerca del río, lord Hugh?

El vino, pensó él. Tenía que tratarse del vino.

-No, está unas calles más allá. Podrá comprobarlo usted misma cuando resida bajo mi techo hasta que el consejero real decida qué hace con usted.

«Por encima de mi cadáver», fue lo que pensó ella, pero sonrió y mojó el pan en su plato.

Hugh alzó su copa de vino mirando a Guinevere y se dijo que había más perspicacia en sus ojos, a pesar de que ella no miraba a la copa. Se la llevó a los labios y, aunque Guinevere permaneció atenta a su cena, Hugh creyó detectar un leve temblor en sus dedos al pinchar con el tenedor las verduras con mantequilla.

Hugh dio vueltas a la copa. El vino no parecía adulterado, pero no estaba dispuesto a jugársela. Fingió que tomaba un sorbo y dejó la copa en la mesa. Guinevere seguía sonriente.

Traidora, bruja manipuladora. Hugh le devolvió la sonrisa y se sirvió un poco más de asado.

Ella continuó preguntándole acerca de la vida en Londres, como quien busca información relevante. Hugh siguió fingiendo que bebía vino. Al cabo de un rato, entró un soldado y se llevó los cuencos y el puchero y los reemplazó por una cesta con fresas salvajes.

-¿Ha terminado el señor Robin de cenar? -preguntó Hugh. Guinevere, como cualquier ama de casa, se puso a retirar las migas de pan de la mesa con la palma de la mano, absorta en la tarea.

-Sí. Ha ido a dar de beber a los caballos, señor.

Hugh asintió con la cabeza. Tomó su copa y la mantuvo a la altura de la cintura. Rápidamente la ladeó y el vino cayó sobre la hierba, junto a sus pies.

-Dile que esta noche dormirá con los hombres. -Se llevó la copa a los labios, convencido de que Guinevere no le había visto vaciarla-. Me acostaré tarde y la luz no le dejaría dormir. -Mientras hablaba miró a Guinevere, que parecía imperturbable.

-Sí, señor. -El soldado se marchó.

Hugh volvió a llenarse de vino la copa.

-He estado considerando que tal vez no le importaría descansar mañana -dijo Guinevere. Se llevó una fresa a la boca-. Las niñas están muy cansadas.

-¿Y usted?

Miró fascinado cómo Guinevere se comía otra fresa. Sus largos y finos dedos se llevaron la fruta a la boca, cálida y roja. La blancura de los dientes destelló por un segundo y Guinevere cerró los ojos con placer cuando el dulce jugo se diseminó por su lengua.

-No, ni mucho menos. Pero yo estoy acostumbrada a cabalgar durante todo el día. La caza es una de mis aficiones preferidas.

-Una afición que compartió con por lo menos dos de sus esposos.

-Mi primer esposo no estaba dispuesto a cazar con una mujer -dijo en un tono de voz neutro.

-Sí. Si no recuerdo mal, usted estaba en cama cuando él se cayó del caballo.

-Exacto, señor. -Hugh se había vuelto a llenar la copa y eso que no era un hombre aficionado a la bebida, pues ella tenía sobrada experiencia en quienes sí lo eran. Pero Guinevere había notado que él solía beber varias copas de vino durante la cena; y esa noche, por fortuna, no era diferente-. Sin embargo, mi segundo esposo era distinto. Los dos íbamos a cazar juntos a menudo. -Miró brevemente a Hugh-. Supongo que ya lo ha descubierto en su visita a Matlock.

-Algo me dijeron -comentó Hugh indiferente. ¡No estaba dispuesto a soltar prenda! Guinevere controló su creciente frustración diciéndose que muy pronto no importaría lo que él hubiera descubierto. En cuanto se encontrara a salvo lejos de allí, escondida, Hugh podía creer lo que quisiera.

Empezaba a oscurecer y se encendieron linternas por todo el campamento. Hugh buscó una piedra y una yesca y encendió la linterna de encima de la mesa. Su luz dorada otorgó un tono rosado a la tez marfileña de Guinevere al inclinarse ella hacia la cesta de fresas.

-Me parece que me las he comido todas yo -observó sorprendida, mientras Hugh se esforzaba por no reír-. ¿Usted ha comido alguna?

-Tal vez una o dos.

-¡Qué maleducada! -Sacudió la cabeza-. Confieso que siento debilidad por las fresas.

-Ya me he dado cuenta.

Guinevere se rió y, una vez más, parecía que ambos se encontraban cercados en un círculo mágico donde no cabía el antagonismo y sólo había lugar para ese sentimiento de irresistible conexión entre ellos, igual que si estuviesen destinados a estar allí sentados juntos, a la luz de una vela y riéndose de la debilidad de Guinevere por las fresas como si nada se interpusiera entre los dos.

Guinevere se levantó bruscamente y el círculo se rompió.

-Señor, es tarde. Debo dejarle. Como era de esperar.

Un cierto cinismo asomó en el refulgente azul de los ojos de Hugh, que se limitó a levantarse y a decir:

-Mañana saldremos tarde y cabalgaremos sólo medio día. ¿Cree que esto hará que las niñas descansen un poco?

-Es usted muy considerado, señor.

Hugh inclinó cortésmente la cabeza.

-Mientras se encuentren bajo mi responsabilidad, señora, únicamente me interesa su comodidad.

Guinevere le correspondió con una reverencia exagerada, en una parodia que se hizo patente en cada curva de su cuerpo.

-Es usted muy bueno, señor.

-A veces pienso que es cierto -replicó él en un tono frío. Luego, tomó la linterna-. Venga, la acompañaré a su tienda.

Caminaron juntos hasta la tienda.

-Buenas noches, señora.

-Buenas noches, lord Hugh. -Guinevere le ofreció su mano y, tras un breve apretón, entró en la tienda.

-Hasta luego -dijo él en voz muy baja.

Tilly estaba medio dormida, pero se despertó cuando Guinevere entró.

-¿Se ha tomado la valeriana? -susurró Tilly.

-Se bebió el vino -contestó Guinevere en voz baja para no molestar a sus hijas-. No puse demasiado por si notaba el sabor. Espero que sea suficiente.

-Bien. Yo le he dado al vigilante una jarra de mi pócima especial para que no se enfríe mientras hace la ronda. Se ha mostrado muy agradecido. Dice que su madre también le daba algo parecido.

-Greene también se ocupará de él, así estaremos doblemente seguras. De un modo u otro, a medianoche estará completamente dormido.

-Sí, más vale prevenir que curar. -Tilly asintió con la cabeza al decir el tópico. Señaló en dirección a las niñas-. Se durmieron en cuanto apagué las luces.

-Muy bien. Vete a dormir, Tilly. Te despertaré cuando llegue el momento.

Guinevere se sentó en su cama y empezó a quitarse la capucha y el tocado. Para la cabalgada que la esperaba no necesitaba todo aquello. Se puso las medias de lana que usaba debajo de la falda para montar a caballo, metió los bajos de la camisa por dentro de la cintura y sacudió las caderas para hacer caer la falda. No tenía que hacer nada más.

Sólo pasaban unos minutos de las nueve. Tenía que dormir un par de horas, pero estaba demasiado nerviosa.

Apagó la luz, se tumbó en la cama y repasó su plan. El vigilante no suponía ningún problema. Los caballos estaban atados cerca. Llevaban cabestros de cuerda y mantas como sillas de montar. Guinevere y Pen podían cabalgar perfectamente un par de horas con esa brida y ese asiento. No se llevarían nada, de modo que podrían avanzar rápidamente. Greene las estaría esperando. Montaría a Tilly con él para que Pen pudiera ir sola y así marchar más deprisa. Dispondrían de cinco horas hasta el amanecer y, con suerte, seis horas antes de que se dieran cuenta de su ausencia; o tal vez incluso un poco más, puesto que Hugh había dicho que al día siguiente saldrían más tarde.

Guinevere permaneció tumbada y con los ojos abiertos, acostumbrando la vista a la penumbra de la tienda. No podía volver a encender la luz y empezó a oír gotas de lluvia sobre la lona. La noche sería muy oscura. Mejor para ellas, aunque cabalgar con lluvia no sería agradable. Pero llevaban gabanes con capucha y forro de piel.

Bajó de la cama y fue a los baúles. Tilly ya había dejado los gabanes encima de uno de ellos, pero Guinevere los desdobló uno a uno y volvió a dejarios en su sitio tras alisarlos, pues se sentía en cierto modo más tranquila realizando esos preparativos mínimos, aunque innecesarios.

Las niñas dormían. Pen murmuró algo en sueños. Su voz sonaba angustiada y Guinevere se inclinó sobre ella. La niña tenía el ceño fruncido y murmuraba. Algo perturbaba sus sueños, pero su madre no podía hacer nada en ese momento para

tranquilizarla. Se preguntó si el sueño inquieto de la niña tendría algo que ver con el joven Robin. Pen no había hablado de él desde que se enteró de su marcha inmediata. Era característico de ella eso de no hablar de sus preocupaciones cuando sabía que su madre estaba preocupada.

Se volvió hacia Pippa, que dormía plácidamente con los brazos por encima de la cabeza y los dedos un poco curvados.

¡Dios, tenía que ponerlas a salvo! Fue a la entrada de la tienda y escuchó la lluvia, que ahora caía con fuerza. Desató la solapa y se asomó al exterior. El aire de la noche olía a hierba húmeda. La fogata seguía encendida y crepitaba. Salió a la lluvia y vio la llama de la antorcha del vigilante en el perímetro del campamento. Guinevere echó un vistazo a su reloj. Las once en punto. Sólo quedaba una hora.

Tilly se despertó justo antes de las doce, como si dispusiera de un despertador interior. Se sentó en su cama y se restregó los ojos.

-¿Has dormido, querida?

-No. Despertemos a las niñas. -Guinevere se puso el gabán sobre los hombros-. Necesitarán los gabanes. Ya no llueve tanto, pero está todo muy mojado.

Guinevere se inclinó sobre Pen y la sacudió con delicadeza y susurrando su nombre. La niña abrió los ojos. Miró algo aturdida y se incorporó.

-¿Es la hora?

-Sí, cariño. Necesitarás tu gabán.

Tilly había despertado a Pippa, que de inmediato se puso a hablar y no dejó de hacerlo hasta que Tilly le indicó que se callara llevándose un dedo a los labios. Las niñas tiritaron, como consecuencia del sueño, cuando Tilly y Guinevere las abrigaron con el gabán.

De pronto, se vio una luz moviéndose detrás de la lona mojada de la tienda. Una mano entró y desató los lazos de la entrada.

Guinevere se levantó lentamente, con una mano apoyada en el hombro de Pen. La luz iluminó el interior de la tienda y Hugh de Beaucaire, con el pelo de la cabeza aplastado y oscurecido por la lluvia, entró.

Furioso por el plan que había tramado Guinevere y creyendo que Guinevere había intentado envenenarlo, se había propuesto mostrarse sarcástico y triunfante por haber sido más listo que ella; pero, al ver los rostros asustados de las niñas, comprendió que debía esperar a encontrarse a solas con Guinevere.

-Señora, querría hablar con usted.

Hugh se volvió hacia Tilly:

-Mete a las niñas en la cama otra vez. Hace una noche horrible para viajar.

Hugh volvió a salir a la lluvia y alzó la linterna esperando a que saliera Guinevere.

-Mamá... -Las niñas hablaron al mismo tiempo, asustadas y confundidas.

Guinevere se arrodilló en la hierba y procuró sonreír.

-Bueno, parece que, después de todo, iremos a Londres. No tenéis por qué preocuparos. Volved a la cama, que en seguida vengo.

Hugh se estaba empapando.

-Señora. -Su tono de voz fue seco e imperativo.

Ella se levantó. Acarició el rostro de sus hijas, le hizo a Tilly un gesto de asentimiento con la cabeza, salió de la tienda y se cubrió la cabeza con la capucha de su gabán.

-Parece que algo impide que mi vigilante pueda hacer sus rondas -comentó Hugh. La agarró del brazo y se encaminó hacia su tienda-. Hace cinco minutos que no veo la luz de su antorcha.

-Sí -dijo Guinevere en un tono distante-. Tal vez la lluvia la haya apagado.

-Tal vez -convino Hugh, con aparente amabilidad-. Creo que pronto descubriremos la verdad. -Abrió su tienda para que ella entrase.

Una vez dentro, Guinevere echó para atrás la capucha del gabán y cayeron un montón de gotas de lluvia. Iba peinada con raya al medio y las trenzas enrolladas alrededor de las orejas.

Hugh dejó la linterna sobre la mesa. Sin capucha ni tocado, Guinevere parecía mucho más joven, inocente y vulnerable.

-¿Con qué ha intentado envenenarme? -le exigió en un tono áspero. Guinevere se encogió de hombros.

-No era veneno, sólo valeriana. Por una vez hubiera dormido usted bien toda la noche. Incluso tendría que mostrarse agradecido. Supongo que no se lo bebió.

-Va a tener usted que madrugar mucho si quiere ganarme una batalla, señora, ya se lo advierto.

Se sentía aliviado al saber que Guinevere no había pretendido matarlo. O al menos era lo que ella decía. Hugh no tenía pruebas. Tanto podía ser veneno como valeriana. Jesús, María y José, ¿cómo iba a descubrir lo que era esa mujer?

Guinevere se encogió de hombros, en un gesto que lo mismo valía como negación que como aceptación. Miró la mesa, iluminada por la lámpara, y vio que Hugh había estado escribiendo. La tinta ya se había secado en el pergamino.

Hugh le siguió la mirada.

-Es una carta para el castillo de Warwick. El señor de Warwick nos concederá unos días de hospitalidad por petición del rey. Le enviaré un mensajero por la mañana.

-Warwick está muy lejos.

-Sí. Allí podremos disfrutar de agua caliente, camas mullidas, un servicio eficiente y buena comida.

Guinevere no dijo nada. Se dirigió a la entrada de la tienda, que Hugh había dejado sin atar cuando entró después de ella, y se quedó de espaldas a Hugh.

-¿Cómo lo ha descubierto?

-Ya le he dicho que no le resultará fácil vencerme.

-Eso no es una respuesta. -Continuó de espaldas a Hugh.

-Usted misma se ha delatado.

Sorprendida, Guinevere se volvió para mirarlo.

-¿Cómo?

Hugh dudó un segundo. Luego dijo:

-Tal vez otra persona no se hubiera dado cuenta, pero yo sí. Había algo en usted que me alertó cuando se dirigió al bosque. La seguí. Oí sus señales y, hoy mismo, he oído su conversación con Greene. Sabía que tenían previsto ustedes eliminar al vigilante, así que he esperado hasta que dejó de rondar.

-Comprendo. Permitió que yo creyera que íbamos a lograrlo cuando usted ya sabía que iba a impedirlo. -Soltó una risa breve y furiosa y volvió a darle la espalda-. ¿Se ha divertido humillándome? ¿Se ha divertido dejando que tuviera esperanzas mientras usted planeaba acabar con ellas?

Hugh pasó una mano por la nuca, como si le picara.

-Estaba irritado con usted, Guinevere, irritado porque creía usted que podía burlarse de mí. Necesitaba demostrarle que no era así.

-¿Por qué? -preguntó Guinevere en voz baja, todavía de espaldas a él-. ¿Por qué nos lo ha impedido? Nos hubiéramos ido a vivir exiliados y sin dinero. ¿No le basta? De este modo hubiera conseguido usted las tierras que reclama. ¿Qué más quiere, Hugh de Beaucaire? ¿Necesita ver mi vida destrozada, ver destrozada la vida de mis hijas? Si no

hay dote no hay esposo, ya sabe cómo funciona esto. -Se volvió de nuevo hacia él, con una mirada amarga en los ojos-. ¿Quiere vernos a todos destrozados?

-No..., no... No quiero eso. -Hugh se acercó a ella. No soportaba ver aquella mirada tan apenada, no soportaba sentirse tan culpable-. Por nada del mundo querría verlas a usted y a sus hijas destrozadas...

-Pero eso es lo que hará. Por las razones que sea, nos va a arruinar la vida.

-¡Maldita sea! ¡No es cierto!

-¡No se equivoque! No me engaña con su parloteo ni siendo amable con mis hijas. ¡Es usted un monstruo, Hugh de Beaucaire!

-¡No es verdad!

La agarró por los codos y Guinevere se apartó. Él le puso entonces una mano en la nuca y ella se apoyó en la palma de la mano de Hugh y ambos se miraron.

-¿Qué quiere, señor? -lo dijo a modo de reto, a pesar de que conocía la respuesta y consciente de que había abierto la caja de Pandora. Tragó saliva y se humedeció los labios, observando su propio rostro reflejado en los ojos de Hugh-. ¿Qué quiere? -repitió en voz baja.

-La quiero a usted -contestó Hugh-. Como sabe perfectamente, señora.

Con una lentitud casi agonizante, aproximó su boca a la de ella, como dándole tiempo para que se apartara.

Pero no lo hizo. ¿Por qué no se apartó? Por un segundo, los labios de Hugh presionaron delicada y suavemente los de Guinevere. Luego, él tomó su rostro entre las manos y la besó con furia, casi salvajemente. Hubo un instante en que pareció que ella iba a resistirse, pero, tras un breve suspiro, Guinevere abrió la boca, dejó que la insistente lengua de Hugh entrara y le devolvió el beso con idéntica pasión.

Guinevere le rodeó el cuello con los brazos y le lamió el interior de los labios, exploró su sabor y le raspó suavemente la lengua con los dientes.

Hugh metió las manos por dentro del gabán y le acarició la espalda, tanteó la redondez de las nalgas por debajo de la seda del manto. Guinevere se acercó más a él y sintió una contracción en el vientre al notar contra sus muslos la presión del pene bajo las calzas, duro, insistente.

Guinevere echó atrás la cabeza y Hugh la besó en el cuello y lamió lentamente el contorno de la mandíbula, con ternura, casi con parsimonia, aunque sus manos agarraban su trasero y su erección se hacía más evidente.

Había demasiada ropa entre sus cuerpos. Nerviosa, ella se soltó el gabán, lo dejó caer al suelo y fue como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Al mismo tiempo, él se quitó con impaciencia la capa.

Hugh le recorrió el cuello con los labios hasta llegar a la suave y blanca piel del pecho, por encima del cuello de la camisa. A ciegas, deshizo los lazos del manto y, por un momento, levantó la cabeza para, desde los hombros, dejar deslizarse la prenda, que cayó a los pies de Guinevere, mezclándose así la seda con el terciopelo.

Él se inclinó y le besó un pecho, apartó las chorreras de la camisa para devorar la dulce carne, deslizó su lengua por la hendidura.

Hugh la sujetó por las caderas, todavía enfundadas en las medias de lana, y, mientras le besaba los pechos, ella le desabrochó el jubón precipitadamente y se lo quitó, le arrancó los botones de la camisa, ansiosa por sentir su piel, y presionó sus labios contra el acelerado pulso de la garganta. Enroscó en sus dedos el diseminado vello entrecano del pecho, deleitándose al sentir los músculos y la caja torácica. Lo sujetó por la cintura y se inclinó para besarle los pezones. Luego, les dio golpecitos con la lengua hasta que se endurecieron.

Ninguno de los dos decía nada. Había una gran intensidad en sus movimientos, incluso en los más pausados, como si los dos temieran una interrupción. No del exterior, sino de su interior. Era como si ambos temieran que el otro pusiera fin a aquella magia.

Hugh le desató las cintas de las medias, introdujo las manos y, al agarrarle las nalgas emitió un suspiro que a ella le hizo estremecerse. Desplazó una mano hasta el vientre, arañando con la uña la delicada piel, y dejó la otra mano en el trasero. Extendió los dedos en el interior de las medias, los enredó en la humedecida maraña de pelo negro y buscó entre los muslos la cálida raja. De este modo, tenía sujeta entre las dos manos a Guinevere, que de nuevo con los brazos alrededor de su cuello, pegó la boca a la suya y se puso de puntillas emitiendo un suave gemido de placer ansioso, abriéndose a las dos caricias que exploraban sus partes íntimas.

Él la levantó un poco sin soltarla y la tumbó en el estrecho catre. Se arrodilló y Guinevere le soltó el cuello y estiró los brazos por encima de la cabeza, en un gesto de abandono lascivo. Hugh le bajó las medias hasta los tobillos, donde se enredaron con las botas, y le subió la camisa hasta el cuello, que quedó envuelto por la blancura del lino y los encajes.

Guinevere se sentía así más desnuda que si lo hubiera estado del todo, y eso la excitaba más aún. Hugh le besaba los pechos mientras con las manos continuaba acariciándola entre los muslos. La piel que cubría la cama transmitía su suavidad y su calor a la espalda desnuda de Guinevere, que subió las caderas para sentir el contacto del pene. Metió las manos por la cintura de las calzas hasta llegar a las nalgas, cuya piel era más áspera que la suya y estaba ligeramente cubierta de vello. Esto hizo que le entraran ganas de reírse de placer. Movió entonces una mano y apresó el pene. Estaba duro, caliente, rígido, y tenía las venas muy marcadas.

Hurgó dentro de las calzas, desesperada por sacar aquello que tanto deseaba. En aquel momento tenía la sensación de que jamás había deseado nada con tantas fuerzas. Hugh la ayudó meneando las caderas, hasta que, como le había ocurrido a ella antes, la prenda quedó atascada con las botas, enredada en los tobillos.

Guinevere quiso rodearle la cintura con las piernas, pero no pudo porque tenía las medias enrolladas sobre las botas, así que el propio Hugh, deslizando las manos por la parte posterior de los muslos, se las levantó por encima de la cabeza y, erguido y de rodillas, la penetró agarrándola por los tobillos. Guinevere intentó aguantar, controlar la ola de indescriptible delirio de placer que le crecía en el útero y en la entrepierna. Hacía mucho tiempo que no sentía aquello, una eternidad, y había pensado que jamás volvería a sentirlo.

Notó el sabor salado de la sangre cuando se mordió el labio al reprimir los gritos de éxtasis que los delatarían. Miró a los ojos a Hugh y él le devolvió la mirada, absorto en la tormenta que a él mismo se le avecinaba. Hasta entonces ninguno de los dos había dicho nada, pero ahora, muy bajito, Hugh susurró el nombre de ella y, luego, echó atrás la cabeza, lanzó un gruñido con los dientes apretados y, por fin, la tormenta de Hugh se confundió con la de Guinevere.

Hugh se derrumbó boca abajo junto a ella, con el rostro hundido en la piel que cubría la cama y respirando agitada y sonoramente. Puso la palma de su mano sobre el pecho izquierdo de Guinevere y captó los acelerados latidos de su corazón bajo la piel húmeda. Justo en ese momento, unas voces al otro lado de la lona de la tienda le hicieron ponerse de rodillas bruscamente. ¡Santo cielo! Se bajó del catre, se subió las calzas, se puso las medias, se cubrió el pecho con la camisa y echó mano del jubón. ¿Cómo pudo olvidar que había enviado a Jack a buscar al vigilante desaparecido?

Guinevere ya estaba de pie, aún aturdida, aunque no lo suficiente para no comprender lo que sucedía. ¿Cuánto tiempo llevaban juntos? Tanto podían haber sido

cinco minutos como cincuenta. Se bajó la camisa, se subió las medias y se puso el vestido. No podía atárselo ella sola, pero el gabán ocultaría que lo llevaba desabrochado.

Hugh tomó la capa y se dirigió a toda prisa a la puerta de la tienda. Sacudió una mano a su espalda, en un gesto imperativo y brusco que Guinevere interpretó correctamente como que debía permanecer donde se encontraba. Luego, Hugh salió a la oscuridad de una noche sin luna.

-Señor..., señor..., hemos encontrado a Red. -Guinevere oyó en el exterior la voz de Jack Stedman-. Parece como si le hubieran golpeado en la cabeza, pero hay una jarra a su lado que huele a pócima con una buena dosis de alcohol.

-¿Está muy malherido? -La voz de Hugh sonó tan suave y tranquila como si no acabase de pasar por un arrebato de pasión.

-No demasiado. Sólo ha sido un golpe. Me parece que estaba medio dormido después de beberse ese brebaje.

-Nos ocuparemos de eso por la mañana. Un sirviente de lady Mallory está en el bosque. Será mejor que envíes algunos hombres a buscarlo.

-No lo encontrarán. -Guinevere habló en voz baja según salía de la tienda arropándose con el gabán. Debido a la oscuridad no se le veía la expresión del rostro-. Si él no quiere que lo encuentren no lo encontrarán. A estas horas ya debe de suponer que algo va mal.

Jack Stedman la miró asombrado, intentando encontrar una explicación para aquella extraordinaria aparición procedente de la tienda de su señor.

-Tenía un plan para escaparme de la custodia de lord Hugh -le explicó Guinevere-. Lord Hugh descubrió mis intenciones, así que debíamos hablar de ello. -Le dedicó a Jack una sonrisa débil, aunque sarcástica y se volvió hacia Hugh, contenta de que la oscuridad no le dejase verle la mirada-. Si me lo permite, lord Hugh, llamaré a Greene y lo enviaré a que vaya a por los demás sirvientes que me acompañan a Londres. Tendrían que haber llegado a medianoche con las provisiones necesarias y mis libros. Si recuerdo bien, usted dijo que no se oponía a que saliéramos más tarde mañana.

Hugh asintió con la cabeza.

-Esperaremos a que lleguen, señora. Vayamos a buscar a su cazador.

Se fueron juntos hacia los árboles que rodeaban el campamento.

-Debo pedirle que me abroche el vestido -dijo Guinevere en un tono de voz que dejaba claro que no pretendía nada más que eso-. No le contaré a nadie lo que ha ocurrido esta noche, ni siquiera a Tilly. -Le dio la espalda.

-No puede negarse a sí misma lo ocurrido -le recriminó Hugh con suavidad, mientras buscaba la cintas por dentro del gabán-. ¡Maldita sea! No veo nada.

-Antes se las apañó muy bien.

-Desatar es mucho más fácil que atar -replicó él con sequedad-, incluso en el calor de la pasión... O tal vez debería decir que especialmente en el calor de la pasión.

-Preferiría que no hablara de pasión -murmuró Guinevere con agresividad-. Déjeme que lo intente yo, si usted no puede.

Hugh apartó bruscamente sus manos y le cubrió los hombros con los pliegues del gabán.

-Ahora ya puedo ver lo que hago.

Se hizo un largo silencio que sólo interrumpían las gotas de lluvia que todavía caían de los árboles. Luego, Hugh añadió:

-Ya está.

Dejó caer las manos y, hasta que Guinevere no respiró, no se dio cuenta Hugh de que ella había estado aguantando la respiración.

-Guinevere, no puede negar lo ocurrido -repitió él-. Ni se lo puede negar a sí misma ni me lo puede negar a mí.

-¿No puedo, lord Hugh? -Guinevere se alejó de él y se internó en la arboleda. Lo miró por encima del hombro, pero de nuevo la expresión de su rostro quedó oculta en la oscuridad-. ¿Seguro que no puedo?

Frunció los labios y emitió la llamada del mirlo. En pocos segundos, se oyó la respuesta del pájaro carpintero.

12

Londres. Guinevere se había hecho una idea de la ciudad, pero nunca hubiese imaginado un lugar tan tempestuoso y ruidoso, con callejones oscuros y sórdidos, callejuelas y las casas en desorden y amontonadas unas con otras. Y el olor. El hedor del carbón mineral y de la basura de las casas impregnaba el ambiente. El aire mismo parecía tangible, espeso y húmedo en aquella tarde de septiembre. El resultado del vocerío de los vendedores ambulantes, las riñas y los gritos de ira o de dolor, junto con la algarabía fanática, procedente de las peleas de gallos y de las de perros contra osos cautivos, era una cacofonía que le provocaba un terrible dolor de cabeza.

Una fanfarria de trompetas se elevó por encima del bullicio y Guinevere vio que por el estrecho callejón se aproximaba un desfile de gente a caballo, encabezado por heraldos con uniformes rojos y trompetas. Los escoltas apartaban a los peatones, y Hugh, que cabalgaba al frente de su propia cabalgata, indicó con un gesto a su tropa y al grupo de Guinevere que debían hacerse a un lado para dejar paso a la comitiva.

Guinevere supuso que sería algún noble arrogante e hizo retroceder a su yegua hasta un seto de mediana altura, perteneciente a una de las casitas blancas que flanqueaban la calle. Presumiblemente, Hugh sabía a quién debía ceder el paso. Guinevere observó el desfile con desdén, pero no sin curiosidad.

Un hombre de rostro redondo y boca muy grande cabalgaba en el centro del grupo. Su capa de terciopelo estaba adornada con una cenefa oscura y tachonada de joyas, y un enorme diamante centelleaba en el ala vuelta del sombrero, también de terciopelo. No se molestaba en mirar ni a derecha ni a izquierda, ignorando a quienes le dejaban paso, con un desprecio insolente que irritó a Guinevere y le hizo mirar de reojo hacia donde estaba Hugh, erguido en su caballo y con una expresión impasible en el rostro.

Cuando pasó el último escolta, Hugh volvió al centro de la calle, y los demás lo siguieron. Un momento después, dirigió su caballo a un lateral, y esperó a que el grupito de Guinevere llegara hasta él y se colocó junto a Guinevere.

-¿Qué le ha parecido nuestro consejero real, señora? -le preguntó.

-¿Era Thomas Cromwell?

-Sí. -En las comisuras de la boca se le formó una de sus sonrisas desagradables-. Quien de verdad gobierna el país, o al menos eso es lo que ha hecho creer a la gente.

-Parece un hombre duro -comentó Guinevere, notando unas palpitaciones frías en el estómago.

-Por decirlo con un eufemismo -concluyó Hugh, que, tras hacerle a ella una inclinación de cabeza, le indicó a su caballo que se adelantara y se reunió con sus hombres.

¡Su primera impresión del consejero real, el hombre que decidiría su destino!

A Guinevere le aumentó la sensación de frío en el estómago y, asimismo, le volvió el sentimiento desesperado que intentaba evitar con todas sus fuerzas. Miró a las niñas, que cabalgaban junto a ella, una a cada lado, y contemplaban fascinadas las tumultuosas

escenas que se desarrollaban a su alrededor. Pippa estaba boquiabierta y, por una vez, parecía haberse quedado sin palabras.

-Hay mucha gente, mamá -murmuró Pen asombrada-. Incluso más de la que había en la feria de Michaelmas en Derby.

Robin, que, como de costumbre, iba al Iado de Pen, dijo con cierto aire de superioridad, aunque sin pretenderlo:

-¡Oh, no puedes comparar la multitud de una feria en el campo con la ciudad de Londres, Pen! Ella se ruborizó.

-Ya lo sé. Era un decir.

-Derby es enorme -intervino Pippa, con la intención de defender a su hermana-. Es tan grande como Londres, ¿verdad que sí, mamá?

-No creo, querida -negó Guinevere, esforzándose en sonreír.

Y hoy es un miércoles cualquiera -señaló Robin-, ni siquiera es día de mercado. -Miró a Pen y añadió para apaciguarla-: Si quisieras podría enseñarte la ciudad, Pen. Si mi padre me da permiso.

-¿A mí también me la enseñarás? -preguntó Pippa-. Yo también quiero verlo todo.

-Si la señora me lo permite; yo mismo se la enseñaré a las dos -se ofreció el tutor-. Las dos debéis disfrutar de una visita educativa. Si el señor Robin desea acompañarnos, estoy seguro de que será un placer para todos.

Robin se mostró tan horrorizado ante la idea de que el tutor lo guiara por la ciudad que Pen estuvo a punto de echarse a reír, olvidando su momentánea irritación con él.

-Maese Howard tiene unos conocimientos muy amplios -lo defendió-. Nos contará todo tipo de cosas que estoy segura que no conoces.

-Supongo que sí -murmuró Robin-. Creo que debería reunirme con Jack Stedman por si mi padre tiene que darme alguna orden.

Puso su caballo al trote y se alejó del grupo de lady Guinevere y sus hijas.

-¡Eh, pero me alegraré mucho cuando termine todo esto! -exclamó el tutor y luego suspiró y hundió las mejillas, balanceándose en su silla de montar-. Es un viaje terriblemente agotador.

-Han sido casi ocho semanas -coincidió Guinevere. Miró hacia atrás, donde Tilly los seguía con su mula junto al carro cargado con las provisiones y el valioso cajon de los libros. El señor Crowder dirigía con sobria eficiencia a los dos caballos que tiraban del carro, pero resultaba evidente que consideraba que conducir un carro era algo que no estaba a la altura de su rango. Greene cerraba el pequeño desfile de sirvientes con el arco dispuesto, un carcaj lleno de flechas a la espalda y una pica atada a la silla de montar.

Guinevere consideraba que Hugh había mostrado una bondad poco habitual para con sus sirvientes. En vez de castigarlos por participar en el intento de huida, ni siquiera había hablado de ello. No le prohibió a Greene que llevara armas y permitió que todo el grupo estableciera su propio campamento y cocinara su propia comida. Greene cazaba, y Crowder y Tilly preparaban las piezas cobradas. En todos los sentidos viajaban por separado. Con la excepción de los vigilantes, que pasaron a ser dos por noche, y la presencia de Robin junto a Pen cuando el chico no tenía ninguna tarea pendiente.

Desde aquella noche, Hugh y Guinevere apenas habían vuelto a hablarse, pues ella así lo había querido al evitarlo en lo posible, contestando con respuestas breves y frías a sus intentos de conversar y correspondiendo a sus sonrisas con una cortesía neutra. Tampoco llegó a haber muchos intercambios de esa clase antes de que Hugh cediera a sus deseos; si ella pretendía negar lo ocurrido entre los dos, él también lo negaría.

Y Guinevere estaba decidida a que Hugh jamás supiera cuánto esfuerzo le costaba negarse el placer que él tanto deseaba compartir con ella; cuántas veces se había

cuestionado qué cambiaría por entregarse a los placeres de su amor; cuántas veces se preguntaba de qué le servía ser tan tozuda y negarse. Su situación no cambiaría disfrutara o no de una aventura ilícita con Hugh de Beaucaire. Guinevere tenía ya muy claro que ella no influía en las decisiones de Hugh, tanto si él estaba haciendo aquello por interés personal como por deber. Hugh no la salvaría simplemente porque hubiera sucumbido a sus encantos y a su propio deseo.

Entonces, ¿por qué no disfrutar mientras pudiera? Guinevere procuraba ignorar la desagradable realidad de que tal vez fuese su última oportunidad de permitirse esos placeres físicos. Pero su única respuesta era que no se sentía capaz. Así pues, sus encuentros estuvieron marcados por una formalidad distante y tenían que ver sólo con los detalles del viaje. Hugh la informaba cada noche de la ruta que tomarían al día siguiente y le preguntaba con cortesía si tenía algún problema o quería hacer alguna petición. De vez en cuando permitía que las niñas descansaran durante un día, pero Guinevere sabía que esos retrasos lo fastidiaban, pues Hugh estaba tan ansioso como ella de acabar aquel horrible viaje.

Y allí estaban, en Londres. El final del viaje. El final de la vida. No, Guinevere no se permitiría pensar en una derrota. Mientras tuviera fuerzas para respirar, lucharía.

Se estaban aproximando a los amenazadores muros de la cárcel de Newgate y una multitud se aglomeraba ante las puertas obstruyendo el paso.

-¿Qué pasa ahora? -se preguntó Guinevere en voz alta. En ese momento, sonó el imperativo toque de un cuerno en la cabeza del desfile y Jack Stedman retrocedió al galope hasta el pequeño grupo de Guinevere.

-Señora, yo me encargaré de las niñas. Póngase al galope, tenemos que adelantar a esta multitud. -agarró las riendas de los ponis de las niñas para ponerlos junto a él-. Sujetaos fuerte, pequenas. -Espoleó a su caballo y los ponis corrieron a su lado, con las niñas sonrojadas por una mezcla de temor y emoción.

Guinevere no cuestionó la orden. Isolde avanzó al galope y el tutor corrió detrás quejándose en voz alta, agarrándose con fuerza y tambaléandose como si estuviera borracho. Al pasar por delante de la multitud, Guinevere echó un vistazo por encima de su hombro y vio que Greene cabalgaba ahora por delante del carro y hacía restallar el látigo para abrirles camino a la mula y al lento vehículo.

Una vez que hubieron pasado todos, Hugh frenó a su caballo y los demás lo rodearon. Guinevere se puso a su lado.

-¿Qué pasaba?

-Mire. -Hugh señaló con su látigo. Guinevere miró hacia atrás. La multitud se había divido en dos y la gente gritaba improperios y agitaba los brazos. De las puertas salió un caballo arrastrando un bastidor, con un hombre atado a él.

-Algún pobre bastardo de camino a la horca -le explicó Hugh-. Si nos hubiéramos quedado al otro lado, se nos habría hecho de noche antes de llegar a Holborn.

-Mamá..., mamá..., ¿qué ocurre? -Pen y Pippa hablaron al mismo tiempo, tras acercarse todavía acompañadas por Jack Stedman.

-Van a colgarlo -les informó Robin-. Van a ahorcar a un hombre y lo arrastran por las calles para que la gente pueda verlo y el grupo vaya creciendo a su paso. Se tarda mucho en llegar allí y Holborn está en el camino de la horca, de modo que nos hubiéramos quedado bloqueados detrás de ellos.

-¿Lo vamos a ver? -se interesó Pippa, con los ojos llenos de curiosidad-. Nunca he visto colgar a nadie. He visto a la gente en el cepo y cuando van atados detrás de un carro y los azotan, pero nunca he visto cómo los ahorcan.

-Y tampoco lo vas a ver ahora. Eres demasiado curiosa -la reprendió Hugh-. Venga, vámonos antes de que nos alcancen. Parece ser que Greene ha podido hacer

pasar el carro. Creo que es mejor que vengan ustedes con Jack y conmigo durante el resto del camino.

Guinevere se encogió de hombros y llevó a Isolde junto al caballo de Hugh.

El tutor, refunfuñando y con cara de esfuerzo, intentaba persuadir a su caballo para que siguiera adelante, pero el animal, desconcertado por el ruido y por las órdenes confusas que recibía de las rodillas temblorosas de su jinete y las indicaciones contradictorias de las riendas, movía la cabeza y lanzaba dentelladas hacia los pies del tutor en los estribos.

-¡Eh, señor, tiene que enseñarle quién manda! -exclamó Jack, que ocultó una sonrisa burlona al agacharse para agarrar las riendas del tutor. Dio un giro de muñeca tirando fuerte.

-Gracias, gracias -murmuró el tutor, sujetando con más firmeza las riendas-. Tengo ganas de que esto termine.

-No es usted el único, maese -coincidió Hugh. Miró a Guinevere de reojo, pero ella evitó su mirada. A pesar del tedio del viaje, se las apañaba para presentar un aspecto fresco, y resultaba extraño ver tan poco deteriorada su ropa. Tilly, todas las noches, le llevaba agua caliente a la tienda y a menudo podía vérsela con el huso, remendando algunas prendas.

Guinevere no había perdido la gracia ni la elegancia de la dama de Mallory Hall y, a pesar de la evidente tristeza, los ojos mantenían su intenso tono púrpura. Seguía teniendo la boca tan cálida y roja como siempre, aunque la mandíbula estaba más tensa y la expresión era más apagada. Pero tenía el cutis suave y enrojecido, gracias a los días pasados al aire libre, y el cabello continuaba con el mismo brillo dorado. Hugh aún lo sentía, sedoso y largo, ondulándose bajo sus dedos...

¡Por el amor de Dios, cuánto la deseaba! Cada minuto que pasaba despierto lo vivía atormentado por ese deseo, y su sueño se veía invadido por una pasión irrefrenable. ¿Sentiría ella lo mismo? En tal caso, era una experta a la hora de ocultarlo, pensó Hugh. Ella se había mostrado tan apasionada como él, de modo que, ante su fría renuncia, Hugh sólo podía suponer que la aversión de Guinevere hacia quien la custodiaba, hacia el hombre que tenía la intención de ponerIa en las implacables manos del Estado, era mucho más fuerte que el inoportuno capricho de la concupiscencia. Y, honestamente, Hugh no podía culparla. Para Guinevere, Hugh de Beaucaire era el responsable de la apurada situación en que se encontraba.

A menos, evidentemente, que hubiese matado a alguno de sus esposos, ya que, siendo así, la única responsable de su situación era ella. Aun cuando Hugh se recordaba constantemente esto, no acababa de sentirse aliviado con la idea. Maldijo en silencio y estimuló al caballo para que se pusiera un poco por delante de Isolde.

Guinevere se distraía de la proximidad de Hugh repasando mentalmente los diversos detalles de su defensa. Procuraba borrar de su imaginación el rostro arrogante del consejero real y no quería abandonarse a la desesperación. Se había pasado las largas veladas durante el viaje discutiendo con el tutor las posibles estrategias, pero sin poder utilizar los libros; en cuanto tuviesen la posibilidad de consultar los textos, todo resultaría más sencillo.

Estaban cruzando ya el río Holborn, que desembocaba en el imponente Támesis, y el puente se encontraba atestado de carretas con ruedas de hierro, mujeres que vendían manzanas que llevaban en carretillas y chicos portando sobre la cabeza bandejas llenas de pasteles calientes. Perros sarnosos correteaban entre las patas de los caballos y las ruedas de los carros, y los hombres los insultaban y les pegaban con el látigo. El poni de Pippa se sobresaltó cuando un perro lanzó una dentellada hacia los pies de Pippa, y ella sujetó con fuerza las riendas y controló al poni. Se volvió para mirar triunfante a su

madre y, en ese momento, la gatita saltó de su sitio habitual en la silla de montar y desapareció en el barullo de ruedas y cascos de caballos.

-¡Pamplinas! -gritó Pippa, frenando al poni en seco. Estaba a punto de desmontar cuando su madre la agarró.

-No..., Pippa, no. No puedes seguirla. Jamás la encontrarías.

La niña se echó a llorar.

-Sí que la encontraré, mamá. La encontraré.

-Cariño, no la encontrarás. -Guinevere apretó a su hija por la cintura-. Cielito, no la encontrarás.

-¿Pero adónde...?, ¿qué hará?, ¿qué será de ella? -La niña lloraba y jadeaba.

-¿Qué ha pasado? -Hugh estaba allí y su voz sonó angustiada-. ¿Alguien se ha hecho daño?

-No -contestó Guinevere sin soltar a su hija, que no dejaba de llorar, lo cual provocaba que el poni se moviera inquieto-. Pamplinas se ha asustado y ha saltado de los brazos de Pippa.

Hugh paseó su vista por la multitud de personas que había en el puente. Ni rastro de la gatita plateada. A su alrededor, la multitud iba y venía de un lado para otro. Se oían gritos furiosos, porque la comitiva, que se había detenido, ocupaba un gran espacio en el estrecho puente. Hugh miró el rostro de Pippa, mojado por las lágrimas.

-No sé qué podemos hacer, Pippa.

-Pero ¿qué será de ella?

-Los gatos saben arreglárselas. Cazará ratas y ratones. -Se le ocurrió algo-: ¿No dijiste que su madre era una gata del establo?

Pippa asintió con la cabeza.

-Pues su madre le habrá enseñado a Pamplinas a cazar. Sabrá cómo arreglárselas.

-Lord Hugh tiene razón, Pippa -lo secundó Guinevere, que se inclinó a un lado y la besó en la mejilla-. Pamplinas será una gata de Londres. Sabrá arreglárselas sola.

-Puedes quedarte con Nuez Moscada, Pippa -le propuso Pen, también consternada por la pérdida de su hermana-. A mí no me importa. -Sacó el gatito rojizo de debajo de su gabán.

-¡No lo quiero! -lo rechazó Pippa, furiosa-. También se escapará. No quiero tu gatito, Pen. Es muy mono, pero quiero el mío. -Con la mirada triste buscó entre el jaleo de gente-. ¿Estará bien, mamá?

Guinevere miró a Hugh, y él abrió las manos en un gesto de lástima, un gesto de comprensión paternal.

-Se las arreglará tan bien aquí como en casa -respondió Guinevere-. En casa hay zorros y lobos, aquí no. Pamplinas se buscará la vida.

-No lo creo -dijo Pippa. Alzó la barbilla y sorbió por la nariz-. No podemos encontrarla, ¿verdad?

-Yo me quedaré a buscarla -se ofreció Robin-. ¿Puedo, señor?

Hugh dudó por un segundo. Todo apuntaba a que sería un ejercicio en vano y que era mejor no darle a Pippa falsas esperanzas, pero no podía negarse ante la mirada suplicante de la cría, su cara llena de lágrimas y el patetismo del valeroso intento de sobreponerse.

-Ve con Luke y regresa a casa antes del toque de queda -accedió.

-Sí, señor. -Robin le dedicó una sonrisa alentadora a Pippa-. Estoy seguro de que la encontraremos. -Llamó a Luke, desmontó, le entregó las riendas al soldado y ambos se perdieron entre la multitud.

-Pippa, cariño, no tengas demasiadas esperanzas -le aconsejó Guinevere, acariciándole la mejilla-. A saber dónde estará un gatito tan pequeño entre tanta gente.

-Robin la encontrará -aseguró Pen-. Sé que lo hará.

Hugh negó con la cabeza.

-Tu confianza es digna de elogio, Pen, pero coincido con tu madre. Es muy difícil. -Le indicó a su caballo que avanzara de nuevo-. Vamos, salgamos de este puente. Estamos a unos quince minutos de mi casa. Jack, no te separes de las niñas.

Guinevere se emparejó con Hugh, un poco más adelantados que los demás. No había mencionado el tema del alojamiento desde que él le informó de que se hospedarían bajo el mismo techo. No se lo discutió entonces porque estaba convencida de que la huida saldría bien. Pero ahora era imperativo. Ella ni podía ni quería aceptar su hospitalidad, ni como prisionera ni como invitada.

-Señor, prefiero no abusar de su hospitalidad -le expuso con un tono formal-. Si pudiera indicarle a mi mayordomo una posada decente nos las arreglaríamos. Entenderé que quiera poner un vigilante en la posada, aunque no tiene por qué temer que vaya a escaparme.

-¡Oh! Señora, le aseguro que estoy tranquilo al respecto. Hasta que el consejero real diga lo que debemos hacer con usted, permanecerá bajo mi techo -replicó él de un modo categórico.

Se puso a silbar suavemente, con la vista fija al frente, mientras dejaban atrás el río y se adentraban en el laberinto de calles que formaban el barrio de Holborn.

Guinevere apretó los dientes. Aquel silbido la irritaba sobremanera.

-De todas formas, señor, preferiría buscarme mi propio alojamiento.

-Tendrá que pedírselo al consejero real, o incluso al rey. De momento, se encuentra bajo mi responsabilidad hasta que me ordenen lo contrario.

Guinevere lo miró burlona con una ceja alzada.

-Comprendo. Parece ser que mi arresto se ha hecho oficial.

Hugh se encogió de hombros.

-Si quiere decirlo así...

-Siempre me ha gustado llamar a las cosas por su nombre, señor.

Hugh la miró con atención al decir:

-Es extraño, pero eso me cuesta creerlo, lady Guinevere. Al contrario, me he fijado en que a usted le gusta negar las realidades cuando le conviene.

A Guinevere le temblaron las manos sujetando las riendas.

-Hay cosas que no merecen que se les preste atención -manifestó.

Hugh, que seguía mirándola a los ojos, la acusó en voz baja:

-Miente usted, señora. -Apartó la vista y se puso a silbar otra vez. Guinevere se esforzó por no emocionarse. Miró a su alrededor simulando indiferencia, hacia las casas medio revestidas de madera, detrás de una bonita cerca, y las casas de mayor tamaño, que asomaban detrás de un muro de piedra. Allí todo parecía mucho más tranquilo que en el embrollo de callejuelas del otro lado del puente. Algunas de las calles estaban adoquinadas, lo cual suponía un alivio de las nubes de polvo que se levantaban del barro reseco por el sol del verano. Los desechos inmundos estaban canalizados y el hedor era mucho menos acusado que antes.

Doblaron por una calle más ancha. Al fondo se perfilaba un muro de piedra con unas puertas de madera y muy altas en el centro. Por encima del muro se veían las copas de los árboles.

El heraldo avanzó a medio galope desde atrás hasta la puerta y se llevó la trompeta a los labios. Emitió una única nota y las puertas se abrieron de par en par. Dos guardianes hicieron una profunda reverencia mientras lord Hugh y sus acompañantes cruzaban la puerta.

La casa no parecía ni modesta ni espléndida. Era un edificio de piedra medio revestida de madera, con techo bajo y tejado de paja. Algunas de las ventanas superiores tenían cristal y en ellas se reflejaba la luz del sol. De dos chimeneas de piedra salía humo. El jardín estaba cuidado, pero no muy elaborado; era un lugar más funcional que ornamental.

«Como su propietario», pensó Guinevere, que se sorprendió sonriendo.

-¿Hay algo que encuentre gracioso?

-No, señor -dijo Guinevere dejando de sonreír.

-Bien. Permítame que le dé la bienvenida. -Tiró de las riendas ante las puertas de roble y descendió del caballo. Se volvió para ayudar a Guinevere, pero ella evitó las manos de Hugh y desmontó por su cuenta.

El tutor se apeó de su montura y resopló aliviado.

-No me importaría no volver a ver jamás un caballo -declaró, frotándose el trasero-. Si los hombres estuvieran concebidos para montar a caballo, Dios no les hubiera dado piernas.

-No hubiéramos podido llegar hasta aquí andando, maese -razonó Pippa-. Son muchos kilómetros. Sus piernas no lo hubieran aguantado.

La chiquilla seguía triste, pero la curiosidad que sentía por aquel nuevo lugar era demasiado fuerte para continuar afligida por la mala fortuna de haber perdido a Pamplinas.

-Entremos. -Hugh les indicó con un gesto que pasaran por la puerta, ya abierta, donde los esperaba un mayordomo vestido de negro-. El señor Milton habrá preparado las estancias. Los miembros de su servicio llegarán en seguida, no venían muy retrasados. La señora Tilly se acomodará con usted. El señor Milton se ocupará de maese y también de Crowder y de Greene. -Le hizo un gesto interrogativo con la cabeza al mayordomo y éste inclinó la cabeza en señal de acuerdo y les indicó que entraran en la casa.

Un gran salón cuadrado, con una chimenea en cada extremo, formaba el principal espacio. Era una sala revestida de paneles, con asientos hondos bajo las ventanas y suelo de madera de roble. En el centro había una larga mesa, también de roble y con bancos a cada lado, y otros bancos de madera flanqueaban las chimeneas. Era un lugar bonito, pero le faltaba un toque femenino, en opinión de Guinevere. De nuevo se trataba de un sitio funcional y limpio, como su propietario.

-He estado muy poco en casa estos dos últimos años -explicó Hugh, como si se disculpara por el aspecto abandonado de su hogar-. Pero el señor Milton hará lo necesario para que se sientan cómodos.

El tutor, con un gran suspiro, semejante al sonido del aire escapándose de un almohadón, se dejó caer en uno de los asientos debajo de una ventana y se desató las cintas del gorro. Se abanicó la cara con la mano para refrescarse.

-Puesto que estamos obligados a aceptar su hospitalidad, lord Hugh, el señor Crowder se ocupará de nuestras cosas -decidió Guinevere-. Todavía no estoy en la miseria y no permitiré que los miembros de mi servicio supongan una carga económica para usted.

Fue evidente que Hugh se ruborizaba.

-No será necesario -replicó-. Sé que no puedo ofrecerle las comodidades de las que usted disfruta en su casa, ya que no soy tan rico como Creso, pero haré lo que pueda.

Le había devuelto elegantemente la pelota haciéndole parecer a ella arrogante y descortés por no querer aceptar su hospitalidad. Pero Guinevere no estaba dispuesta a

participar en aquel juego. Hizo caso omiso del comentario y echó un vistazo a su alrededor con aparente fascinación.

Hugh se dirigió a grandes zancadas hacia la escalera que había en una esquina del salón.

-Venga, señora. Le mostraré las habitaciones de invitados. Pen..., Pippa..., venid con nosotros.

Pen se acercó inmediatamente, sin soltar a Nuez Moscada, pero Pippa estaba ocupada describiéndole la desaparición de Pamplinas a un claramente confundido señor Milton.

-El chico Robin tal vez la encuentre -le estaba diciendo-. Espero que así sea. Y si la encuentra tendré que darle un poco de leche. Seguro que estará muy asustada, ¿no cree? ¿Me dará un poco de leche, señor Milton? Sólo un platito. Se la doy con la punta del dedo. Ella lo lame, pero tiene la lengua muy áspera. ¿Sabía usted que la lengua de los gatos es áspera? Creo que...

-¡Pippa! -la llamó Guinevere, que notó que el enorme cuerpo de lord Hugh se convulsionaba por la risa, vencido su enfado gracias al parloteo cándido de la niña-. El señor Milton tiene cosas que hacer.

-Sólo le estaba contando lo de Pamplínas por si Robin la encuentra. -Se acercó corriendo a ellos, de nuevo desanimada.

-No tengas demasiadas esperanzas -le advirtió Hugh.

-No las tengo -reconoció Pippa, que se agarró a la mano de su madre.

Hugh subió delante de ellas. Arriba, había un pasillo a la izquierda y otro de frente; él continuó por éste, abrió la puerta del final del pasillo y entró. Guinevere y las niñas lo siguieron. Hugh echó un vistazo crítico al interior, con el ceño fruncido, y a Guinevere le pareció que estaba nervioso, como si fuera a echar algo en falta. Era una habitación sencilla y el suelo estaba cubierto de hierbas aromáticas.

-Usted y las niñas compartirán la cama. Para Tilly tiene que haber una supletoria con ruedas. -Se agachó, miró debajo de la gran cama y sacó un catre-. Confío en que esto sea suficiente.

-Por supuesto. Muchas gracias.

Guinevere se quitó los guantes y se acercó a la ventana. Daba a una cocina y más allá a un huerto. Había retretes, cervecería, panadería y lavadero. Más a lo lejos se veían los tejados de las casas vecinas. Se oían los ruidos de la ciudad y pensó que el aire no era dulce. Todo parecía muy ordenado, pero también muy ajeno. Y Guinevere estaba asustada.

Hugh le tocó un hombro, percibía que estaba asustada y no pudo evitarlo. Guinevere dio un salto, como si se hubiera quemado, y él se apartó.

-Ahora la dejaré sola. Cenamos a las siete, cuando las puertas de la ciudad se cierran tras el toque de queda.

Cerró la puerta a su espalda y descendió por la escalera. Los demás sirvientes de Guinevere habían llegado y el señor Milton andaba muy ocupado acomodándolos a todos. Tilly subió detrás de dos criados robustos, que portaban los baúles de Guinevere y el cajón de los libros.

Hugh hizo llamar a Jack Stedman.

-Entérate de dónde se encuentra el consejero real. Supongo que, puesto que lo hemos visto por la ciudad hace una hora, debe de estar en su casa de Austin Friars. Salúdalo de mi parte. No creo que puedas verlo personalmente, pero alguno de sus ujieres le transmitirá el mensaje. Dile que he llegado a Londres con lady Guinevere.

-Muy bien, señor. -Jack saludó y se marchó a toda prisa. Hugh pidió que le sirvieran un poco de vino y se sentó junto a la chimenea donde un sirviente estaba

encendiendo el fuego para combatir el frío de una tarde fresca de septiembre. Ahora, debían esperar.

13

Guinevere bajó al salón con las niñas justo antes de cenar. Los sirvientes estaban preparando la larga mesa con los cuernos para las bebidas, tajaderos de madera, cucharas y cuchillos. Echó un vistazo a la mesa y pensó que allí no había lugar para la elegancia, al advertir que Hugh de Beaucaire no tenía por costumbre poner tenedores en la mesa. Pero, como pasaba poco tiempo en casa, seguramente no encontraba necesario gastar dinero en sutilezas. Se fijó en el grillete solitario en la pared junto a la puerta. Era algo habitual en los comedores, e incluso en Mallory Hall había uno. Se utilizaba para algún invitado que se pusiera agresivo con la bebida, en parte una broma, en parte un castigo. Se le inmovilizaba el brazo y se le derramaba por la manga el contenido de su copa. Se trataba de un castigo más humillante que doloroso, pero resultaba caro e irritante porque las costosas prendas de vestir quedaban empapadas de vino.

Mientras vivió allí Guinevere, en Mallory Hall jamás fue utilizado, a pesar de que a Stephen le hubiera encantado mortificar a sus invitados a la menor oportunidad. Guinevere hubiese preferido ausentarse de la mesa de haberse llegado a ese extremo.

Pippa corrió hacia Hugh, que se había levantado al verlas.

-¿Ha vuelto Robin? ¿Ha vuelto Robin, señor?

-Todavía no -contestó Hugh. Como la niña había levantado su cara angustiada, se inclinó y le dio un beso-. Pero llegará en cualquier momento. En cinco minutos sonarán las campanas del toque de queda y sabe que tiene que entrar antes.

A Guinevere le sorprendió la naturalidad con que Hugh besó a Pippa, ya que ni él ni la cría se lo habían pensado dos veces. Era consciente de que estaba sonriendo. La reacción de Hugh ante Pippa la tranquilizaba tanto que le costaba de creer. Una vez más se sentía muy unida a él. Tenía la sensación de que estaba bien que se encontraran juntos allí y compartieran aquel momento. Y de nuevo desapareció el antagonismo. Y, también de nuevo, se veía inmersa en el desconcierto.

-¿Puedo ofrecerle un poco de vino, señora?

-Gracias.

Sin dejar de sonreír y leyéndole su respuesta en el brillo de los ojos, aceptó la copa que le estaba ofreciendo. Había una pregunta muda en la mirada fija de Hugh cuando alzó su copa en un gesto de brindis. Ella levantó la suya, se la llevó a los labios y, durante unos segundos infinitos, pareció no ser capaz de dejar de mirarlo. Guinevere se había esforzado por distanciarse de él precisamente para evitar aquello, pero en ese momento no había distancia y parecía imposible que la hubiera; lo que sí había era emoción, promesa, posibilidades. Y eso sería todo lo que habría mientras se viera obligada a convivir bajo su techo, debilitándole a Guinevere su determinación, invadiéndole los pensamientos, aturdiéndole los sentidos.

Finalmente, logró girar la cabeza y les hizo una observación a las niñas. Hugh tomó un sorbo de su copa de vino contemplando con deseo el perfil de Guinevere, la piel blanca y suave del cuello, la curva de la esbelta espalda, la redondez de los pechos debajo del encaje de la camisa. Se oyeron voces en el exterior y dirigió su mirada a la puerta.

-Es Robin -anunció, y añadió-: Y justo a tiempo. -Se oían las campanas por toda la ciudad, avisando a los viajeros que las puertas de la ciudad estaban cerradas.

Pippa ya había corrido hasta la puerta y saltaba de puntillas para abrir la pesada puerta.

-¿La has encontrado? ¿La has encontrado? -preguntó antes incluso de que se abriera.

Robin entró.

-La encontré, pero volvió a escaparse. He tenido que seguirla por todo el puente. Pensé que la había perdido, pero luego la oí. Estaba agarrada al saliente de debajo del puente. Tuve que saltar por encima del pretil para recuperarla. -Le entregó la gatita a Pippa, toda manchada de barro.

-¡Oh, es maravilloso! -exclamó Pen y echó a correr hacia Robin-. Eres muy listo, Robin. Sabía que la encontrarías. -Le agarró las manos con fuerza.

Robin sonrió tan abiertamente que parecía que se le iba a partir en dos el rostro.

-¿En serio? Yo me temía que no la encontraría, y un corro de chicos me ha seguido todo el rato. No paraban de preguntarme que qué buscaba y, cuando finalmente la encontré, creo que han pensado que estaba loco. ¿Quién buscaría de ese modo a un gatito?

-¡Cualquiera! -chilló Pippa, con la voz amortiguada por el pelo de la gatita, que la husmeaba en el cuello-. Eres un chico estupendo -añadió entusiasmada-. Espero algún día encontrar uno como tú.

Robin se ruborizó hasta las orejas y Hugh miró a Guinevere. Él se esforzaba por no reírse y ella se mordía el labio para mantenerse seria. El chico ya estaba bastante incómodo. Lo que quedaba de la prometedora tensión anterior quedó sustituida por un sentimiento de simple amistad, tranquila y divertida. Y Guinevere no sabía cuál de las dos era más peligrosa.

-Bueno, ahora que bien está lo que bien acaba, propongo que cenemos -dijo Hugh y le hizo un gesto a un criado para que tocara el gong que convocaría a todos los comensales.

Hugh no tenía mucha gente a su servicio, y Guinevere se fijó en que los únicos que no se sentaban a la mesa con ellos eran los camareros. Había sitio para todos y, por las manchas de sus delantales, se distinguía perfectamente a los que desempeñaban un oficio de rango inferior, que se sentaban más lejos del salero.

No había pajes detrás de los comensales en la mesa de Hugh de Beaucaire. Los camareros depositaron las bandejas llenas a lo largo de la mesa y cada uno se las apañaba por sí mismo hincando el cuchillo en los trozos de carne de venado, llenando la cuchara con la salsa de unos cuencos y mojando pan en el caldo. Un músico tocaba el laúd en un pequeño estrado al fondo de la sala.

Hugh y Guinevere comieron en silencio prácticamente durante todo el rato, pero no era un silencio incómodo; por una vez, no hubo un trasfondo mordaz. Sin embargo, Guinevere tenía la impresión de que la calma de esa sensación de compañerismo, esa aparente serenidad, estaba limitada en el tiempo, como si se encontrara en una tarde calurosa de verano en la que la calma precedía a la tempestad.

Cuando terminaron de cenar, Guinevere les dijo a las niñas que llevaran a los gatos a la habitación y les dieran de comer allí. Luego, Tilly las acostaría.

-Debo pedirle que me disculpe -dijo Hugh, tras levantarse de la mesa-. Tengo trabajo en los establos. Robin, acompáñame.

-Sí, señor. ¿Voy a por su gabán? Hace fresco -preguntó Robin, tan dispuesto como siempre a complacer a su padre.

Hugh asintió con una sonrisa y el chico salió a toda prisa hacia la habitación de su padre, que estaba encima del salón.

-He de revisar el funcionamiento de la casa durante mi ausencia -explicó Hugh.

-Por supuesto. No esperaba que me entretuviera, señor. Además, maese y yo tenemos trabajo.

-Quédense junto al fuego -los invitó Hugh, indicando con un gesto la chimenea encendida-. Supongo que no querrá molestar a las niñas en su habitación.

-No -convino Guinevere, pero dudó un momento, preguntándose si era una buena idea establecer estrategias de defensa en el salón de la casa de quien era su carcelero.

-No tema que nadie les oiga -la tranquilizó Hugh, leyéndole el pensamiento y con un brillo irónico en los ojos-. Prometo que haré mucho ruido con las botas para avisarles cuando regrese.

Guinevere eludió la mirada irónica de Hugh y se dirigió al tutor, que se encontraba a su lado:

-Iré a por los libros necesarios, maese. Póngase cómodo junto al fuego.

Se despidió de Hugh con una fría inclinación de cabeza y se fue hacia la escalera con la espalda muy erguida y el manto de terciopelo oscuro moviéndose elegantemente sobre el miriñaque con cada uno de sus suaves pasos.

Se sintió optimista mientras buscaba en el cajón de libros en su habitación. Por fin, el tutor y ella podrían contrastar sus teorías con la información jurídica. Los libros siempre le habían proporcionado respuestas. Estaba segura de que en aquella circunstancia también la ayudarían.

Bajó corriendo por la escalera con su selección de libros. El tutor estaba sentado en el banco con sus piernas delgadas, enfundadas en unas arrugadas calzas negras, muy cerca del fuego.

-¡Oh, esto es vida...! -exclamó frotándose las manos-. Lord Hugh ha ordenado que nos traigan más luz. Mire, tenemos dos linternas más y hay velas nuevas en los candelabros. -Señaló las luces que había junto a la chimenea-. Ha sido muy considerado, creo yo.

-Sí -asintió en tono seco Guinevere, que dejó los libros encima del banco opuesto y se puso en seguida a trabajar-: Como hemos hablado, maese, es una cuestión de pruebas. Ellos no tienen pruebas firmes para vincularme con la muerte de mis esposos. -Hizo una pausa y miró al fuego, con el entrecejo fruncido. ¿Qué habría descubierto Hugh en Matlock? Sin conocer las pruebas que había contra ella, no podría establecer una defensa. Sacudió la cabeza. No le quedaba otro remedio que trabajar con lo que tenía-. Sabemos que lord Hugh puede ofrecer testimonio de algunas contradicciones entre mis declaraciones y las de Tilly, en lo referente a la caída de lord Mallory. Si quieren sacar algo de esas contradicciones, tendremos problemas.

-Creo que es mejor suponer que lo harán -opinó el tutor. Frunció la boca, hundió las mejillas y, luego, preguntó dubitativo-: ¿Está convencida de que lord Hugh utilizará esas contradicciones?

Guinevere continuaba mirando las llamas, con las manos apretadas contra los pliegues del manto. ¿Qué habría descubierto en Matlock?

-Sí -respondió finalmente-. Dirá lo que sabe. -Guinevere se encogió de hombros y se sentó en el banco junto a los libros-. Mi tarea consistirá en convencerlos de que esas contradicciones no constituyen una prueba consistente.

-Debemos estudiar el derecho consuetudinario para las pruebas circunstanciales. Toda deducción inferida de unos hechos conocidos, pero sin una explicación clara, es una conclusión débil. Tenemos que encontrar una explicación convincente que sirva de alternativa a esos hechos.

-Sí, pero ¿qué pasa con las acusaciones de brujería? No veo la forma de refutarlas si las dirigen. Sólo mis esposos podrían negar que fueron embrujados, y ellos ya no pertenecen a este mundo. -Se apretó los labios con los dedos.

-Señora, le ruego que abordemos los temas de uno en uno -objetó el tutor, con aspecto preocupado-. Tenemos pruebas firmes que la apoyan en la reinvindicación de la

tierra que lord Hugh reclama. Esto juega a nuestro favor. Nadie puede discutir la legalidad del contrato prematrimonial con Roger Needham y, si tenemos un fundamento jurídico sólido en esto, todo hombre razonable supondrá que también lo tenemos en otros aspectos.

-Un hombre razonable tal vez, pero ¿el consejero real es un hombre razonable?

-Vamos, señora, no prejuzgue el caso. La ley tendrá una respuesta para nosotros, siempre la tiene. Echemos un vistazo al *De Laudibus Legum Angliae* de Fortescue. -Se inclinó y tomó el libro indicado.

Una hora más tarde, el tutor bostezó y se removió en su asiento, tratando de aliviar sus huesos doloridos.

-Dios es bueno, pero dudo que yo pueda volver a sentir alivio después de tanto cabalgar, un día tras otro -murmuró.

-Por esta noche es suficiente. -Guinevere cerró el libro-. Necesita descansar, maese.

-Soy mayor, señora. No estoy para estos viajes.

-No debería haberle hecho venir -se disculpó Guinevere con remordimientos-. No estuve acertada pidiéndole que me acompañara.

-Que Dios la bendiga, señora, pero jamás hubiera permitido que se enfrentara sola a todo esto.- Alzó las manos-. Considero que hemos avanzado algo.

Guinevere no estaba tan segura de ello, pero sonrió para no desanimar a su antiguo tutor.

-Váyase a la cama, señor. Continuaremos mañana.

El hombre se levantó con dificultades.

-No me quejaré de volver a dormir entre plumas -dijo-. Le deseo buenas noches, señora.

-Buenas noches.

Guinevere se quedó mirándolo mientras se marchaba, apoyada la cabeza en el alto respaldo tallado del banco de madera. Los argumentos jurídicos parecían muy vacíos, insustanciales, pero era lo único que tenían, eso y su propia elocuencia. ¿Sería suficiente para hacer cambiar de opinión a un hombre como el consejero real?

Oyó las fuertes pisadas de unas botas sobre baldosas al otro lado de la puerta del extremo opuesto de la sala, que suponía ella que daba a la cocina y los establos. Lord Hugh habló desde el umbral:

-¿He hecho suficiente ruido?

-Su consideración, señor, me asombra.

Hugh entró en la sala. Se dirigió a la chimenea y miró a Guinevere, con una mano apoyada en el respaldo del banco de enfrente.

-¿Han terminado? ¿Se ha ido el tutor a la cama?

-Por hoy hemos terminado. Maese estaba cansado del viaje. -Continuaba con la cabeza apoyada en el respaldo del banco, las manos en su regazo y los ojos entrecerrados; pero notaba la mirada fija de Hugh.

-Usted también parece agotada. -Hugh se volvió al oír que alguien abría la puerta.

Entró Jack Stedman, acompañado de una ráfaga de aire nocturno y otoñal.

-Ha refrescado ahí fuera -comentó, mientras se quitaba el abrigo-. Ha cambiado el tiempo y no debería sorprenderme. -No había visto a Guinevere, que, desde la puerta, permanecía oculta por el alto respaldo de su asiento-. El gentilhombre del consejero real recibió el mensaje y me tuvo casi dos horas esperando, señor. -Jack parecía disculparse por el retraso-. Había tanta gente en la antecámara que apenas podía moverme.

-¿Traes algún mensaje? -le preguntó Hugh.

-Sí, señor. Debe ir usted con lady Guinevere a Hampton Court mañana a las tres de la tarde.

Hugh asintió con la cabeza y miró involuntariamente hacia el lugar donde Guinevere permanecía inmóvil, sentada, con los ojos entrecerrados.

-Eso es todo por esta noche, Jack. Por la mañana necesitaré una barcaza en el embarcadero de Blackfriars. Asegúrate de que tenga donde cobijarse. Tú vendrás con nosotros, y tráete dos hombres.

-Sí, señor. ¿Y el señor Robin?

-Se quedará aquí. Dile que puede tomarse un día de fiesta..., si es que hacerle compañía a la pequeña Pippa puede considerarse fiesta.

Jack sonrió con sorna.

-Muy bien, señor. Buenas noches. -Se llevó la mano a la frente, a modo de saludo, y se marchó encajándose el sombrero.

-Tan pronto -dijo Guinevere. Se levantó lentamente y lo miró-. ¿No podía haberme concedido unos días de descanso, señor, antes de enviar un mensaje?

Hugh contestó en voz baja:

-Un retraso no hubiera supuesto descanso. Es mejor hacer lo que hay que hacer.

-Pero todavía no estoy preparada.

-Mañana no habrá juicio. Le harán preguntas, pero no será un juicio.

-Estoy asustada -confesó Guinevere, en voy muy baja-. Y no me diga que no tengo por qué estarlo.

-No se lo diré.

Guinevere lo miró de frente, con aspecto indefenso y vulnerable, y con miedo en los ojos.

El fuego crepitaba a su espalda, lo único que se oía en el silencio de la casa. Guinevere oía también su propia respiración acelerada, ligeramente sibilante al salir de sus labios entreabiertos. Notaba la palpitación de la sangre en sus orejas.

-Acérquese -dijo Hugh. Fue en parte una petición y en parte una orden.

Ella permaneció inmóvil, sintiendo el calor del fuego a su espalda. La luz de las linternas y la de las velas, ascendiendo desde los candelabros en la pared, formaban un círculo en torno a los dos. Más allá del círculo, el salón permanecía a oscuras.

-Acérquese -repitió Hugh, y puso las manos encima de los hombros de Guinevere, sintiendo en los dedos la delicadeza de los huesos.

No se movió, ni para apartarse ni para acercarse. Esa noche, necesitaba más que nunca lo que él estaba dispuesto a ofrecerle; la calidez de un contacto, la fuerza que otorgaba el saber que no estaba sola; el poder del amor que, por un breve espacio de tiempo, le ahuyentaría los temores y le apaciguaría el alma asustada. Pero estaba la conciencia de que, aceptando a Hugh, aceptaba consuelo del hombre que había originado aquella agonía desesperante.

Por eso no se aproximó a él; pero, cuando Hugh tiró de ella y con una mano en la barbilla le levantó el rostro, no ofreció resistencia alguna.

Hugh la besó, primero con suavidad, y progresivamente con más fuerza, como si quisiera despertarla, como si quisiera extraer de ella la respuesta apasionada que él sabía que esperaba liberarse.

-Acérquese -susurró Hugh, con los labios sobre los de ella-. Guinevere, acérquese.

La estrechó con fuerza de modo que Guinevere podía notar la fuerza de Hugh envolviéndola, invitándola a abandonarse, ofreciéndole la primera oportunidad, desde la muerte de Timothy, de soltar su carga aunque fuera sólo por un breve momento, y nutrirse de un poder y una energía que no fuesen los propios.

Guinevere abrió la boca, para permitir que entrara la lengua de Hugh, y al mismo tiempo echó la cabeza atrás y le ofreció la garganta y los pechos, en un movimiento instintivo de rendición. Hugh bajó su boca a la columna de porcelana que constituía el cuello y la besó sobre el pulso acelerado, arrastró luego los labios hasta el pecho y sintió el calor de la piel a través del delicado encaje de la camisa. Percibía la pasividad de Guinevere, que no era una pasividad negativa, sino que procedía de la decisión activa de incitarlo a él, de la voluntad de recibirlo.

Un río de deseo invadió a Hugh. En ese momento, Guinevere era mucho más suya de lo que lo fue durante la locura salvaje de aquella noche en la tienda de campaña.

-Venga conmigo -le pidió con suavidad y agarrándola de la mano. Tomó una de las linternas con la otra mano y llevó a Guinevere hacia la escalera.

Ella se levantó un poco la falda y, erguida y esbelta, subió a su lado. Hugh dobló por el oscuro pasillo que conducía a la izquierda, con la linterna en alto. La mano de Guinevere estaba fría en contraste con la suya, y los dedos se entrelazaban con los suyos.

Levantó el pestillo de la puerta del fondo del pasillo y abrió de par en par. Encima de una mesita ardía una vela y la chimenea estaba encendida. La luz de la linterna despejó las sombras cuando entraron en la habitación.

Todo estaba igual de limpio y ordenado que en la tienda de campaña. Las columnas de la cama no estaban talladas y el colchón lo cubría una colcha sencilla. Un arcón con conteras de hierro y un simple armario contenían todas sus pertenencias.

-Es todo muy sencillo, ya lo sé -murmuró Hugh.

Guinevere sonrió y habló por primera vez.

-No esperaba otra cosa de alguien como usted.

-Parece que me conoce bien. -Dejó la linterna sobre la repisa de la chimenea y contempló a Guinevere, allí, de pie, con su vestido de terciopelo oscuro y apoyando una mano en uno de los pilares de madera de la cama.

-Un poco -convino Guinevere.

-Acérquese.

Extendió las manos y, esta vez, Guinevere sí se aproximó. Se quedó delante de él, sin moverse, mirándolo.

-Intentaré darle lo que desea -dijo Hugh, que, de pronto, tenía ronca la voz, una voz que surgía de las profundidades de su garganta.

Se disponía a quitarle el tocado y Guinevere bajó la cabeza para ayudarlo. Retiró los alfileres lentamente, uno a uno, y los dejó encima de la mesita. Acto seguido, levantó la cinta plateada, quitó los alfileres de la capucha y, luego, la cofia y le soltó el pelo, liberando las trenzas enrolladas. Como no tenía ningún cepillo, utilizó los dedos para desenredar el cabello, hasta que le quedó a los lados del rostro. Guinevere ya no estaba pálida, y su piel de marfil resplandecía.

-Es usted tan guapa... -susurró Hugh, y le dio un beso en la boca-. Debe decirme si quiere algo de mí. No le fallaré, Guinevere.

-No, claro que no -lo confortó ella, que le acarició la mejilla y le recorrió la boca con la yema del pulgar. Porque Hugh no le fallaría; al menos, en eso no.

Se dio la vuelta y Hugh deshizo los lazos, con lentitud esta vez, le quitó el vestido y lo dejó sobre el arcón, a los pies de la cama. Desenlazó el corpiño, introdujo las manos y le acarició los pechos, y luego la espalda. La piel estaba caliente, era suave y desprendía una agradable fragancia.

-Primero enséñeme algo de lo suyo -le rogó Guinevere con una lánguida sonrisa-. Me gustaría verle desnudo.

Le pasó la mano abierta por la mejilla y recorrió el perfil de la boca con el dedo meñique. Hugh le sujetó la muñeca y se metió el dedo en la boca, lo chupó, mordisqueó la punta. El cuerpo de Guinevere pareció recobrar vida con aquella exquisita sensación. Hugh retrocedió y, con el deseo brillándole en la mirada, empezó a desnudarse para ella, que lo observó con codicia lasciva mientras, lentamente, se quitaba el traje, el jubón, la camisa, desprendiéndose de la ropa con deliberada parsimonia, y lo iba dejando todo sobre un taburete debajo de la ventana.

Guinevere se detuvo en la contemplación de la amplitud del tórax, con algunos rizos canos esparcidos por él, y apreció la rigidez de sus pezones y el contorno de la cintura, muy estrecha en comparación con la anchura de la espalda y los hombros. Miró con lujuria desinhibida cómo desenganchaba las ligas y se despojaba de las calzas. Hugh se quedó entonces erguido y mirándola con una pizca de burla, y ella se deleitó con la visión del vientre cóncavo, de los muslos robustos, de la turgencia vigorosa del pene, destacando desde la reciedumbre emmarañada de vello gris.

-¿Le gusto, señora?

Ella asintió con la cabeza, humedeciéndose los labios con la lengua.

-Ya lo creo.

Hugh se volvió para dejar las calzas en el taburete con las demás prendas y le ofreció así la tersura de sus nalgas a Guinevere, que se situó a su espalda y se las manoseó mientras él permanecía inmóvil, atento a las caricias y al dedo que se deslizaba entre los muslos. Hugh echó los brazos hacia atrás y la agarró por las caderas. Ella se apoyó en la espalda y le restregó la nariz por los omóplatos, y él bajó las manos hasta las nalgas y se las acarició por debajo de la camisa.

-Creo que es hora de que estemos en las mismas condiciones -comentó Hugh, que sonreía cariñosamente cuando se volvió hacia ella-. Ahora me gustaría que mis ojos disfrutaran de verla a usted, señora.

Le bajó la camisa desde los hombros hasta las caderas y cubrió con las manos los suaves pechos, con los pezones duros y erguidos, y los acarició levántandolos un poco, como calibrando su peso y su plenitud. Guinevere cerró los ojos y se estremeció de placer cuando las yemas de los dedos juguetearon con las puntas de los sonrosados pezones. Hugh se demoró recorriendo con las manos la estrecha caja torácica, midiéndole las formas como no lo había hecho en la apasionada precipitación de su encuentro anterior. Retrocedió un paso y la contempló desnuda de cintura para arriba, con el tono argénteo del cabello reluciendo en contraste con la piel arrebolada por el deseo sexual. Los senos subían y bajaban al ritmo de la respiración acelerada.

Alargó un brazo y empujó la camisa, que se deslizó de las caderas a los tobillos dejándola totalmente desnuda, a excepción de las medias de seda y las ligas.

Se quedó mirándola, embebiéndose de la madura plenitud de aquellas formas delicadas. Guinevere no era ya una niña. Se le notaban las diminutas estrías en los muslos y en el vientre, donde había llevado a sus hijas, y la profusión de venas azuladas en los pechos, por haberlas amamantado, así como un casi imperceptible grosor en la cintura. Pero, en opinión de Hugh, esas imperfecciones la dotaban de una belleza mucho más pura que si se hubiera mostrado con la tersura impecable de la juventud.

La agarró por las caderas y le hizo darse la vuelta, sintiendo que Guinevere se estremecía con el contacto cálido de sus manos. Le deslizó un dedo por la columna venebral y ella onduló el cuerpo. La agarró entonces por los hombros, agachó la cabeza y repitió con la lengua el recorrido del dedo. Guinevere emitió un gemido al recibir la ardiente sensualidad de aquella apasionada caricia húmeda y agitó los pies sobre el suelo de madera.

Hugh acarició la curva de las caderas, la firme prominencia de las nalgas, los muslos largos y flexibles, y volvió a darle la vuelta.

Guinevere le rodeó el cuello con los brazos y apretó su desnudez contra la de Hugh. Lo besó en la boca, mientras presionaba el pubis contra el suyo con elocuente deseo. Hugh dio un paso hacia la cama, sin soltarla y con las bocas unidas, y con el borde de la cama a la altura de sus rodillas ella se tumbó y él se echó encima.

Hugh se dejó caer a un lado y se apoyó en un codo. Guinevere permaneció tumbada de espaldas, mirándolo con un curioso gesto de abandono, y estiró los brazos por encima de la cabeza, con las muñecas cruzadas, entregando su cuerpo al deseo mutuo.

Él sonrió lentamente y se agachó para besarle la parte inferior de la garganta mientras le acariciaba el vientre con la mano. Hurgó con un dedo en el ombligo y se complació secretamente de lo profundo que era. Le acarició el perfil del cuerpo desde la oreja hasta la cadera, deleitándose con la delicadeza de las curvas y la profundidad de las depresiones, y Guinevere gimió con el contacto de la mano y susurró su nombre. Hugh bajó la cabeza y le mordisqueó muy suavemente los pezones.

Guinevere se retorció en la cama, sintiendo que el sexo se le inflamaba, que el pubis se humedecía con urgencia. Incapaz ya de controlar sus respuestas, bajó los brazos y con una mano acarició las nalgas de Hugh y con la otra aferró la carne turgente del pene y sintió la fuerte pulsación de las venas hinchadas. Delicadamente, retiró con la yema del dedo el trocito de piel que cubría el glande y lo acarició con dulzura, al mismo tiempo que introducía un dedo de la otra mano en la hendidura del culo y le hacía cosquillas suaves en la firme carne de las nalgas.

Hugh emitía gemidos roncos con aquellas caricias. Se bajó de la cama y ella tuvo que soltarlo. Guinevere notó que con las palmas de las manos le empujaba el interior de los muslos para separarle las piernas. Se abrió para él, de nuevo ofreciéndole su cuerpo. Él besó la cara interna de los muslos, le levantó las piernas y le besó las corvas mientras acariciaba con habilidad las pantorillas. Le recorrió con la lengua la parte posterior de los muslos y multiplicó sus besos en la frontera entre el muslo y las nalgas. Separó del todo las piernas y enterró la boca en la fragante raja de Guinevere.

Introdujo la lengua y apresó con los labios la flor del sexo, unos labios cuya caricia era como una brisa fresca y perversamente sensual sobre los labios ardientes e hinchados que acariciaba.

Guinevere enredó los dedos en los rizos de la cabeza de Hugh, tensó los muslos y levantó las caderas cuando él deslizó las manos debajo de las nalgas y la pellizcó mientras con la lengua la aproximaba al momento culminante. Pero entonces Hugh apartó la boca, y Guinevere se estremeció, dolorida por el deseo. Le rodeó la cintura con las piernas, cuando él volvió a ponerse encima de ella, y le hizo bajar la cabeza para besarlo, para saborearse ella misma en la lengua del hombre, para inhalar el embriagador aroma de su propio deseo sexual.

Hugh la penetró hasta el fondo y ella lo sujetó para sentir lleno de él todo su cuerpo, tan intensamente sensibilizado. Notó en su interior las pulsaciones del miembro viril. Lentamente, muy lentamente, Hugh se retiró hasta el borde, hasta rozarla únicamente con la punta del pene. A Guinevere, su cuerpo le gritaba su necesidad de él, así que levantó la pelvis para intentar volver a meterlo. Ambos amantes se miraron a los ojos y se vieron reflejados mutuamente el uno en el iris oscuro del otro. Era como si sus almas se tocaran, como si cada uno de ellos fuera el espejo del otro, y, cuando Hugh volvió a penetrarla, muy lentamente, los dos cuerpos se fusionaron, los dos espíritus se fundieron en uno. Las dos personas fueron una sola.

Mucho tiempo después, Hugh se despegó de ella, se dejó caer a un lado y permaneció tumbado de espaldas y con una mano sobre el vientre empapado de sudor de Guinevere, percibiendo las rápidas pulsaciones bajo su palma. Ambos recuperaron su ritmo normal en aparente sincronía. Guinevere inspiró profundamente y soltó el aire muy despacio. Luego volvió la cabeza para mirarlo.

Hugh le acarició la mejilla y ella sonrió, pero se advertía tristeza detrás de aquella sonrisa.

-*Tristesse de l'amour?* -preguntó él galantemente.

-Tal vez. -Alargó el brazo y le acarició suavemente la mejilla-. Muchas gracias, Hugh.

-No tiene que agradecerme nada. -Le agarró con suavidad la muñeca-. No le he dado más de lo que me ha dado usted.

-Lo dudo -replicó ella en un tono suave-. Pero jamás volverá a ocurrir, Hugh. Lo entiende, ¿no?

Hugh negó con la cabeza.

-No, Guinevere. No lo entiendo.

Ella se incorporó. Le resultaba díficil hablar.

-Ojalá usted..., usted pudiera comprender lo mucho que me asusta todo esto. No debo, no puedo entregarme de nuevo. Tengo mucho que perder, Hugh, mucho más que usted. ¿No lo entiende?

-Sí..., sí, por supuesto que lo entiendo. -Él también se incorporó. Le acarició un hombro-. ¿Pero tiene que renunciar a lo que hay entre nosotros?

-Sí, es necesario. No puedo pensar con claridad si no lo hago.

Hubo un breve silencio y Guinevere añadió:

-Debo irme a mi habitación. -Reunió toda su ropa y se quedó de pie, desnuda, con el montón de seda, encaje y terciopelo en los brazos-. ¿Tiene una bata para prestarme?

-Sí, por supuesto.

De nuevo se habían distanciado, y era Guinevere quien se esforzaba en que así fuera. Aquel glorioso momento de unión no había logrado alterar la cruel relidad que se interponía entre ellos.

Hugh, en su frustración, tenía ganas de zarandearla, de obligarla a admitir que aquel amor estaba por encima de todo lo que pudiera separarlos. Lo que hizo, en cambio, fue bajar de la cama y sacar del armario una bata de piel.

-Ésta le servirá. -Se la colocó sobre los hombros.

-Gracias -dijo ella, y se dirigió a la puerta. Allí se volvió-. Gracias, Hugh.

Él hizo un desamparado gesto de negación.

Guinevere pareció dudar; luego, levantó el pestillo y salió de la habitación.

14

Guinevere se despertó mucho antes de que amaneciera y extrañada porque había dormido profundamente y sin sueños. Se removió en la cama y Pamplinas, que había dormido en la zona lumbar de su espalda, se levantó, la miró un poco indignada, se desperezó y saltó al suelo. Nuez Moscada, que estaba enroscada entre las dos niñas, se reunió con su hermana. Ambos se fueron a la puerta y se quedaron allí, mirando a Guinevere con una exigencia arrogante.

Guinevere se levantó con cuidado de no despertar a las niñas, se dirigió a la puerta y dejó salir a los dos gatitos. Presumiblemente, la noche anterior se habían aprendido el camino al exterior de la casa.

Tilly se incorporó en su catre y bostezó.

-Te acostaste tarde, querida -comentó, echando un vistazo a la ropa desordenada de su señora, que, la noche anterior, estaba tan cansada y confundida que no la guardó en su sitio y dejó sobre un taburete la bata de piel que Hugh le había prestado.

Guinevere no contestó inmediatamente. Tomó la bata y se cubrió el cuerpo desnudo y medio dormido. Se le agolparon los sentimientos al oler la fragancia de Hugh y sentir la calidez de la prenda, casi como si lo tuviera a él pegado a su cuerpo. Una enorme melancolía la invadió. Jamás volvería a obtener de él lo que le dio la noche anterior. Hugh le ofreció lo que ella ansiaba, lo que necesitaba desesperadamente, pero no se atrevía a dejar que volviera a amarla. No si algún día podía librarse de él. Sus almas se habían tocado la noche anterior y, aunque fuera un puro deleite, considerada a la fría luz matutina, la intensidad de las emociones vividas la aterrorizaba. Tendría que luchar contra Hugh si pretendía vencer al consejero real, y eso sería como luchar contra sí misma.

-Así son las cosas -murmuró Tilly mostrándose comprensiva-. No puedo decir que esté sorprendida.

-Es horrible lo que ha pasado, Tilly. No debería haber ocurrido.

-Tal vez -contestó Tilly, con aspecto de estar poco convencida. Se levantó del catre y se desperezó.

-Ahora empieza, Tilly. Debo estar lista cuando salga el sol para ir con lord Hugh a Hampton Court.

Tilly se puso seria. Indicó con la mirada la cama grande, donde las niñas se estaban removiendo y alzó una ceja a modo de pregunta silenciosa.

-Se lo explicaré -murmuró Guinevere.

-¿Dónde está Pamplinas? -preguntó Pippa, hablando ya nada más despertarse. Se incorporó y se frotó los ojos-. He soñado que había vuelto a perderse.

-Ha salido con Nuez Moscada -la tranquilizó su madre.

-¡Oh! Tenemos que encontrarlos. -Pen salió de la cama-. Todavía no conocen esto.

-Entonces vístete deprisa. -Guinevere se dirigió al ropero y le hizo un gesto a Tilly para que la siguiera. Habló en voz baja para que las niñas no la oyeran-: Me parece que me pondré el traje y la capucha negros. Creo que lo mejor será que tenga aspecto de viuda recatada. La cinta plateada en la capucha y nada de adornos en el pecho, sólo la poma en el cinturón. No quiero exhibir mi riqueza.

-Muy bien, querida, es una buena idea. -Sacó el vestido negro de seda, que no tenía adornos aunque era de muy buena calidad, sin bordados ni incrustaciones de pedrería-. Iré a por agua caliente.

Tilly salió a toda prisa. Guinevere se volvió hacia las niñas y, al ver sus esfuerzos por vestirse solas, fue a ayudarlas. Arregló el lío que había armado Pippa con las cintas y le puso bien el cuello a Pen.

-Pequeñas, hoy tengo trabajo -dijo, como sin darle importancia.

-¿Qué clase de trabajo? -preguntó Pippa, que giró la cabeza para mirar a su madre por encima del hombro.

-Tengo que hablar de las tierras con lord Hugh y otros hombres -contestó-. Muy bien. Ya está.

Se agachó, le dio un beso a cada una y se dirigió al vestidor, donde Tilly estaba dejando una jarra de agua caliente. Humedeció un trapo y se lo pasó por el rostro y por la garganta y el cuello, recordando dolorosamente las caricias de Hugh y el modo en que le había recorrido el cuerpo con la lengua.

La destreza en el arte de amar, la ternura y la necesidad de complacerla eran características del hombre al que tanto quería su hijo y en quien tanto confiaban las hijas

de Guinevere; pero ella sabía que el hombre al que debía enfrentarse ese día y los siguientes era muy diferente: un hombre con un gran sentido del deber; un hombre cuyo objetivo personal era acabar con ella; un hombre que se proponía hundirla; un hombre que, Guinevere estaba convencida, jamás incumplía un objetivo ni eludía un deber.

-¿Adónde vas? -preguntó Pen.

-A Hampton Court. Os lo contaré todo cuando regrese.

Las niñas la miraron asombradas y tan intrigadas que olvidaron la urgente necesidad de salir a buscar a los gatitos. Por el contrario, acribillaron a su madre con preguntas a las que se vio obligada a contestar mientras se ponía su atuendo negro de viuda y se comía un trozo del pan que Tilly le había llevado, mojándolo en una taza de leche caliente. No sabía cuándo volvería a comer.

En la habitación no había ningún espejo. Cosas como ésa eran los lujos de los que Hugh de Beaucaire prescindía. Sólo disponía, pues, de su espejito de viaje para comprobar su aspecto. El rostro se veía muy pálido bajo el tocado de lino blanco y la capucha negra. El encaje plisado de la camisa le llegaba pudorosamente hasta el cuello. En otras circunstancias, se hubiera puesto una joya en la garganta, pero no ese día. El escote cuadrado del vestido quedaba severo al no llevar ningún adorno. Sonrió con cinismo al pensar que más bien tenía aspecto de monja que de bruja. Pero todavía estaba por ver si sería capaz de convencerlos.

-Mi gabán grueso, Tilly. A estas horas hará frío en el río. -Abrió un cajón del armario y sacó un pergamino enrollado.

Tilly le dio un gabán de lana y con capucha. Se lo echó encima de los hombros, metió el pergamino en el bolsillo del abrigo y se quedó quieta un momento, preparándose para la dura prueba. Luego, se agachó y se despidió de las niñas con un beso.

-No volveré hasta tarde, queridas. Sed buenas.

-Siempre nos portamos bien, mamá -protestó Pippa.

-Sí, ya lo sé. -Guinevere sonrió. No le apetecía separarse de ellas.

Estaba aterrorizada. Volvería a verlas, por supuesto que sí. Pero tenía un nudo en la garganta mientras iba hacia la puerta.

Tilly la abrazó.

-No tengas miedo, cariño. Todo saldrá bien.

Guinevere le sonrió apenas y abandonó el cuarto resistiéndose a la tentación de volver a abrazar a las niñas una última vez. No debían notar que estaba asustada.

Bajó por la escalera hasta el salón lentamente y con el corazón acelerado. Hugh se encontraba junto a la chimenea, con el gabán puesto y listo para salir.

A Guinevere le dio un vuelco el corazón al interpretar el brillo de aquellos enérgicos ojos azules y ver el esbozo de una suave sonrisa en su boca. Hizo un esfuerzo por utilizar un tono formal:

-Buenos días, señor.

Hugh se acercó, sonriente y con las manos extendidas en señal de bienvenida. No estaba dispuesto a permitirle a Guinevere que volviera a distanciarse de él. Ya lo había hecho la noche anterior, después de su encuentro amoroso, pero estaba decidido a no ceder. No tenía ningún sentido que ella se negara a aceptar lo que había entre los dos, lo que significaban el uno para el otro.

Le tomó las manos, se inclinó y la besó en la boca. Ella volvió la cabeza murmurando una protesta.

-No me dé la espalda, Guinevere. ¿Qué bien nos hace?

-No puedo -se negó ella, en un tono grave y suplicante-. Hugh, no puedo. Está usted dispuesto a destruirme. Se ganará la tierra que reclama cuando acabe conmigo. ¿Lo niega?

Hugh le soltó las manos.

-No, no lo niego. Pero niego que esté dispuesto a destruirla a usted. -Le brillaban mucho los ojos-. No estoy dispuesto. ¿Cómo puede pensar eso cuando sabe lo que significamos el uno para el otro? Hay hechos, y habrá personas que le preguntarán por ellos. No está en mis manos. No puedo influir en nada. A pesar de mis propios sentimientos, me ordenaron que la trajera a Londres para investigar el caso. Y cumpliré con mi trabajo.

-Un trabajo frío y duro -precisó Guinevere en un tono glacial-. Y en el que no cabe la lástima. Usted es mi carcelero, y es perverso que un carcelero le haga el amor a su prisionera para consolarla.

-¿Esto es lo que piensa de mí? ¿Así es como definiría lo que pasó entre nosotros anoche, es una perversión?

Guinevere se encogió de hombros.

-Dadas las circunstancias, no se me ocurre un término más apropiado, señor.

Hugh luchó contra su enfado y su decepción. Estaba seguro de que Guinevere, en realidad, no consideraba de aquel modo su amor, pero estaba obstinada y Hugh no sabía cómo enternecerla.

-Si pudiera cambiar las cosas, Guinevere, debe creerme, las cambiaría -se excusó-. Pero no puedo, de modo que marchémonos. -Sacudió la cabeza, como si quisiera despejarse de su confusión-. Iremos hasta Blackfriars. -Salió de la casa delante de ella.

Guinevere se arropó con el gabán. Tenía frío, pero no por el aire fresco de la mañana, sino que procedía de su interior. Era en parte miedo y en parte tristeza por el daño que le causaba a Hugh, pero no veía otra forma de preservar su integridad. Debía luchar por ella y por sus hijas, y no sería posible si confraternizaba con el enemigo, aunque éste se presentara con un disfraz de amigo o de amante.

Caminaron en silencio por las calles de Holborn. El mundo estaba en marcha y, a pesar de que todavía era muy pronto, había mensajeros que recorrían las calles a toda prisa, vendedores ambulantes que daban voces y mujeres que gritaban «¡agua va!» cuando arrojaban al arroyo los excrementos nocturnos desde la ventana.

Pasó un hombre vestido con una librea escarlata y montado a caballo. Las pezuñas levantaban barro y polvo y Guinevere se hizo a un lado justo a tiempo para evitar ser pisoteada.

-¿Es que no me ha visto? -se enfureció.

-Un hombre que trabaja para el consejero real no se detiene para dejar pasar a los peatones -le explicó Hugh-. ¿Se encuentra bien?

-Sí, gracias. -Guinevere se limpió el gabán, que se había manchado de barro y polvo. Recordó la comitiva de la tarde anterior, cuando todo el mundo se detuvo para dejar pasar al consejero real y sus acompañantes-. Es como si el consejero real estuviera presente en todas partes.

-Visible e invisible -coincidió Hugh. Guinevere sintió un escalofrío.

Por un resquicio entre la hilera de casas que tenían enfrente se coló un destello débil y metálico. A medida que se aproximaban, iba surgiendo ante ellos la ancha y grisácea cuenca del Támesis, y el río parecía más bullicioso que las calles que acababan de abandonar.

En la base de los escalones que descendían hasta el agua en Blackfriars, se agolpaban esquifes y botes de remos, con sus barqueros acosando a los posibles clientes. Amarrada a los escalones se encontraba una falúa grande con un dosel

magníficamente adornado y luciendo el pendón real, y un grupo de músicos subía a bordo con laúdes y liras.

-Estos músicos van al palacio para tocar en la fiesta que el rey celebra esta noche -le informó Hugh a Guinevere, y echó un vistazo para buscar a Jack Stedman y la barcaza que le había encargado-. ¡Ah! Ahí está. -Señaló una barcaza amarrada un poco lejos, pues no resultaba fácil conseguir un sitio donde atracar junto a los escalones. Hugh llamó a un mozo-: Chaval, avisa a esa barca. Tres silbidos largos y tres cortos.

El chico silbó lo indicado con un pito que llevaba colgado del cuello. El pendón de Hugh con el halcón ondeó inmediatamente en la popa de la barcaza y los remeros empezaron a acercarse a la escalera. Hugh le dio una moneda al mozo y ayudó a Guinevere a bajar por los escalones.

Ella se dio cuenta entonces de la cantidad de silbidos y toques de trompeta que sonaban a su alrededor al llamar los criados a las embarcaciones de sus señores. Cada uno tocaba una sucesión diferente de notas. A Guinevere le pareció extraordinario que alguien fuera capaz de distinguir su señal en aquel barullo, pero el sistema parecía funcionar.

La barcaza atracó y Hugh subió de un salto. Le extendió una mano a Guinevere, que ella aceptó para subir a bordo, pero Hugh no la soltó de inmediato, sino que entrelazó sus dedos con los de ella y Guinevere notó la fuerza, la calidez de la palma de la mano a través de los guantes. Fue ella la que se soltó, y se dirigió a popa, donde una lámpara de aceite ardía a la tenue luz matutina, enviando al agua grisácea un círculo de luz débil.

-Buenos días, señora.

-Buenos días, Jack. -Guinevere lo saludó con una inclinación de cabeza-. Es una barca muy bonita. Veo que también dispone de refugio.

Jack se mostró complacido por el cumplido.

-Por si lo necesitamos, señora. El viento es muy frío y será peor cuando empecemos a movernos. Y a la vuelta tal vez necesitemos encender el brasero. -Señaló con orgullo el refugio improvisado que formaba un toldo por encima de un banco largo. En la esquina había un brasero de carbón.

¡A la vuelta! ¿Acaso regresaría? Se volvió hacia Hugh y se esforzó por simular que no daba importancia a la pregunta

-¿Cuánto durará el viaje?

-Cinco horas si el viento y la marea nos ayudan. Si no, más.

-Si se dio cuenta de lo nerviosa que estaba Guinevere no lo demostró.

La barcaza ya se encontraba en plena corriente. A pesar de su desdicha, Guinevere se distrajo observando el paisaje. En poco tiempo se encontraron en zona campestre, pasando por delante de suntuosas mansiones con jardines que llegaban hasta el río, donde disponían de escalones y embarcadero propio; en muchos de éstos estaba amarrada una embarcación. A ambos lados se extendían prados verdes, donde pacían plácidamente ovejas y vacas. Dejaron atrás la enorme extensión del bosque de Richmond y sortearon los muchos islotes pequeños que los hombres de río llamaban *eyots* y se encontraban desperdigados en medio del río. Grupos de pollas de agua chapoteaban junto a los juncos y los cisnes flotaban elegantes sobre el agua grisácea y fría. Flanqueando los tramos anchos se veían aldeas pequeñas y niños harapientos pescaban en la orilla.

Hugh se alejó de Guinevere y fue hasta la proa, donde estaban Jack Stedman y sus hombres. No soportaba estar junto a ella y notar su miedo sabiendo que no podía tranquilizarla y que, aunque hubiera podido hacerlo, ella no lo habría aceptado. Él era el enemigo, la causa de su angustia.

Los remeros cantaban a coro al ritmo de las paladas. En la estela de la barcaza se balanceaban algunos barcos pesqueros. A medida que pasaban las horas, Guinevere deseaba con más fuerza que aquel viaje interminable acabara para saber exactamente a qué se enfrentaba.

-Tenemos pan, carne y cerveza. Debería comer algo.

La voz de Hugh la sobresaltó, tan sumida estaba ella en sus pensamientos.

-Gracias, pero no tengo hambre.

-Tiene que comer -insistió él-. Desmayarse de hambre a los pies del rey no la ayudará. Su alteza no tiene mucha paciencia con la debilidad del ser humano, particularmente si es una mujer. Lo pone nervioso. Estoy seguro de que no es eso lo que usted pretende.

-No tengo la costumbre de desmayarme -replicó Guinevere en tono cáustico.

-Estas circunstancias no son las habituales. -La acompañó hasta debajo del toldo y abrió una cesta. Sacó unas tajadas gruesas de carne, y las colocó encima de un trozo de pan y se lo entregó a Guinevere. Luego, llenó un cuerno con cerveza y lo puso a su lado en el banco-. Si come un poco se encontrará mejor -añadió.

Se sirvió él mismo un poco de comida y dejó a Guinevere a solas y preguntándose si la dejaba sola por el bien de ella o por su propio provecho.

Una hora después del mediodía, pasaron ante el enorme parque de ciervos de Hampton a orillas del Támesis. En el medio se veían los tejados de dos aguas y los torreones del palacio. Los peldaños que llevaban hasta el agua estaban llenos de ujieres con librea y barqueros, pues los músicos acababan de atracar. La barcaza de Hugh esperó en medio del río a que los músicos desembarcaran y se retirara la embarcación para dejarles espacio a ellos.

Guinevere bajó al desembarcadero de Hampton Court. Como había empezado a llover, aunque con la característica llovizna británica que más parecía que las nubes lloriquearan que una lluvia de verdad, se cubrió la cabeza con la capucha.

Un arco almenado coronaba el final de la escalera. Hugh, detrás de Guinevere, les dio instrucciones a Jack Stedman y a los barqueros; luego, se puso junto a ella y la agarró por el codo.

Subieron juntos la escalera. Desde el arco, un camino de ladrillos rojos se abría paso hacia el palacio entre hornacinas, con estatuas en peanas, y setos muy cuidados que cercaban zonas ajardinadas y pérgolas enramadas. Por entre los setos, Guinevere vislumbraba jardines de flores, lagos ornamentales, salpicados por la lluvia, y huertos cuyos árboles se doblaban por la fruta de septiembre. El camino se ensanchaba y formaba una gran plaza cuadrada, tres lados de la cual constituían prados donde el venado pastaba debajo de enormes robles empapados por la lluvia. En el cuarto lado se erguía la impresionante torre que daba entrada al palacio.

-¿Adónde vamos? -susurró Guinevere, perpleja ante el multitudinario y bullicioso espectáculo que tenía ante sí.

Jinetes y carruajes atestaban la plaza. Sirvientes con librea corrían de un lado para otro. Unos ujieres vestidos con mucha elegancia se desplazaban majestuosamente detrás de los nobles a los que debían escoltar y de los que debían cuidar. Nadie parecía verse afectado por la lluvia.

-Vamos a la antesala del consejero real -respondió Hugh-. Estará lleno de peticionarios, pero agárrese a mi brazo y le iré abriendo camino.

Hugh avanzó con decisión entre la multitud y pasaron por debajo de la enorme entrada arqueada. A la izquierda había una escalera y de frente estaba el patio base. Guinevere echó un vistazo a su alrededor, fascinada.

Con una inclinación de cabeza, Hugh indicó la escalera. Una serie de escalones poco altos se perdían en los dominios del piso superior, iluminados por antorchas.

-Es la escalera del rey -murmuró Hugh-. Lleva a los aposentos privados y a la sala de audiencia.

En las cuatro esquinas del patio sonaban trompetas. Guinevere no era capaz de distinguir unas de otras, pero todas ellas parecían tener un propósito. Hombres, pajes y ujieres se movían según los mensajes que daban las trompetas. Daba la impresión de que en todo aquel jaleo nadie se confundía.

En el extremo opuesto del patio había otro arco de acceso y hacia allí se dirigió Hugh, con Guinevere fuertemente agarrada a su brazo, caminando con el paso seguro de quien sabe perfectamente adónde va y, por lo tanto, no llama la atención de nadie. El patio al que accedieron era mucho más tranquilo.

Lo cruzaron, con la lluvia arreciando, y Guinevere, a pesar de sus temores, se quedó sorprendida por el esplendor del edificio que se erigía vertical y con contrafuertes en el lado norte del patio. Se detuvo en el centro, sin hacer caso del tirón que le dio Hugh en el brazo, y miró a su alrededor. Un reloj exquisitamente decorado con motivos astrónomicos adornaba la parte alta del edificio de entrada que habían dejado a su espalda.

-¡Qué bonito! -murmuró Guinevere admirada.

-Sí -asintió Hugh en tono seco-. Se dice que Hampton es el palacio preferido del rey. Vamos, debemos darnos prisa. -Tiró de ella a través del patio en dirección al arco que había en el otro extremo.

Una vez allí, doblaron por un largo pasillo. Estaba abarrotado de hombres y mujeres apretándose unos a otros contra las paredes, con aspecto de llevar allí tanto tiempo que habían echado raíces.

Cuando un hombre cuyo uniforme parecía otorgarle importancia pasó entre ellos, los peticionarios profirieron lamentos y le agarraban de la manga mientras se abría camino.

-¿Qué quieren? -Guinevere estaba fascinada por aquel espectáculo a la vez que le repugnaba.

-Ésta es la antesala del canciller. Le hacen peticiones para que haga justicia en los tribunales, o para que ponga paz en una disputa, o para que les conceda un favor... -contestó Hugh.

-Me asombra que no recurriera usted al canciller -murmuró Guinevere acordándose del pergamino que llevaba en el bolsillo del gabán, el documento que negaría la reclamación judicial de su tierra. Si hubieran discutido aquel asunto ante el canciller, tal vez Guinevere no estaría allí en aquel momento, viendo lo que estaba viendo.

Hugh la miró de reojo y replicó:

-Si hubiera creído que servía para algo lo habría hecho. Pero, desde la muerte de Tomás Moro, el cargo de canciller ha vuelto a caer en la corrupción.

-¿Eso no es hablar como un traidor?

-Probablemente.

-Usted me dijo que tuviera cuidado con esas expresiones.

-Y sigo diciéndolo. Yo piso un suelo menos resbaladizo que usted, Guinevere.

Ella no añadió nada más y caminó a su lado, agarrada de su brazo mientras Hugh se abría camino. Doblaron por un pasillo, también lleno de personas a ambos lados, y se dirigieron hacia una doble puerta cerrada que había al fondo. Dos ujieres con uniforme de terciopelo rojo guardaban las puertas.

-Hugh de Beaucaire -se anunció Hugh-. Con lady Guinevere Mallory. En respuesta a una citación del rey y del consejero real.

Por un momento pareció como si el ujier fuera a denegarles la entrada, pues se mantuvo en su pose de desdén altanero. Luego, miró a Hugh a los ojos y se lo pensó mejor.

Hizo una reverencia, dio un golpe ceremonioso en las baldosas con el bastón y abrió las puertas. Entró de espaldas y las puertas volvieron a cerrarse.

Guinevere se sentía mareada. Se agarró con fuerza al brazo de Hugh y procuró controlar las contracciones del estómago. Hugh puso una mano sobre la que ella tenía en su brazo.

El ujier volvió a salir.

-El consejero real estará encantado de recibirles a las tres en punto. Ahora son las dos.

-Pues esperaremos -decidió Hugh-. Llévenos a una estancia privada donde podamos esperar apartados de toda esta gente.

El hombre arrugó la nariz y finalmente indicó una puerta pequeña.

-Si quieren esperar ahí dentro, señor, ya se les avisará.

-Gracias.

Hugh le hizo una cortés inclinación de cabeza a aquel hombre y llevó a Guinevere a una habitación pequeña y tranquila. Los que esperaban en el corredor los miraron con envidia.

Pero no habían pasado más de quince minutos cuando el ujier reapareció por una puerta que había al fondo de la habitación.

-Si son tan amables de seguirme, señor..., señora...

Lo siguieron por un pasillo estrecho e iluminado por candelabros con antorchas a lo largo de los altos muros de piedra. Al llegar a una puerta de roble, el ujier llamó con el bastón y abrió la puerta.

Guinevere entró antes que Hugh, pues él le cedió el paso. El hombre al que viera montado a caballo el día anterior estaba sentado detrás de una enorme mesa de roble junto a la ventana y la examinó con una mirada fría en medio de un rostro severo y redondo.

Se encontraba ante Thomas Cromwell, el consejero real, el hombre más temido del país.

15

Guinevere se esforzó por permanecer tranquila, decidida a no mostrar su temor por aquel hombre.

-Buenos días, lord Cromwell -lo saludó educadamente. Miró al otro ocupante de la habitación, un hombre vestido con las prendas escarlatas de un prelado.

-El obispo Gardiner -le presentó el consejero real, señalando al hombre que estaba junto al alféizar de la ventana-. Está interesado en su caso.

-¿Soy un caso, señor?

-Es una mujer que ha seducido a cuatro esposos mediante la brujería -le concretó el obispo-. De eso la acusan.

-¿Quién me acusa, señor obispo? ¿Hay testigos?

El obispo se ruborizó hasta tal punto que su atuendo conjuntaba con su rostro.

-La brujería no requiere testigos y la Iglesia no quiere saber nada de triquiñuelas legalistas, señora.

Thomas Cromwell le hizo un gesto con la mano al obispo.

-Venga, señor obispo, va demasiado deprisa. Lady Mallory está aquí para contestar unas preguntas. Eso es todo.

Si aquella frase fue pronunciada con la intención de tranquilizar los temores de Guinevere, no funcionó. Guinevere se sentía como una mosca atrapada en la tela de una araña, observando la lenta aproximación de un predador que sabía que podía tomarse su tiempo. Miró involuntariamente a Hugh por encima del hombro, pero éste, que estaba detrás, permaneció con un semblante impasible.

Esa mirada sirvió para que el consejero real prestara atención a Hugh.

-¡Ah, lord Hugh! -dijo con buen humor-. Confío en que haya logrado terminar el viaje sin contratiempos.

-Sin contratiempos, señor -aseguró Hugh con serenidad.

-Bien..., bien... -El consejero real asintió con la cabeza con cierto aire ausente. Volvió a dirigirse a Guinevere-: Entonces, señora, hablemos del testamento de su primer esposo, Roger Needham. ¿Quién se encargó de escribir los contratos de matrimonio?

-Mi tío. -Como tenía por costumbre, Guinevere entrelazó las manos sobre la falda y miró fijamente a su interrogador.

-¡Oh, perdone! ¡Qué descuido! -El consejero real juntó los dedos de sus manos-. Por favor, siéntese, señora. -Indicó con un gesto un asiento que había a un extremo de la mesa.

Guinevere sabía que inmediatamente se encontraría en desventaja en una posición tan baja y enfrente de Cromwell y con los otros dos ocupantes de la habitación de pie.

-Estoy cómoda de pie, señor, aunque se lo agradezco -contestó.

El consejero real se mostró molesto, pero se limitó a seguir:

-¿Cómo ocurrió que Roger Needham le legara las tierras que reclama Hugh de Beaucaire? Parece ser que pertenecieron a la primera esposa de Roger Needham y éste no podía cederlas.

Guinevere sacó el pergamino del bolsillo del gabán y explicó:

-Tengo el contrato prematrimonial entre mi difunto esposo y su primera esposa. En él se especifica que la tierra en disputa formaba parte de la dote. Por lo tanto, Roger Needham tenía derecho a disponer de ella.

Guinevere oyó la respiración agitada de Hugh a su espalda, pero no volvió la cabeza.

-¿Puedo verlo? -Cromwell extendió una mano. Llevaba los dedos adornados con anillos.

Le entregó el documento y él lo desplegó con cuidado, alisando los pliegues con la misma delicadeza con que una mujer utilizaría una plancha.

Lo leyó en silencio. Guinevere estaba pendiente de Hugh a su espalda, de su inmovilidad, tan elocuente como una invectiva. Finalmente, Cromwell alzó la vista.

-¿Conocía usted esta cláusula del contrato prematrimonial, lord Hugh?

-No -contestó Hugh en un tono sin inflexiones-. De haberla conocido no habría reclamado la tierra. Es la primera vez que oigo hablar de ella. Por alguna razón, lady Guinevere decidió no revelarla.

-Dudo que hubiera ganado nada con revelarla antes, señor -argumentó ella, que volvió la cabeza ligeramente para ver el rostro de Hugh. Estaba serio y pálido y la mirada le brillaba por el enfado.

-Lo hubiera preferido, señora. Y más si este documento sirviera de prueba ante un tribunal.

-Así es, señor -aseguró Guinevere, que lo miraba fijamente con sus ojos púrpura. Se volvió de nuevo hacia el consejero real-. Creo que mi derecho es indisputable, lord

Cromwell. Del mismo modo que estoy segura de que usted comprobará que tengo el derecho legal de todas las tierras que actualmente poseo.

-Examinaremos esos títulos luego, lady Guinevere. Ahora me gustaría formularle algunas preguntas acerca de sus esposos y de sus prematuros fallecimientos.

Los ojos de Thomas Cromwell parpadearon en dirección al lujoso tapiz que decoraba la pared de aquella habitación. Hugh siguió la mirada y comprendió lo que significaba.

En un estrecho pasillo detrás del tapíz había una enorme figura vestida de negro y púrpura y mirando a través de dos agujeros al interior de la cámara privada del consejero real, astutamente ocultos en el diseño del tapiz. Otro agujero redondo, también muy bien oculto, le permitía oír todo lo que se decía a la vez que lo veía.

-¡Dios mío! -murmuró Enrique a su acompañante-. Es mucho más guapa que en el retrato. Jamás hubiera creído que fuera posible.

-Guapa y astuta, alteza -susurró lord Dalgliesh, el ayudante personal del rey, un hombre a sueldo del consejero real y no por casualidad, que se encargaba de informarlo con detalle de todas las conversaciones del rey y de lo que hacía cada día.

-Tal vez..., tal vez... -murmuró el rey-. Te aseguro que tiene una cabeza de abogado encima de los hombros. Pero cuesta creer que detrás de un rostro como el suyo se oculte una bruja.

-Es que ahí está la esencia de la brujería, alteza -le insinuó lord Dalgliesh.

Enrique asintió con la cabeza y continuó mirando.

En la habitación, Guinevere seguía contestando con mucha tranquilidad a las preguntas que le formulaban. Procuraba no cometer el error de defenderse antes de que se lo pidieran. El consejero real no la acusaba de nada, aunque el sentido de sus preguntas estaba claro, y expresó incredulidad cuando Guinevere contó que ella misma redactó sus contratos matrimoniales. Sugirió que tal vez no estaba siendo del todo sincera.

Guinevere se limitó a repetir lo que había dicho.

-Pero ¿cómo puede ser? -preguntó el obispo-. No es habitual que una mujer posea tales conocimientos.

-Tengo entendido que lady Mary es una persona instruida -arguyó Guinevere. Notó que Hugh se removía a su espalda y comprendió que acababa de cometer el primer error.

-¡Vaya! ¿Y qué sabe usted de lady Mary, señora? -exclamó una voz atronadora detrás del tapiz, que fue retirado para dejar que la imponente figura del rey Enrique irrumpiera en la habitación-. ¿Qué sabe de la ingratitud de una hija ilegítima?

Guinevere se arrodilló. Le pareció el único saludo posible que podía dedicarle a aquella sorprendente masa de humanidad cargada de oro y joyas. El cabello rizado y rojizo del rey asomaba por debajo del sombrero de terciopelo y los ojos chispeaban en medio del enorme rostro.

Hugh se había quitado el sombrero y tenía el cuerpo inclinado en una profunda reverencia. El consejero real se levantó de la silla y el obispo hizo una reverencia. Guinevere permaneció arrodillada.

-¿Y bien, señora? -prosiguió el rey, sin indicarle a Guinevere que se levantara-. ¿Repetiría usted el nombre del bastardo más desagradecido de toda la criastiandad?

-Perdóneme, alteza -se disculpó Guinevere, aunque no tenía ni idea de lo que había hecho para provocar aquella terrible reacción.

El rey hizo una pausa y luego, en uno de sus sorprendentes cambios de humor, echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

-Tal vez lo haga. Es usted una doncella hermosa. -Le tomó una mano para levantada.

-No soy una doncella, alteza -repuso Guinevere, mientras intentaba controlar el temblor violento de sus piernas provocado por aquella imponente presencia.

-Una mujer de ingenio -declaro-. Por supuesto, si usted fuese doncella no estaría aquí para defenderse de nuestras acusaciones, ¿no es así? -De pronto hubo algo de siniestro en el brillo malicioso de su mirada.

-Todavía no he oído ninguna acusación, alteza -replicó Guinevere. Enrique gruñó.

-Pronto las oirá, señora. Y responderá de ellas ante el consejo de la Cámara Estrellada.

-Como ordene su alteza -acató Guinevere en voz baja.

-Hasta entonces se alojará en casa de lord Hugh. Él será responsable de usted. -Miró a Hugh y lo saludó con la cabeza.

Hugh le había dicho a Guinevere que hablara de su alojamiento con el rey, así que aquél era el momento apropiado para hacerlo. Guinevere alzó la cabeza y dijo:

-Si a su alteza no le importa, preferiría no tener que alojarme en casa de lord Hugh. Estoy segura de que a él le resulta una imposición y yo podría arreglármelas de otro modo. Puedo costearme los gastos.

Inmediatamente supo que había cometido otro error. De nuevo sintió que el ambiente se hacía menos soportable en la habitación y notó que Hugh se removía detrás de ella. El rey la miró como si se hubiera vuelto loca.

-¡Costearse los gastos! -exclamó-. ¿Qué clase de mujer es ésta? ¡Dios mío! Rechaza nuestra amabilidad. Señora, por Dios, es usted muy testaruda, una jovencita desaforada. ¿Osa cuestionar mi decreto? ¿Osa considerar que sus planes son mejores que los míos?

Guinevere intentó rectificar el error cometido, aunque ya era demasiado tarde.

-No quería ofenderle, alteza.

Pero Enrique se mostró muy indignado.

-¿De modo que preferiría no tener que hospedarse en casa de lord Hugh? Entonces, señora, tendrá que alojarse en la Torre.

Guinevere volvió a oír la respiración agitada de Hugh a su espalda. Buscaba desesperadamente las palabras que pudieran alterar el decreto del rey, que le suavizaran la expresión, esos ojos que la miraban con furia. Pero, antes de que ella pudiera decir nada, el rey ya se estaba marchando por la puerta oculta por la que había aparecido. Guinevere miró al consejero real y no vio compasión en aquellos ojos fríos, en el gesto severo de su boca.

-Muy bien, señora. Usted lo ha querido -dijo el consejero real-. Parece, lord Hugh, que su invitada es una desagradecida, además de reservada -añadió con malicia-. ¿Usted qué dice, Hugh?

-La Torre no es un buen lugar para que se hospede una dama -respondió Hugh-. Todavía no está acusada de nada.

-Me asombra que la defienda -comentó Cromwell-. Lady Guinevere le insulta, destruye su reclamación, se burla de usted y todavía la defiende. -Se encogió de hombros de forma exagerada y miró al obispo-. Una caridad como ésta, señor obispo, es digna de elogio.

-Supongo que no querrá cuestionar usted también el decreto del rey, lord Hugh -le instó el obispo Gardiner.

-No -contestó Hugh, encogiéndose ligeramente de hombros.

-Entonces acompañe a la señora hasta el cuerpo de guardia. -Se acercó una hoja de pergamino y tomó una pluma-. Allí la escoltará alguien hasta su nuevo alojamiento. Le

notificaremos la fecha del juicio cuando hayamos consultado con los demás miembros del consejo real. -Miró fríamente a Guinevere mientras espolvoreaba la hoja en la que había estado escribiendo-. Hasta que volvamos a vernos, señora.

Estampó su gran sello en el pergamino y se lo entregó a Hugh, que le echó un vistazo con una expresión sombría en el rostro, lo enrolló y se lo guardó en un bolsillo interior del traje.

Guinevere, todavía paralizada por la impresión, se volvió hacia la puerta cuando Hugh la tomó del brazo. Se dejó llevar hasta salir de la habitación.

-¿Por qué lo ha hecho? -le preguntó Hugh casi antes de que estuviesen fuera-. ¿Por qué ha enojado al rey? Es tan despiadado como variable. ¿No sabe que lady Mary no es bien recibida? Se niega a ceder a la exigencia de su padre de que admita su ilegitimidad. Y mencionar su nombre se considera prácticamente una traición.

-No lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? -replicó ella en un tono amargo-. No estoy familiarizada con las intrigas de esta corte miserable.

-Pensaba que una persona tan artera como usted no tendría problemas para adaptarse -le reprochó Hugh-. ¿Por qué no me habló de ese documento?

-No sé para qué.

-No, ha preferido guardarlo y mostrarlo cuando yo estuviera con la guardia baja y en desventaja.

-Decidí mostrarlo cuando me fuera más beneficioso.

Hugh sacudió la cabeza.

-Ahora eso no tiene importancia, puesto que ha logrado enojar al rey... ¡Por el amor de Dios, Guinevere! Le dije muchas semanas atrás que moderara sus palabras.

-Le he hecho una simple petición -se revolvió, molesta por aquel ataque-. Usted mismo me indicó que mencionara la cuestión del alojamiento ante el rey o el consejero real. He seguido su consejo.

-No lo dije en serio. Jamás esperé que se tomara mis palabras al pie de la letra. Nunca le hubiera sugerido en serio que hiciera algo tan absurdo, y tan peligroso, como contradecir al rey.- Caminó en silencio durante unos segundos y le preguntó, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su enfado y sus sentimientos heridos-: ¿Por qué quiere hospedarse en otro lugar? Comprendo que mi casa no es tan cómoda ni lujosa como la suya, pero es mucho mejor que la Torre.

-No pongo en entredicho su hospitalidad, señor -contestó Guinevere en voz baja-. Pero ya sabe por qué no puedo alojarme en su casa. Si quiero sobrevivir por mis hijas, debo luchar contra usted, no amarle, lord Hugh.

-No tiene necesidad de luchar conmigo. Yo no busco su ruina, Guinevere.

Guinevere se encogió de hombros.

-Si usted lo dice... Pero yo le veo como a un enemigo y no puedo convivir con mi enemigo. Por lo tanto, me alojaré en la Torre hasta que todo esto se resuelva.

Hugh, aunque con un esfuerzo, logró controlarse. Tanta obstinación no tenía arreglo. Ofenderla no serviría de nada. Caminó a su lado en silencio, guiándola al exterior del palacio y hasta el largo, bajo y gris edificio donde se encontraba la guardia real.

-Deben acompañar a esta dama hasta la Torre -le indicó al capitán. Sacó el pergamino enrollado y se lo entregó-. Aquí están las órdenes del consejero real.

El capitán las leyó atentamente y luego miró a la figura inmóvil y vestida de negro que permanecía detrás de lord Hugh. Se preguntó qué habría hecho una mujer tan guapa para enojar al rey y al consejero real. Sin duda alguna, pertenecía a la nobleza. Únicamente los nobles eran alojados en la Torre. Pero el nombre de Mallory no le sonaba familiar.

Pensó que, evidentemente, aquella mujer no podía ser culpable de nada. Debía de tratarse de uno de los planes del consejero real eso de persuadir al rey para que la quitara del medio. En cualquier caso, no era asunto suyo.

Hugh se volvió hacia Guinevere y le dijo en voz baja:

-Debo dejarla aquí. Haré todo lo que pueda para defenderla. El rey es una persona muy voluble y cuando deje de estar enfadado con usted podré persuadirle para que se muestre bondadoso si le pillo de buen humor.

Guinevere negó con un movimiento de cabeza.

-Es mejor así. Si estoy sola no tendré nada que pueda distraerme y me dedicaré a mi defensa. Pero quiero pedirle un favor. -Se le quebró la voz y, por primera vez, asomaron lágrimas a sus ojos. Parpadeó para evitar que le cayeran.

-Quiere pedirme que cuide de sus hijas -terminó Hugh por ella-. No es necesario que me lo pida, Guinevere. Acabe como acabe todo esto, no debe temer por sus hijas. Me aseguraré de que estén a mi cuidado.

-Es una buena persona -le agradeció ella en voz baja-. ¿Les dirá algo que no las alarme demasiado?

-Sabe que lo haré. -Le tomó una mano y, durante unos segundos, Guinevere la dejó entre las de él.

-¿Cree que me dejarán tener mis libros?

-Las órdenes del consejero real no dicen lo contrario. Por la mañana le haré llegar sus libros y otras cosas que pueda necesitar.

Guinevere apartó su mano.

-Se lo agradezco, Hugh. Esto y que cuide de mis hijas. Sé que con usted estarán bien.

-¡Me confía a sus hijas, pero no se fía de mí! -se quejó él.

-No puedo -rechazó con firmeza.

Hugh la miró en silencio un momento y, luego, tras sacudir la cabeza, dio media vuelta y se marchó. El capitán observó a su prisionera con interés. No había oído más de una o dos palabras del intercambio de murmullos, pero la intensidad era obvia. En los ojos de la mujer brillaban las lágrimas, aunque eso era de esperar en cualquiera que se enfrentase al terror de estar encarcelado en la Torre.

-Vamos, señora -dijo-. La barca nos espera.

Guinevere asintió con la cabeza y se arropó en el gabán. Un grupo de soldados la rodeó y la escoltó camino abajo hasta el embarcadero bajo la lluvia, ahora más intensa. Las gotas de lluvia salpicaban el río, el cielo gris parecía más bajo y costaba recordar los largos y calurosos días veraniegos en Derbyshire, con los dulces valles y los montes acariciados por los rayos del sol. Aquí todo estaba oscuro, sucio y húmedo.

Subió a la barcaza, agradecida por el toldo que, al menos, la refugiaría un poco de la lluvia. Se sentó en el banco bajo el toldo y la lluvia le goteaba del gabán. Se estremeció de frío mientras los remeros llevaban la barca al medio del río.

Hugh estaría ya de camino a su casa para calentarse junto al fuego y cenar mientras charlaba con los niños. Ella se dirigía a la cárcel. Pero se dijo una vez más que así evitaría la tentación de la cama de Hugh. Se dijo una vez más que eso era lo que ella deseaba.

Sólo que resultaba difícil mantener su decisión mientras, tras largas horas de oscuridad y de lluvia, la barca se aproximaba al gran edificio gris de la Torre. En vez de acercarse al embarcadero de la Puerta del León, la barca siguió algunos metros más, hasta una sólida puerta que, al nivel del agua y en forma de rastrillo, conducía al interior de la Torre a través de un estrecho túnel. La reja estaba abierta y la barcaza avanzó por debajo del embarcadero y salió a un pequeño estanque. Unas grandes compuertas se

abrieron al otro lado del estanque y la barca atracó en un muelle lóbrego. El moho verde cubría los escalones y el piso del desembarcadero y colgaba de las paredes de la enorme fortificación que se erigía encima del muelle. Cuatro alabarderos de la guardia civil esperaban en el embarcadero para recibir a la prisionera.

¡La Puerta de los Traidores!, comprendió Guinevere. Había entrado en la Torre por la puerta por la que se decía que jamás salía ningún prisionero. La reputación de la Puerta de los Traidores había llegado incluso a oídos de los habitantes de la lejana Derbyshire. Guinevere estaba muy asustada. Jamás volvería a ver a sus hijas.

Tenía las manos heladas, a pesar de que llevaba guantes, cuando bajó de la barca y pisó el embarcadero resbaladizo por el moho. El capitán de la guardia real le entregó el pergamino enrollado del consejero real a uno de los alabarderos, saludó con formalidad a Guinevere y regresó a la barca.

-Por aquí, señora.

Los alabarderos la escoltaron por un estrecho tramo de escalones de piedra que se adentraban en el enorme muro de la fortificación hasta salir a una muralla.

En lo alto se oía el graznido de los cuervos. Continuaron por otro tramo de escalones de piedra que daban a un patio interior cubierto de hierba. Los altos muros de la Torre se elevaban en los cuatro costados y, en determinados puntos, había unos torreones redondos a los que se accedía mediante escalones de piedra amurallados.

Llevaron a Guinevere al otro extremo del patio, a un edificio bajo con aspecto de vivienda. Los cuervos brincaban por la hierba con su graznido melancólico bajo la lluvia. Un alabardero llamó a la puerta y ésta se abrió inmediatamente.

-Prisionera lady Mallory para el lugarteniente de la Torre -anunció el guardia.

-¿Quién es? No me dijeron que llegaría alguien esta noche. -Un hombre fornido, con un pañuelo atado alrededor del cuello, salió de una puerta que había a la derecha de la sala. Su elegante atuendo indicaba que se trataba de una persona importante. Tomó el pergamino y lo leyó deprisa. Luego, sometió a Guinevere a un escrutinio-. De modo que, lady Mallory, va a ser mi invitada por un tiempo... -añadió con una educada reverencia-. Haremos todo lo posible para que se encuentre cómoda.

-¿Quién es, Oliver? -Una mujer regordeta apareció en la sala-. ¡Oh, pobre señora! ¡Está helada! -exclamó mientras se aproximaba a Guinevere-. Acérquese a la chimenea. Cenará con nosotros mientras el lugarteniente le prepara la habitación.

¡Habitación! Seguramente había querido decir celda. Guinevere estaba completamente asombrada. Tenía la sensación de que le estaban dando la bienvenida en una taberna llena de hospitalidad y no que acababa de llegar a la cárcel de la Torre.

No sabía que, puesto que todos los prisioneros que llegaban allí eran nobles, el lugarteniente y su esposa los trataban de igual a igual, con toda la cortesía y deferencia que se merecían. A menos, por supuesto, que les dieran instrucciones en sentido contrario.

-Admito que me alegraría de poder acercarme un poco a la chimenea, señora -le agradeció dejándose llevar hasta un salón con chimenea.

-Debe quitarse ese gabán empapado. Hace una noche horrible. Me temo que el invierno está al caer. -La esposa del lugarteniente parloteó sin parar mientras la ayudaba a quitarse el gabán y la acompañaba hasta el fuego-. Veo que no trae nada. No tiene ropa seca. -A pesar del tono de voz agradable, su mirada era perspicaz. Sin duda, el encarcelamiento de aquella mujer era inesperado. A menudo, el consejero real llevaba al rey por los caminos que él quería.

-Me la traerán -señaló Guinevere-. Por la mañana. -Se inclinó hacia el fuego y se calentó las manos entumecidas.

-Voy a ver si encuentro algo para usted... Sólo hasta que lleguen sus cosas -dijo la mujer-. Cenará algo, ¿no?

-Si no es mucha molestia. Es usted muy amable.

-No tiene importancia -rechazó la mujer en tono animado e hizo sonar vigorosamente una campana de cobre.

De inmediato apareció un miembro del servicio.

-Lisa, trae un poco de cena para nuestra invitada. Un cuenco con caldo, un trozo de pastel de carne y un poco de queso.

La criada hizo una reverencia y se retiró. La esposa del lugarteniente se excusó un segundo y Guinevere se quedó sola junto al fuego. Con aquella extraña y cálida bienvenida se sentía menos asustada, pero estaba convencida de que las cosas no podían seguir de aquel modo.

Al otro lado de la puerta del salón, la mujer hablaba vehementemente con su esposo:

-La pobre está helada, Oliver. Deberías encender la chimenea en su habitación, al menos por esta noche. No tiene ropa ni objetos personales. Debe de haber sido algo muy repentino...

-El consejero real a menudo se precipita -concedió el lugarteniente-. Pero por lo que pone en la orden parece que lady Mallory está aquí por mandato real.

La esposa sintió un escalofrío.

-Otra pobre mujer encarcelada por mandato real -murmuró-. Me pregunto cómo habrá ofendido ésta a su alteza. ¿Tal vez se negó a compartir su cama?

-Cierra el pico -le indicó su esposo en voz baja, echando un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie les había oído.

-Bueno, esperemos que no la aguarde el mismo destino que a la otra que metió aquí. La pobre reina Ana.

-Era una adúltera. Traicionó la cama del rey -le recordó su esposo.

-Eso es lo que dijeron.

-Nosotros no podemos ponerlo en duda -replicó su esposo con firmeza-. Alojaré a esta mujer en la Torre Blanca. La habitación allí es bastante cómoda y encenderé la chimenea. No hay órdenes de que debamos hacer lo contrario.

-Está bien. Primero cenará aquí. -Se despidió con una inclinación de cabeza y regresó al salón, donde Guinevere esperaba.

La criada llevó la cena y Guinevere se sorprendió al comprobar que podía comer. El caldo le hizo entrar en calor, el pastel de carne y el queso la avivaron, y la copa de vino la animó un poco. Intentó no preguntarse cómo Hugh les estaría explicando a las niñas su ausencia. Si pensaba en ello empezaría a llorar y eso no haría más que empeorar las cosas.

La mujer la observó mientras comía.

-¿Acaba de llegar a Londres, señora?

-Ayer mismo -contestó Guinevere, mientras dejaba la cuchara en el interior del cuenco vacío.

La mujer esperó, claramente en busca de una explicación, pero Guinevere no se la ofreció. Terminó el vino y se mostró sincera:

-Es usted muy amable. Lo necesitaba.

-Sí, ya lo he visto -convino la mujer.

Su esposo entró en la sala y la mujer se volvió.

-Si ha terminado de cenar, señora, la acompañaré hasta su habitación -dijo él.

-Sí. Su esposa ha sido muy amable -asintió Guinevere mientras se levantaba. Tomó su gabán, todavía mojado.

-Le traeré algo para dormir hasta que le traigan sus cosas -comentó la mujer, que salió a toda prisa del salón y regresó al cabo de unos minutos con una bata de lana y forrada de piel. Se la entregó a Guinevere-. Con esto estará más calentita.

-Gracias. -Guinevere se colgó la prenda del brazo.

-Si está lista... -El lugarteniente sedirigió hacia la puerta. Guinevere lo siguió. El corazón le latía muy deprisa después de que aquel extraño intervalo hubiera terminado.

Atravesaron el patio, subieron un tramo de escalones de piedra y cruzaron una puerta que había en una de las torres redondas. Su acompañante llevaba una llave, una gran llave de hierro. La giró en la cerradura y la puerta se abrió con un chirrido.

-Si quiere pasar, lady Mallory -le ofreció cortésmente, haciéndose a un lado.

Guinevere pasó junto a él y entró en su celda.

-Buenas noches, señora.

La puerta se cerró y Guinevere oyó que el hombre echaba la llave. Permaneció de pie en el centro de aquel cuartito circular hasta que el corazón dejó de latirle con tanta fuerza. A pesar del fuego en la pequeña chimenea, era un lugar frío y húmedo. Guinevere tocó los gruesos muros de piedra. Estaban helados. El suelo era de la misma piedra que las paredes. En una de éstas había un ventanuco por encima de su cabeza. Era la única posibilidad de que entrara luz del exterior.

Una vela de sebo ardía en un candelabro encima de la puerta. Eso y el fuego proporcionaban la única iluminación del cuarto. Un catre estrecho con un colchón de paja, una almohada y una manta delgada, además de un taburete bajo, un cubo de madera sin tapadera y una jarra de agua fría en el suelo, junto al fuego, era todo lo que contenía la habitación.

Guinevere se aproximó al fuego. Había una cesta con carbón, de modo que mientras estuviera despierta podía mantener el fuego vivo. Sintió un escalofrío, cubierta como estaba con el gabán mojado, y con un movimiento brusco se lo quitó y se envolvió en la bata que le había prestado la mujer.

Desde algún lugar más allá de los muros de piedra de la celda se oyó el rugido frustrado de un león de la colección de animales salvajes del rey. Aquella pobre bestia también era una prisionera, pensó Guinevere. Tal vez incluso más, porque el león no tenía ni idea de por qué razón estaba encarcelado allí.

Tiró del colchón para bajarlo del bajo catre y lo colocó junto al fuego. Luego, se tumbó y se tapó con la manta. El frío y la humedad eran sus dos peores enemigos. No permitiría que la mataran unas fiebres. Si el rey y el consejero real la querían muerta, tendrían que luchar por ello.

16

-¿Pero dónde está nuestra madre, lord Hugh? -Pen lo miraba fijamente con sus ojos color avellana-. Dijo que regresaría ayer por la noche.

-Sí, y no ha venido -la secundó Pippa-. ¿Dónde está? Queremos verla. -Le temblaba la voz.

Hugh levantó a Pippa y la sostuvo en un brazo.

-El rey quería hablar un poco más con ella. Me pidió que os lo explicara y que os dijera que os quiere mucho y que volverá pronto.

-Si hubiera pensado que eso podía ocurrir nos lo habría dicho -objetó Pen-. Jamás se hubiera marchado sin decírnoslo.

-No, pero no se lo esperaba -explicó Hugh con paciencia-. No podía saber que las cosas irían de este modo. Quiere que os quedéis aquí con Tilly, el tutor, Crowder y Greene hasta que pueda reunirse de nuevo con vosotras.

-¡Pero yo quiero verla! -gritó Pippa, dándole golpecitos impacientes en el rostro a Hugh-. Queremos verla, ¿verdad Pen?

-Sí -afirmó Pen, rotunda-. ¿Dónde está, señor?

Hugh se preguntó qué sabrían aquellas niñas acerca de la Torre de Londres. Era posible que no hubieran oído hablar nunca de ella, y así la verdad no las alarmaría más de lo que ya lo estaban. Miró por encima de Pen y vio el rostro serio de su hijo. Robin sí sabía todo lo que había que saber sobre aquella horrible cárcel. No podía esperarse que ocultara sus sentimientos ante el inevitable aluvión de preguntas de Pen y Pippa. Seleccionó cuidadosamente sus palabras:

-Vuestra madre se encuentra en una de las casas del rey. Ha sido ella la que ha decidido quedarse allí. Tiene que trabajar mucho con lo de las tierras y esta mañana le enviaré sus libros y otras cosas que va a necesitar.

-Pero si hubiera querido estar en otro lugar nos lo hubiera dicho -aseguró Pen-. Además, ella siempre trabaja con maese Howard. ¿Lo llevará a él también? -Su tono de voz se había vuelto hostil.

-Y, si maese puede ir, también podemos ir nosotras -añadió Pippa-. Seguro que preferirá vernos a nosotras antes que a maese.

-Sí. ¿Por qué no podemos ir? -le reclamó Pen-. Si está allí por voluntad propia, seguro que quiere vernos.

Aquello se estaba complicando más de lo que Hugh se había imaginado. Las hijas de Guinevere no eran unas niñas que admitieran las cosas simplemente porque sí. Era evidente que no habían sido educadas para aceptar incondicionalmente ninguna autoridad, lo cual, conociendo como conocía a su madre, no sorprendía a Hugh en absoluto.

-De momento me temo que no podéis ir -dijo Hugh con firmeza-. Vuestra madre lo sabe y por eso no me ha pedido que vayáis a visitarla.

-¿Pero por qué no? -insistió Pen.

-Supongo que ella os lo explicará en cuanto pueda hacerlo -respondió Hugh mientras dejaba a Pippa en el suelo-. De momento tenéis que aceptar lo que os he dicho. ¿Por qué no le escribís una carta y se la enviaré con sus libros y sus cosas?

-Le preguntaremos por qué no podemos verla -afirmó Pen-. Ven, Pippa, vamos a escribir arriba.

Cuando se marcharon corriendo, Hugh suspiró con fuerza y miró a Robin.

-¿Está arrestada lady Guinevere, señor? -le preguntó su hijo en un tono de voz grave.

Sin que se lo hubieran dicho, Robin sabía que Guinevere no había realizado aquel viaje a Londres por voluntad propia, y sabía mucho más que Pen y Pippa acerca del funcionamiento del mundo del consejero real. Tampoco resultaba difícil adivinar por qué su padre se había mostrado tan evasivo con las chicas.

-Es un modo de decirlo -contestó Hugh. midiendo sus palabras-. Lady Guinevere se verá obligada a defenderse de algunos asuntos ante el consejo real en la Cámara Estrellada dentro de pocos días. Hasta entonces ha decidido no continuar hospedada bajo mi techo. El propio rey le ha designado su actual alojamiento.

Robin lo miró en silencio un momento y preguntó indeciso:

-Si usted dijera que ya no estaba interesado en la tierra, ¿supondría algún cambio?

-No. Se trata de algo mucho más grave que eso. Bueno, la mañana es corta y creo que tienes trabajo, ¿no es cierto?

-Sí, señor.

Robin salió del salón para dedicarse a sus deberes en la pequeña habitación del mayordomo, donde debía hacer el balance de un libro de contabilidad.

Hugh permaneció con el ceño fruncido en el centro del salón. Pensó que, de algún modo, Robin lo hacía responsable de los apuros de Guinevere. Pero si ella se encontraba en la Torre no era sino por culpa de su propia tozudez.

Y, por supuesto, por no comprender el temperamento voluble del rey Enrique, la crueldad que imponía de forma arbitraria. Desde luego, no era de esperar que Guinevere lo comprendiera, teniendo en cuenta que era la primera vez que acudía a la corte.

¿Podía él haberla preparado mejor? Si no se hubiera sentido tan ansioso por llevársela a la cama, tal vez habría podido prepararla mejor para lo que la aguardaba.

¡Por Dios! De una u otra forma se sentía culpable.

-¿Señor? -La suave voz del tutor interrumpió sus pensamientos-. ¿Me ha llamado, lord Hugh?

-Sí, querría que le llevara los libros a lady Guinevere. Irá con usted Tilly que está preparando las cosas de la señora. Jack Stedman les acompañará. Dudo que les permitan estar con ella mucho rato, pero entérese, si le parece, de qué más necesita para su comodidad.

-¿Dónde se encuentra la señora?

-En la Torre.

El tutor se puso muy pálido y sacudió su barbilla puntiaguda.

-La Torre -repitió.

-El rey así lo ha dispuesto -aseguró con sequedad Hugh-. Si la señora se hubiera mordido la lengua, no se encontraría allí.

El tutor se pellizcó la piel de la barbilla, hundió las mejillas y torció la boca. Levantó la vista hacia lord Hugh.

-Se trata de un mal entendido -afirmó-. Es imposible acusar a la señora de asesinato. Y creo que usted lo sabe, lord Hugh.

-No está en mis manos -se excusó Hugh.

Maese Howard sacudió lacabeza. Parecía dudar, pero habló con claridad y valentía.

-Ha estado en sus manos desde el primer momento, lord Hugh. Los que trabajamos para lady Guinevere sabemos quién es ella y qué es. No es ninguna bruja ni una asesina. Usted quería su tierra, una tierra que no le pertenece por ley... Sea honesto y admítalo.

Hugh notó que se ruborizaba. Primero, Robin y, ahora, el tutor.

-Se ha pasado usted de la raya, profesor -lo acusó en un tono frío-. No voy a tolerar una insolencia como ésta de un subordinado de lady Guinevere. Por el cariño que le tiene no lo tomaré en cuenta, pero no vuelva a cometer ese error, ni usted ni ningún otro miembro al servicio de lady Guinevere. -Le dedicó una mirada helada, dio media vuelta y fue hacia la puerta.

El tutor se arrebujó en su traje y pensó en lo que Hugh había dicho. Estando la señora en la cárcel no tenía nada que perder al decir la verdad; ni él ni Greene ni Crowder ni Tilly. Sin ella no eran nada. Y, si, como aseguraba Tilly, entre lady Guinevere y lord Hugh había algo más de lo que parecía a simple vista, menos aún tenían que perder.

Hugh salió a la luz gris de la madrugada mientras luchaba con su ira. Suponía que debía apreciar la lealtad de los miembros del servicio de lady Guinevere. Después de todo, también él esperaba lo mismo de su servicio. Pero de todas formas le dolía. Si se

hubieran mostrado menos fieles, un poco más preocupados por su propio beneficio, no le habrían causado tantos problemas desde que empezó todo aquello.

Había dejado de llover y un tímido sol asomaba entre las nubes. Pero hacía frío. El calor del verano finalmente había desaparecido.

Quedaba una posibilidad, un modo de influenciar al rey en favor de Guinevere.

Ella se enfurecería, lo acusaría de manipulador; pero, dijera lo que dijese, no podía preferir permanecer encarcelada en la Torre a estar en compañía de sus hijas y con las comodidades básicas de la casa de Hugh, y menos después de haber experimentado la realidad de la cárcel. No soportaba imaginarIa en aquel lugar tan inhóspito. Si Guinevere insistía en rechazar su amor, de acuerdo; pero tenía la obligación de aceptar la comodidad y la seguridad de su techo.

Eran poco más de las siete de la mañana. Si iban inmediatamente al río, llegarían a Hampton Court a primera hora de la tarde. Hugh regresó a la casa y subió la escalera con rapidez. Llamó brevemente a la puerta de la habitación de las niñas y entró.

-Tilly, vista a las niñas con la mejor ropa que tengan. Necesito que estén listas en media hora.

Pippa se levantó de un brinco del suelo, donde se encontraba supervisando la carta que escribía su hermana. Pamplinas y Nuez Moscada cayeron de su regazo.

-¿Vamos a ver a mamá?

-No, vamos a ver al rey.

-¿El rey nos llevará hasta mamá? -preguntó Pen, mordisqueando el extremo de la pluma.

Era evidente que no había nada que les interesara de su visita al rey salvo la posibilidad de ver a su madre.

-No lo sé -contestó Hugh-. Pero por pedir no perdemos nada. Ahora vestíos deprisa. No tenemos mucho tiempo.

Salió de la habitación y envió a un miembro del servicio para que preparara una barca en Blackfriars, una pequeña y rápida, si era posible.

Robin recibió imperturbable y en silencio la noticia de que debería quedarse en Holborn. Nunca había visto al rey. No dijo que tenía mucha ilusión por acompañar a su padre y a las chicas hasta Hampton Court, pero no fue necesario, se leía claramente en el brillo de sus ojos y en el gesto resignado de la boca. Hugh no le ofreció consuelo. Ya encontraría más tarde alguna recompensa para su hijo, cuando fuese capaz de concentrarse en algo distinto.

Se cambió de ropa y se puso un traje de gala de terciopelo verde encima de un jubón dorado y, cuando estuvo satisfecho con su aspecto, ya no se sintió enfadado consigo mismo ni con nadie. Tenía un plan que dependía del destino y de la sincronización; si ambos actuaban a su favor..., si el rey estaba donde él esperaba encontrarlo..., entonces todo dependería del temperamento voluble de Enrique. Por eso, Hugh consideraba que el plan podía funcionar.

Fue a por las niñas y se dirigieron a Blackfriars. Las chicas lo acribillaron a preguntas: qué les diría el rey..., qué aspecto tenía..., cuándo les dejaría ver a su madre..., por qué iban en aquella barca..., cuánto tardarían en llegar..., que si el palacio era muy grande..., por qué los barqueros cantaban cuando remaban..., cómo se llamaba aquel lugar de la orilla..., y así sucesivamente.

Hugh contestaba con paciencia. La embarcación era pequeña y ligera y los seis remeras eran unos hombres fuertes. Navegaron por el río con la ayuda de la corriente y acompañados de la incesante charla de Pippa. Pen se había sumido en un silencio que únicamente se rompía de forma ocasional con alguna pregunta o alguna reflexión acerca de sus pensamientos, todos ellos relacionados con su madre. Hugh comprendió que

había llegado el momento de contarles la verdad, al menos a Pen. Pero no era una tarea para la que estuviera preparado, a no ser que fuese definitivo que Guinevere no podía hacerlo ella misma. Si su plan salía bien, tal vez aquella misma noche dormirían todos bajo el mismo techo.

El rey permanecía en posición de firmes en el centro del patio de las caballerizas contemplando el desfile de sus caballos, corceles y sementales que él mismo montaba en las batallas, así como en los torneos que tanto le gustaban y en los que tanto se distinguía. Asentía con la cabeza, de muy buen humor, cuando los magníficos animales corveteaban, levantando muy alto, ensanchando la nariz y mostrando la dentadura. Los mejores eran los que tenían un temperamento salvaje y resultaban difíciles de manejar por cualquiera que no fuese un jinete muy experimentado.

El sol de la tarde era algo más cálido e iluminaba el día. Parecía aliviar el dolor de la pierna ulcerada del rey y le proporcionaba una sensación de bienestar. Puso con fuerza la mano sobre el hombro de la persona que estaba a su lado y caminó hasta la valla blanca que separaba de la tierra la hierba. Observó a las yeguas corriendo con los potros, los más pequeños brincaban levantando los talones.

El rey se rió entre dientes y el caballero de edad avanzada, en cuyo hombro se apoyaba, se permitió esbozar una tímida sonrisa.

-Bueno, lord Rochester, domina usted excelentemente a nuestros caballos -lo felicitó Enrique.

Lord Rochester hizo una reverencia y se mostró complacido.

-Son mi debilidad, alteza.

-Sí, y la nuestra también -convino el rey, animado. Se volvió lentamente, como un enorme barco con poco viento-. Mañana iré a cazar. Cazaremos en Richmond. Vendrá usted con nosotros, lord Rochester.

Lord Rochester hizo otra reverencia.

Enrique asintió con la cabeza a modo de saludo amistoso, y se apartó.

No le gustaba la compañía cuando visitaba a sus caballos. Era un momento en el que podía liberarse de las distracciones y los problemas de su corte. Encontraba cierto placer malvado al pensar que sus cortesanos paseaban desconsolados en las antecámaras y los pasillos del palacio mientras él se encontraba por un breve período de tiempo fuera de su alcance y de sus intrigas.

Salió lentamente cojeando de las caballerizas al ancho camino de grava que atravesaba los jardines que flanqueaban el río. Deseó no haberse dejado el bastón en sus aposentos. Se pensó que la pierna había mejorado mucho y que podría arreglárselas sin apoyo, pero había sido un gesto vanidoso por el que estaba pagando un precio alto.

A cierta distancia por el sendero tres personas se acercaban a él. Enrique frunció el ceño y entrecerró los ojos, mirando por debajo de sus espesas cejas rojizas.

-¿Quién será? -murmuró, molesto porque alguien perturbara su tranquilidad.

Entonces reconoció al hombre y gruñó. Hugh de Beaucaire. Había algo en lord Hugh que el rey consideraba reconfortante, ya que ni era artero ni parecía muy interesado en lucrarse él mismo.

E iba acompañado de dos niñas. Esto, en sí mismo, era lo bastante interesante para despertar el interés del rey. Se consideraba a sí mismo un gran amante de los niños. Cuando le convenía olvidaba que su rabia ante la intransigencia de su hija mayor a menudo provocaba que la tratara mal, la encerrara con llave y la privara de incluso las necesidades más básicas, como el fuego y la comida.

Había un banco de piedra bajo un arco formado en el seto y allí se sentó. Extendió sus piernas rollizas, entrelazó las manos sobre la enorme barriga y, con aire de curiosidad afable y bondadosa, observó al trío que se aproximaba.

Las niñas iban una a cada lado de Hugh. Esperaba que el rey no hubiera abandonado la afición de visitar las caballerizas a solas las tardes que hacía buen tiempo cuando se encontraba en Hampton Court. Había confiado en que podrían abordar a Enrique cuando estuviera a punto de abandonar aquel espectáculo que siempre lo ponía de buen humor.

De momento parecía que todo salía bien. Pippa estaba anormalmente silenciosa mientras se aproximaban a la inmensa figura del rey, quien iba vestido a cuadros carmesíes y negros y llevaba el sombrero ladeado. Una gran esmeralda brillaba en el ala del sombrero y del cuello le colgaba una pequeña daga dorada. Todo en él era enorme, incluido el fadón acolchado de la entrepierna, que era de seda a rayas. En cuanto las niñas lo vieron no pudieron dejar de mirarlo. Pippa abrió la boca para decir algo y Hugh inmediatamente le apretó la manita para avisarla. Conociendo a la niña, no era difícil suponer lo que iba a decir.

Hugh había decidido no darles indicaciones acerca de lo que debían y no debían decir, sino dejar que su propia inocencia y su ingenio natural hablaran por ellas. Ya sólo le quedaba rezar para que su estrategia saliera bien. Se acercaron al rey y Hugh soltó las manos de las niñas para quitarse el sombrero. Hizo una profunda reverencia y las niñas asimismo saludaron inclinándose, aunque en seguida se incorporaron para mirar asombradas al rey.

-Lord Hugh, ¿quién le acompaña? -preguntó el rey con un saludo amable-. ¿Quiénes son estas niñas tan guapas?

-Me llamo Pippa, señor.

-Philippa -corrigió Pen, que volvió a hacer una reverencia-. Es mi hermana Philippa, señor. Yo soy Penelope.

-Bien, pequeña Penelope, ¿cuál es tu familia?

-Nuestro padre era lord Hadlow de Derbyshire -contestó Pen, en un tono firme.

El rey frunció el ceño. Se levantó del banco, separó los pies para no perder el equilibrio y se puso en jarras.

-Ese nombre me suena. -Miró interrogativamente a lord Hugh.

-El segundo esposo de lady Mallory -le aclaró Hugh.

-Sí, y queremos ver a nuestra madre. -Pippa habló deprisa, recuperada de su asombro por ver al rey-. No sabemos dónde está, pero tenemos que verla. Por favor, señor. -Pippa lo miró fijamente y le tocó la mano sin querer.

Enrique la miró a su vez. Miró luego a su hermana y consideró la súplica de aquellos dos pares de ojos color avellana.

-Sois las dos tan guapas como vuestra madre -dijo.

-Tenemos que ver a mamá -repitió Pippa-. No nos lo prohibirá, ¿verdad, señor?

-Debe de estar preocupada por nosotras -se atrevió Pen.

-¿Ha sido idea suya? -le preguntó lentamente el rey a Hugh-. Sabe que soy muy débil ante la petición de un niño.

-Sé que su alteza es generoso -contestó Hugh-. Lady Mallory no conoce cómo funciona esta corte. Habló sin pensar lo que decía. Respondo de su arrepentimiento.

El rey le dio la espalda a Hugh para mirar en dirección a las caballerizas. En pocas semanas, la reina le daría su tercer hijo, y había de ser un niño, el hijo que tanto necesitaba. Todo indicaba que así sería. Los astrólogos lo decían. Los médicos lo aseguraban. La propia Jane estaba segura de ello. La clemencia y la generosidad eran

propias de un rey. Y, tal vez, un gesto bondadoso con aquellas niñas significaría buena salud para su hijo cuando naciera.

-¿Lady Mallory aceptará compartir techo con usted? -Habló sin volverse hacia Hugh.

-Sí, alteza -respondió Hugh sin dudar.

-Esperemos que haya aprendido a moderar sus palabras y su humor -sentenció Enrique. Se quitó un anillo del dedo, se giró lentamente y le entregó la joya a Hugh-. Aquí tiene mi autoridad para que dejen salir a la señora.

Se agachó con dificultad y sonrió a Pippa. Hizo lo mismo con Pen.

-Que Dios os acompañe, pequeñas. Recordaréis que hoy habéis visto al rey.

-Por supuesto -se apresuró a decir Pen-. Por supuesto que lo recordaremos.

Enrique rebosaba de satisfacción. Era un experto en detectar las adulaciones y le había encantado la sinceridad manifiesta en la voz de la niña.

-Ya podéis iros. -Se enderezó y le lanzó a Hugh una mirada perspicaz-. Parece que conoce usted a su rey, lord Hugh.

Hugh se limitó a hacer otra reverencia profunda.

-Adelante. -Enrique hizo un gesto con la mano.

Hugh dio unos pasos hacia atrás, llevándose a las niñas, y luego dio media vuelta y las llevó a toda prisa hacia el embarcadero.

-¿El rey ha dicho que podemos ir a ver a mamá? -preguntó Pippa, asombrada por lo ocurrido-. No he oído que lo dijera.

-No lo ha dicho -le explicó Pen-. Pero dijo que mamá podía salir. ¿Acaso está en una celda, señor? -Pen miró a Hugh con un gesto serio.

-Sólo temporalmente -le dijo Hugh.

-Pero ¿por qué? ¿Por qué está en una celda? -quiso saber Pippa, alarmada.

-Ella os lo explicará. -Hugh se sentía un cobarde-. Debemos regresar en seguida a Londres. Cuanto antes lleguemos antes veréis a vuestra madre. Bien, la barca sigue ahí.

Las aupó a bordo de la misma embarcación que habían abandonado apenas media hora antes. Si hubieran tardado más, los marineros se habrían visto obligados a ceder el lugar a los que llegaban y el embarque se hubiese retrasado mucho. En cambio, en pocos minutos se encontraban de nuevo en medio del río y esta vez con la corriente a su favor.

Durante el viaje de regreso, las niñas estuvieron calladas. Las dos tenían hambre, puesto que no habían comido nada desde el desayuno, pero los acontecimientos ocurridos aquel día las tenían tan abrumadas que apenas eran conscientes de las protestas de su estómago.

Hugh, consciente del suyo, se culpó porque las prisas que le habían entrado aquella mañana no le habían dado tiempo para pensar en la comida. Contempló el lento movimiento del sol y se mordió la lengua para no meterles prisa a los remeros.

Eran casi las seis en punto cuando llegaron al embarcadero de Blackfriars. Hugh saltó de la barca y ayudó a bajar a las niñas.

-Esperad aquí -les indicó a los barqueros-. Os necesitaré de nuevo dentro de cinco minutos.

Agarró a las niñas de la mano y las llevó casi corriendo hasta la casa. Las dejó en la puerta y echó a correr de vuelta a la barca.

-A la Puerta del León de la Torre -ordenó en cuanto estuvo a bordo.

Los barqueros agarraron los remos y dirigieron la barca hacia el este, por debajo del bullicioso puente de Londres hasta el embarcadero de la Torre.

El lugarteniente observó el anillo del rey cuando Hugh lo depositó encima de la mesa. Lo tomó y examinó los distintivos de la realeza.

-Lord Hugh, así pues tengo que dejar a su cargo a la prisionera, lady Mallory.

-Ése es el deseo del rey.

-Ha tenido visitas esta mañana.

-Sí, su ama de llaves y maese Howard. Los envié yo con algunas cosas que ella necesitaba.

-Permití que se quedaran una hora. -Parecía estar pidiendo la aprobación de Hugh por su magnanimidad.

-Estoy seguro de que lady Mallory se sintió muy agradecida.

-Sí. Mi esposa se encariñó con ella anoche. Cenó con nosotros y le encendimos la chimenea en su cuarto.

Hugh se limitó a asentir con la cabeza, conteniendo su impaciencia.

El lugarteniente se levantó.

-Venga conmigo, señor. Le llevaré hasta la prisionera. Confío en que no considere que la hemos tratado mal.

Atravesaron el patio de hierba, donde los cuervos se estaban agrupando para pasar la noche en las murallas y en los oscuros huecos de los altos muros. Subieron luego los escalones de la torre donde se encontraba la celda de Guinevere.

Estaba sentada junto a los rescoldos del fuego, con el gabán echado sobre los hombros y un libro abierto en el regazo. Pero no había leído ni una sola palabra en horas. La visita de Tilly y del tutor la había animado, pero, a medida que fue haciéndose de noche, el optimismo la abandonó. No tenía sentido empeñarse en una defensa legal. Nadie le haría caso. Aparentemente sí, pero al final le quitarían lo que quisieran.

Al oír la llave en la cerradura volvió la cabeza esperando ver a uno de aquellos vigilantes tan poco comunicativos con una bandeja con la cena.

-Hugh. -Se levantó del taburete cerrando automáticamente el libro sobre el dedo para no perder el punto-. ¿Qué le trae por aquí?

El lugarteniente se quedó en la puerta y Hugh le dijo en voz baja:

-Déjenos a solas, por favor.

El hombre hizo una reverencia, salió y cerró la puerta, pero no echó la llave.

-¿Me trae noticias de las niñas? -Guinevere dejó el libro encima del taburete. Parecía nerviosa-Tilly y el tutor me han traído todo lo que necesito y se lo agradezco. ¿Cómo..., cómo están?

-Impacientes por verla. Sus preguntas han superado mi capacidad de responder.

Permaneció junto a la puerta sin hacer ningún intento de aproximación. La miró fijamente y vio en su rostro el miedo que Guinevere había experimentado desde que él la dejara en Hampton Court. Su corazón lo empujaba a acercarse, pero se obligó a contenerse. Notaba el muro que Guinevere había levantado entre los dos, casi tan sólido como la puerta que tenía a su espalda.

-No pueden venir aquí -se lamentó Guinevere, señalando con un gesto enfático lo que la rodeaba.

-Pero usted puede ir a donde están ellas. Tengo un mandato real para que salga de aquí, siempre que esté dispuesta a aceptar mi hospitalidad.

-¿Cómo lo ha conseguido? -quiso saber Guinevere, entrecerrando los ojos, aunque tan elegante y erguida como siempre.

Hugh se encogió de hombros. Guinevere se enteraría antes o después, pero él no tenía ninguna prisa en decírselo.

-Enrique es un hombre muy voluble. Con las armas adecuadas se lo puede manipular. Y yo las tenía.

Guinevere no presionó para conseguir más información.

-Pero para salir de aquí debo aceptarle como mi carcelero.

-Es esencial.

Guinevere se volvió hacia el fuego. Se sentía tan vulnerable, tan consciente del cuerpo de Hugh, del brillo penetrante de esos preciosos ojos que parecían ver el interior de su alma... Anhelaba aquellos brazos, aquella boca sobre la suya, la fuerza que ese amor le daría. Y seguía temiendo que, al final, fuera debilidad y no fuerza lo que obtuviera de él. Ese hombre iba a ser un testigo contra ella y cada una de sus caricias la debilitaría.

Se volvió hacia él y habló en un tono duro y amargo:

-¿Y tengo que permitir que mi carcelero me viole a cambio de su hospitalidad?

Hugh palideció. Se le hinchó la nariz y apretó los labios. Alzó la mano de forma involuntaria e inmediatamente la dejó caer a un lado. Cerró los puños, como si fuera lo único que podía evitar que se lanzara sobre ella.

Guinevere respiró profundamente. Apartó la mirada y dijo en voz baja:

-Perdóneme. No sé por qué he dicho eso.

Había querido herir a Hugh, alejarlo de ella, pero ahora se sentía asqueada por haber dicho esas palabras, que todavía resonaban en sus oídos.

Hugh permaneció un momento en silencio. Estaba demasiado enfadado para perdonarla de inmediato. Se volvió hacia la puerta.

-Las campanas tocarán el toque de queda en pocos minutos. Es el tiempo que le queda para decidirse. Si decide no venir conmigo, haré que le traigan a sus hijas. Tendrán que compartir con usted la hospitalidad del rey. No puedo ocultarles la verdad por más tiempo. Sugiero que decida lo que quiere decirles. -Abrió la puerta-. Vendré a por su respuesta cuando suene la campana.

-Hugh.

-¿Sí? -No se volvió, pero tampoco retiró la mano del pestillo de la puerta.

-Iré con usted.

¿Qué otra opción tenía? Hugh sabía que no sería capaz de permitir que sus hijas se alojaran con ella en la Torre, del mismo modo que Guinevere no podía permitir que sus hijas sufrieran su ausencia sin una explicación.

-Pues no perdamos más tiempo. -El tono de voz seguía siendo frío-. Cuando lleguemos a casa enviaré a alguien para que venga a por sus cosas.

Guinevere se cubrió el cuello con el gabán y echó un vistazo al cuartito. ¿Volverían a llevarla allí después del juicio, y después de que la declararan culpable? ¿Esperaría allí a que la ejecutaran?

Hizo un esfuerzo para no pensar en aquello. Su desánimo desapareció y volvió a sentirse optimista. Mientras estuviera libre podía ocurrir cualquier cosa. Volvería a ver a sus hijas. Necesitaría todas las fuerzas para contarles la verdad.

Miró a Hugh al pasar junto a él para cruzar la puerta. Su expresión seguía siendo severa.

-Perdóneme -repitió Guinevere-. He dicho algo horrible.

-Sí -coincidió Hugh-. Me gustaría saber qué he hecho para merecer que me dijera algo así. -La tomó del brazo y la llevó escaleras abajo hasta el patio de hierba mientras las campanas daban el toque de queda.

El puente de Londres estaba tranquilo, pues con el toque de queda se cerraba al tráfico entre las orillas norte y sur del río. Pero la ciudad seguía muy animada y las luces y los ruidos llegaban hasta el río desde las tabernas de las riberas. Los burdeles de la

orilla sur estaban muy iluminados y Guinevere veía a las mujeres rondar por las puertas, llamando a los hombres que las miraban al pasar.

-Los burdeles de la ribera son un gran negocio -comentó Hugh, al seguir la mirada de Guinevere.

-¿Sólo en la orilla sur?

-La mayoría.

Los dos guardaron silencio. Guinevere se preguntó si algún día Hugh la perdonaría. Pero ella había querido que se distanciaran, de modo que tal vez no debería intentar remediar esa brecha.

Abandonaron la barca en Blackfriars y caminaron hasta Holborn igual de callados. Al entrar en los terrenos de la casa, ella aceleró el paso. La puerta se abrió de par en par y Guinevere se fundió en un abrazo de bienvenida con sus hijas.

-¡Mamá..., mamá..., te hemos echado mucho de menos! -le gritó Pippa al oído cuando su madre se agachó para abrazarla-. ¿Por qué estabas en una celda? Hemos hablado con el rey y nos dijo que podíamos verte, ¿no es cierto, Pen?

Pen, que no soltaba la mano libre de su madre, asintió con la cabeza, con sus emociones tan alteradas por la emoción y el alivio que apenas podía hablar.

-¿Habéis hablado con el rey?

Guinevere las miró asombrada y levantó la vista pidiéndole una explicación a Hugh, que se encogió levemente de hombros, como diciendo: «Bueno, y ¿qué otra cosa quería usted que hiciera?»

Ella sabía que, fuera lo que fuese lo que Hugh había hecho, era la única forma de conseguir su liberación. Y, mientras abrazaba a sus hijas, no pudo sino sentirse agradecida.

17

Hugh salió de su casa y, sin darse cuenta, pisó a Nuez Moscada, que jugaba con una hoja que había caído en el escalón. La hermana del gatito jugueteaba con un gusano que había en un charco del sendero de acceso. Hugh pensó, aunque sin mucho rencor, que estaban tan mimados que no necesitaban aprender la diferencia entre hojas, gusanos y ratones.

A grandes pasos recorrió el sendero hasta el huerto, donde sabía que Guinevere y el tutor se encontrarían paseando. Como de costumbre, estarían revisando hasta el más mínimo detalle los puntos del alegato de defensa. En los tres días transcurridos desde que fue a buscarla a la Torre, Hugh no había estado en ningún momento a solas con Guinevere. Ella siempre estaba con alguien; si no eran las niñas o el tutor, se trataba de algún otro de sus subordinados. Inmediatamente después de cenar, se retiraba a su habitación y permanecía encerrada allí hasta el día siguiente, y entonces reaparecía, educada pero encerrada en sí misma, para continuar leyendo con sus hijas o trabajando en su defensa. Se había rodeado de un muro impenetrable para protegerse del enemigo.

Eso desconcertaba a Hugh, que ya estaba bastante confundido. Después de la tarde que pasó en Matlock, conocía ya suficientes cosas sobre el matrimonio entre Guinevere y Timothy Hadlow, y sobre las circunstancias que rodeaban la muerte de éste, para formarse una firme opinión. Pero con la muerte de Stephen Mallory no ocurría lo mismo, y Hugh sabía que en un juicio ante el consejo real jamás llegaría a conocer la verdad. Era consciente de que sus pruebas, a pesar de lo inconcluyentes que eran, serían todo lo que el consejero real necesitaba para condenarla.

No podía culparla por alejarse de él, aunque Hugh, cuando se encontraban a pocos metros el uno del otro, notaba hasta qué punto Guinevere necesitaba de su apoyo y

amistad y lo mucho que añoraba ese amor que tantas alegrías les había hecho compartir a los dos. Pero ella no iba a ceder, ya que, para ella, Hugh y su deseo de Hugh eran el mismo enemigo.

Les oyó hablar antes de verlos al doblar un recodo debajo de unos árboles. Maese Howard estaba exponiendo un punto legal con gran detalle.

Hugh dejó oír su voz antes de llegar a ellos, pues no quería que Guinevere creyera que había estado escuchando su conversación.

-Lady Guinevere.

-Lord Hugh. -Lo saludó ella con una sonrisa al verle acercarse. La sonrisa era fría, pero, como siempre, los ojos fulguraban cuando lo miraban.

Hugh se preguntó cuánto tiempo más aguantaría Guinevere, y se preguntó cuánto tiempo más sería él capaz de mantener apartadas de ella sus manos y su boca. Era consciente de que, de no haberse encontrado allí maese Howard, saludándolo con la cabeza, le habría hecho el amor en ese mismo momento, sobre la fragante hierba y bajo las ramas nudosas de los manzanos, y la boca de ella habría gritado en la de Hugh toda su pasión y su necesidad mientras los dos cuerpos se fundían en una prolongada y perfecta unión sexual. Y Hugh vio en los ojos de Guinevere que ella también era consciente de eso, pues se aproximó imperceptiblemente al tutor, como si de un modo instintivo buscara protección.

Guinevere apartó la vista. La fuerza de la mirada de Hugh le resultaba insoportable. Resplandecía más que el sol y, como los rayos del sol, le quemaría los ojos si lo miraba.

Maese Howard tosió cubriéndose la boca con la mano y Hugh lo saludó:

-Buenos días, maese. -Se volvió hacia Guinevere y dijo en un tono de voz neutro-: Señora, acabo de recibir aviso del consejero real para que comparezca usted mañana ante el consejo real en la Cámara Estrellada.

Guinevere lo miró fijamente, se ruborizó y, acto seguido, se puso pálida. Extendió una mano y Hugh la agarró instintivamente y entrelazó con fuerza sus dedos con los de ella.

-¿Mañana?

-Sí.

-Comprendo. -Guinevere soltó la mano. Recuperó su color habitual del rostro y habló más calmada-: Bueno, supongo que es mejor enfrentarse al demonio que anticiparse a él. ¿Podré contar con el consejo de maese en la Cámara Estrellada?

Hugh negó con la cabeza.

-Debe comparecer sola.

Maese Howard le puso una mano en el brazo con el rostro muy serio, y ella, a su vez, se la cubrió con la suya.

-Estoy bien preparada, maese. No podría haber recibido mejor preparación.

-Me parece que no hemos dejado ningún cabo sin atar -murmuró él-. No se me ocurre nada, señora, que hayamos olvidado.

-A mí tampoco -lo tranquilizó Guinevere-. Por hoy es mejor que no hablemos más de esto. Dejaré que descanse la mente.

-Sí, señora. Siempre va bien que descanse antes de un reto -se resignó el tutor, pero no parecía contento.

Guinevere era consciente de la calma que la embargaba. Tenía la mente clara y fría y ya no sentía miedo, sólo alivio. Por fin se enfrentaría con los demonios que eran el consejero real y el rey Enrique de Inglaterra. Y ganaría ella. No admitía la posibilidad de fracasar.

-¿ Usted estará allí, lord Hugh? -le preguntó-. Es un testigo.

-Me han llamado.

-Por supuesto. -Guinevere se volvió para ir tras el tutor, que se había adentrado entre los árboles.

Hugh extendió un brazo, apoyó la palma de la mano en el tronco de un manzano, para obstruirle el paso, y habló con cierta premura:

-Un momento, Guinevere. Tenemos que hablar. No es fácil, pero debemos hacerlo.

Ella se detuvo; el brazo de Hugh le rozaba el pecho y los pezones se le endurecieron, pero se mostró serena al objetar:

-¿Tiene que ser aquí? Estoy segura de que podemos hablar en casa.

-No, tenemos que hablar de esto alejados de otros oídos.

En seguida, Hugh dejó caer su brazo para que Guinevere pudiera irse si lo deseaba. No le daría la oportunidad de que volviera a acusarlo de coacción.

Ella no se movió, sino que se cruzó de brazos y paseó la vista por el huerto, por los bien cuidados senderos que entre los árboles se extendían hasta la casa. Fuera lo que fuese lo que Hugh tenía que decirle en privado sería algo personal y Guinevere no quería oírlo, pero sentía que debía hacerlo.

Hugh buscó las palabras adecuadas. Había ensayado aquel discurso muchas veces aquellos últimos días, pero, al enfrentarse a la realidad, esas palabras tan cuidadosamente escogidas se le habían olvidado.

-Guinevere, creo que sería aconsejable que escribiera un documento donde especificara sus deseos para las niñas.

Ella inspiró profundamente, antes de decir:

-¿Cree que no lograré demostrar mi inocencia? Le aseguro que no pretendo fracasar.

Hugh prosiguió, con cierta dificultad:

-Hay cosas que debe tener en cuenta.

Guinevere guardó silencio. Sabía que Hugh tenía razón, pero admitirlo la debilitaba.

Finalmente, dijo en un tono sin inflexiones:

-No sé qué disposiciones se me permitirá hacer. ¿Y usted?

Hugh negó con la cabeza.

-No, pero creo que, si las hace, si expresa sus deseos, hay la posibilidad de que yo luche por ellos.

-Y lucharía usted por ellas.

Fue una afirmación y no una pregunta, y Hugh lo tomó como tal.

-Me gustaría prever su educación, sus dotes.

Guinevere extendió juntos los dedos de las manos junto a su boca y, mientras olía la suave fragancia de sus guantes de piel, se esforzó por verbalizar lo que llevaba atormentándola desde el momento en que Hugh de Beaucaire había entrado en el patio de Mallory Hall.

-¿Cree que se me permitirá?

-No lo sé. Puede intentarlo. -Hugh dudó, frotándose las manos, como si tuviera frío, a pesar de que se trataba de un día templado de septiembre-. Creo que si pone a sus hijas bajo mi potestad no se opondrán.

Guinevere bajó la vista al suelo. Vio que brillaba una brizna de hierba mojada bajo un rayo de sol. Vio el rastro gris plateado de una babosa a lo largo de una hoja caída. Sintió el calor débil del sol otoñal en la nuca, atravesando los pliegues de su capucha de seda.

-Usted cuidaría de ellas -dijo, en voz baja y sin levantar la vista del suelo-. Pero no tendría suficientes recursos económicos para mantenerlas. Sé lo importante que es para usted conseguir esas tierras para Robin.

¿Cómo costearía los gastos de mis hijas una vez que se queden sin nada?

Hugh habló con firmeza, como si fuera un consejero imparcial que la aconsejaba:

-Creo que si designa una parte razonable de sus bienes para sus hijas, el rey no se negará. Y el consejero real seguirá las instrucciones del rey.

Guinevere levantó la cabeza, pero no miró a Hugh.

-Lo consultaré con el tutor. Redactaremos un documento que parezca legal. Pero necesitaré el sello de un notario -determinó.

-Haré que lo certifique un notario antes del juicio. Entréguemelo por la mañana.

Ella asintió con la cabeza y dijo:

-Se lo agradezco. Esperaba no tener que preocuparme de este asunto hasta más adelante, pero ha hecho bien en recordarme que, probablemente, el resultado es inevitable. Es una tontería ser optimista, ¿no cree? -Le sonrió con amargura y se perdió entre los árboles.

Era inevitable, sí, pensó Hugh. Guinevere debía saberlo. Tenía que tomar esas decisiones antes de que ya no pudiera hacerse nada. No hubiera sido muy leal no habérselo advertido; entonces, ¿por qué obligarla a aceptar la horrible verdad le hacía sentirse un traidor?

Aquella noche, Guinevere permaneció despierta hasta tarde con maese Howard, quien con expresión sombría escribía lo que Guinevere le dictaba. No formulaba preguntas; se limitaba a contrastar las cuestiones legales cuando era el caso y, ocasionalmente, ofrecía alguna sugerencia relativa a la terminología.

-Por último -dictó Guinevere, con la mirada fija en el fuego que ardía en la sala-, lego a mis fieles sirvientes, que llevan conmigo desde que yo era niña, la pequeña propiedad de Cauldon, en Derbyshire, para que dispongan de ella a voluntad.

-Señora, no es necesario...

El tutor había dejado de escribir, con la pluma en alto sobre el pergamino.

Guinevere sonrió.

-Sí, maese, sí que es necesario. No tengo ni idea de si atenderán mis deseos, pero lord Hugh ha dicho que hará todo lo que pueda para que así sea. -Se levantó del asiento-. Y ahora vayámonos a la cama. Se está haciendo tarde.

El tutor espolvoreó cuidadosamente el documento y se lo dio a Guinevere.

-Es usted muy generosa.

-No tanto, amigo mío. -Guinevere dobló la hoja con cuidado y se la guardó en el bolsillo del vestido-. Hago lo que puedo para corresponder a unas atenciones a las que no es posible corresponder adecuadamente.

Le acarició levemente la mano y se fue hacia la escalera. Tilly estaba despierta, sentada junto al fuego mientras remendaba un desgarrón en un vestido de Pippa.

-Les he dado un poco de belladona a las niñas, querida -susurró-. La pobre Pen estaba muy preocupada y Pippa no dejaba de llorar.

Guinevere no les había hablado a las niñas de las acusaciones de asesinato a las que debía enfrentarse, pero ellas sabían que se trataba de algo muy grave. Comprendían que tal vez su madre volvería a la cárcel, pero nadie había mencionado la posibilidad de que muriera y Guinevere no lo consideraba necesario, ya que la sola idea de que la encarcelaran era mucho más de lo que podían soportar.

Dejó el pergamino encima del tocador, se desvistió con la ayuda de Tilly y se metió en la cama junto a sus hijas, que estaban acurrucadas muy juntas y respiraban profundamente. Tilly apagó la vela y se acomodó en su catre. Guinevere permaneció

tumbada en la cama, notando los suaves cuerpos de sus hijas a su lado, inmóviles gracias al sueño pesado que la droga les había proporcionado. Deseaba que no se despertaran antes de que ella saliera para Westminster por la mañana. En caso de que ocurriera lo peor, le permitirían despedirse de ellas más adelante. Se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva con dificultad. No podía permitirse pensar en una derrota, todavía no, al menos hasta que fuera evidente.

El fuego producía sombras danzantes en las paredes encaladas. Pensó en Hugh y se preguntó si ya estaría dormido. Y, a pesar de su determinación optimista, no logró evitar la reflexión de que a partir del día siguiente quizá terminara todo, de que a partir del día siguiente nunca más volvería a amar. Y esa reflexión se le hizo insoportable.

Como sonámbula, salió de la cama, se echó encima la bata y tomó el pergamino. Pensó vagamente que le serviría de excusa para lo que se disponía a hacer. Podía dárselo y volverse a su cama. Sí, eso era lo que podía hacer.

Estaba ya en el pasillo; estaba ya ante la puerta de Hugh; estaba ya dentro de la habitación. La única iluminación era la procedente de las brasas. Oyó la voz de Hugh desde la cama en la oscuridad:

-Por fin ha venido.

-Sí. -Dejó el pergamino encima de la repisa de la chimenea. Hugh retiró el cubrecama, invitándola, y, cuando Guinevere se hubo desprendido del camisón y se acostó a su lado, la tapó con delicadeza y la abrazó.

La mantuvo abrazada durante un buen rato, hasta que dejó de estar tensa y de tiritar y se le relajó el cuerpo en contacto con el de él. Fue un abrazo tranquilo, sin nada que le impidiera a Guinevere marcharse, salir de la cama, huir de la tentación; pero se quedó allí, abrazada, con la cabeza apoyada en el hombro de Hugh y las piernas entrelazadas con las suyas.

Tenía la sensación de estar dormida, en un profundo éxtasis en el que no cabían los temores y sólo había lugar para la paz, en el que su mente era rocío en el mar, ligera como el aire y arrastrada por el viento.

Y, finalmente, el abrazo cambió de signo cuando él la estrechó con más fuerza y, sin soltarla, se puso de espaldas, de modo que Guinevere quedó encima, con las curvas de su cuerpo delimitadas por los volúmenes del cuerpo de Hugh. Le sonrió, como en sueños, y se adaptó a aquella inesperada postura. Él correspondió curvando ligeramente los labios y hundió los dedos en las sedosas aguas del río plateado de su melena y desparramó los cabellos alrededor para que los envolviera a los dos en una especie de tienda de campaña reluciente y fragante. Le abarcó el rostro con las manos y aproximó la boca de Guinevere a la suya.

Fue un beso de Guinevere, pues ella llevó la iniciativa. Mantuvo pasivos por un instante los labios sobre los de Hugh, simplemente gozando de la sensación del contacto. Luego, se introdujo en la boca con la lengua y degustó los sabores del vino y de la sal mientras exploraba las mejillas desde dentro, indagaba en el fondo de la garganta y se deslizaba por los dientes. Le mordisqueó el labio inferior, con la lengua le recorrió los labios, le acarició las comisuras de la boca y le definió el firme contorno de las mandíbulas percibiendo el hormigueo causado por la barba incipiente.

Subió hasta la oreja, introdujo la lengua en el pabellón, dio golpecitos con la punta en cada recoveco, luego en los contornos y mordisqueó el lóbulo. Sentía en el seno derecho los latidos acelerados del corazón de Hugh y los pezones se le habían puesto duros y tiesos con el roce excitante de los suaves rizos del pecho. La leve redondez de su vientre encajaba en la concavidad del vientre que tenía debajo, y la morbidez de sus muslos se veía marcada por la poderosa presión del relieve muscular de los de Hugh.

Él deslizó suavemente las manos por la espalda y se detuvo un momento en la cintura antes de abarcarle las caderas. Esas lánguidas y seductoras caricias disiparon definitivamente los últimos restos del estado como somnoliento de Guinevere, que, bullendo de excitación, presionó su cuerpo contra el de Hugh, incitándolo a que la estrechara con fuerza. Sentía pesadez en la ingle y el sexo le dolía, le vibraba. Hugh le separó los muslos con la rodilla, hizo un giro de cadera, con lentitud, y se introdujo en el anhelante cuerpo, que lo recibió con avidez.

El placer alcanzó todos los rincones de Guinevere, tanto los físicos como los espirituales. Su deseo era absorber a Hugh al centro mismo de su ser, cercarlo entonces y mantenerlo allí, hacerse parte de él al mismo tiempo que ella le hacía parte suya. Ya no pensaba en nada, ya no tenía miedo, ya no había lugar para la lógica, ya no existía el pasado ni existiría futuro. Sólo estaba el presente, sólo el ardor apasionado de las sensaciones en estado puro.

Hugh llegó a su cumbre con un ahogado grito de júbilo y entonces se produjo un momento milagroso cuando Guinevere se agarró al borde de su propio precipicio manteniendo en lo más profundo de sí el palpitante poderío de la culminación de Hugh, percibiendo el latir de la carne enhiesta en las paredes de la vaina que la enfundaba; y, durante ese momento, oleadas de gozo indescriptible fluyeron por Guinevere. Acto seguido, se precipitó en el vacío, con las lágrimas rodándole por las mejillas y mientras oía a lo lejos extraños y mínimos sonidos femeninos que procedían de lo más hondo de su garganta.

Derrumbada encima de Hugh, con el corazón latiéndole salvajemente al mismo ritmo que el de Hugh, con los labios pegados al hueco de la garganta de Hugh, sorbiéndole, como si de un néctar embriagador se tratase, el sudor salado reunido allí, y con el sudor resbaladizo de su cuerpo confundiéndose con el sudor resbaladizo del cuerpo de Hugh, Guinevere esperó con Hugh, exhaustos los dos, hasta que ambos recuperaron el ritmo normal de su respiración.

Sujetándola por la espalda, Hugh puso suavemente a Guinevere a su lado en la cama, moviendo su cuerpo con el de ella para retardar el momento del desacoplamiento, como si le resultara insufrible separarse. Guinevere se mantuvo abrazada a él mientras Hugh se apartaba y, luego, dejó caer los brazos a los lados.

-¿Cómo puede ser? -susurró, acariciéndole el costado con las yemas de los dedos una vez que Hugh se tumbó de espaldas.

-No lo sé. -Le puso una mano sobre el vientre-. Con Sarah había mucho, mucho placer..., pero en absoluto como éste.

-No... -murmuró ella-. En absoluto como éste. No hay forma de describirlo.

Permanecieron tumbados uno al Iado del otro mientras el sudor se les secaba en el cuerpo. Después, Hugh alargó un brazo y tiró del cubrecama para taparse los dos.

-Tengo que marcharme -protestó Guinevere, poco convencida.

-No, duérmase. Me despertaré mucho antes de que haya movimiento en la casa. -Deslizó una mano por debajo de ella y la empujó para recostarla sobre él.

Guinevere se durmió calmada por la respiración de Hugh en su cabello, por los latidos regulares del corazón en su oído, por el calor y la fuerza de los brazos que la estrechaban.

A su lado, Hugh continuó despierto hasta que el cielo, al otro lado de la ventana, empezó a clarear. Debían estar en Westminster a las ocho de la mañana. Sacó el brazo de debajo de ella, con cuidado para no despertarla, y salió de la cama. Se quedó mirando a Guinevere dormida. Parecía tan tranquila, con los párpados llenos de venitas azules, ocultando la inteligencia apasionada de sus ojos, con el suave rubor del sueño en las

mejillas, con el cabello suelto por encima de la blancura del hombro, con el antebrazo redondeado...

¿Había matado a Stephen Mallory? ¿Acaso importaba?

Se acercó a la chimenea y se inclinó para reavivar el fuego. Al incorporarse, vio el pergamino doblado encima de la repisa de la chimenea. Lo desplegó y lo leyó. Hacía falta un sello notarial. Para mayor seguridad, era mejor sellarlo antes del juicio. Debía estar sellado y firmado antes de que se dictara la sentencia, y así poder presentarlo ante el tribunal como una extensión de la sentencia.

Se vistió rápidamente y abandonó la habitación. Tardaría media hora en llegar al abogado, que vivía encima de la imprenta a dos calles de distancia, para que le pusiera el sello. Regresaría a tiempo de despertarla.

Pero antes de salir del cuarto, volvió a detenerse junto a la cama y miró a Guinevere dormida.

¿Había matado a Stephen Mallory? ¿Acaso importaba?

18

La Cámara Estrellada en el palacio de Westminster. Hacía honor a su nombre y Guinevere era incapaz de dejar de mirar asombrada el techo, donde un conjunto de estrellas muy luminosas resplandecían iluminando la sala y a sus ocupantes.

-Siéntese, por favor, lady Mallory.

Al oír la voz áspera del consejero real, desvió la vista hacia la mesa en forma de herradura en un extremo de la sala.

El rey estaba sentado en el centro y su imponente sillón de madera tallada se elevaba sobre una tarima. Iba vestido de negro, con pliegues dorados y púrpura en las mangas afolladas. Llevaba bordado en oro en su amplio pecho un gran escaramujo doble. Tenía las manos carnosas sobre los brazos del sillón y los anillos que lucía en sus dedos deslumbraban tanto como las estrellas doradas que decoraban el techo.

Guinevere hizo una reverencia y la falda negra se desparramó alrededor con elegancia, mientras, cubierta por la capucha gris, mantenía gacha la cabeza en señal de sumisión.

El consejero real se sentaba a la derecha del rey, con un traje negro ribeteado de armiño blanco. Con una mano, regordeta y enfundada en un guante con pedrería, acariciaba distraídamente la bolsa que colgaba de su cinturón, en cuyo interior se encontraba el sello real, el distintivo de su cargo.

El obispo Gardiner, con su atuendo escarlata, su rostro anguloso y su mirada penetrante y llena de sospecha, se encontraba sentado a la izquierda del rey. Cuando se incorporó, Guinevere vio que no conocía a ninguno de los otros hombres. Eran doce, seis a cada lado de la mesa, y la miraban con curiosidad y sin nada de amabilidad.

Tomó asiento donde el consejero real le indicó, una silla sin brazos y justo en la abertura de la herradura. A ambos lados de la sala había varias hileras de bancos para los testigos y los espectadores. Guinevere era consciente de los murmullos, de los cambios de postura y del crujido de las sedas y los terciopelos. Hugh de Beaucaire estaba entre los hombres de la primera fila, preparado para levantarse y dar su testimonio cuando lo llamaran. Se encontraba justo detrás de ella, fuera de su campo de visión. Guinevere sólo alcanzaba a ver la majestuosa figura del rey y a los componentes del consejo.

Entrelazó las manos sobre el regazo y esperó en silencio.

-Se encuentra usted aquí para defenderse de la acusación de que fue responsable de la muerte de, por lo menos, uno de sus cuatro esposos. ¿Qué tiene que decir, señora?

-Me declaro inocente, señor.

-Y de la acusación de que hechizó a cuatro hombres, los llevó a su cama con artimañas de brujería y los obligó con la ayuda de las artes del demonio a enriquecerla a usted con sus bienes materiales, ¿qué tiene que decir, señora? -El obispo Gardiner se inclinó sobre la mesa e hizo tamborilear sus dedos sobre la pulida caoba y con su barbilla rasurada y azul apuntándola con agresividad.

Guinevere pensó en sus cuatro esposos, dos de los cuales eran o imbéciles o unos brutos. Stephen había sido las dos cosas. La idea de que ella los hubiera hechizado daba risa. Tal vez sí a Timothy, pero ella también había sido hechizada por él. Y no hubo nada de brujería en la pasión que los había unido.

-¿Cómo se declara, señora? -le exigió el obispo en un tono intimidatorio.

Guinevere estuvo tentada de mostrarle su desprecio a aquel prelado tan bocazas, pero la precaución la contuvo. Él quería una víctima y a ella no le haría ningún bien ofrecerse como tal. Por absurdo que pudiera parecer, la de brujería era la acusación más peligrosa porque era la más difícil de refutar.

Contestó con serenidad:

-No conozco el arte de la brujería, señor obispo. Nadie me ha acusado nunca de ello antes. Mis esposos vinieron a mi cama por voluntad propia. -Aguantó con firmeza la mirada fiera del obispo, pero se apretaba con fuerza las manos por miedo a que el temblor la delatara.

-Sugiero, señora, que usted planeó cuidadosamente sus matrimonios. -La voz del consejero real le produjo a Guinevere el mismo efecto que la lengua de una serpiente-. Sugiero que elegía hombres cuya muerte le supondría un enriquecimiento, hombres que, incomprensiblemente, estaban dispuestos a firmar cualquier contrato que usted redactara.

-Sí -intervino el obispo-. Ningún hombre en plenas facultades, ningún hombre que no actuara bajo la influencia de la brujería habría actuado con el poco sentido común de dejar que una mujer ejerciera tanto control sobre él.

-Mis esposos entendían que soy instruida en leyes y que poseo talento para administrar tierras, caballeros.

-¿En ese talento se incluye la redacción de documentos que refuercen sus reclamaciones? -preguntó con calma el consejero real-. Le aseguro, señora, que la aparición del contrato prematrimonial entre Roger Needham y su primera esposa fue... conveniente, podríamos decir. Apareció en el momento preciso en que todo indicaba que la reclamación de lord Hugh no admitía disputa. No puedo evitar preguntarme por qué no lo mostró con anterioridad, señora. Tengo entendido que mantuvo correspondencia con lord Hugh durante muchos meses y jamás le mencionó la existencia de un documento tan significativo. -La taladró con una mirada dura y desagradable.

Por un momento, Guinevere se sintió confundida. ¿Por qué no la había acusado de eso en su primer encuentro? Pero, por supuesto, la acusación estaba concebida para desconcertarla, para que su defensa se tambaleara delante de todos aquellos caballeros. Pero eso no iba a ocurrir.

Mostró una débil sonrisa de incredulidad.

-Le pido perdón, señor, pero no estará sugiriendo que yo misma redacté ese documento, ¿verdad? Tiene un sello notarial.

El obispo Gardiner habló y en su voz se denotaba un cierto tono fanático.

-Señora, todos respetamos su inteligencia y su astucia para saber que si necesitaba un sello notarial, hubiera encontrado la forma de conseguirlo.

-No es cierto, obispo Gardiner -replicó Guinevere con rotundidad-. Conozco la ley, pero no recurro a los trucos. No puede acusarme de algo así.

Hubo un silencio en la sala, una extraña sensación de espera. Guinevere prosiguió, en un tono más alto:

-Admito que el talento que yo poseo resulte tal vez extraño, pero no hay nada inherente en la condición femenina que indique que una mujer sea, por su propia naturaleza, incapaz de poseerlo. -Se cuidó mucho esta vez de no mencionar a lady Mary-. Sólo mi segundo esposo, lord Hadlow, prefirió ocuparse él mismo de la dirección de sus tierras.

-¿Sus tierras? -subrayó el consejero real-. Sólo de sus tierras. Cuando usted contraía esos matrimonios, ¿se aseguraba de que sus esposos no pudieran disfrutar de la riqueza que usted había heredado de sus antepasados?

-Es la costumbre, señor, cuando quien enviuda vuelve a casarse. A la nueva esposa no se le asigna nada más que una propiedad, lo cual es a menudo tan sólo su dote.

-Pero usted, señora, era una viuda y no un viudo.

-Eso es evidente, señor.

El rey se movió ligeramente en su asiento y hubo algún murmullo entre los espectadores.

Hugh cerró los ojos un momento. ¿Hasta dónde demonios creía que podría seguir por ahí? Se trataba de un juicio por su vida. Le había dicho una y otra vez que se mordiera la lengua, pero era gastar saliva inútilmente.

-Le recuerdo, señora, que se encuentra ante su alteza y ante los caballeros más honorables del reino -la reprendió el consejero real, que se humedeció los labios y entrecerró los ojos.

Guinevere eligió con más cuidado sus palabras:

-No he querido insultarle, lord Cromwell, pero entiendo que mi condición sexual no es relevante. Sólo hice lo que suelen hacer normalmente los hombres.

-Los hombres no asesinan a sus esposas para enriquecerse -soltó bruscamente el obispo.

-No hay pruebas de que yo haya hecho eso -se defendió Guinevere-. No hay testigos ni pruebas que justifiquen tales acusaciones. -Quiso mirar por encima de su hombro y buscar a Hugh entre las miradas que notaba en su espalda, pero resistió la tentación.

-Hay circunstancias que se prestan a esa interpretación -afirmó el consejero real.

-Me aventuraría a sugerir, lord Cromwell, que usted está tan familiarizado como yo con las dificultades de las pruebas circunstanciales -señaló Guinevere.

Podía discutir ese asunto legal con el mejor abogado del mundo... hasta que Hugh presentara sus pruebas de las mentiras que le habían contado. El peso que eso añadiría a las pruebas circunstanciales pulverizaría los argumentos de Guinevere.

El consejero real se inclinó sobre la mesa, con una mano encima de la otra.

-Ha estado casada cuatro veces. Todos sus maridos murieron en circunstancias extrañas. Cada uno de ellos la convirtió en una viuda más rica de lo que lo era antes. Señora, sugiero que usted planeó los matrimonios y las muerte para hacerse con una riqueza inconmensurable y, no por casualidad, con una buena parte del condado de Derbyshire. -Volvió a reclinarse en su asiento, como si ya no hubiera nada más que decir.

Guinevere recorrió con la vista la mesa. El rey la miraba impasible, y lo mismo los doce caballeros, que hasta entonces habían permanecido en silencio. Al parecer, los únicos que iban a dirigir el juicio eran el obispo y el consejero real.

A modo de confirmación, el obispo se inclinó a su vez sobre la mesa para decir:

-Y sugiero, señora, que utilizó usted artes de brujería para obligarlos a casarse con usted. No puedo asegurar que murieran a causa de la brujería, pero sólo un hechizo podría haberlos obligado a aceptar unas condiciones de matrimonio como ésas.

-Refuto esas sugerencias, señor. -Guinevere se puso de pie y les plantó cara. No tenía ya nada que perder. En cuanto a Hugh le pidieran que aportara sus pruebas, todo habría terminado. Ahora bien, mientras ella tuviera la palabra, mientras las miradas, ahora tan asombradas como fascinadas, de aquellos hombres estuvieran sobre ella, iba a decirles lo que tenía que decir-: Caballeros, una mujer sólo cuenta con su rostro, con su figura, con sus encantos, si lo prefieren, como moneda de cambio. Para cubrir las necesidades básicas de comida y tener un techo sobre su cabeza y un fuego en la chimenea, debe atraer a un hombre. Ha de utilizar lo que la naturaleza le ha dado para asegurarse la supervivencia. ¿Ya esto lo llamarían ustedes brujería? -Sonrió con tristeza-. Si una mujer es inteligente y culta, está obligada a emplear también estos atributos para sobrevivir. ¿La brujería es la única explicación que se les ocurre para justificar que una mujer sea competente? No hay brujería en este caso, caballeros. Yo utilizo tanto mis encantos femeninos como mi inteligencia natural para asegurar mi futuro y el de mis hijas. Una mujer que no logra atraer a un hombre para que la mantenga es objeto de compasión, se la censura por su falta de encantos y no se la considera merecedora de apoyo. Esto no pueden negarlo, caballeros. -Los miró uno a uno, sin ocultar su desdén en lo más profundo de sus ojos-. Esta visión de la mujer degrada a la humanidad al juzgarnos únicamente por nuestros méritos físicos. Soy culpable de cuestionar esta práctica y soy culpable de intentar asegurarme de que mis hijas y yo no seamos degradadas de este modo. Pero de eso, alteza, caballeros, es de lo único que soy culpable. Me considero a la misma altura que cualquier hombre. -Se sentó de nuevo y volvió a entrelazar las manos sobre el regazo.

El rey se acarició la barba. Señalándola con un dedo, el obispo declaró triunfante:

-Eso es una herejía. Está escrito que una mujer debe someterse a su esposo, que es su amo y señor del mismo modo que Dios es el amo y señor del hombre. Se está manifestando usted en contra de los textos eclesiásticos.

-No, señor obispo. No predico ninguna herejía, sólo he expresado una opinión. Lo único que he dicho es que me considero igual que cualquier hombre. Acepto que no se esté de acuerdo conmigo. -Hizo una pausa, pero no pudo evitar continuar-: y, en algunos aspectos, señor, me considero superior a algunos hombres.

Por fin, habló el rey y su voz resonó por toda la sala:

-Por Dios, señora, está usted jugando con fuego.

Guinevere volvió a levantarse e hizo una reverencia.

-No impongo mis opiniones a los demás, alteza, las guardo para mí sola. Y tengo entendido que la palabra de la Iglesia está abierta a muchas interpretaciones.

Advirtió en la mirada de Enrique un asombro momentáneo. Lo había retado personalmente, pues él mismo interpretaba las resoluciones de la Iglesla a su antojo.

-¡Dios mío! -exclamó, y se cruzó de brazos mirándola con aire divertido.

Hugh volvió a respirar. Por alguna razón, el rey estaba de buen humor y parecía dispuesto a apreciar el coraje y la honestidad. Por supuesto, esa actitud podía ser pasajera. Si de pronto se le reavivaba la úlcera o sentía una picazón inconveniente, su alteza podía convertirse en el déspota cruel y mezquino que conformaba su otro yo.

-Creo que ya hemos oído más que suficiente de sus incendiarias opiniones, señora -manifestó el consejero real. Carraspeó estentóreamente-. ¿Niega usted las acusaciones que se le imputan?

-Sí, señor. -Guinevere volvió a sentarse.

-Muy bien, veamos las pruebas. Lord Hugh de Beaucaire, nos gustaría oír qué ha descubierto.

Guinevere notó que Hugh se levantaba a su espalda. Volvió a resistir la tentación de girar la cabeza. Tenía la sensación de que le picaba la nuca y su cuero cabelludo se contraía mientras esperaba oír las palabras que la condenarían.

Hugh se situó frente a los acusadores. Las palabras apasionadas de Guinevere todavía resonaban en su cabeza. ¿Por qué razón no podía considerarse igual que un hombre cuando realmente lo era? ¿Por qué razón no iba a utilizar para asegurarse el futuro los dones que Dios le había otorgado? Y era un futuro que, como ella misma había dicho, estaba por completo en manos de los hombres. Hugh jamás se había cuestionado el orden social, pero Guinevere había sembrado en él la semilla de la duda. ¿Habría ocurrido lo mismo en alguno de los acusadores? Vio el gesto duro del consejero real y la mirada fanática del obispo y comprendió que ellos no habían cambiado de opinión.

¿Había matado a Stephen Mallory? ¿Acaso importaba?

Hugh empezó a hablar. En un tono de voz muy mesurado, describió el viaje, la llegada a Mallory Hall y el alcance de sus investigaciones.

-Como saben, caballeros, yo reclamaba el derecho de la propiedad de una parte de las tierras de lady Mallory. Pero parece ser que mi pariente, Roger Needham, tenía derecho a dejarle esa posesión a su viuda. Yo no dudo de la autenticidad del contrato prematrimonial.

-¡Ah! -El consejero real se encogió de hombros-. Es su decisión, lord Hugh.

-Por supuesto -asintió él

-Allá usted -murmuró el consejero.

Hugh se limitó a mostrar una sonrisa irónica.

-Lady Guinevere estaba de sobreparto cuando Roger Needham se cayó del caballo durante una cacería. Es difícil implicarla en esta muerte.

-Brujería -refunfuñó el obispo, con visible irritación.

-No he encontrado a nadie en la zona que insinuara implicación alguna de brujería -le rebatió categóricamente lord Hugh-. Mis hombres llevaron a cabo una exhaustiva investigación en las poblaciones y entre los arrendatarios. No captaron ni el más mínimo rumor a ese respecto e, incluso, la sugerencia les parecía un ultraje.

-Eso no demuestra que sea inocente.

-Tal vez no, pero tampoco demuestra que sea culpable -replicó Hugh-. El tercer esposo de lady Mallory murió a causa de una fiebre que azotó la zona aquel año. Tampoco he encontrado ninguna prueba que ponga en duda la versión de la acusada. Prácticamente todas las familias del lugar perdieron algún que otro miembro a causa de esa fiebre. -Hugh se encogió de hombros-. No veo por qué hemos de sospechar que hubiese alguna artimaña.

-Tal vez se trató de una muerte convenientemente planeada en el momento preciso -sugirió el obispo, mirando a Guinevere.

Hugh volvió a encogerse de hombros.

-Si usted quiere creerlo así, señor obispo... Pero dudo que ni la justicia ni la fe se vean beneficiados con ello.

El obispo se restregó la piel azulada de la barbilla y se ajustó el gorro eclesiástico sobre las orejas.

-¿Y qué hay del segundo esposo? No lo ha mencionado.

-Fue alcanzado por una flecha no marcada. Su esposa se encontraba junto a él. Había muchos hombres esparcidos por el bosque, puesto que su señor les había concedido un día de caza libre. Es más que probable que una flecha desafortunada

errara el blanco -añadió en un tono calmado-. Nadie lo reconocería por temor a las consecuencias. Pero lo que es seguro es que lady Mallory no disparó la flecha que acabó con la vida de su esposo.

Cromwell frunció el ceño.

-Pero sí pudo haberlo dispuesto ella -objetó.

-Por supuesto. Sólo que no hay pruebas.

-Pero sí hay motivos. Las circunstancias nos remiten a esta conclusión -insistió el consejero.

-Por lo que sé, lord Hadlow y su esposa formaban un matrimonio bien avenido. Tenían dos hijas. Lady Mallory ya era rica y, de todos sus esposos, lord Hadlow era el menos acaudalado; aunque estas cosas siempre son relativas -reconoció Hugh, pensando en la explotación de las lucrativas minas de carbón y hierro de los terremos que Hadlow le había dejado a su viuda-. Hadlow tenía fama de ser un hombre generoso con lo que tenía, casi en exceso, y gastaba mucho para asegurar la comodidad y el bienestar de los arrendatarios. Según todas las informaciones, su esposa se hizo cargo de todos los gastos y de las muy generosas asignaciones que, al morir, les hizo a los arrendatarios, unas asignaciones que, desde luego, mermaron el patrimonio de la viuda. En resumen, caballeros, la muerte de lord Hadlow supuso considerables gastos administrativos y menos posesiones materiales de lo que cabría esperar. Lady Mallory continúa ayudando y mostrándose muy generosa con los arrendatarios de su difunto esposo. Así pues, no parece haber un móvil económico.

Guinevere no se podía creer lo que estaba escuchando. O sea que eso era lo que Hugh había descubierto en Matlock. ¿Por qué no le habría dicho que la absolvía de aquella muerte, en vez de dejar que ella se preocupara imaginándose qué sorpresas iba a revelar?

Pero, en realidad, ella también le ocultó la existencia del contrato prematrimonial de Needham. Habían estado los dos jugando al gato y al ratón, guardándose ambos alguna carta en la manga.

Tras el informe de Hugh, difícilmente el tribunal podría acusarla de esas tres muertes; pero ¿y de la muerte de Stephen? Ése era el talón de Aquiles.

Cerró los ojos un momento y recordó la noche aquella. Revivió los pasos torpes y pesados de Stephen, oyó su voz de borracho reprendiéndola, le vio alzar el puño dirigido hacia ella, a los labios, a los dientes, a los ojos, a las mejillas; a él le daba igual dónde la golpeaba. Ella movió el pie...

-Lady Mallory.

Abrió los ojos, consciente de que se estaba balanceando en su asiento. El consejero real había pronunciado su nombre con aspereza.

-Perdóneme -murmuró Guinevere.

-Que traigan vino para la señora -ordenó el rey-. Está muy pálida. No quisiera que se desmayara con tantas preguntas, Thomas.

Thomas Cromwell, al oír la reprimenda, apretó los labios. Al parecer, en una de sus arbitrarias decisiones, el rey se había puesto del lado de lady Mallory. Lo mismo la encerraba en la Torre que aceptaba divertido sus insolencias; y, encima, la defendía de sus acusadores, como si todo ese procedimiento no hubiera sido montado también para el beneficio material del propio Enrique, lo mismo que para el del consejero real. Sólo el obispo se salvaba de tener un motivo crematístico para perseguir a aquella mujer, puesto que Gardiner quería una bruja.

Un ujier salió a toda prisa de la sala y regresó en seguida con una copa de vino. Se la dio a Guinevere, que la habría rechazado de no ser porque pensó que ya había tentado

demasiado a la suerte poniendo a prueba el humor cambiante del rey. Rechazarla hubiera sido un insulto. Tomó un sorbo y le devolvió la copa al ujier.

-¡Eso está mejor! Ahora sus mejillas están más sonrosadas, señora -aprobó el rey con satisfacción-. Puede continuar, Thomas.

Cromwell hizo una reverencia y se volvió de nuevo hacia Hugh, que, en el intervalo, había vuelto a sentarse. Hugh no le veía el rostro a Guinevere, pero había notado en sí mismo la debilidad de ella. No podía hacer nada por ayudarla, todavía no. Pero ansiaba reconfortarla con su apoyo.

¿Había matado a Stephen Mallory? Ya no le importaba.

-Lord Hugh, ¿qué puede decirnos de la muerte de lord Mallory?

Guinevere suspiró pausada y uniformemente para controlar el pánico.

-Bastante más que de los otros, lord Cromwell -respondió Hugh.

-¡Ah, qué bien! -El consejero real se recostó en su asiento-. Por favor, prosiga.

-Lord Mallory solía beber mucho. -Hugh eligió cuidadosamente sus palabras. La mayoría de aquellos caballeros se emborrachaba y no lo consideraba un defecto-. Era un hombre de una gran corpulencia. Cuando se caía, a veces era imposible volver a ponerlo de pie.

-¿Estaba borracho la noche en que murió?

-Sí. Tenía invitados a cenar. Mi lugarteniente habló con ellos y todos aseguraron que jamás lo habían visto tan bebido. Su esposa se retiró a su habitación a primera hora de la noche. Consideraba que la borrachera estaba siendo ofensiva y no dudó en decírselo así a su esposo.- Se oyó un murmullo de desaprobación en la sala. Guinevere elevó la vista al techo estrellado.

-Los invitados de lord Stephen también consideraban que lady Mallory le faltó el respeto a su esposo, pero confirmaron que estaba borracho y muy irritado con su esposa.

-A ningún hombre le gusta que lo critiquen ante sus amigos -justificó uno de los caballeros de la mesa.

-Por supuesto que no -concedió Hugh-. Debe considerarse que, puestos a hacer daño, lord Mallory tenía más motivo que su esposa. Era un hombre corpulento, caballeros. Según todos los testimonios, era mucho más alto y más fuerte que ella. Y muy aficionado a la violencia.

Hizo una pausa para que todos se fijaran en las últimas palabras.

-Entonces, ¿qué considera que ocurrió aquella noche? -preguntó de mal humor el obispo-. Lord Mallory tenía todo el derecho de castigar a su esposa por insolente. ¿Fue eso lo que hizo?

-Lady Mallory no se encontraba en el dormitorio cuando él entró -afirmó Hugh-. Estaba con su ama de llaves en la despensa, revisando las cuentas de la casa. Todo parece indicar que lord Mallory, muy borracho y ciego de furia, cayó por sí mismo de la ventana abierta del dormitorio de su esposa. El alféizar es bajo. No encuentro otra explicación.

Guinevere intentó comprender lo que Hugh estaba diciendo. Había descrito los hechos exactamente como ocurrieron, pero con una excepción muy importante, una excepción y una pequeña mentira que la exonerarían de toda culpa. Tampoco había hecho alusión a los engaños, a las mentiras de los miembros de su servicio. Nada.

-Lord Hugh, ¿de modo que usted cree que lady Mallory es inocente de esas fechorías? -preguntó el consejero real.

-Lady Mallory no fue la culpable de la muerte de ninguno de sus esposos -respondió Hugh con firmeza.

El consejero real se inclinó bruscamente sobre la mesa y dirigió a Guinevere un dedo acusador:

-Su esposo, Stephen Mallory, era amigo y partidario del traidor Robert Aske -afirmó, pronunciando cada palabra muy despacio. El rey se puso rígido y abandonó su aspecto divertido.

-¿Qué es esto? -quiso saber.

-El esposo de la señora apoyaba la Peregrinación de Gracia, alteza -aseguró el consejero real-. Es razonable suponer que su esposa también estaba implicada en la traición. Los huesos de Aske cuelgan encadenados en York, como le corresponde a un traidor como él. Stephen Mallory está muerto. Pero su esposa, una mujer que es de suponer que asumía como propias las convicciones de su esposo y seguía sus indicaciones, se halla sentada ante nosotros.

-Lo siento, señor, pero no comprendo por qué supone algo así de lady Guinevere -intervino Hugh, manteniendo una sonrisa en sus labios-. Como ya ha quedado claro, esta mujer tiene ideas propias. Su naturaleza independiente es lo que la ha traído hasta aquí hoy. Apuesto a que sería la última esposa en asumir otras convicciones que no fueran las suyas.

El rey frunció el ceño y giró su voluminosa cabeza hacia Guinevere.

-¿Su esposo apoyaba al traidor Aske, señora?

Guinevere estaba tratando de asimilar aquella nueva amenaza, que parecía haber surgido de la nada. Negó con la cabeza y contestó:

-Conocía a Aske, alteza, pero abandonó cualquier relación con él en cuanto empezó la Peregrinación de Gracia. Stephen Mallory no era conocido por su lealtad ni por la fuerza de sus convicciones, caballeros.

-¿Y usted, señora? ¿Qué opina de Aske y su Peregrinación? -La mirada de Enrique pareció penetrar en su cerebro.

Guinevere debía ir con cuidado. Si había habido algún momento en el que engañar y mostrarse diplomática era entonces.

-No tenía buena opinión de él, alteza -se apresuró a responder-. Se deben respetar las convicciones sinceras, en mi opinión, pero el señor Aske me pareció más interesado en fomentar una rebelión y en disfrutar de poder personal que en seguir los dictados de su corazón.

Le rezó una oración en silencio a aquel pobre hombre que había padecido una muerte horrible por defender sus creencias. Pero si ella quería salvarse de correr una suerte parecida no tenía otra opción que fingir.

El rey asintió lentamente con la cabeza y declaró:

-No tengo ningún otro interés en Aske ni en sus rebeliones. Ya pagó por ello. -Miró a Cromwell, que apretaba los labios mostrando su disgusto, y a continuación se dirigió a Hugh-: Así pues, lord Hugh, no cree usted que esta mujer matara a ninguno de sus esposos.

-No lo creo, alteza. Y estoy dispuesto a casarme con ella para demostrar mi convencimiento.

En la Cámara Estrellada todos se quedaron boquiabiertos. El obispo se enderezó y se estiró del gorro, y el consejero real se mostró primero asombrado y en seguida furioso. Tardó varios segundos en recuperar su habitual impasibilidad arrogante. El rey se inclinó adelante, chispeándole los diminutos ojos encima de los mofletes.

-Está bien, está bien, Hugh de Beaucaire. Esto es tener confianza, desde luego. No teme ni el veneno ni la brujería ni los cuchillos a medianoche -comentó, y soltó una risita.

Hugh miró a Guinevere, su espalda recta, su cabeza erguida. Pensó en ella como la había visto la noche anterior; asustada, pero valiente. Afirmó con calma fría:

-No tengo esos temores, alteza.

-Bien, bien. Entonces, señora... -El rey se volvió hacia Guinevere-. ¿Qué contesta a la propuesta de lord Hugh?

19

-¡Brujería! -exclamó el obispo, señalando acusadoramente a Guinevere-. Ha embrujado a Hugh de Beaucaire.

Reinó el silencio por un momento en la sala. Después, Hugh se echó a reír de forma estentórea. Estaba con los pies firmes en el suelo y las manos apoyadas en la barra que tenía delante del asiento. Y se reía con sus brillantes ojos azules irradiando divertidos sin dejar de mirar al obispo. Al cabo de unos segundos eternos, quienes mejor conocían a Hugh empezaron a soltar risitas y a medio sonreír. La idea de que aquel experimentado soldado fuerte y lleno de energía, tanto mental como física, la idea de que Hugh de Beaucaire pudiera sucumbir ante la brujería de una mujer era realmente absurda. Y la sombría solemnidad de la sala se disipó.

El consejero real parecía no tener labios, de tanto que los apretaba, y no paraba de restregarse nerviosamente los dedos por la barbilla. El rey miraba alternadamente al obispo y al consejero real con franca malicia por su desconcierto. Era muy raro ver a aquellos dos hombres superados en sus estratagemas.

-Señor obispo, puedo asegurarle que no estoy embrujado por lady Mallory -habló entonces Hugh-. He pasado casi dos meses en su compañía y conozco sus defectos. Es una mujer arrogante y tozuda en sus opiniones y en el modo en que lleva sus asuntos. Pero tales defectos no la convierten ni en una bruja ni en asesina. No voy a permitir que dicte los términos de ningún contrato que podamos firmar ambos, pero creo en su inocencia y en su virtud, y dudo que ningún hombre de esta sala no considere que es una mujer muy bella. Cualquier hombre estaría orgulloso de tenerla como esposa.

-Y cuando uno añade riqueza y belleza, el resultado es una combinación irresistible -sentenció el rey con voz cavernosa-. No veo brujería en esto. Comprendemos su deseo de esposarse con esta mujer, lord Hugh, si está usted seguro de que no va a correr la misma suerte que sus predecesores.

El rey alzó una ceja y Hugh se limitó a hacer una reverencia a modo de respuesta.

El rey volvió a acariciarse la barba y se hizo un tenso silencio en la sala a la espera de la sentencia. Por fin, se pronunció en un tono casi reflexivo, como si, en realidad, planteara una pregunta:

-Así pues, parece que debemos considerar a esta mujer inocente de todas las acusaciones.

Un rumor imperceptible recorrió la sala, como un suspiro colectivo. Hugh era consciente de que tenía la boca muy seca y el cuello muy tenso, tan rígido e inmóvil había esperado la resolución. Él había ganado; ¿o no?

-Lady Guinevere; ¿qué contesta a la propuesta de lord Hugh? -repitió Enrique volviendo a dirigir su mirada hacia ella, sentada muy pálida e inmóvil.

Estaba conmocionada. Sus emociones se agitaban en un torbellino vertiginoso. El alivio por el indulto era tan intenso que no le permitió ni pensar ni hablar con coherencia. Se esforzaba por comprender lo que había dicho Hugh. ¿Por qué la salvaba? Había mentido por ella. Aquel hombre honrado, de principios muy rígidos y con un sentido del honor exageradamente pronunciado, había mentido para salvarla. Y Guinevere sabía que él no estaba convencido de su inocencia; sabía que, incluso cuando estaban compartiendo ese amor suyo tan maravilloso, Hugh dudaba de ella.

Sus pensamientos dieron un vuelco imprevisto y no se dio cuenta de que estaba mirando inexpresivamente al rey. Hugh la había salvado porque quería su riqueza. Lo

había dicho. Había afirmado que no le permitiría redactar ningún contrato. Él pondría las condiciones. Se casaría con ella y la salvaría de la muerte a cambio de su independencia.

Pero ¿qué otra opción tenía? Solamente Hugh podía salvarla. La elocuencia de Guinevere y los argumentos legales no servirían de nada. Sin embargo, Hugh de Beaucaire estaba muy bien considerado y su honestidad era tanta que nadie osaría dudar de su declaración.

Se casaría con ella y la salvaría de la muerte a cambio de su independencia.

-Señora, parece que se hubiera tragado la lengua -la reprendió el rey, algo impaciente ya y nada divertido.

¿Qué otra opción tenía? Guinevere se obligó a poner orden a sus pensamientos. Se levantó lentamente.

-Alteza, la oferta de lord Hugh me ha dejado aturdida. Por favor, perdóneme si mi silencio le ha molestado. Estoy muy agradecida.

-Eso sí que es hablar bien -asintió el rey, sonriendo satisfecho. Cuando se mostraba generoso y compasivo, le parecía que el mundo era un lugar agradable y disfrutaba empleando su poder para hacer felices a los demás. Le caía bien esa mujer y se acordaba de sus hijas, unas niñas tan dulces y bien educadas. Y le gustaría que lord Hugh obtuviese alguna recompensa material, sobre todo si no tenía que proceder del bolsillo del rey. Sí, era muy agradable utilizar su poder con buenos propósitos-. Así pues, ¿acepta la oferta de matrimonio?

Hugh aguantó la respiración. A pesar de lo dicho por Guinevere sobre la gratitud que sentía, no estaba seguro de que aceptara la salida que acababa de ofrecerle. En ocasiones, Hugh creía que Guinevere era la mujer más tozuda que jamás había conocido. Pero estaba seguro de que su inteligencia, su instinto de supervivencia y el temor por lo que pudiera ocurrirles a las niñas harían que lo aceptara.

-Sí, alteza -respondió Guinevere en un tono de voz muy claro y firme.

Hugh volvió a respirar. Enrique dio unas palmaditas, se levantó del sillón y se quedó parado un momento para comprobar si en la pierna ulcerada le daban punzadas, y al no notar dolor, anunció sonriente:

-La boda se celebrará dentro de dos días en la capilla de Hampton. La reina estará encantada de asistir. -Una boda alegraría a Jane. Lo preocupaba el hecho de que su avanzado embarazo estuviera deprimiéndola-. Dos días serán suficientes para redactar los contratos. -Se volvió hacia el consejero real-. Thomas, usted se ocupará de que todo esté en los términos correctos. -y salió de la Cámara Estrellada, con la capa corta que colgaba de sus anchos hombros balanceándose con cada uno de sus pasos.

Los caballeros de la sala se habían levantado con el rey y permanecieron con la cabeza descubierta hasta que un ujier cerró la puerta.

El consejero real miró a Guinevere, que permanecía muy pálida en su asiento y le dijo:

-Parece ser, señora, que ha gozado usted del favor del rey. Se le perdona la vida. -y añadió moviendo los labios imperceptiblemente cuando inclinó la cabeza sobre los papeles que tenía encima de la mesa, de modo que sólo el obispo oyó el comentario-: De momento.

Hugh bajó de la grada al centro de la sala y le hizo una reverencia a la inmóvil Guinevere.

-Señora, esto ha terminado. Si quiere acompañarme...

Fue una orden expresada en broma y Guinevere la interpretó en su justa medida. Inclinó la cabeza en reconocimiento y echó a andar delante de él hacia la puerta de la sala sin mirar ni una sola vez a sus acusadores, que permanecían de pie.

El consejero real miró al obispo Gardiner cuando los caballeros de la sala empezaron a salir después de la mujer exculpada.

-Es culpable -afirmó el obispo hablando entre dientes-. Puedo oler a una bruja desde lejos. Ha hechizado a Hugh de Beaucaire del mismo modo que hechizó a sus anteriores esposos.

-Lo dudo, señor obispo -replicó Cromwell pensativo-. Es una mujer lista y muy guapa. Pero no es una bruja, sino una abogada astuta. Y tal vez una asesina. -Se encogió de hombros-. Pero ¿qué más da? De todas formas, le sacaré lo que necesito de ella.

El obispo lo miró con dureza.

-¿Cómo, Thomas, ahora que el rey la ha perdonado?

El consejero real sonrió fugazmente y contestó con una de sus expresiones preferidas.

-Hay muchas maneras de hacerlo, obispo Gardiner.

Guinevere permaneció en silencio mientras recorría junto a Hugh los patios y pasillos del palacio de Westminster y se dirigían luego al embarcadero. El débil sol de finales de septiembre estaba en lo alto, ese mismo sol que apenas asomaba en el horizonte cuando Guinevere se despertó esa misma mañana y vio que estaba sola en la cama de Hugh, con los recuerdos del amor que habían compartido grabados en su piel, manifestándose en la lasitud de los músculos.

Las niñas dormían profundamente, gracias a la belladona, cuando Hugh y Guinevere salieron hacia Westminster. Guinevere les había dado un beso a cada una guardándose para sí la silenciosa agonía. Esa imagen hizo que, involuntariamente, acelerara el paso para poder verlas cuanto antes, para abrazarlas, para asegurarles que ya no tenían nada que temer, que todo volvía a ir bien. Si el precio que tenía que pagar por ello era casarse con Hugh y perder su independencia, lo pagaría y ocultaría su furia y su resentimiento por los trucos empleados por Hugh. Sabía que Hugh no privaría a las niñas de sus dotes por mucho que disfrutara haciéndole a ella depender de sus buenos deseos y su caridad.

Hugh le ofreció la mano para ayudarla a subir a la barca que acudió a su llamada en el embarcadero. La mano de Guinevere, enfundada en el guante, apenas rozó la suya cuando ella subió a bordo y fue a sentarse en el banco. Hugh se sentó enfrente, también en silencio y dándose distraídamente golpecitos en la palma de una mano con el dorso de la otra.

Los dos barqueros agarraron los remos y empujaron con fuerza la embarcación en dirección a Blackfriars. Guinevere levantó el rostro hacia el sol. Aspiró profundamente la mezcla de olores que provenían del río y de los terraplenes de cada orilla; el olor procedente de los arroyos residuales, a verdura podrida y carne putrefacta, a desechos fecales de los ciudadanos, el olor del cieno verde del río, el de los peces y el del fango. Y, ocasionalmente, llegaba un olorcillo a masa fresca cuando algún vendedor ambulante pasaba por la ribera con sus bandejas de pasteles y pan. Se detectaba también el leve aroma de las últimas rosas del verano de algún que otro jardincillo que llegaba hasta el borde del río. Los colores eran más vivos y más claros de lo que Guinevere recordaba. Los ruidos de la ciudad le sonaban a música, y los olores, tanto los malos como los buenos, le eran tan preciados que no dejaba de respirarlos intensamente, llenándose de aire los pulmones. Estaba viva y era libre.

Hugh la observaba, adivinando con bastante precisión sus pensamientos. Guinevere no tardaría mucho, en cuanto la primera sensación de alivio hubiese pasado,

en querer saber por qué razón Hugh había mentido por ella. Y no estaba seguro del porqué, pues, hasta que él mismo no empezó a hablar, no supo que la exculparía. Lo había conmovido la autodefensa de Guinevere, sí, pero eso nunca hubiese bastado para que hiciera algo tan poco propio de él como perjurar.

La amaba. La deseaba. Sentía una intensa e insoportable pasión por ella. Pero no estaba convencido de su inocencia. Y, a pesar de ello, había mentido para salvarla.

Por supuesto, estaba el dinero. ¿Acaso sus motivos habían sido puramente materiales? No le gustaba pensar eso. Lo que había estado reclamando lo quería para Robin, y de todas formas lo hubiera conseguido, pues entre el consejero real y Hugh siempre había estado claro que esas tierras serían suyas a cambio de entregar a lady Mallory. Ahora bien, exigiría mucho más en los acuerdos matrimoniales; exigiría los acuerdos habituales, mediante los cuales la mujer deja sus posesiones en manos del esposo.

No pretendía convertir la vida de Guinevere en una vida miserable, pero no estaba dispuesto a aceptar dócilmente cualquier acuerdo legal o económico que Guinevere quisiera. Él no era ningún desgraciado atrapado en las redes de una mujer inteligente. Guinevere tenía que entender que iba a ser un esposo bastante distinto a los anteriores.

La riqueza de Guinevere aseguraría que Robin ocupara su lugar en un mundo que le proporcionaría ciertas ventajas y le acarrearía más riqueza por derecho. El hecho de que Hugh amara a Guinevere no significaba que ella pudiera tratarlo sin miramientos, así que él iba a sacar más provecho de aquel acuerdo que el solo disfrute de una vida conyugal apasionada y cariñosa. Estaba en su derecho, tanto legal como moral, de hacerlo.

La barca llegó a Blackfriars y Guinevere descendió a la orilla por sí sola mientras Hugh pagaba a los remeros. Se quedó mirando el embarcadero lleno de gente, de nuevo muy consciente de que estaba viva. Oyó la voz aguda de Pippa en su mente y la menos estridente de Pen y, sin esperar a Hugh, enfiló la calle ya familiar que entre casitas conducía hasta la casa de éste.

Hugh apretó el paso detrás de ella. Comprendía las prisas de Guinevere. La alcanzó antes de que llegara a las puertas de la casa y le puso una mano en el brazo.

-Guinevere.

Ella se detuvo, asombrada al oír su voz tras aquel largo silencio.

-Hablaremos cuando estemos a solas -dijo ella-. Debo ir a ver a mis hijas.

Hugh dejó caer su mano. Sólo había querido establecer un poco de contacto íntimo antes de que las niñas acapararan toda la atención; necesitaba captar los sentimientos de Guinevere hacia él. Pero, comparadas con las necesidades de sus hijas, las necesidades de Hugh no eran importantes, y así lo entendía él. Asintió rápidamente con la cabeza, pero se metió una mano de Guinevere bajo el brazo para de ese modo recorrer juntos el camino de entrada.

Abrió la puerta él mismo y retrocedió un paso para dejar que Guinevere fuera la primera en pasar al recinto cuadrado. Ella entró y se detuvo para acostumbrar los ojos a la penumbra del interior, cegados por la brillante luz del exterior.

-¡Mamá! ¡Mamá! -Pippa se bajó del asiento junto al fuego donde estaba acurrucada con su gatita, que cayó de su regazo al echar a correr la niña hacia su madre-. ¡Pen..., Pen..., mamá está aquí! ¡No la han encarcelado! -Estas últimas palabras apenas se oyeron porque Pippa hundió su rostro en las faldas de su madre.

En silencio, Guinevere se agachó y alzó a su hija en brazos. La estrechó con fuerza y presionó su rostro contra la cálida mejilla de la niña, le acarició la espalda, tanteó el tamaño infantil del cráneo, se embebió del dulce olor a vainilla que desprendía su hija.

-Todo está bien, pequeña -susurró-. No debes preocuparte por nada. Pen, con el rostro asustado y los ojos hinchados, estuvo a punto de caerse por la escalera al apresurarse por correr hacia su madre. Le rodeó la cintura con los brazos y Guinevere se arrodilló y dejó a Pippa en el suelo para poder abrazarlas a las dos.

-Todo irá bien -repitió en voz baja, con lágrimas en las mejillas y un nudo en la garganta mientras abrazaba a sus pequeñas y recordaba lo cerca que se había encontrado de no volver a hacer aquello jamás, lo a punto que había estado de no llegar a ver cómo crecían, de no oír sus risas, de no poder consolarlas nunca más.

No tenía que pensar así. No debía derrumbarse. Y menos después de haberse mostrado tan fuerte antes.

Pero se veía superada por la alegría y el alivio después del terror que había pasado.

-¿Por qué lloras, mamá? No llores. -Pen le secó las lágrimas a su madre, que ya caían sin cesar-. ¿Estás enferma, mamá?

-Has dicho que todo está bien -razonó Pippa, dándole besitos en la mejilla, intentando ocultar su propia angustia-. Por favor, no llores.

-Lloro de felicidad -les explicó Guinevere, secándole a Pippa los ojos con el dorso de la mano enguantada-. Necesito un pañuelo.

-Toma. -Hugh se inclinó ofreciéndole el suyo.

-Gracias. -Guinevere se secó las lágrimas antes de soltarse suavemente de las niñas y volver a levantarse-. Nunca había llorado -se disculpó en voz baja-. Hasta ahora no había llorado nunca.

-No, ya lo sé. -Hugh le rozó brevemente la mejilla húmeda con una mano.

Guinevere no rechazó ese fugaz gesto de cariño, pero tampoco se lo devolvió, ni con la mano ni con la mirada, a pesar de que sabía que Hugh estaba siendo sincero, pues todavía tenían mucho por resolver antes de echarse agradecida en sus brazos. Se dio cuenta entonces de que Tilly, el tutor, Greene y el señor Crowder estaban también en la sala un poco alejados y con una expresión tensa e interrogativa. Fue hacia ellos con los brazos extendidos.

-Amigos míos -les dijo con ternura, y fue estrechándoles uno a uno la mano tomándola entre las dos suyas.

-¿Está todo solucionado, querida? -preguntó Tilly.

-Hay algunos problemas, pero todo está solucionado -los tranquilizó Guinevere-. Y todos os quedaréis conmigo y con las niñas, si así lo queréis.

-No diga tonterías -soltó bruscamente Greene-. Nosotros iremos a donde usted vaya, señora.

-Gracias. Ahora os necesito más que nunca.

Les dedicó una sonrisa y se volvió hacia las niñas mientras Crowder y Greene abandonaban la sala. El tutor y Tilly se quedaron allí, dubitativos, en la penumbra junto a la escalera.

Pen y Pippa miraban a su madre algo asombradas y serias.

-Estás contenta porque todo se ha solucionado -afirmó Pen-. Por eso llorabas.

-Sí, querida, por eso.

-Me alegro de que todo se haya solucionado, señora -la felicitó Robin con una seriedad que ocultaba sus sentimientos.

Había permanecido en la oscuridad observando el reencuentro. Era consciente del enorme alivio que sentía porque su padre se las hubiera apañado para desviar el curso de la justicia en favor de lady Guinevere. No tenía ninguna duda de que era su padre quien lo había solucionado todo.

-Gracias, Robin. -Guinevere se volvió hacia el chico sonriéndole con cariño y le dio la mano.

Le parecía que Robin sabía más acerca de la gravedad del asunto de lo que le había confesado a Pen. Le estrechó la mano durante más rato del necesario, transmitiéndole una cordialidad especial. Aunque Hugh besara a Pippa con absoluta naturalidad, Robin se hubiese sentido violento ante una demostración similar de afecto, a pesar de que Guinevere estaba a punto de convertirse en su madrastra.

Robin crispó los dedos y ella le soltó la mano inmediatamente. Sin dejar de sonreírle, le retiró un mechón de cabello de la frente en un gesto que únicamente podía interpretarse como maternal. Guinevere esperó a que Hugh dijera algo.

Pero siguió callado. Así que habló ella:

-Voy a casarme.

«Es el precio que tengo que pagar por mi libertad», pensó, aunque no lo dijo. Se agachó y les dio un beso en la cara a sus hijas, que estaban asombradas.

-¡Otra vez! -exclamó Pippa, sin ocultar su horror-. ¡El último fue horrible! ¿Por qué te casas, mamá? ¡No queremos otro padre! ¿Verdad, Pen?

Pero Pen se mantuvo en silencio, mirando a su madre.

-Los padrastros -continuó Pippa- son malos. Gritan y lanzan cosas. No queremos otro, mamá. Queremos volver a casa y que todo siga como antes.

-¿Me aceptarías como padrastro, Pippa? -le preguntó Hugh con una ceja alzada.

-¡Usted! -se sorprendió Pippa-. ¿Usted, lord Hugh?

-Sí -asintió en un tono tranquilo-. Vuestra madre ha aceptado convertirse en mi esposa. Y yo no suelo gritar ni lanzar cosas.

Pen tenía la vista clavada en el rostro de su madre con una intensidad casi dolorosa, como si sospechara por qué tortuosos caminos se había llegado a aquella repentina decisión.

Guinevere le sonrió y asintió brevemente con la cabeza en un gesto tranquilizador.

-Tal vez no, señor, pero no le gustan los gatos -razonó Pippa-. ¿Qué haremos con Pamplinas y con Nuez Moscada cuando tengan crías, si vive usted con nosotras?

-Supongo que eso es inevitable -comentó Hugh y suspiró en broma-. Bueno, cuando ocurra haréis lo mismo que habéis venido haciendo. -Su tono era suave y despreocupado-. Si los mantenéis alejados de mis pies, no veo por qué razón no podemos convivir felizmente.

Pippa asimiló aquellas palabras. Miró a su hermana y vio que, aunque seguía pareciendo desconcertada, estaba menos nerviosa y descontenta, y eso fue suficiente para que decidiera que tal vez tan extraños acontecimientos no fueran malos en realidad.

-Entonces supongo que está bien -admitió con sensatez, y añadió-: Aunque no le gusten los gatos. ¿Regresaremos a Mallory Hall? -Tiró de las faldas de su madre-. ¿O nos quedaremos aquí? Pen y yo queremos volver a casa, ¿verdad, Pen? -Se giró hacia su hermana para que le diera la razón.

-Todavía no lo hemos decidido -respondió Guinevere antes de que Pen pudiera contestar a su hermana, y miró a Hugh por primera vez con un punto de desafío. Él se lo agradeció con un leve movimiento de cabeza. Pronto llegarían a un acuerdo.

Robin no había dicho nada y miraba a Pen. Si iba a ser su hermanastra no podrían pasear agarrados de la mano por la orilla del río ni hacer ramos de flores los dos juntos ni...

Miró a su padre y vio su sonrisa comprensiva.

-Las hermanas son las mejores amigas, Robin -le indicó Hugh.

Pen, que por un momento pareció alarmada, en seguida se ruborizó al comprender el significado de lo que acababa de decir Hugh. No se le había ocurrido pensar en las consecuencias que el matrimonio de sus padres tendría para ella y para Robin. Miró

tímidamente a Robin, sin saber bien qué pensaba ella misma de todo aquello y preguntándose qué pensaría Robin. El chico no la miró, así que ella apartó la vista.

Pippa frunció el ceño, pero de repente se le iluminó el semblante.

-¡Oh! Ya lo entiendo. Si Pen y el chico Robin son hermanos no pueden gustarse. -Volvió a fruncir el ceño-. Eso no es justo.

-No nos importa -aseguró Robin.

-No -se mostró de acuerdo Pen, agarrando a su madre de la mano-. No nos importa.

-¡Oh! -Pippa se disponía a preguntar cómo era posible que una persona afirmara que amaba a alguien y al cabo de un momento dijese que no la amaba, pero algo le indicó que no era el momento adecuado para formular aquella pregunta.

-Será estupendo tener un hermano -le aseguró Guinevere a Pen acariciándole la mejilla-. A mí siempre me hubiera gustado tener uno.

Pen no parecía muy convencida, pero logró esbozar una sonrisa tímida.

-Tenemos motivos para celebrado -intervino Hugh-. Creo que nos merecemos una buena comida. Robin, ¿puedes ir a dar las órdenes al señor Milton?

-Pen y Pippa te acompañarán -decidió Guinevere, poniéndoles una mano en el hombro a las dos niñas-. Creo que el señor Crowder debería opinar... -Dudó un momento y prosiguió-: Debería contribuir a la celebración, ¿no cree, lord Hugh? -Levantó una ceja-. Si vamos a unir los miembros del servicio debemos encontrar la forma de que compartan las responsabilidades domésticas.

Hugh frunció el entrecejo. Guinevere, por supuesto, conservaría a sus sirvientes de toda la vida, y dos mayordomos bajo el mismo techo podía resultar problemático.

-Habrá tiempo de discutir estos detalles -sugirió en tono conciliador-. Milton y Crowder parecen haberse llevado bastante bien hasta ahora.

-Por supuesto, pero el señor Crowder entendía su posición como invitado en esta casa -señaló Guinevere-. Eso tiene que cambiar.

-Como he dicho, hablaremos de los detalles más adelante. Robin, por favor...

El chico hizo una reverencia y se volvió para dirigirse a la cocina. Guinevere les dio un empujoncito a las niñas para que lo siguieran y se fueron medio dubitativas, medio de buen grado.

Tilly se acercó.

-De modo que habrá otra boda, querida -observó mientras miraba a lord Hugh sin expresión alguna en el rostro. Maese Howard también se acercó.

-¿Tenemos que preparar el contrato, señora? -preguntó.

Al oír la pregunta, Guinevere adivinó que su tutor y mentor había imaginado lo que ocurría.

-Sí -le contestó-. Estoy segura de que lord Hugh tendrá su propio abogado. Nos reuniremos todos.

Miró a Hugh y vio un brillo de diversión en sus ojos, lo que le hizo comprender que él no estaba dispuesto a responder a su reto, porque no lo necesitaba. Hugh tenía la sartén por el mango y sabía que ella era consciente de la situación.

-Nos reuniremos todos -repitió Guinevere.

-Sí -asintió Hugh-. Avisaré al señor Newberry. ¿Le iría bien mañana por la mañana, señora?

-Por supuesto. -Le hizo una inclinación de cabeza-. Usted decide, lord Hugh. Estamos en su casa.

Hugh se echó a reír del mismo modo que lo había hecho en la Cámara Estrellada y a Guinevere le dio un vuelco el corazón.

La fascinaba esa risa porque no era de burla, en absoluto, sino más bien como si Guinevere hubiera dicho una broma que a él le hiciese mucha gracia, una broma privada que sólo entendían ellos dos. Se encogió levemente de hombros.

-Y ahora, si me perdona, lord Hugh, me gustaría ir a mi habitación. Entre una cosa y otra ha sido una mañana muy agotadora.

-Por supuesto. -Hugh la saludó con una reverencia-. Comeremos a las dos en punto. Ya sé que es un poco tarde, pero, si vamos a disfrutar de algo un poco más elaborado, debemos dejar tiempo en la cocina para que lo preparen.

Guinevere asintió con la cabeza y echó a andar, al tiempo que decía:

-Tilly, maese, si quieren acompañarme...

-¡Ah! Otra cosa -añadió Hugh cuando Guinevere llegó a la escalera, lo que la hizo girarse con la mano ya en la barandilla-. Agradecería que usted y maese Howard prepararan una lista completa de las propiedades antes de nuestra reunión de mañana. Tengo alguna idea de su alcance, pero estoy seguro de que hay cosas que desconozco. -Sonrió afablemente, como si su petición no tuviera mayor importancia.

-Las tierras que poseo son de dominio público -arguyó Guinevere en tono distante.

-Ya, pero yo tendría que hacer de nuevo el viaje a Derbyshire para utilizar los registros -replicó Hugh con la misma sonrisa afable de antes-. Es un viaje tedioso. Estoy seguro de que pueden ustedes evitármelo. El rey está ansioso por que se celebre la boda en dos días y, para entonces, debemos haber firmado los contratos de matrimonio y tenerlos sellados. Dudo que nos permita retrasarnos. Es un hombre muy voluble.

Quedaba claro que se trataba de una amenaza. Guinevere sabía que Hugh decía la verdad, pero también le estaba recordando lo endeble que era su indulto mientras no se hubiese celebrado la boda. ¡Como si ella necesitara que se lo recordasen! Se limitó a hacer una cortés inclinación de cabeza y continuó subiendo la escalera, con Tilly y el tutor detrás.

-De modo que habrá otra boda -repitió Tilly cuando estuvieron en la habitación de Guinevere. Sacudió la cabeza-. Esperemos que éste vaya mejor que los demás. Pero... -añadió, ya más animada y con absoluta franqueza-, como ya has estado en la cama de lord Hugh, supongo que sabes lo que haces.

El tutor jugueteó incómodo con los lazos de su gorro al oír aquella indiscreción. Una cosa era que Tilly compartiera esas confidencias en privado y otra muy distinta que le hablara a la señora de aquel modo en su presencia. Carraspeó tímidamente y dijo:

-Es una decisión muy precipitada, señora.

-Sí -asintió Guinevere mientras se quitaba los guantes-. Es una decisión a la que me han obligado las circunstancias, como imagino que ya se suponen. Lord Hugh va a obtener un buen premio por salvarme de la muerte. -Guinevere se rió-. ¿Se lo puede culpar? Seguramente, yo haría lo mismo en su lugar.

El tutor hundió las mejillas antes de decir:

-¿Por eso quiere revisar las propiedades?

Guinevere asintió con la cabeza y sugirió:

-Pero, tal vez, lo que usted y yo podemos hacer esta tarde es ver si podemos dejar algo fuera de su control. La tierra sujeta a vínculo, por ejemplo, o la que me pertenece en vida y, por lo tanto, no se encuentra a mi disposición.

-Y las propiedades que a la señorita Pen y a la señorita Pippa les dejó lord Hadlow -agregó el tutor, que empezaba a entrar en el juego-. Seguramente podríamos ampliarlas con algunos de los terrenos vecinos a Ilkeston. En el testamento de lord Hadlow no se especifica, aunque yo creo que es posible la argumentación porque son colindantes. -Se acarició el mentón, al tiempo que se succionaba las mejillas-. ¿Lord Hugh no se inmiscuirá en la herencia de las niñas? -La miró interrogativamente.

Guinevere negó con la cabeza.

-Lord Hugh no haría nada que pudiera perjudicarlas -contestó. Y tampoco haría nada que pudiera perjudicarla a ella, salvo herirla en su orgullo.

En un principio, le reclamaba una parte de sus propiedades y ahora tenía la oportunidad de reclamar mucho más que las tierras que quería para Robin. Él lo consideraría simplemente un pago por los servicios prestados, suponía Guinevere, y ella tendría que tragarse el orgullo. Dada su posición, el orgullo no era un lujo que pudiera permitirse. Pero le dolería verse obligada a abandonar aquello por lo que tanto había luchado, primero para ganarlo y luego para mantenerlo y mejorarlo, y acabar entregándoselo a alguien que no había hecho nada por ello, que simplemente lo reclamaba por convertirse en su esposo.

¡Oh, sí, claro que le dolería! Pero no tanto como el hacha del verdugo, pensó con una siniestra sonrisa perfilándose en sus labios.

20

El señor Newberry era alto y delgado. La capa, de piel marrón, le caía desde los hombros como si estuviera colgada en una percha. Llevaba el sombrero, que era negro y con alas, abrochado firmemente por debajo de la puntiaguda barbilla, y uno de sus dos ojos, ambos de un tono pálido, se movía a voluntad, mientras que el otro permanecía desconcertantemente estático. El hombre tenía el aspecto de no haber tomado una comida decente en un mes.

Hizo una reverencia en cuanto Guinevere entró en la sala a la mañana siguiente, acompañada del tutor.

-Señora, la felicito.

-Muchas gracias, señor... -Guinevere dudó-. Señor Newberry, creo.

-Exacto, señora.

-Permítame que le presente a maese Howard. Hace mucho tiempo que trabaja como mi asesor.

Los dos hombres se saludaron con una leve inclinación de cabeza que no ocultó su mutua desconfianza.

Hugh entró en la sala proveniente de la parte trasera de la casa. Había estado montando a caballo y traía en la piel el aire fresco de la mañana. Llevaba la cabeza descubierta y el corto cabello algo despeinado por el viento.

Se quitó los guantes, los dejó caer en un banco junto a la puerta de la cocina y saludó amablemente a los tres presentes en la sala:

-Buenos días..., lady Guinevere, maese, señor Newberry...

Le lanzó a Guinevere una mirada estimativa. Se había pasado toda la noche esperando que ella acudiera, como lo había hecho con anterioridad, pero finalmente durmió solo, a solas con sus sueños.

Pero a partir del día siguiente..., bien, pues, a partir del día siguiente, como esposa suya tendría que compartir cama con él.

Guinevere tenía un aspecto frío con su vestido gris pálido de seda. La caída de la capucha de color azul oscuro la llevaba sujeta para mostrar la elegancia de su blanco cuello, alrededor del cual colgaba un collar de magníficas perlas. Tan alta y esbelta, con el cutis de porcelana, parecía que nada pudiera alterar su compostura ni hacerle dar un paso en falso o decir algo fuera de lugar. Si Hugh no la conociera, habría asegurado que por esas venas corría agua helada, ya que nada indicaba que bajo aquella piel tan pálida había sangre caliente.

Le entraron ganas de desatarle la capucha, deshacer las trenzas y enredar los dedos en la melena desparramada por la espalda. El deseo era tan intenso que pensó que tal vez era capaz de proyectarlo en la mente de Guinevere, pero Guinevere no dio muestras de recibirlo y se limitó a ofrecerle una media sonrisa fría y enigmática.

Él no sabía que Guinevere había permanecido despierta gran parte de la noche llena de deseo, obligándose a no moverse de su cama, y consciente, como siempre, de que mientras tuviera que seguir peleando con él no podía permitirse quedar debilitada por la pasión. Además, había tomado la decisión de discutirle los acuerdos matrimoniales. Si Hugh intentaba robarle, ella no iba a hacer de cordero dispuesto para el sacrificio.

-Sentémonos a la mesa. -Hugh señaló con un gesto la larga mesa del comedor.

Avanzó unos pasos y tomó asiento a la cabecera. Guinevere y el tutor se sentaron a su derecha y el señor Newberry a su izquierda.

-¿Ha confeccionado una lista con sus propiedades? -le preguntó Hugh a Guinevere.

Ella señaló al tutor, que puso sobre la mesa un pergamino escrito con letra apretada. Hugh lo tomó y lo repasó por encima. De hecho, no encontró nada que lo sorprendiera. El consejero real tenía información de la riqueza de la viuda y de las tierras en las que se basaba, y Hugh se había familiarizado con todo aquello antes de conocer personalmente a lady Mallory. Lo que le interesaba era saber si habían amañado la lista, si habían caído en la tentación de ocultarle alguna de las propiedades.

-¿Y esta tierra cedida a las niñas a la muerte de su padre? -murmuró, lanzando una mirada a Guinevere-. No recuerdo que tanto terreno en los alrededores de IIkeston formara parte de ella.

-¿No? -se limitó a decir Guinevere, y volvió a quedarse callada. Hugh no pudo sino admirar el temperamento de aquella mujer. Observó que las minas de plomo de Brassington figuraban como propiedad de Guinevere únicamente mientras ella viviera. Eran unas minas muy ricas y, desde luego, no había visto consignada aquella salvedad en el expediente del consejero real. No tenía manera de demostrar la verdad sin acceder al registro público de Derbyshire. Si aquello era cierto, la propiedad no podía formar parte de los acuerdos matrimoniales, puesto que en realidad no le pertenecían a ella. Por supuesto, ése había sido precisamente su argumento para reclamar la tierra de Roger Needham. Si no era cierto y él aceptaba la mentira, Guinevere podría disponer de esas tierras sin que Hugh se enterara o tuviera derecho a inmiscuirse. Volvió a mirarla, dando golpecitos con el extremo de la pluma sobre el punto conflictivo y pensando en que sería muy típico de Guinevere darle la vuelta a los argumentos de Hugh y utilizarlos en contra de él. No daba ninguna muestra de sentirse incómoda y se limitaba a mirarlo con cierto aire de serena indiferencia. Hugh miró a maese Howard y vio que tenía la mirada perdida y las mejillas hundidas. Era una pareja muy lista. Llevaban colaborando tanto tiempo en los asuntos de Guinevere que no era sorprendente que se mostraran tan fríos.

-He aquí mi propuesta -planteó Hugh de pronto-. Pasarán a ser inmediatamente de Robin las tierras que se encuentran entre Great Longstone y Wardlow y pertenecieron a nuestra familia.

Guinevere no esperaba menos, de modo que se limitó a asentir con la cabeza. El señor Newberry se puso a escribir. Maese Howard anotó algo. Hugh prosiguió:

-Las niñas continuarán poseyendo la propiedad que les cedió su padre para que constituyan su dote, incluidos los terrenos vecinos a IIkeston que no aparecían en los documentos originales. -Hugh se encogió de hombros, ya que, al fin y al cabo, esa pequeña desviación carecía de importancia-. Las demás tierras, menos Mallory Hall y las minas de Brassington, me serán cedidas a mí, el esposo, es la costumbre. -Siguió

hablando aunque advirtió que Guinevere tomaba aire bruscamente-: Cuando usted muera, las niñas recibirán la mitad de estas propiedades. A mi muerte... -Vio la cara de estupefacción de Guinevere y prosiguió, poniendo más énfasis-: En caso de que yo falleciera antes que usted, a mi muerte, mi hijo recibirá la otra mitad. Si tuviéramos hijos de nuestro matrimonio, se establecerá una parte proporcional y equitativa de todas las propiedades en el momento de su nacimiento.

Guinevere se esperaba lo peor, pero en su interior albergaba la esperanza de que, si bien Hugh se quedaría con algo a modo de retribución, sus sentimientos por ella actuarían de freno a sus exigencias, pues él sabía lo importante que era para ella su independencia.

En sus momentos más optimistas se había imaginado la vida de color de rosa, viviendo juntos y compartiendo amigablemente lo que ella poseía, y tal vez participando él a su lado en la administración de los bienes. A eso, Guinevere podría haberse acostumbrado.

Pero Hugh la defraudaba haciendo realidad las peores predicciones. Le arrebataba toda su independencia. Y eso Guinevere no podía permitirlo. Todas sus buenas intenciones de tragarse el orgullo desaparecieron en el acto. No iba a tolerar un robo tan manifiesto.

-¡Todo! -exclamó, extremadamente pálida y resplandeciéndole el tono púrpura de los ojos-. ¿Está sugiriendo que va a robarme todas las tierras?

Un atisbo de ira cruzó el semblante de Hugh.

-No es un robo, señora. Voy a ser su esposo y un acuerdo como éste es completamente legal y habitual. Sé que siempre ha hecho usted las cosas de otro modo en sus anteriores enlaces, pero no renunciaré a mis derechos simplemente porque otros hombres lo hayan hecho. No le faltará de nada, se lo aseguro, y las niñas tienen más que cubiertas sus necesidades. A ellas no les quito nada y a usted la dejo como única dueña de Mallory Hall. Creo que, dadas las circunstancias, soy muy razonable.

-Usted no ha hecho nada para merecer este acuerdo -replicó Guinevere-. Las propiedades y los terrenos valen mucho más ahora que cuando llegaron a mis manos porque he trabajado en ellos. Los he administrado y he gastado mucho dinero en mejoras. Y ahora cree usted que puede arrebatármelas.

-Se trata de un acuerdo habitual de matrimonio, señora -apuntó el señor Newberry.

-Sé lo que es habitual y lo que no lo es -le contestó educadamente Guinevere. Se volvió hacia Hugh-: No me parece correcto discutir esto en público. Insisto en que hablemos de ello en privado.

Se puso en pie.

-No hay nada que discutir -alegó Hugh sin alterarse-. Estos términos no son negociables.

-No tengo por qué aceptar el matrimonio -insistió Guinevere.

-En eso tiene razón. -Se levantó de la mesa-. Parece que sí tenemos algo de que hablar. Después de todo, está en su derecho de cambiar de opinión. Hace una mañana muy agradable, ¿le gustaría dar un paseo por el huerto?

-Pasear amigablemente no es la idea que yo tenía -objetó Guinevere.

-Iremos a mi habitación entonces. -Se dirigió hacia la escalera.

-¿Le espero aquí, lord Hugh? -preguntó el señor Newberry.

-Sí. En nuestra ausencia, maese Howard y usted pueden repasar el contrato punto por punto. El tutor tiene que corroborar su legalidad antes de que lady Mallory lo firme.

Guinevere apretó los labios y pasó rozándolo al apartarse él para que se encaminara hacia la escalera. Si había querido mantener la calma y mostrarse todo lo

digna y orgullosa que era capaz, accediendo con generosidad a sus demandas, él se lo había puesto muy difícil.

Hugh se inclinó por encima del hombro de Guinevere para levantar el pestillo de la habitación y le puso una mano en la zona lumbar para indicarIe que entrara. Guinevere se apartó con un respingo y se colocó junto a la ventana.

-Por eso mintió para salvarme -lo acusó con amargura-, para hacerse rico. Tenía mejor opinión de usted. No sabía que fuera tan avaricioso. Desde luego esperaba que me pidiera algo a cambio, pero no que me robara todo lo que poseo. ¡No le consideraba capaz de algo así!

Hugh frunció el entrecejo. ¿Le estaba robando? Por supuesto que no. Guinevere seguiría llevando la misma vida. No perdería nada. Estaba dramatizando la situación.

Lo que sí perdería sería su independencia.

Bien, pero eso tenía sentido, porque la independencia era una cuestión subjetiva. Tendría un esposo, un amante, y sólo en ese aspecto cambiaría su vida. Y ella misma lo comprendería cuando estuviera dispuesta a dejar de lado su orgullo, comprendería que los cambios eran para mejorar, que iba a ganar y no a perder.

Procuró hablar sin exaltarse:

-Guinevere, está exagerando. No tengo ni idea de por qué sus anteriores esposos le permitieron dictar los términos que usted quiso, pero yo no soy como ellos. No soy su esclavo y usted no me va a manejar. Nos casaremos bajo los términos habituales. Las niñas herederán la mitad de las propiedades y mi hijo y yo tendremos la otra mitad. Y usted se quedará con Mallory Hall y dispondrá de esa propiedad a su antojo.

Ella se cruzó de brazos y lo miró en silencio. Podría decirle que, bajo aquellas condiciones, no estaba dispuesta a casarse con él. Y se lo diría si estuviese dispuesta a suicidarse.

Se sentía desamparada, vulnerable. Hasta el momento en que Hugh de Beaucaire entró a caballo en el patio, ella no había conocido jamás aquella debilidad. Pero, desde aquel día, esa fragilidad había sido una compañía constante. Y la sensación de impotencia, de desesperación, se había vuelto insoportable.

Hugh varió el punto de vista, razonando en un tono de voz moderado:

-Piénselo un momento, Guinevere. Si le dejara a usted fijar los términos del contrato, como siempre ha hecho hasta ahora, tendría repercusión la acusación de brujería del obispo Gardiner. Ya puede estar usted segura de que el contrato lo examinará con lupa el consejero real y quizás hasta el rey mismo. Si detectan algo que consideren inconveniente, algo fuera de lo normal, no es necesario que le diga la que pueden organizar con ese pretexto.

-¿Me está diciendo que ésa es la verdadera razón de este atropello? ¿Que no se trata únicamente de su avaricia personal?

Hugh hizo un esfuerzo por controlar su ira:

-Si pensara tranquilamente se daría usted cuenta de que es evidente. Y no vuelva a acusarme de avaricioso. Mi paciencia no lo soportaría.

Guinevere se quedó mirándolo sin decir nada. Él tenía razón y ella debía admitirlo..., aunque sólo fuera para sí misma.

Un momento después, Hugh hizo el siguiente comentario:

-Me parece perfectamente razonable sacar algún provecho material de este matrimonio. No tenía intención de volver a casarme después..., después de lo de Sarah. -Hizo una pausa y añadió, no sin esfuerzo-: Juré protegerme del dolor de sufrir otra pérdida como ésa. -Giró la cabeza, con expresión triste, para eludir la mirada enfurecida de Guinevere.

-Si muero de forma prematura, dudo que lo pase muy mal -le soltó ella en un tono de voz frío-. Una mujer con la que se casa por conveniencia no creo que deje mucha huella en su alma.

Hugh volvió a mirarla y Guinevere comprobó satisfecha que por fin había logrado quebrar su compostura, del mismo modo que él había hecho con ella.

-¡No sea ridícula! -le espetó Hugh-. Sabe perfectamente que la amo. Sólo por dinero no hubiera cometido perjurio en la Cámara Estrellada.

Permanecieron en silencio, mirándose, cautelosos, evaluándose, enfadados, no queriendo retractarse, pero sin querer tampoco dar un paso irrevocable.

-Pero pretende hacerse rico a mi costa -se quejó Guinevere finalmente.

La respuesta de Hugh fue categórica:

-No a su costa. Usted vivirá tan bien como yo. Primero aseguro el futuro de Robin, y luego no veo por qué no voy a disfrutar de la vida cuando la ley, querida Guinevere, me da derecho a vivir como usted, mi esposa, está acostumbrada a hacerlo.

-Y cuando tengamos que dividir las propiedades entre nuestros hijos ¿cómo pretende repartirlas? Algunas, como estoy segura que usted sabe, son mucho más valiosas que otras.

-Examinaremos todas las propiedades y las repartiremos según sus cualidades y con toda la justicia de que seamos capaces -contestó Hugh-. Supongo que en los libros de cuentas se refleja el valor de cada una.

-Por supuesto -confirmó Guinevere, sin ocultar su ofensa ante tal pregunta.

-Y supongo que no intentará desvirtuar el valor de las propiedades. -Hugh la miró con los ojos entrecerrados.

-Si no es usted lo suficientemente astuto para detectar una manipulación de los números, señor, tampoco lo es para administrar una fortuna tan considerable como la que quiere quitarme. Supongo que usted personalmente administrará mis propiedades, ¿no?

-A menos que prefiera seguir haciéndolo usted.

-Comprendo. Es muy amable. El dinero es para usted y el trabajo para mí. Muy considerado. Le felicito, lord Hugh.

De pronto, Hugh se echó a reír. La rapidez y la agudeza del ingenio de Guinevere era algo con lo que podía contarse siempre, por extrema que fuese la situación.

-¡Mire que es usted enrevesada! -Hugh se aproximó a ella y, a pesar de su resistencia, logró abrazarla-. Es como tiene que ser, Guinevere. Aparte de los beneficios que esto me suponga a mí, debe comprender que este acuerdo es políticamente oportuno. Si tenemos que representar nuestros papeles de una forma convincente, las escenas también han de ser aceptables, porque el consejero real no se dejará engañar fácilmente.

Guinevere sabía que tenía que ceder. Al menos Hugh era honesto y decía que la amaba. Tal vez fuese cierto. ¿Lo amaba ella a él? ¿Era el amor lo que creaba ese extraño vínculo entre los dos? Guinevere sentía pasión, y lujuria, desde luego. Incluso en un momento así, furiosa y decepcionada, lo deseaba.

El olor embriagador de la piel y del cabello, la energía de aquel cuerpo contra el suyo, la fuerza de esos brazos que la sujetaban, todo ello la conmocionaba, le aceleraba el pulso y le provocaba en el bajo vientre una calidez lánguida.

Sabía que Hugh era tierno, cariñoso, divertido. Sabía que era severo, juicioso y muy estricto en cuanto a su sentido del deber y del honor.

Había mentido para salvarla.

-Es como tiene que ser -repitió ella, en voz baja, aceptando la derrota.

Hugh le levantó el rostro con las dos manos para besarla. Fue un beso de afirmación, de posesión, de promesa. Y ella pensó que tal vez en la derrota también había victoria. Ya no tenía necesidad de seguir luchando con él y, por lo tanto, no necesitaba resistirse. En el amor los dos eran vencedores.

Cuando Hugh retiró su cabeza y ambos se separaron, Guinevere preguntó:

-Mintió usted por mí. ¿Fue porque cree que no maté a Stephen Mallory?

Él la miró en silencio durante varios segundos eternos antes de preguntar a su vez:

-¿Lo mató?

¿Lo había matado?, se preguntó la propia Guinevere, y frunció levemente el entrecejo. ¿Tuvo la intención de hacerle tropezar? Como siempre, era una pregunta a la que no podía responder. Pero Hugh necesitaba una respuesta.

-No -le contestó.

Y Hugh no la creyó. La había visto fruncir el entrecejo, había notado que dudaba. Pero la suerte estaba echada.

-Ahora eso no tiene importancia -aseguró Hugh encogiéndose de hombros-. No importa si yo creo o no en su inocencia, sino que los demás piensen que creo en ella.

Observó el rostro de Guinevere buscando algún indicativo de que esa falta de convicción la desconcertaba, pues si era realmente inocente sin duda se enfadaría e intentaría convencerlo. Pero ni expresó nada en su rostro ni protesta alguna.

Hugh se dirigió hacia la puerta.

-¿Estamos de acuerdo entonces? ¿Podemos dar por concluido este asunto?

-Parece ser que no tengo otra opción -contestó ella-. Preferiría terminar cuanto antes.

-Yo también. -Le aguantó la puerta abierta para que saliera.

En el piso inferior, Guinevere firmó los papeles sin decir nada. El tutor parecía bastante afligido. Subía y bajaba la cabeza y tenía más aspecto de carpa que nunca. Pero, dado el silencio de su señora, no hizo ningún comentario y el asunto finalizó sombríamente con el único ruido de la pluma raspando sobre el documento.

-Se lo llevaré inmediatamente al consejero real, lord Hugh -prometió el señor Newberry, que espolvoreó el pergamino antes de doblarlo, y a continuación derritió un poco de cera, dejó caer una gota en el pliegue y le pasó el documento a Hugh para que presionara el sello de su anillo en el lacre.

-La ceremonia se celebrará mañana por la mañana en Hampton Court -anunció entonces Hugh-. Han llegado instrucciones del rey hoy a primera hora. La reina estará encantada de asistir.

-Es un gran honor -murmuró el abogado, con uno de sus ojos mirando a un rincón de la sala y el otro al pergamino lacrado y plegado que sostenía en la mano.

-Supongo que sí -concedió Hugh.

-Vamos a ir a la boda, ¿no, mamá?

Todos se volvieron al oír la voz de Pippa. Tras el silencio, aquella voz era tan refrescante como la lluvia después de la sequía.

-¿De dónde sales? -le preguntó Hugh.

-Estaba persiguiendo a Pamplinas y se metió aquí. Sé que dijiste que debíamos dejaros solos, mamá, pero tenía que encontrarla. -Agarró al gatito plateado y miró con preocupación a su madre-. No he oído nada, sólo lo que acaba de decir lord Hugh sobre la boda de mañana.

Guinevere no estaba convencida de creer a su hija. Pippa oía siempre más de lo conveniente. Pero era más sencillo pasar aquello por alto.

-¿Dónde está Pen? -quiso saber.

-Está con Robin en los establos. Robin está limpiando el cobertizo. No quieren hablar conmigo. Tienen secretos. -Puso cara de estar apenada.

-No creo que tengan secretos, cariño. -Guinevere acercó a la niña hasta sus rodillas-. Es que tienen que hablar de algunas cosas.

Pippa asintió con la cabeza y se olvidó de su hermana y de Robin para volver a un tema más importante:

-Vamos a ir a la boda, ¿no?

Guinevere miró a Hugh, que negó con la cabeza.

-El rey no cuenta con niños. Usted y yo somos los únicos invitados a este acontecimiento tan particular.

-Lo siento, pequeña. -Guinevere le acarició una mejilla a Pippa-; Pero no estaremos fuera mucho tiempo.

-Y lo celebraremos cuando regresemos por la tarde -prometió Hugh-. Con un gran banquete de bodas.

Pippa sonrió feliz.

-¡Oh, sí! Pen y yo adornaremos la sala como hacemos en Navidad y en reyes. Y pondremos mazapán en el pastel.

Guinevere hubiera preferido que la celebración fuera un trámite lo más breve posible, como correspondía al espíritu del contrato. Una gran fiesta no figuraba en sus planes, pero, ante la ilusión de Pippa, no fue capaz de negarse.

-Una fiesta pequeña -discrepó.

-Ni hablar -se negó Hugh animadamente-. Se trata de una ocasión para celebrar un gran banquete con un ternero.

-¿Un ternero? -Pippa frunció el ceño-. En la boda de mamá con lord Mallory tomamos pavo real y venado y pescado y todo tipo de dulces. Pero no comimos ternero.

-Me parece que tu madre preferirá hacer las cosas de otra manera esta vez -opinó Hugh.

-Pero habrá música y baile -se entusiasmó Pippa-. En las bodas siempre hay música y baile.

-Ve a decírselo a Pen -le indicó Guinevere, que apartó suavemente a la niña de su lado.

Pippa salió corriendo y la habitación pareció quedarse vacía. El señor Newberry carraspeó y reunió sus papeles.

-Entonces le llevaré esto al consejero real, señor.

Hugh asintió con la cabeza.

-Si hay respuesta, tráigamela en seguida.

-Sí, señor.

El abogado le hizo una reverencia ceremoniosa a Guinevere, saludó con una leve inclinación de cabeza al tutor y se marchó.

-Música y baile -murmuró Hugh-. Tengo que buscar músicos.

-No es necesario -protestó Guinevere-. No es necesario que haya música, no es necesario que haya pavos ni terneros. No veo la razón por la que deba ser un día especial. Podemos dejar que los niños adornen la sala si quieren, pero lo demás no hace falta.

-Al contrario -replicó Hugh con cierto aire malicioso en su mirada-. Es absolutamente necesario. Yo sólo me he casado una vez en toda mi vida. Comprendo que a usted las bodas le parezcan... frívolas, por decirIo así, pero para mí siguen siendo una novedad.

A maese Howard le acometió un repentino ataque de tos. Tras hacer un gesto de disculpa, se marchó a toda prisa con el rostro oculto por un gran pañuelo no demasiado limpio.

-Su sentido del humor me parece un tanto fuera de lugar -reprendió Guinevere a Hugh, que se reía abiertamente-. Ha conseguido su victoria, ¿también tiene que recrearse en ella?

-No sé por qué pero no me siento victorioso -confesó él, sonriente y mirándola con cariño-. Siento placer y un deseo anticipado, y la certeza de que, a partir de ahora, mi vida dejará de ser aburrida. Pero no, no me siento victorioso.

La mirada de Hugh atraía a Guinevere y la invitación resultaba irresistible. Pero retrocedió un paso y levantó ligeramente una mano, como si quisiera protegerse de él.

-Acérquese -le pidió Hugh, y su expresión se había vuelto seria-. Acérquese, Guinevere.

-No -lo rechazó ella, apenas en un susurro-. No. No va a ser todo siempre como usted quiera.

Hugh frunció el entrecejo y sus ojos dejaron de brillar.

-No sólo lo quiero por mí, y usted lo sabe -dijo.

Guinevere lo sabía. No cabía amor en el mundo conflictivo que compartían. Cuando sus cuerpos y sus mentes se unían por el amor, no había lugar para el desacuerdo, para el enfrentamiento. Pero la misma tozudez que hacía fuerte a Guinevere también la alejaba de Hugh. Se dio la vuelta, dispuesta a abandonar el salón.

-¡Por el amor de Dios! ¡Es usted la mujer más obstinada! -la provocó Hugh a su espalda, con la intención de hacerla reaccionar.

Con un pie en el primer escalón, Guinevere le dijo por encima del hombro:

-Apuesto a que aprenderá a vivir con ello, señor.

-Apuesto a que sí -murmuró Hugh.

Guinevere se vistió de negro para la boda mientras las niñas charlaban sentadas en la cama. Su parloteo inocente le servía de bálsamo para tranquilizarla. Por ellas estaba a punto de casarse por antojo del rey en la capilla de Hampton Court. Por ellas había perdido su independencia. Si se obsesionaba con lo injusto de una situación que no se merecía no encontraría nunca la paz. Debía concentrarse únicamente en lo que había ganado, en que había asegurado el futuro de sus hijas.

Hugh llamó a la puerta. Iba vestido con un traje turquesa, afollado de negro y con adorno de armiño. El jubón, acolchado con elegancia, era de terciopelo negro, y las calzas, también de color turquesa, se ajustaban a los músculos de los muslos y las piernas. Se cubría la cabeza con un sombrero de terciopelo, con el ala levantada en un lateral y sujeta con un broche de zafiros.

-¡Oh! ¡Qué elegante! -exclamó Pippa.

-Es verdad -la secundó Pen.

-Muchas gracias, señoritas. -Les hizo una reverencia ceremoniosa, se volvió hacia Guinevere y levantó una ceja-. A lo mejor yo también tendría que haberme vestido para un funeral.

-Soy viuda -le recordó Guinevere.

-Por poco tiempo -observó Hugh-. La barca del rey nos espera.

-¿El rey ha enviado su barca? -se sorprendió Guinevere.

-Bueno, es la de los músicos, pero les dijeron que se detuvieran en Blackfriars a esperarnos. No deja de ser un detalle.

-Estoy abrumada.

Hugh se rió brevemente y comentó:

-Si el rey decide honrarnos con su presencia en la ceremonia, no olvide decirle lo abrumada que está.

-Procuraré recordarlo.

-¿Podemos ir a ver la barca del rey? -preguntó Pippa, saltando de la cama.

-No veo por qué no. Robin puede acompañarnos y regresar luego con vosotras a casa. ¿Está lista, Guinevere?

Guinevere se puso unos guantes bordados con perlas pequeñas e irregulares. Tilly le puso un gabán de terciopelo negro sobre los hombros. Era grueso, cálido y de un negro intenso.

-Ya estoy -dijo Guinevere, y se dirigió a la puerta antes de que Hugh le ofreciera su brazo.

Hugh le indicó a Tilly:

-Mientras estemos fuera, ¿le importaría trasladar las cosas de la señora a mi habitación? Usted sabrá mejor que nadie cómo colocarlo todo. Haga todos los cambios que considere necesarios en mi habitación para que se sienta cómoda.

Tilly asintió con la cabeza.

-Sí, señor.

-No es necesario que hagas ningún cambio, Tilly -replicó Guinevere desde la puerta. ¿Por qué seguía negándose a aceptar el futuro?

-Ya veré, querida -la tranquilizó Tilly-. Déjame a mí.

Cuando se quedó sola, Tilly pensó que no era la primera vez que tenía que hacer algo así, y que a pesar de la reticencia de Guinevere a la boda y de que maese desaprobaba radicalmente los acuerdos, ella se sentía optimista. La señora se había casado ya una vez por amor, y esta vez había elementos que a Tilly le recordaban aquel matrimonio con Timothy Hadlow.

Únicamente esperaba que éste no terminara con una muerte prematura.

21

La reina era una mujer de rostro agradable, tenía veintiocho años y estaba sentada en su gabinete, contiguo a la capilla real de Hampton toqueteando un bolso de tul.

Cuando le presentaron a Guinevere, le sonrió con cariño.

-Lady Mallory, la felicito. Mi esposo, el rey, sabe lo mucho que me gustan las bodas.

-Su alteza es muy amable al honrarnos con su presencia. -Guinevere hizo una reverencia corta-. Sobre todo teniendo en cuenta su estado. -Miró fugazmente al abultado vientre que lucía la reina.

Ella se dio cuenta y se acarició suavemente la tripa con una sonrisa de complacencia.

-Tengo entendido que tiene usted hijos.

-Tengo dos hijas, señora -le confirmó Guinevere.

La reina asintió con la cabeza y afirmó:

-Yo obsequiaré al rey con un niño esta semana.

-El pueblo estará pensando en usted, señora -la confortó Guinevere.

Jane sonrió. Fue la vaga y distante sonrisa de una mujer cuyos pensamientos estaban centrados en la vida que llevaba en su interior.

-Mi hijo llenará de alegría el corazón de su padre -dijo.

-Por supuesto. -Guinevere había dado a luz en tres ocasiones. El niño nació muerto. Las niñas sobrevivieron. Había sufrido dos abortos, ambos durante los primeros meses de embarazo, y se sentía afortunada por ello, pues lo pasó muy mal con lo del niño y eso que nunca llegó a tenerlo vivo en sus brazos. Al ver embarazada a la reina, únicamente podía desearle un buen parto, lo cual le aseguraría la continuación del amor y de la protección del rey.

-Le deseo salud y felicidad, señora -dijo en voz baja.

La reina sonrió.

-Y yo a usted, lady Guinevere -le contestó. Dejó a un lado su bolso y se levantó de la silla con la ayuda de sus damas, que le alisaron la falda y le pusieron un chal encima de los hombros-. Mi capellán oficiará la ceremonia en la capilla. Yo asistiré desde arriba.

Guinevere hizo una reverencia corta y esperó a que la reina y las damas abandonaran el gabinete para ir a la tribuna real, desde donde se divisaba la nave de la capilla.

Hugh no había sido llamado por la reina y esperaba a Guinevere en la capilla, donde no había nadie a excepción del capellán de la reina. Oyó un revuelo en la parte de atrás y, al volverse vio al consejero, con su traje de piel, entrando en la capilla.

-Lord Hugh, por nada del mundo me hubiera perdido esta boda -lo saludó Thomas Cromwell, con una expresión impasible en el rostro y una mirada arrogante, mientras avanzaba por el estrecho pasillo-. Tengo entendido que le ha echado bien el lazo tanto a la viuda como a sus bienes. -Un asomo de sonrisa apareció en sus labios-. Son unos acuerdos dignos del más..., del más avaricioso de los caballeros. Le felicito. Yo no lo hubiera hecho mejor.

Le puso una mano en el brazo a Hugh, que resistió la tentación de dar un paso atrás para evitar el asco que le producía aquel hombre que parecía rezumar una perversa avaricia por todos los poros; pero lo que hizo fue sonreír, agradecer con una reverencia el supuesto cumplido y preguntar:

-No veo al señor obispo. ¿No nos honrará con su presencia?

-Gardiner quiere una bruja -repuso Thomas en tono seco-. Y usted no se la proporcionó, así que ya no está interesado.

-¿Y usted, señor Cromwell? ¿Sigue interesado en la viuda?

Hugh levantó la mirada, como si no tuviera demasiado interés en la respuesta del consejero real y prefiriera en cambio admirar el techo abovedado recientemente instalado por el rey, las bellas molduras, los festones cincelados y dorados y el brillante turquesa tachonado de estrellas de oro.

El consejero real sonrió con frialdad.

-En cuanto la señora deje de ser viuda después de esta ceremonia, lord Hugh, no hay motivos para que yo siga interesado en ella.

Hugh se limitó a alzar una ceja, sin dejar de mirar al techo. Captó un movimiento detrás de una de las ventanas saledizas que daban a la nave de la capilla. Era el aposento privado del rey en la tribuna real, desde donde solía asisitir a los servicios religiosos.

El consejero real siguió la mirada de Hugh y murmuró:

-Vaya, parece que el rey, después de todo, ha decidido asistir. Iré a reunirme con él. -Justo al darse la vuelta para subir a donde se encontraba el rey, entró Guinevere procedente del gabinete de la reina-. Lady Guinevere. -El consejero real hizo una reverencia-. La felicito.

-Gracias, señor. -Guinevere se inclinó brevemente, pero luego su mirada fue fría y desafiante.

El consejero real le sonrió con antipatía. Él estaba acostumbrado a inspirarles a los súbditos del rey miedo y no desafíos. Se despidió de ella con un casi imperceptible movimiento de cabeza, como dándole a entender que aceptaba el reto, y prosiguió su camino.

Guinevere se puso al Iado de Hugh y permaneció callada y quieta y con las manos en su postura habitual, entrelazadas encima de la falda. El capellán pronunció las palabras que los unía y ellos respondieron lo exigido por el ritual. Estuvieron arrodillados durante la misa y, al acabar ésta, se pusieron de pie.

Guinevere ya no era viuda. Permaneció junto a su esposo, incapaz de hablar o de moverse debido al aturdimiento que le producía la rapidez con la que había cambiado su vida. Se fijó entonces en la luz radiante que entraba a raudales por la vidriera del ventanal doble del extremo oriental de la capilla. Iluminaba el perfil de Hugh y le teñía de rosa el lóbulo de la oreja, en cuya base había un pliegue diminuto. Guinevere movió la lengua sin abrir la boca. Y movió los labios. Se imaginó su lengua dándole golpecitos a aquel trozo de piel. Se imaginó su sabor y lo delicado y suave que era, como la piel de un bebé. Se imaginó raspándolo con los dientes, mordisqueándolo. Pensó en lo sensibles que eran las orejas de Hugh; en que, cuando se las besaba, cuando exploraba en ellas, él se movía inquieto, y murmuraba, y emitía breves gemidos de protesta que no eran de protesta en absoluto.

Hugh se giró hacia ella y la vio sonrojada y con los labios ligeramente separados. El sol que penetraba a través de la vidriera le daba en la mejilla y acentuaba la sombra de las pestañas y la curva de las cejas. La franja de cabello claro que asomaba debajo de la capucha oscura y del tocado blanco tomaba un tinte rosado, como de ópalo de fuego.

Guinevere alzó la vista y sus ojos parecían negros cuando se cruzaron sus miradas.

-Señora esposa -murmuró Hugh, inclinándose para besarle la mano. Desde abajo la miró con cara de niño travieso.

-Mi señor -correspondió ella, también muy bajito, ladeando la cabeza y mirándolo asimismo con aire travieso.

-Lo dudo, pero ya veremos -susurró Hugh y Guinevere se echó a reír, con una risa dulce y deliciosa que sonó como un carillón en la silenciosa capilla.

El capellán miró un poco dolido, como si aquella risa fuera un rechazo de la solemnidad y el significado de las palabras que poco antes había pronunciado para ellos.

Una mujer joven se puso al Iado de los recién casados y les dijo:

-Lord Hugh..., lady Guinevere..., mi enhorabuena. Nuestra señora, la reina, quiere hablar con ustedes. -Señaló la puerta de la parte trasera de la capilla, la que conducía al gabinete privado de la reina-. ¿Quieren seguirme, por favor?

Caminaron detrás de la joven, conscientes de la carga de electricidad que se generaba entre ellos. La mano de Hugh rozó la de Guinevere y esto hizo que ella sintiera un vértigo en el estómago y que un hormigueo le recorriera todo el cuerpo, erizándole el vello de los brazos y de la nuca.

Y pensó: «La lucha ha terminado. Ha llegado el momento de la victoria del amor.» Poco después, recompuso el gesto y se esforzó por someter su cuerpo indisciplinado a una pronunciada reverencia, mientras Hugh, con el sombrero en la mano, inclinaba ligeramente la cabeza.

La reina no estaba sola. El rey se encontraba de pie junto a la silla de su esposa, con una mano en el respaldo y la otra jugueteando con la daga de oro que llevaba colgada del cuello. Parecía muy satisfecho de sí mismo. Del consejero real no había ni rastro.

-¡Ah! Aquí llegan los recién casados -resonó la voz de Enrique-. Una ceremonia preciosa..., preciosa de verdad. Pero me habría gustado que hubieran venido sus hijas, señora. Tendrían que haberla acompañado.

Guinevere mantuvo su reverencia y no hizo alusión a que él no las hubiera invitado:

-Tenía miedo de que se hubieran puesto demasiado nerviosas, alteza.

-Son encantadoras -aseguró el rey-. Debería haberlas traído. -Dejó de sonreír y miró a Guinevere con el ceño fruncido.

Hugh sabía que, en cuanto el rey se empeñaba en que algo era una afrenta para él, su humor cambiaba radicalmente y resultaba harto díficil distraer su atención.

Pero la reina salvó la situación. Levantó la vista con serenidad y dijo:

-Mi señor, eres muy considerado por haber organizado esta ceremonia. Sabes lo mucho que me gustan las bodas.

El rey la miró y se le alegró el semblante.

-Sí..., claro que sí. ¿Te ha gustado?

Aliviada porque la atención de Enrique se hubiera desviado de ella, Guinevere interrumpió su reverencia y se enderezó con elegancia.

-Muchísimo -contestó Jane, que tras sonreírle a su esposo le indicó a una de las damas-. Lady Margaret, ¿puede traer el regalo del rey? -Les sonrió entonces a Guinevere y a Hugh-. Su alteza ha querido que recordaran esta feliz ocasión.

Tomó los dos paquetes que le ofrecía la dama y, bajo la mirada complaciente del rey, se los entregó de un modo ceremonioso a los recién casados.

El regalo del rey consistía en un par de guantes enjoyados para Hugh y, para Guinevere, un pañuelo dorado que llevaba bordado con amatistas el emblema de Enrique, un escaramujo doble.

Ambos dieron las gracias al monarca y a su reina, le desearon a ésta un feliz parto y se despidieron del rey, que ya estaba de buen humor. En pocos minutos, Hugh y Guinevere estaban en la tranquilidad y el anonimato del patio principal.

-Parece ser que ya estamos casados -murmuró Guinevere.

-Sí. Eso parece.

-Los niños nos han preparado una fiesta -recordó ella, mirando hacia el río.

-Sí. Pasará mucho rato antes de que podamos estar a solas.

-Mucho. -Guinevere observó el paso de una barcaza por el río. Hugh siguió su mirada.

-Tal vez podríamos posponer nuestro regreso durante una hora o así.

-Tal vez. Si estuviéramos seguros de que volvíamos a tiempo para disfrutar de la fiesta sin que pensaran que nos retrasamos.

Hugh miró al sol. Todavía no estaba en lo más alto.

-No veo por qué no podemos hacerlo. Casualmente he previsto algunas cosas por si no teníamos prisa para regresar a casa.

-Qué previsor -murmuró Guinevere, y entonces se volvió y lo miró-. Pues consumamos el matrimonio, Hugh de Beaucaire, antes de que alguno de los dos cambie de opinión.

El consejero real paseaba de un lado a otro en sus aposentos de palacio. Se detenía de vez en cuando para meter un trozo de pan en un plato con sal y tomar un sorbo de vino. Su espía, de pie y en silencio, con su gabán negro, estaba apoyado contra la pared de piedra, esperando a que se le indicara que hablase.

Finalmente, el consejero real dijo:

-Hugh de Beaucaire...

-Sí, señor.

-Asegúrese de que sufra un percance..., pero que no sea evidente. Tal vez un accidente... o un envenenamiento lento. Busque a alguien que se encargue de ello.

-Sí, señor.

El hombre se abrigó más con su gabán y se dirigió a la puerta suponiendo que ya había recibido la orden. Eran de esa clase de órdenes que estaba acostumbrado a recibir.

Thomas Cromwell alzó una mano.

-Y el hijo -añadió.

El espía se detuvo.

-Ocúpese del hijo. Antes o después no importa -dispuso el consejero real.

-Sí, señor.

El hombre abandonó la habitación.

-Hay muchas maneras de hacerlo -murmuró el consejero para sí, y tomó un sorbo de su copa de vino.

En la intensa penumbra que proporcionaban las colgaduras del lecho, Guinevere estaba tumbada en el blando colchón de la cama de un cuartito bajo el alero de una casa rústica medio de madera en el pueblo de Hampton. Las sábanas olían a limpio, y el carbón encendido hacía destellar el hierro, el cobre y el latón de la chimenea. Los sencillos muebles brillaban por la cera de abejas.

Se desperezó lánguidamente, disfrutando de las leves palpitaciones que sentía entre las piernas y de la sensación de que su cuerpo hubiese sido utilizado al máximo. El aire le resultaba frío debido a que tenía recalentada la piel. Habían consumado una impetuosa pelea de amor, y Guinevere se sonrió al recorrerse el cuerpo con las manos en recuerdo de la lucha sensual. Habían recreado el furor salvaje de aquella primera vez en la tienda de campaña, la misma pasión excesiva, la rabia irrefrenada, los mordiscos, los arañazos, el ansia desinhibida. Todavía sentía en la lengua el sabor de Hugh; aún estaba impregnada del olor del sexo de Hugh, y seguía teniendo en los muslos la mezcla húmeda y pegajosa de los fluidos corporales.

Y Guinevere no recordaba haberse sentido nunca más viva. Oyó que la puerta se abría y cerraba suavemente. Hugh entró en la oscuridad de las cortinas de la cama. Llevaba la camisa, con sólo algún que otro botón abrochado, suelta por encima de las calzas, también sin sujetar, y estaba descalzo. Tenía todo el aspecto de alguien que hubiera salido apresuradamente de la cama de su amante. Y éste exactamente era el caso.

-Reposición de fuerzas -anunció Hugh muy sonriente. Dejó una jarra de vino en el suelo y se sentó en el borde de la cama. Acarició el vientre de Guinevere y durante varios segundos se quedó así, sólo mirándola atentamente, entrañablemente, como si le concediera a aquel cuerpo no tener secretos para él.

La intensidad de la mirada hizo que Guinevere se removiera un poco, y Hugh bajó la mano, la puso entre los muslos y cubrió con su palma cálida el pubis húmedo. Contempló el sexo como si fuera la primera vez que lo veía, separó delicadamente los labios mojados y enrolló en un dedo los ensortijados rizos humedecidos. Agachó la cabeza y besó la hendidura embebiéndose de la persistente fragancia pletórica de pasión.

Guinevere tuvo un estremecimiento y crispó los dedos en el cabello de Hugh haciéndole levantar la cabeza. Hugh la besó en la boca para que se saboreara ella misma y respirara su propia esencia íntima. Se rió suavemente con los labios pegados a los de ella y le metió la lengua hasta el fondo antes de levantar la cabeza.

-¿Vino?

-Mmm... -asintió Guinevere con la cabeza apoyada en la almohada. Vio que Hugh le quitaba el tapón a la jarra y, antes de que ella se diera cuenta de sus intenciones, le echaba un chorrito de vino en el ombligo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo con el contacto del líquido frío. Hugh volvió a reírse, se inclinó y lamió el vino con delicadas lenguaradas. Dejó caer unas gotas en el vientre y las lamió de un solo lengüetazo.

-Cuando me ofreciste vino no creí que te refirieras a esto -protestó Guinevere, retorciéndose.

Al enderezarse, a Hugh le relampagueaban los ojos como si fueran diamantes azules. Tomó un largo trago de vino, volvió a dejar la jarra en el suelo, se inclinó, sujetó el rostro de Guinevere entre las manos y, con el vino todavía en la boca, con toda su calma pegó los labios a los de ella, presionó para hacerle abrirlos y le llenó la dulce y cálida boca con el vino de la suya.

Guinevere cerró los ojos y se concentró en aquella deliciosa y tentadora sensación, en la frialdad del vino mezclada con el calor de la lengua de Hugh, en los sabores del vino y de Hugh fundidos exquisitamente.

Cuando finalmente Hugh separó su boca y apartó las manos, ella permaneció inmóvil en la cama, con el rostro levantado, los labios un poco abiertos y los ojos cerrados.

-¿Más? -preguntó Hugh.

Guinevere asintió con la cabeza sin abrir los ojos. Hugh se rió entre dientes, tomó otro sorbo de vino y volvió a besarla.

-Es una nueva forma de beber -murmuró Guinevere cuando él por fin se retiró-. Me temo que puede convertirse en un hábito.

-Ya lo creo que sí -convino Hugh, y le apartó un mechón húmedo que le caía encima de una ceja-. Tienes una maravillosa pinta de libertina.

-Es que me siento maravillosamente libertina. Y no quiero ni imaginar lo que deben de haber pensado abajo cuando apareciste medio desnudo.

-No se les paga para que hagan conjeturas acerca de lo que ocurre en esta habitación. -Volvió a llevarse la jarra de vino a los labios.

-¿A cuántas mujeres has traído aquí? -preguntó Guinevere, como sin darle importancia.

A Hugh le centellearon los ojos.

-¿Creerías que eres la primera?

-Si tú lo dices... Pero entonces te preguntaría que por qué conoces este nido de amor.

-Hay amigos míos que tienen informaciones muy útiles y de todas clases.

-¡Ah! -exclamó Guinevere, asintiendo con la cabeza, y extendió un brazo para pedir la jarra.

Hugh se la dio, se levantó de la cama y empezó a abrocharse bien la camisa.

-Tenemos que irnos -dedujo Guinevere interpretando correctamente la acción de Hugh.

-Sí, si es que queremos llegar a casa antes de que envíen equipos de salvamento a buscarnos.

Guinevere bebió de la jarra y salió a regañadientes de la cama.

-Apenas puedo moverme -comentó.

Hugh sonrió con un poco de suficiencia.

-Y yo tengo más rasguños y moratones de los que nunca me he hecho en ninguna batalla.

Guinevere se desperezó y se examinó a su vez. En un muslo tenía una contusión grande, que se amorataba por momentos, y en un brazo uno más pequeño.

-Jamás hubiera creído que el amor pudiera ser tan maravillosamente salvaje -observó mientras vertía un poco de agua caliente del aguamanil en la jofaina sobre el tocador para humedecer un trapo.

Hugh la miró furtivamente mientras ella escurría el paño, se lo presionaba contra la garganta, se lavaba todo el cuerpo lentamente, con languidez, levantándose los pechos, repasándose la entrepierna, subiendo primero un pie y luego el otro, balanceándose sobre una pierna.

Si Guinevere sabía que Hugh la estaba observando no lo dio a entender. A Hugh le encantaba lo a gusto que parecía ella encontrarse con su cuerpo, sin que la preocuparan esas pequeñas imperfecciones. Daba la impresión de no caer en vanidades; era como era, y eso era todo. La larga melena se le desbordó de los hombros y cayó sobre los pechos al inclinarse. Hugh notó que se le aceleraban los latidos del corazón al ver la flexible curvatura de la espalda y sólo era capaz de pensar que podría pasarse el resto de su vida contemplándola. Era suya. Y estaba seguro de que ella nunca antes había disfrutado de una pasión tan extrema y desenfrenada, ni siquiera con Timothy Hadlow.

A pesar del gran amor que sentían el uno por el otro, Hugh y Sarah jamás alcanzaron aquella pasión. Sus encuentros sexuales habían sido agradables, corteses, amables. Pero Sarah no era una mujer apasionada, sino suave como un arroyo de bosque, muy distinta de Guinevere, que se mostraba como un volcán, como una turbulenta y arrolladora catarata, como una tormenta de verano plagada de rayos y truenos. Y lo curioso era que, estando con ella, Hugh también tenía esas mismas cualidades.

Abandonaron la casa sin ver a nadie. Guinevere sabía que había gente por allí, pues se oían sonidos procedentes de la cocina en la parte trasera del pequeño edificio; pero ni vio a nadie cuando llegaron ni salió nadie a despedirlos.

Era un nido de amor de lo más discreto, más apropiado para los amores clandestinos que para consumar un matrimonio que se acababa de celebrar en presencia de los reyes en la Capilla Real de Hampton Court. Esa idea le hizo sonreír. Durante el viaje de regreso a Blackfriars no hablaron mucho. El regreso no lo hicieron en la barcaza de los músicos, pero la reina había puesto a su disposición una de las embarcaciones de palacio empleadas para que hicieran recados los cortesanos de menor categoría. Era una barca pequeña, pero con un espacio donde resguardarse del viento que se levantaba al atardecer.

Guinevere acercó las manos al calor del brasero y se permitió disfrutar del alivio de esa tensión que había sido tan fuerte que casi estuvo a punto de olvidar lo que era vivir sin ella. Ya no había nada que pudiera hacerles daño ni a ella ni a sus hijas. Perdía su independencia, pero ganaba el amor de Hugh. De eso estaba segura. Y, si lograba deshacerse del resentimiento que le quedaba, de esa sensación de que él era el responsable de todo lo que le había ocurrido a ella, estaba segura de que también lo amaría. Se decía que el tiempo lo cura todo. Y no necesitaría independencia si Hugh y ella vivían en amor y amistad y con respeto mutuo.

Conseguiría que aquel matrimonio funcionara.

-Estás pensando en cosas importantes -comentó Hugh, y le hizo una caricia en el rostro.

Guinevere se limitó a asentir con la cabeza, así que él no insistió. Casi era de noche cuando llegaron al embarcadero de Blackfriars. La llovizna se había convertido en lluvia, así que Guinevere se puso la capucha del gabán y esperó mientras Hugh les daba a los remeros una propina. Hugh se mostró generoso, como correspondía a un recién casado.

-Vámonos deprisa -la apremió Hugh. Le rodeó la cintura con un brazo y se apresuraron por las callejuelas que conducían hasta las puertas de la casa. Pasaron por delante de unos hombres, que se cobijaban en los dinteles de las casas, y no prestaron atención cuando uno de ellos salió de su cobijo y se puso a seguirlos. Empuñaba diestramente un cuchillo que ocultaba en el interior de su manga.

Estaban al final de la estrecha y oscura calle cuando, de pronto, Hugh se paró en seco, alertado por su instinto militar para el peligro. Antes incluso de terminar de darse la vuelta tenía ya la espada en la mano. Empujó a Guinevere contra la pared de una de las casas.

El hombre saltó encima de él y el cuchillo refulgió en medio de la oscuridad y la lluvia. Hugh dio un tajo con la espada y alcanzó en la muñeca al hombre. El hombre lanzó un grito y el brazo le colgó inerte a un lado mientras el cuchillo caía en el barro. La sangre salía a borbotones de una herida tan profunda que casi había seccionado la mano.

Guinevere miraba con los ojos fijos y la boca abierta, pero en silencio. Estaba demasiado conmocionada para hablar o gritar.

Hugh vigilaba al hombre, que estaba dando alaridos y sangrando en el barro. La ciudad estaba llena de asaltantes que buscaban una presa fácil, y la calle era estrecha y oscura, así que no era nada raro un ataque de esa clase. Hugh se agachó, recuperó el cuchillo, lo limpió en el gabán del hombre y se lo guardó en su manga.

-Bastardo -exclamó al incorporarse-. Espero que se desangre hasta morir.

Guinevere se apartó de la pared. Le temblaban las manos.

-¿De dónde ha salido?

Hugh se encogió de hombros.

-Están por todas partes. Son bandidos, criminales que merodean por las calles. Es tan probable que te corten el cuello por una fruslería en las calles de Londres como en los barrios bajos de París.

-¿Pretendía robarnos?

-No se me ocurre otra razón para atacarnos. -Miró a Guinevere de reojo-. ¿A ti sí?

-No.

Pero Guinevere sólo pensaba en una cosa: había estado a punto de perder a su quinto esposo. Pocas horas después de la boda, estaba con ella y ya se enfrentaba a la muerte. ¿Qué tipo de maldición la perseguía? Recordó las palabras de Hugh el día en que se conocieron: «Los hombres que están con usted mueren.» Miró al hombre, cuyos aullidos habían derivado en gemidos y que estaba acurrucado sobre el barro, mojándose con la lluvia. Costaba creer que fuera una amenaza.

-¿No deberíamos...? -empezó a decir.

-¡No! Si tiene amigos, ellos se ocuparán de él. Si tiene enemigos se aprovecharán de la ocasión. Vamos. Corremos peligro aquí.

-Me cuesta... -dijo Guinevere dubitativa.

-¡Por el amor de Dios, Guinevere! ¡Estamos en Londres, no estamos en una tranquila aldea del norte! -Pero mientras lo decía pensaba en que en las aldeas de Derbyshire también había muertes-. ¡Vamos!

La agarró del brazo sin miramientos y ella se dejó llevar hasta que dejaron atrás la oscura callejuela. Una vez fuera, él le preguntó:

-¿Estás asustada?

Guinevere se daba cuenta de que sus reflexiones la asustaban más que los hechos en sí, pero no podía compartir con Hugh su horror ante la idea de perder otro esposo en un violento accidente. Antes al contrario, se apresuró a tranquilizarlo:

-Un poco, pero todo ocurrió tan deprisa..., tú has sido tan rápido... que apenas hubo tiempo para reaccionar.

Pero ya en el sendero de entrada a la casa, a salvo tras las puertas de la propiedad de Hugh, Guinevere se detuvo, inspiró profundamente y añadió:

-Deja que me reponga antes de entrar en casa. No quiero que las niñas se crean que algo va mal.

Oían música procedente de la casa y voces riéndose y cantando.

-Creo que han empezado sin nosotros -observó Hugh mientras la abrazaba bajo un árbol, cuyas hojas goteaban, y le acarició acompasadamente la espalda-. Le di permiso a Robin para que empezaran la fiesta a media tarde. Parece que me ha tomado la palabra.

-¿Quién está invitado?

-Nadie importante. Sólo los miembros del servicio y algunos amigos y antiguos compañeros de campaña. Tú no me diste niguna lista de invitados -añadió sonriendo burlonamente.

Guinevere lo veía completamente sereno tras el ataque. ¿Cómo podía ser tan frío y estar tan tranquilo cuando casi acababa de cortarle la mano a un hombre? Esto le dio fuerza para dominar su aturdimiento y su miedo.

-¿Por qué iba a hacer una lista? Además, no entendía que hubiera nada que celebrar.

-¿Y ahora? -Seguía mirándola burlón.

-Y ahora... tal vez sí.

-¿Tal vez? -Hugh sacudió la cabeza fingiendo reprobación-. Supongo que debo conformarme con esto de momento. -Volvió a mirar a la casa, por cuyas ventanas la luz de las velas iluminaba el sendero-. Bueno, entremos si ya estás lista.

-Estoy lista.

Guinevere se enderezó y le sonrió, todavía muy pálida bajo la tenue luz que llegaba hasta el árbol.

-Pues vamos, esposa mía.

22

Se había hecho un gran esfuerzo para preparar la fiesta de la boda. El salón estaba decorado con guirnaldas de flores, intercaladas con ramas de acebo que lucían sus frutos en las lustrosas hojas. Crisantemos y margaritas en grandes jarrones de bronce daban un toque dorado y anaranjado. La larga mesa estaba cubierta con un mantel blanco e iluminada con muchas velas de cera encendidas.

En la puerta, al ver aquel panorama, a Hugh se le ocurrió que el señor Crowder lo había organizado todo, ya que su mayordomo no tenía acceso a los fondos necesarios para tanto esplendor. Miró a Guinevere. ¿Le habría dado ella instrucciones a Crowder? Pero parecía tan asombrada como él e incluso bastante más disgustada. Estaba claro que alguien había tomado la decisión por su cuenta y riesgo, pues Guinevere no se había mostrado demasiado dispuesta a celebrar la boda.

La explicación apareció con los niños, que se abalanzaron sobre ellos en el mismo instante en que abrieron la puerta. Los tres iban vestidos con sus mejores prendas.

Aunque intentaron darles la bienvenida de un modo solemne, el asunto desembocó en un parloteo de Pippa explicando cómo Pen, Tilly, el señor Crowder y ella habían decidido los detalles de la fiesta.

-Teníamos que poner velas de cera, mamá -intervino Pen.

-Sí, pero el señor Milton sólo tenía de sebo en el almacén -siguió Pippa. -Robin le dijo que estaría bien poner el mantel e ir a buscar velas de cera.

-Por supuesto -reconoció Robin algo ruborizado. Miró un poco nervioso a su padre-. El señor Milton pensó que sería una ocasión apropiada para matar al buey que guardábamos para Navidad, señor. Yo también estaba de acuerdo.

-Y Greene se fue al otro lado del río y cazó un ciervo y patos y faisanes en el campo -añadió Pen-. Hay un gran pastel de carne que Tilly les ha enseñado a preparar a los cocineros. Y el buey también.

-Espero que no hayáis molestado a nadie -les advirtió Guinevere.

-¡Oh, no! -aseguró Pen con vehemencia-. Todo el mundo estaba muy contento. ¡Lo hemos pasado muy bien!

-¡Y mira qué bonito está todo! -Pippa dibujó un círculo en el aire con el brazo y Guinevere sonrió.

-Está precioso, pequeñas. Debéis de haber trabajado mucho.

-Después de todo es una boda -justificó Robin, con una pizca de torpeza al hablar.

-Por supuesto -coincidió Hugh, pero evaluando a su hijo con una mirada perpicaz.

El chico estaba colorado, nervioso y contento. Hugh echó un vistazo a la mesa. Las jarras de cerveza y las botellas de vino estaban sin empezar, pero se oían risas estridentes en la parte trasera de la casa. Supuso que sus hombres y los miembros del servicio habían empezado la fiesta un poco antes. Robin tenía instrucciones suyas para que se abrieran dos toneles de la fuerte cerveza de octubre al inicio de la celebración, y todo parecía indicar que él mismo se había sumado con entusiasmo a la prematura fiesta de los hombres.

-¿Dónde está Jack Stedman?

Miró alrededor de la sala con el ceño fruncido. Jack tendría que haber vigilado de cerca al chico. Además, tenía que encomendarle a su lugarteniente una tarea importante, que lo mantendría alejado de la fiesta durante un rato.

-Se fue a cazar con Greene -explicó Pippa antes de que Robin tuviera tiempo de contestar. Muy pocas cosas ocurrían sin que Pippa se enterara-. Desde que volvieron han estado bebiendo juntos en la bodega. Fui a hablar con ellos, pero me dijeron que me marchara, así que me fui.

-Ve a buscarlo, Robin -le indicó Hugh-. Tengo que encargarle algo.

Robin se marchó a toda prisa y Hugh comprobó que se tambaleaba ligeramente. El chico estaba acostumbrado a la cerveza. Durante el viaje a Derbyshire se había unido a su padre y a los hombres en las tabernas y había bebido con ellos, pero siempre, en opinión de Hugh, con moderación. La cerveza de octubre era particularmente fuerte.

El chico lo sabía perfectamente y no solía actuar de un modo irresponsable. Seguramente sufría un trastorno emocional debido al repentino matrimonio de su padre y a que de pronto se encontraba con que tenía dos hermanas, una situación a la que, en circunstancias normales, habría tardado un tiempo en acostumbrarse, y eso sin añadir la complicación que suponía su relación con Pen.

-Deberíamos saludar a los sirvientes y a tus invitados -le hizo notar Guinevere, al ver que a su alrededor se había formado un círculo de personas para darles la enhorabuena. Se quitó los guantes y se los dio a Pippa, y el gabán se lo entregó a Pen-. Llevad esto a mi dormitorio, niñas.

-Te refieres al dormitorio de lord Hugh -le corrigió Pippa en un tono de voz arrogante-. También lo hemos adornado con flores.

-Un detalle muy bonito. -Las despidió con un gesto de la mano. Guinevere y Hugh avanzaron para recibir las felicitaciones de los amigos de Hugh y de los miembros del servicio. Tilly y el tutor abrazaron a su señora con los ojos empañados de lágrimas. Crowder parecía más señorial aún de lo acostumbrado y Guinevere supuso que la organización de aquella fiesta había provocado cierta tensión entre él y el señor Milton, quien por su parte los felicitó con cierta frialdad. Pero esos problemas tendrían que esperar para otro día.

Brindaron con todos los invitados y se acercaron a la chimenea para mantener una charla informal antes de que comenzara el banquete.

Jack Stedman entró apresurado en la sala:

-Le pido perdón, señor. Debería haberme quedado aquí -farfulló, con el rostro algo enrojecido al saludar con una inclinación de cabeza-. La felicito, señora.

-Gracias, Jack.

-Bueno, no te preocupes -lo tranquilizó Hugh, que sacó de la manga el cuchillo del agresor y se lo entregó a Jack-. Nos han atacado en la calle que hay antes de la casa. Ve a ver si el hombre sigue allí. Lo he herido gravemente. Si continúa allí, a ver si descubres lo que estaba buscando.

-Me dijiste que se trataba de un simple ladrón -protestó Guinevere mirándolo sorprendida.

Hugh se encogió de hombros.

-Creo que así es, pero me gustaría asegurarme. Llévate el cuchillo, Jack, por si alguien lo reconoce.

-Sí, señor. -Jack se lo guardó a su vez en la manga.

-Lamento tener que alejarte de la fiesta -se disculpó Hugh sonriendo.

Jack sacudió la cabeza para quitarle importancia y se marchó.

-Pero si no era un atraco, ¿quién podría querer matarte? -preguntó Guinevere muy bajito, angustiada al revivir los horribles momentos de la agresión y el terror espantoso de esa maldición que la perseguía.

-No lo sé -contestó Hugh y fijó la vista en el vino de su copa, como si allí fuera a encontrar la respuesta.

De repente pareció olvidarse rápidamente de todo aquello, levantó la cabeza y ya no estaba preocupado.

Robin se abrió paso en ese momento entre la gente, acompañado de Pen y Pippa.

-Le he dicho a Jack que viniera, señor -informó pronunciando las palabras con extremo cuidado.

-Sí, ya lo he visto -contestó Hugh-. ¿Podemos empezar la fiesta?

-Le diré al heraldo que avise -se entusiasmo Pippa y echó a correr, con la falda de terciopelo revoloteando a su alrededor.

-Quería hacerlo yo -se quejó Robin-. Esto lo tengo que hacer yo.

-Si quieres adelantarte a esta chiquilla me parece que tendrás que espabilarte, Robin -observó Hugh-. Estoy seguro de que Pen lo aprendió hace mucho tiempo.

-¡Oh, sí, señor! En cuanto nació Pippa -confirmó Pen. Miró a Robin-. También aprendí que cuando quiere hacer algo no hay forma de quitárselo de la cabeza.

Robin se ruborizó y mostró el aspecto de quien ha recibido una reprimenda.

-No tiene por qué ser así -protestó.

-Sí, tal vez -le concedió Pen-. Pero cuando te acostumbres a la idea de tenerla como hermana te será más fácil casi siempre no hacerle caso.

-Sabias palabras -comentó Hugh.

El sonido de la trompeta llegó procedente de la pequeña tribuna de los músicos y todos se aproximaron a la mesa.

Pen era consciente de que Robin se había pasado gran parte de la tarde bebiendo con los soldados de su padre. Ya era casi un hombre y le correspondía ese derecho, pero ella no podía evitar sentirse preocupada por él. Además, igual que su madre, Pen había visto los perniciosos efectos de la bebida en un hombre. Al ocupar sus asientos en la mesa, tiró de la manga de Guinevere, que inmediatamente agachó la cabeza para escuchar el susurro de su hija,

-Robin ha bebido mucho, mamá. ¿Qué debo hacer?

-Supongo que lord Hugh ya lo sabe -le indicó su madre-. Él se ocupará de su hijo.

Pen se quedó algo más tranquila, aunque decidida a ejercer su influencia si le era posible. Intencionadamente rechazó que le sirvieran vino a ella, con la esperanza de que Robin se diera cuenta. Pero el chico estaba a lo suyo, participando de las conversaciones de los hombres, vociferando de un extremo al otro de la mesa y riéndose sin moderación.

Guinevere esperaba que Hugh interviniera cuando Robin se llenaba una y otra vez la copa hasta arriba, pero él no decía nada. Ella lo miraba de reojo y lo veía con el ceño fruncido y las mandíbulas un poco tensas. Como Robin hablaba progresivamente más alto y pronunciaba cada vez peor, Guinevere finalmente le preguntó a Hugh en voz baja:

-¿No crees que deberías decirle algo?

Él negó con la cabeza y argumentó:

-Se está haciendo mayor y tiene que cometer errores para aprender de ellos. Al menos, este error lo está cometiendo en casa. La única consecuencia será un horrible dolor de cabeza por la mañana que no le evitará ninguna de sus obligaciones.

Lo dijo todo en un tono brusco y Guinevere comprendió que le costaba mucho esfuerzo no intervenir y permanecer sentado mientras su hijo cometía aquel error.

Robin volvió a echar mano de la jarra de cerveza, con movimientos torpes y descoordinados. Tiró con la manga un cuenco lleno de salsa, que fue girando hasta caer al suelo, manchando el vestido de Pen.

Pen no pudo soportarlo más.

-¡Mira lo que has hecho, Robin! ¿Cómo eres tan patoso? -Le habló enfadada, pero en voz baja.

Robin la miró sorprendido y desconcertado, pues nunca había oído a la siempre moderada Pen utilizar un tono de voz tan irritado y vehemente.

-No pasa nada -farfulló Robin y se agachó para secarle la falda con la servilleta.

-¡Sí que pasa! -replicó ella, apartándole la mano de mala manera-. ¡Estás borracho!- Tenía la voz llorosa-. Odio que los hombres se emborrachen. ¿Por qué lo haces?

Robin la miró fijamente y protestó en voz alta:

-¡No estoy borracho! Y no tienes por qué... fastidiarme como una arpía. Un hombre tiene derecho a beber cerveza, señorita Melindres.

-¡Oh, no os peleéis! -exclamó Pippa, disgustada-. Hoy no. No en un banquete de boda.

-Es cierto, pequeña -la secundó uno de los hombres, alborozado y con un gran vozarrón-. El señor Robin no tiene un buen beber. Yo digo que el chico tiene que pagarla.

Un coro de asentimiento recorrió la mesa y varios hombres se levantaron y se precipitaron sobre Robin, que al principio no comprendía de qué se trataba. Lo alzaron en vilo y lo llevaron al grillete de la pared. Entonces Robin lo comprendió y se defendió de ellos, aterrorizado y ya sin bravatas.

-¡No! -gritó Pen, mirando angustiada a su madre. Aquello estaba ocurriendo por su culpa. Había logrado que todos se fijaran en Robin, forzándolo a someterse a una pelea.

-¡Detenlos, Hugh, por el amor de Dios! -le rogó Guinevere-. No puedes permitir que lo hagan.

Hugh observaba tan angustiado como Pen, pero su comentario fue severo:

-Si quiere beber como un hombre, debe pagar las consecuencias como un hombre.

-¡Eso no tiene ningún sentido! -rechazó Guinevere-. No puedes permitir que se lo hagan delante de Pen. Aquí no, ahora no. ¿No lo entiendes? Robin jamás se recuperará de la humillación.

Hugh la miró y luego miró a Robin, que seguía forcejeando con sus apresadores.

-¿Crees que será menos humillante que lo rescate su padre y lo meta en la cama?

-Te estoy diciendo que sí. Delante de Pen y un día como hoy, déjale que sea un niño.

Hugh se acarició la barbilla. ¿Tenía razón Guinevere? Las mujeres veían esas cosas de forma muy distinta. En su relación con Robin nunca había tenido que contrastar su punto de vista con el de una mujer.

Se levantó bruscamente.

-Soltadlo -gritó, y a grandes pasos fue a la pared donde los hombres finalmente habían logrado sujetar a Robin.

No parecían dispuestos a soltar a su presa. Estaban excitados por la bebida, por lo que su buen carácter se mezclaba con maldad.

-He dicho que lo soltéis. -De pronto, la voz de Hugh era peligrosamente suave y su mirada brillaba fría y dura. Había visto el rostro de Robin y el miedo de su hijo le llegó al corazón.

Los hombres se apartaron y Hugh dobló la espalda y se echó encima al chico. Se enderezó y, mientras se lo llevaba de la sala, le dijo, no sin cierta agresividad:

-Ni se te ocurra vomitarme en la espalda, hijo.

Pen suspiró aliviada. Pippa, que por una vez había permanecido en silencio durante el breve drama, comentó muy seria:

-Me alegro mucho de que lord Hugh no haya permitido que lo ataran. ¡Hubiera sido horrible!

-Creo que es hora de que vosotras dos también os vayáis arriba -observó Guinevere. El ambiente era tenso y ella sabía que la situación podía deteriorarse. Si hubiera estado en su casa se habría marchado, pero allí no podía hacer eso, por lo menos hasta que Hugh regresara.

-Es pronto -se quejó Pippa-. Teniendo en cuenta que se trata de una boda, es muy pronto. ¡Y yo iba a comerme otro trozo de pastel!

-Mañana comerás más -le prometió Guinevere-. Sobrará mucho.

-Vámonos. -Pen tiró de la manga de su hermana-. No queremos quedarnos aquí más rato.

Pippa dudó un momento y se levantó.

-Si Robin no se hubiera emborrachado nos habríamos quedado más tiempo y comeríamos pastel -protestó con toda franqueza.

-No quiero estar aquí ni un minuto más -se mostró rotunda su hermana-. Si no quieres venir me iré sola.

-¡Ya voy! -chilló Pippa-. Sólo estaba diciendo que... -Se fue detrás de su hermana.

-¿Quiere que vaya con ellas, señora? -preguntó Tilly apareciendo junto a Guinevere. Estaba un poco sofocada, pues se había estado divirtiendo en un grupo de sirvientes más formales.

Guinevere negó con la cabeza.

-No, no es necesario. Yo les echaré un vistazo cuando suba.

-Pero querrás que te ayude a desvestirte.

Guinevere volvió a negar con la cabeza.

-No, no será necesario. Esta noche no tienes que hacer nada, Tilly, sólo divertirte.

Tilly iba a protestar, en ese momento oyó unas risas en el grupo en el que ella estaba.

-Está bien, como quiera, señora... -murmuró, y se fue a reanudar los tentadores chismorreos y el coqueteo inofensivo con el jefe de las caballerizas.

Hugh regresó al salón poco después y volvió a ocupar su asiento junto a Guinevere.

-¿Cómo se encuentra?

-Bueno, digamos que he llegado a tiempo de ponerle la cabeza en la jofaina. -Hugh alzó su copa de vino-. ¿Has enviado a las niñas a la cama?

-Me ha parecido lo mejor. Las cosas pueden empezar a desmadrarse en cualquier momento y ellas ya han visto suficientes situaciones desagradables.

Él estuvo callado unos segundos antes de argumentar:

-En la casa de un soltero todo es sin duda más rudo que cuando es una mujer quien lleva las riendas. Mis hombres suelen jugar fuerte cuando tienen la oportunidad. Si te ha molestado, de veras que lo siento.

Guinevere negó con la cabeza.

-No me ha molestado. Tienen derecho a su fiesta. El único que lo pasará mal por la mañana será Robin, el pobre.

Hugh frunció el entrecejo.

-No entiendo por qué se ha comportado así.

-¿No lo entiendes?

-Bueno, tal vez sí -aceptó él con pesar-. Pero yo supondría que el... numerito de esta noche aniquilaría cualquier fijación afectiva de Pen.

-Pen es demasiado equilibrada para tenérselo en cuenta -señaló Guinevere-. De todos modos, me da la impresión de que están empezando a relacionarse de una forma que tiene más que ver con la amistad que con ninguna otra cosa. Convivir estrechamente origina familiaridad, mientras que el amor necesita lo desconocido para florecer, lo desconocido en el sentido de misterio acerca del objeto de ese amor, ¿no te parece? -Lo miró con una pizca de picardía.

-No tengo tiempo para misterios -alegó Hugh-. A mí me gustan las cosas claras. Me gusta entenderlas. Tal vez parezca muy prosaico..., o incluso aburrido, pero así es como soy.

-Sí, ya lo sé -lo provocó Guinevere-. Estoy casada con un hombre sencillo que no tiene tiempo para florituras ni antojos, un hombre absolutamente franco al que únicamente le gusta la verdad escueta.

-¿Y hay algo de malo en ello? -Hugh no estaba dispuesto a seguirle el juego irónico.

Estaba serio y miraba a Guinevere directamente a los ojos.

-No. Nada. Pero supongo que sabes que las mujeres suelen ser un poco más tortuosas que los hombres. Lo enfocan todo de una manera más indirecta.

Hugh se preguntó qué intentaba decirle. Sabía perfectamente que no estaba hablando por hablar. ¿A qué se refería?

-Tengo la impresión de que me estás avisando de algo -dijo Hugh.

-Sólo estoy diciendo que cuando el hombre cree que ha solucionado satisfactoriamente un asunto, la mujer tiene el don de desbaratar ese arreglo. Y,

generalmente, al hombre lo pilla por sorpresa. Y es que la complacencia es peligrosa, tratándose de mujeres.

-No hay peligro de que nada de lo que hagas me sorprenda, Guinevere. La complacencia no es uno de mis defectos, eso seguro.

Se quedaron mirándose por un momento, hasta que Guinevere se rió suavemente y la tensión desapareció.

-Hacemos una buena pareja. Me parece que nos esperan tiempos muy interesantes.

Hugh la miró con los ojos entrecerrados al decir:

-Sí, nos compenetramos bien. Entre las sábanas y fuera de ellas.

-A ese respecto, me gustaría que entendieras que no te llevarás a la cama a la novia de este banquete.

-Es tarde para eso -replicó Hugh, sonriendo-. Esta novia ya se ha acostado con el novio. Y ha ido muy bien, diría yo.

-Sí, ha ido muy bien -asintió ella, y se puso de pie-. Voy a escabullirme ahora que están todos demasiado entretenidos con la bebida para darse cuenta y planear más jueguecitos.

-Yo iré en cuanto mis invitados se marchen. -Le agarró una mano-. Espérame.

-Como tú mandes, mi señor. -Guinevere le sonrió con ironía y se marchó del salón.

Hugh se sonrió al preguntarse cuánto aguantaría sin reunirse con ella. En la propia espera había un tormento delicioso.

-Señor... -Jack Stedman apareció a su espalda.

-Siéntate, Jack. Sírvete comida y bebida. -Le indicó la silla vacía de Guinevere.

El mantel ya no estaba impoluto y las velas se estaban consumiendo, pero en las bandejas todavía quedaba mucha comida.

-Muchas gracias, señor.

Jack tomó asiento, se acercó una bandeja de asado y comió con hambre, cortando la carne con su cuchillo y mojando pan en la salsa. Bebió profusamente de la jarra de cerveza y se cortó un buen trozo de pastel de carne.

Hugh aguardó pacientemente a que Jack saciara su hambre. Bebió de su copa de vino, reclinado en la silla con los ojos entrecerrados. Pero si alguien pensó que estaba relajado se equivocaba.

-¿Y bien? -se apresuró a preguntar cuando Jack empezó a mostrar signos de estar saciado.

-Es extraño, señor... -Jack se limpió la boca con la manga-. El hombre seguía allí, tumbado en el barro y sangrando. Nadie se le acercaba, y parecía como si algunos lo hubiesen registrado y le hubieran robado algo.

Hugh asintió con la cabeza.

-¿Seguía vivo?

-Creo que sí. La gente estaba a su alrededor mirando cómo se desangraba hasta morir. -Sacudió la cabeza-. Jamás había visto algo igual. No se acercaban. Era como si el hombre tuviera la peste.

-¿Dijo algo?

-Estaba muerto de miedo, señor. Y no por morir. No habló ni siquiera cuando le ofrecí llevármelo a que le hicieran una sangría. Se limitaba a murmurar algo sobre sus órdenes.

-¿Órdenes? -repitió Hugh, frotándose la barbilla-. ¿Órdenes de quién?

Jack negó con la cabeza.

-No dijo nada más, señor.

-¿Qué hiciste con él?

Jack se mostró sorprendido.

-Lo dejé allí, señor. No se podía hacer nada con él. Usted no me dijo que lo trajera. ¿Quiere que vaya a buscarlo?

Hugh lo consideró. No estaba demasiado interesado en salvarle la vida a aquel hombre. Un asesino jamás dejaría de ser un asesino.

-No -contestó-. ¿Y el cuchillo? ¿Has descubierto algo?

Jack lo puso encima de la mesa.

-Pregunté que si alguien lo reconocía y si alguien sabía quién era el hombre, pero si lo sabían no han querido decírmelo. Una viejecita se puso a chillar algo sobre los demonios, pero todos le hicieron callar en seguida.

-¿Los demonios?

-Oh, estaba medio loca, señor. -Jack tomó otro sorbo de cerveza. Hugh tomó el cuchillo y lo examinó detenidamente. No tenía nada de extraordinario, nada que pudiera darle una pista acerca de la identidad del asaltante. Pero el hombre actuaba bajo órdenes. Alguien quería matar a Hugh de Beaucaire.

Guinevere, de camino al piso superior, se detuvo en la cocina. Hizo una mueca al ver el caos de ollas sucias y a los pinches y las fregonas medio borrachos y dormitando. En las cocinas de Mallory Hall siempre había orden por muy multitudinario que fuera el banquete. El señor Crowder se ocupaba de que así fuera. Pero ahí, por supuesto, él no tenía autoridad. Llenó una jarra con agua caliente y seleccionó unas hierbas de los estantes de la despensa, donde se estaban secando. Las machacó en el mortero y las echó en el agua caliente.

Con la jarra en una mano y una lámpara de aceite en la otra, entró silenciosamente en la habitación de Robin, que se encontraba junto a la de sus hijas. El cuarto estaba escasamente amueblado. Dejó la jarra encima de una mesita y se acercó a la cama cubriendo con una mano la luz de la lámpara. El chico, que estaba tumbado boca arriba con el rostro muy pálido, abrió los ojos en cuanto advirtió la presencia de Guinevere y se quejó lastimeramente.

-¿Te encuentras muy mal, Robin?

Volvió a gemir a modo de respuesta. Guinevere dejó la lámpara en la mesa y tomó la jarra.

-Bébete esto, pequeño. No sabe bien, pero te prometo que te asentará el estómago.

Se arrodilló junto a la cama, colocó una mano en la nuca de Robin y lo ayudó a incorporarse ligeramente para que pudiera beber el contenido de la taza que le acercó a los labios.

Robin se lo bebió, tosió, farfulló algo y gimió de dolor antes de dejarse caer de espaldas y cerrar los ojos.

-Esto te ayudará a dormir -le aseguró Guinevere, que le retiró el cabello húmedo de la frente.

El chico no dijo nada y ella tomó la lámpara y abandonó el cuartito, que se parecía al de Hugh en el estilo espartano.

Pero en la habitación de Hugh la aguardaban algunas sorpresas. Como había dicho Pippa, estaba llena de flores y había velas de cera encima de la repisa de la chimenea. Guinevere se había llevado consigo a Londres sábanas, almohadas, cojines, porcelana y cristalería de Mallory Hall, todo ello destinado a la casa de Cauldon, y esas sábanas y hasta su colcha cubrían ahora la cama de Hugh. El pequeño naranjo plateado, donde Guinevere colgaba sus anillos, y su joyero personal destacaban sobre el tocador

acompañados de las dos palmatorias de plata. El aguamanil y la jofaina eran de la cerámica más fina de Delft, y el asiento de la ventana lo adornaban unos cojines.

Guinevere contempló todo aquello con el entrecejo fruncido. ¿Cómo reaccionaría Hugh cuando viera su habitación invadida de ese modo? Hugh le había dicho a Tilly que hiciese los cambios que considerara necesarios, pero seguramente no se esperaba un cambio tan absoluto.

Se sentó ante el tocador y empezó a quitarse el tocado. Oyó abrirse la puerta y Hugh entró y se quedó en el umbral, callado, durante lo que le pareció una eternidad. Guinevere se giró en el taburete y lo miró, con los alfileres todavía en la mano.

-¡Dios mío! -murmuró Hugh-. Mi habitación se ha convertido en un tocador de señoras.

-No he tenido nada que ver en ello.

Hugh se quitó el sombrero de terciopelo y se rascó la cabeza.

-Supongo que no podía esperar que abandonaras los lujos a los que estás acostumbrada. No sabía que te hubieras traído tantas cosas.

-Iban en el carro que llevaba Crowder. Eran para amueblar la casa de Cauldon.

-Comprendo. ¿Y no podías prescindir de todo esto ni siquiera cuando estabas intentando fugarte?

-No veo por qué tenía que prescindir de todo -se defendió Guinevere-. Y no creo que mis cosas personales estén incluidas en el acuerdo matrimonial. ¿O quizá no he leído la cláusula? -Señaló las joyas, el árbol de los anillos y las palmatorias de plata-. ¿Ahora estas cosas también son tuyas? ¿Incluso también tal vez la ropa que llevo? -Dejó los alfileres sobre el tocador, se quitó la capucha y se dedicó a los alfileres del tocado blanco.

-Esta noche no tengo intención de discutir contigo. -Hugh se acercó a ella y dejó caer el sombrero encima de la cama-. Tus cosas son tuyas y lo sabes. Sólo es que me ha sorprendido. Después de todo es mi habitación.

-Entonces ¿hay algo más que puedo reclamar como mío? -Se volvió hacia Hugh, con el tocado en las manos y los rígidos pliegues de lino colgando sobre el terciopelo negro del regazo-. Me llevaría con mucho gusto todas mis cosas a algún lugar que pudiera considerar propio. -Dejó caer el tocado al suelo, a sus pies.

-¡Oh, no! -se negó él en voz baja. Le puso las manos sobre los hombros-. En este matrimonio no habrá camas separadas, esposa mía. Si tengo que dormir en un tocador de seda, lo haré. Mi habitación es la tuya y puedes hacer en ella lo que quieras.

-Eres muy considerado, mi señor. Te lo agradezco.

Pero, a pesar del tono irónico, el antagonismo había desaparecido. Guinevere sabía que pasaría mucho tiempo antes de que se le fuera por completo el resentimiento por los acuerdos matrimoniales y que habría ocasiones en que su enfado resurgiría, como acababa de ocurrir; pero Hugh tenía que comprenderlo.

Empezó a quitarse los anillos y los fue colgando de las ramas del arbolito de plata.

Hugh la observaba, con el ceño un poco fruncido. En la ceremonia no se habían intercambiado anillos. Guinevere no lo había sugerido y él tampoco lo hizo porque supuso que ese gesto simbólico quizá la hubiese molestado por representar el aspecto material de su contrato matrimonial. Además, él no podía permitirse comprar una joya comparable a las que colgaban del arbolito o a las del joyero, y el orgullo no le consentiría ofrecerle algo de menor calidad.

Por supuesto, ya sí podía comprar lo que quisiera; pero, de nuevo, por orgullo se negaba a emplear la riqueza de Guinevere para comprarle un regalo.

Ahora bien, sí había algo que podía ofrecerle, así que empezó a quitarle los alfileres del pelo a Guinevere.

23

A primera hora de la mañana siguiente, Hugh entró en la sala mientras Guinevere y las niñas desayunaban en compañía del tutor. Se inclinó y besó a Guinevere en la boca, en un gesto de propiedad que le hizo a maese Howard ocultar la cabeza tras su jarra de cerveza. Las muestras de afecto en público no habían formado parte de los matrimonios anteriores de lady Guinevere.

Hugh saludó efusivamente a las niñas y preguntó:

-¿Dónde está Robin?

-No lo he visto -contestó Guinevere-. Pero supongo que sigue en la cama.

-¡Oh, no! -exclamó Hugh, sacudiendo la cabeza y, en vez de sentarse a la mesa, volvió a la escalera.

Guinevere no le dijo nada. Había interferido la noche anterior en la relación de padre e hijo, pero estaba decidida a utilizar su influencia con moderación. Iría con cuidado, por mucho que su corazón le dictara lo contrario.

-Supongo que Robin se encuentra mal -comentó Pippa-. Probablemente necesita dormir la mona.

Su madre no dijo nada y se limitó a continuar con su desayuno. Pen parecía consternada y empujaba un trozo de beicon por el plato con desgana. No sabía cómo tenía que saludar a Robin cuando éste apareciera. No quería recordarle su comportamiento en la fiesta, pero tampoco podía actuar como si no hubieran discutido.

-Hoy tenéis que empezar de nuevo las clases -anunció Guinevere-. ¿Le irá bien, maese Howard? -Miró al tutor.

-Por supuesto, señora -respondió él mientras untaba mantequilla en una rebanada de pan-. Empezaremos leyendo algo en francés en cuanto terminemos el desayuno. -Sonrió contento ante esa perspectiva, sin tener en consideración el aspecto meláncolico de sus alumnas.

Hugh y Robin bajaban por la escalera. Hugh parecía enfadado y su hijo tenía muy mala cara, con el cutis entre verdoso y extremadamente pálido y los ojos medio cerrados.

-Come algo, Robin -lo animó Hugh-. Necesitas comer.

-No podría -susurró el chico-. No podría comer nada.

-Te prepararé una bebida -le ofreció Guinevere con una sonrisa comprensiva-. Algo que te alivie el dolor de cabeza. -Se levantó de la mesa mientras Hugh sentaba a Robin-. No lo fuerces a comer, Hugh. Lo vomitará todo.

-No puede trabajar con el estómago vacío -replicó Hugh, pero no volvió a insistir para que Robin comiera.

El chico se sentó, puso un codo encima de la mesa y apoyó la cabeza en la palma de la mano, mientras que su padre se sirvió una generosa cantidad de huevos cocidos y beicon.

Pen miró a Robin preocupada e indulgente y Pippa afirmó muy seria:

-Mamá te preparará algo que hará que te sientas mejor. Siempre nos da bebidas especiales para que nos pongamos bien cuando estamos enfermas, ¿no es cierto, Pen? -Mientras hablaba le daba golpecitos a Robin en la mano.

Él esbozó una sonrisa débil y Hugh dijo:

-Dudo mucho que ninguna de vosotras haya tenido nunca lo que tiene ahora Robin.

-Pero supongo que usted sí, ¿no? -Pippa lo miró con un cierto aire de reto en sus ojos de color avellana que a Hugh le recordaban tanto a los de su madre.

Hugh miró a Pen y vio que ella también lo miraba con desaprobación. Su aparente falta de comprensión para con su hijo no encontraba eco en sus hijastras.

-Éste no es un tema que te incumba, Pippa -le regañó Hugh-. Si has terminado de desayunar, sugiero que te dediques a algo que sí sea de tu incumbencia.

Pippa iba a replicar cuando apareció Guinevere con una taza humeante, que dejó junto al codo de Robin.

-No sabe tan mal como lo que te di anoche -le explicó mientras le retiraba el cabello de la frente-. Pero debes beberlo caliente. Así estará más bueno.

-¿Le diste algo anoche? -se sorprendió Hugh.

-Le di algo para las náuseas y para que pudiera dormir mejor.

-¡Oh, ya sé qué es! -exclamó Pippa y se inclinó para ver el contenido de la taza de Robin-. Lo tomé porque tenía fiebre y me dolía la cabeza. Si le echas un poco de miel no sabe mal. ¿Quieres que te ponga un poco? -Pippa agarró el pote de miel.

Robin negó con la cabeza y tomó un sorbo de la taza.

-Si Pen y tú habéis terminado de desayunar, deberíais prepararos para las clases -les ordenó Guinevere-. Estarán listas en media hora, maese.

-Voy a buscar los libros que utilizaremos -anunció animadamente el tutor levantándose de la mesa-. Será bueno regresar a la rutina, señora. ¿Quiere que esta tarde usted y yo leamos un rato, como de costumbre?

-Si no le va mal... -contestó Guinevere.

-El chico también podría recibir alguna clase -sugirió Hugh, pensativo, cuando el tutor se marchó detrás de las niñas-. Sabe leer y escribir y se le dan bien las cuentas y los números, pero no conoce nada de las lenguas clásicas. Y tampoco sabe francés, por ejemplo. -Miró a Robin, que tenía la vista perdida en la taza, sordo a las palabras de su padre-. No lo consideraba necesario para ser soldado, pero, como ya no tendrá que ganarse así la vida, no le vendrá mal adquirir unos cuantos conocimientos. ¿Qué te parece, Robin? ¡Robin!

El chico levantó la vista e hizo una mueca de dolor.

-Perdón, señor.

-Estaba sugiriendo que te iría bien pasar un tiempo con tus hermanas aprendiendo cosas con el tutor. No puedes ocupar un puesto en la corte siendo un patán analfabeto.

-Pero yo quiero ser soldado -afirmó Robin, al que por fin algo incitaba a desentenderse de su malestar físico-. Yo siempre he querido ser soldado, como usted, señor.

-Espero que comprendas que, aunque cambien las circunstancias, la gente no siempre cambia, Hugh -apuntó Guinevere, sonriendo con dulzura mientras se levantaba de la mesa-. Si Robin está decidido a ser soldado, dudo que lo conviertas en un cortesano simplemente porque pueda permitírselo. Y ahora, si los dos me perdonáis, voy a intentar poner un poco de paz entre el señor Milton y el señor Crowder. Me parece que en la cocina las cosas están un poco liadas.

Hugh la miró y frunció el ceño, preocupado. Tenía razón, desde luego, pero no era necesario que se mostrara tan complacida por ello. Hugh supuso que simplemente se estaba tomando la revancha y se preguntó hasta cuándo necesitaría seguir haciéndolo. Si Guinevere le echaba en cara en todo momento los acuerdos de su matrimonio, él empezaría a arrepentirse de ellos, aunque no tenía por qué, pues cualquier persona, a excepción de ella, los consideraría totalmente normales y perfectamente razonables.

Miró a Robin. El chico tenía muy mal aspecto a pesar de lo que hubiera puesto Guinevere en su taza.

-Cuando hayas terminado las tareas de esta mañana puedes volver a la cama, Robin -le concedió.

Robin levantó con dificultad la cabeza.

-Gracias, señor -murmuró.

Guinevere estaba en la cocina contemplando el caos general. No se había hecho gran cosa todavía por limpiar los restos de la fiesta y el lugar tenía prácticamente el mismo aspecto que la noche anterior cuando fue allí a preparar la medicina para Robin. Pinches desaliñados y fregonas desaseadas se movían lentamente y somnolientos, seguramente encontrándose tan mal como Robin, tras los excesos de la noche anterior. Encima de un montón de huesos revoloteaban las moscas, y un par de perros olfateaba el suelo buscando desechos.

La puerta que daba al patio de cocina estaba abierta para que el aire fresco disipara un poco el hedor de la comida echada a perder. El señor Milton y el señor Crowder se encontraban en esa puerta hablando con un hombre demacrado al que Guinevere no conocía de nada. Había algo en la postura de ambos mayordomos que hacía pensar en un par de perros al acecho, tensando la espalda con hostilidad.

Guinevere se aproximó a ellos sorteando los desechos y remangándose la falda de seda azul. No era tarea suya poner orden en la cocina, sino del mayordomo; pero suponía que Crowder estaba muy molesto por las condiciones en que se encontraba la cocina y no había podido evitar manifestar su opinión, de modo que las críticas, seguramente, habían enfurecido al señor Milton.

-Buenos días, caballeros.

Los dos se volvieron al oír el frío saludo e inclinaron la cabeza.

-Buenos días, señora.

El hombre con el que hablaban se apretó el sombrero contra el pecho y dobló él cuerpo casi hasta las rodillas.

-Señora -murmuró con respeto. Se enderezó y sonrió. Tenía los dientes ennegrecidos, los ojos muy juntos, el rostro anguloso, y la nariz como si se la hubiera roto en varias ocasiones.

-¿Quién es? -se dirigió Guinevere a los mayordomos. El hombre contestó por sí mismo.

-Me llamo Tyler, señora. Busco trabajo. Pensé que tal vez tendrían algo para mí. Puedo echar una mano en casi todo, en la cocina, en los establos, en el jardín... -Miró más allá de los dos mayordomos, al interior de la cocina-. Da la impresión de que les falta ayuda en la cocina.

-Eso es cierto -convino Guinevere y, mirando al señor Milton, retrocedió unos pasos para indicarle que se reuniera con ella. Fuera del alcance de otros oídos, en voz baja, pero con firmeza, le indicó-: No quiero intervenir, Milton, pero parece que su gente no tiene mucha idea de cómo arreglar todo esto.

El mayordomo se mostró incómodo.

-No estamos acostumbrados a celebrar fiestas como ésta, señora.

-Eso ya lo entiendo. Pero es necesario que alguien estimule a los sirvientes para que muestren un poco más de energía. Para empezar, hay que sacar a esos perros de aquí y proteger de las moscas los alimentos. -Hizo una pausa y añadió-: Por supuesto, el servicio ha aumentado y, probablemente, aumentará todavía más. Es mucho trabajo para que lo organice una sola persona. Me pregunto si el señor Crowder querría encargarse de la cocina y de la despensa para que usted se ocupara de los demás servicios. Me ha impresionado lo bien que funciona todo. Las habitaciones siempre están limpias, se cambian y se remiendan las sábanas, las chimeneas se mantienen encendidas... Y lord

Hugh recibirá más visitas a partir de ahora, así que será necesario tener habitaciones preparadas para invitados y todas esas cosas.

El mayordomo no era tonto. Sabía que le estaban dando una orden, aunque con buenas palabras.

-Si lord Hugh está de acuerdo, señora, por supuesto que haré lo que usted diga -contestó y le hizo una brusca inclinación de cabeza.

-Me parece que lord Hugh estará de acuerdo -comentó Guinevere amablemente-, pero si usted lo prefiere vaya a consultárselo.

-No será necesario, señora -se apresuró a decir Milton.

-Bien, entonces le explicaré cuál es la situación al señor Crowder y confío en que usted y él serán capaces de trabajar juntos en armonía. -Le sonrió y regresó a la puerta, donde Crowder seguía acompañado del hombre llamado Tyler-. Crowder, he decidido que usted y el señor Milton se repartan el trabajo. Pongo la cocina y la despensa bajo su responsabilidad. -Hizo un gesto señalando el gran desorden que había detrás de ella-. Tendrá usted menos funciones.

-Sí, señora -asintió él con cierta satisfacción-. Para empezar, contrataré a este hombre.

-No se arrepentirá, señor. -Tyler giró el sombrero entre sus manos-. Tengo esposa y seis hijos, señora. Si no encuentro trabajo tendré que ir a pedir por las calles para alimentarlos. Antes trabajaba con las barcas en el río, pero me quemé las manos y ya no puedo remar. -Extendió las manos, mostrando unas horribles cicatrices en las palmas-. Sirven para muchas cosas, pero remar es otra cosa.

-Sí, me hago una idea -aceptó Guinevere-. Muy bien. Trabajará a las órdenes del señor Crowder. -Saludó con la cabeza y se marchó de la cocina.

Tyler la siguió con la mirada y, tras hacerle una inclinación de cabeza al señor Crowder, entró en la cocina mientras se subía las mangas.

En seguida se llevó bien con los demás miembros del servicio. Quienquiera que estuviese dispuesto a ayudarlos en el trabajo era bienvenido. El hombre parecía estar en todas partes al mismo tiempo y sus preguntas, hechas al desgaire, no generaban comentarios.

Robin entró con paso vacilante en la cocina para ir a buscar un saco de grano a la despensa para los palomares. Se quedó parado allí en medio, parpadeando mientras intentaba recordar para qué había ido. Sentía un martilleo en la cabeza y le dolía todo el cuerpo.

-¿Quién es? -le preguntó Tyler a una chica mientras la ayudaba a colgar las ollas de cobre ya limpias en los ganchos del techo.

-Es el señorito -respondió la chica, después de mirar por encima del hombro-. El señor Robin. Tiene mal aspecto. Me pregunto qué le ocurre. -Le dio a Tyler la última olla al tiempo que sonreía seductoramente-. Muchas gracias, Tyler.

Él correspondió con otra sonrisa y un golpecito en el trasero, que a la chica le hizo soltar unas risitas. Luego, se acercó a Robin, que seguía en el centro de la cocina sin darse cuenta de que una indolente fregona le estaba dando en los pies con una bayeta.

-¿Puedo ayudarle en algo, señorito?

Al oír aquella extraña voz, Robin se sobresaltó, miró a Tyler sin expresión alguna y respondió:

-He venido a buscar algo, pero no recuerdo qué era. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Grano. Necesito grano para los palomares.

Se fue a la despensa dando traspiés y pensando en que cuando terminara sus tareas podría volverse a la cama.

Tyler lo siguió.

-Deje que se lo lleve, señor Robin. -Cargó con el saco a sus espaldas y salió de la cocina a grandes zancadas y con Robin pisándole los talones.

-Póngalo allí. Gracias. -Robin señaló hacia los dos altos palomares que había en el centro del jardín-. ¿Cómo dijo que se llamaba?

-Tyler, señor. ¿Está seguro de que no quiere que lo desparrame yo?

-Sí. Gracias, Tyler. -Robin abrió el saco con su cuchillo-. Yo sé qué cantidad hay que darles.

-Muy bien, señorito.

Tyler se marchó, pero no regresó a la cocina, sino que rodeó la casa hasta una puerta lateral. Entró y permaneció inmóvil en el pequeño zaguán oscuro desde donde una escalera estrecha conducía al piso superior. No se oía nada. Subió sin hacer ruido y levantó el pestillo de la puerta, que daba a un espacio amplio de donde salía un pasillo, en el que había tres puertas.

Sus preguntas en la cocina acerca de la distribución general de la casa servirían de algo. Detrás de una de aquellas puertas encontraría la habitación del chico.

Avanzó unos pasos, se detuvo y escuchó. Luego, recorrió el pasillo de puntillas y escuchó detrás de cada una de las puertas. Oyó voces infantiles en la tercera. De las otras dos no salía ningún ruido.

Abrió una rendija en la primera, lo suficiente para ver el interior. Era una habitación amplia y con una gran cama, pero daba la impresión de no estar ocupada. Supuso que se trataba de una habitación para invitados. Cerró y dirigió su atención a la otra puerta.

Se trataba de una habitación pequeña, con pocos muebles y una cama estrecha. Tyler entró y cerró la puerta. Era la habitación del chico, pues en la pared había una espada juvenil, envainada, y el gabán que colgaba detrás de la puerta no era el de un hombre. Abrió los cajones del tocador y vio guantes, calzas y ropa de talla pequeña. Todo era de un niño.

Se puso manos a la obra. Cambió las velas de los dos candeleros de peltre por las que llevaba a la espalda en un morral que en ningún momento se había quitado desde su llegada a la casa. Rellenó la lámpara de aceite con el contenido de un frasquito que sacó de un bolsillo del morral y, de ese mismo bolsillo, extrajo un trozo de pergamino, enrollado en espiral, esparció su contenido en el interior de los guantes, en las calzas y entre las camisas. Por último retiró el cubrecama y diseminó más polvos blancos encima de la sábana y en la almohada, donde estaría en contacto con el rostro.

Volvió a cubrir la cama y echó un vistazo a su alrededor. Todo parecía normal y no había nada que indicara que la habitación fuese ahora letal. Se oyeron pasos en el pasillo y Tyler se escondió detrás de la puerta, pegado a la pared y con la mano en la empuñadura de la daga.

Se abrió la puerta.

-¿Robin?

Un hombre entró, pero dejó la puerta abierta. Echó un vistazo a la habitación vacía, dio media vuelta, salió y volvió a cerrar.

Tyler volvió a respirar. Por el atuendo del hombre y por su impresionante apostura, supuso que acababa de ver a Hugh de Beaucaire, su segunda presa. Le tenía un par de trucos reservados en la manga a lord Hugh. Y no cometería el error de subestimar a su víctima.

Hizo una mueca despectiva al pensar en el intento frustrado de la noche anterior de acabar con la vida de lord Hugh. El aspirante a asesino no sabía lo que estaba haciendo. Afortunadamente para él murió en el intento. El consejero real utilizaba unos métodos muy desagradables con quienes fracasaban.

Esperó unos minutos antes de salir de la habitación y regresar escaleras abajo hasta los establos. Allí cualquier hombre podía ser útil.

Hugh salió de la habitación de Robin y se fue a buscar a su hijo. Empezaba a pensar que había sido demasiado duro con él obligándolo a salir de la cama cuando todavía se encontraba tan mal. Pero también se alegraba de que el chico no se hubiera rendido, cediendo a su deseo de regresar a la cama a pesar de las órdenes de su padre. Había creído oír un ruido procedente de la habitación de Robin, pero se alegró al comprobar que se había equivocado. El chico sabía perfectamente que su padre se ablandaría si veía que su hijo realmente no era capaz de soportar su malestar. Era orgullo y no miedo lo que lo mantenía en pie aguantándose las molestias.

Hugh sonreía satisfecho por esa reflexión cuando llegó al salón. Guinevere, que se encontraba ante la chimenea con un pergamino en la mano, levantó la vista y se lo tendió a Hugh.

-Es para ti. Si no me equivoco, el sello es del consejero real.

Él lo tomó y certificó la procedencia sin alterarse:

-No, no te equivocas. -Rompió el sello con la uña del dedo pulgar, desdobló la hoja y frunció los labios, como si silbara en silencio-. Parece ser que esta noche estamos invitados a una fiesta que el consejero real da en honor de los reyes para celebrar el inminente nacimiento del hijo de la reina.

-Para mí que ella preferiría celebrarlo con sus damas a esa misma hora -observó cáustica Guinevere-. Cuando una mujer está a punto de dar a luz, lo último que necesita es un montón de juerguistas a su alrededor.

Hugh alzó una ceja.

-Al rey le gusta que se agasaje a la reina.

-Pero no con una fiesta. -Guinevere se encogió de hombros-. ¿Tenemos que ir?

-No se rechaza así como así una invitación del consejero real.

-Pues yo la rechazaría con mucha solemnidad. Con muchas excusas y mucho pedir perdón y mucho reconocer el honor que se nos hace.

Hugh se echó a reír. Alargó la mano y le acarició la raya del pelo por debajo de la capucha de lino blanco.

-Y yo preferiría pasar la noche a solas con mi esposa -afirmó.

-¿Serviría como excusa?

Hugh negó con la cabeza.

-No. Tenemos que ir.

-No me gusta la sensación de tener que estar siempre a la entera disposición del consejero real- se resistió Guinevere-. Podríamos dejar Londres y regresar a Derbyshire.

Hugh volvió a negar con la cabeza.

-Está a punto de llegar el invierno. Ahora no podemos recorrer una distancia tan larga. Tendremos que esperar a la primavera. Además, yo estoy al servicio del rey. Para salir de Londres necesito su permiso.

-No me había dado cuenta de que tu vida estuviera tan circunscrita. -Se dio la vuelta, acercó las manos al fuego y añadió-: Y la mía ahora también.

-Estoy al servicio del rey -repitió él.

-Pero no del consejero real. -Continuó dándole la espalda, con el cuerpo doblado elegantemente hacia el fuego.

-No de forma directa -reconoció Hugh-, pero, teniendo en cuenta que el consejero real es el servidor principal del rey, es inevitable que yo esté a su entera disposición, como tú has dicho.

-Supongo que sí. -Guinevere encogió ligeramente sus esbeltos hombros para decir-: Pero no me gusta. No estoy cómoda.

Hugh no dijo nada. No se le ocurría nada que pudiera decirle para tranquilizarla, puesto que coincidía con ella. A Hugh no le importaba estar en la cuerda floja con el consejero real, pero, mientras Thomas Cromwell gozara del favor del rey, él no podía hacer nada. Por supuesto, el rey retiraba su favor tan a menudo y de forma tan aleatoria como lo concedía. Si Cromwell cometía un error, Enrique se lo haría pagar con la cabeza. En tal caso, Hugh no quería ser una de las marionetas del consejero real, porque, en la corte de Enrique, la suerte del amo era la suerte del vasallo. Así pues, había que andarse con pies de plomo.

-Perdón, señor.

Hugh se volvió al oír la voz de su hijo.

-¡Estás aquí! -Lo miró atentamente-. ¿Te encuentras mejor?

-No -contestó Robin, restregándose los ojos, que los tenía inyectados en sangre, con las palmas de las manos-. He terminado el trabajo en los establos. ¿Tengo que hacer algo más?

-No, vete a la cama. -Hugh le dio una palmadita en la espalda-. Y confío en que hayas aprendido algo sobre la moderación.

Robin movió la cabeza para asentir, pero con cuidado porque le dolía mucho.

-¿Quieres que te prepare otra pócima, Robin? -le preguntó Guinevere.

-La de esta mañana hizo que me doliera menos la cabeza, pero ahora me duele mucho otra vez.

-Te la subiré.

Robin se lo agradeció con un murmullo y se marchó andando trabajosamente. Guinevere se fue a la cocina, donde las cosas habían mejorado bastante. La carne se asaba en el espetón, las cacerolas borbotaban en los fogones y el suelo y las superficies de las mesas estaban limpios.

Preparó la pócima y se la llevó a Robin, que estaba acurrucado en la cama, tapado hasta la barbilla.

-¿Querrás comer? -Le dio la taza cuando se hubo incorporado.

-No creo que pueda comer nada, señora. Tengo hambre, pero si pienso en comida me entran ganas de vomitar.

-Entonces no pienses en ella. -Guinevere se fue a la puerta-. Si duermes un par de horas te sentirás como nuevo.

Se dirigió a la habitación contigua, donde sus hijas seguían recluidas con el tutor y los libros. Las dos la miraron esperanzadas.

-¿Es hora de comer, mamá? ¿Podemos dejarlo por hoy? -preguntó Pippa.

-Todavía no. Me gustaría que me leyerais algo.

-Han olvidado muchas cosas desde que salimos de Mallory Hall, señora -le notificó maese, moviendo con pesar la cabeza-. Hemos tenido que empezar de cero con los tiempos verbales en francés.

Guinevere se apoyó en el alféizar de la ventana y escuchó a sus hijas diciendo con torpeza un texto en francés. Seguía sorprendiéndola esa indiferencia de las niñas por el placer de aprender, ya que ella misma nunca había perdido su necesidad de adquirir conocimientos.

Se quedó con ellos hasta que sonó el toque de trompeta para la comida, y todos juntos bajaron al salón.

-¿Nos darán algo de comer en esa fiesta del consejero real? -preguntó Guinevere tras ocupar su asiento en la mesa.

-Cromwell es célebre por la fastuosidad de sus banquetes -contestó Hugh-. Vas a disfrutar de una burda exhibición de riqueza.

-Entonces ahora comeré poco. -Guinevere suspiró. La idea de la fiesta no le gustaba nada-. ¿Adónde tenemos que ir?

-A la casa del consejero real en Austin Friars. Será mejor que vayamos a caballo.

-Bueno, eso lo compensará. Tengo la sensación de que hace mucho tiempo que no monto a Isolde. -Tomó un sorbo de vino y, cuando Hugh le ofreció la bandeja de carne, hizo un gesto negativo.

-¿Dónde está Robin? -preguntó Pen, preocupada.

-En la cama -respondió Hugh-. Durmiendo para recuperarse.

Pen se sintió aliviada. Pippa dijo, con la boca llena de carne:

-Odio estar enferma. Odio tener que estar en la cama durante el día. Podemos llevarle los gatitos, Pen, para que le hagan compañía.

-Yo dejaría que durmiera -les aconsejó Guinevere. Mordisqueó un trozo de queso-. ¿A qué hora debemos salir, Hugh?

-Poco después de las tres.

Guinevere hizo una mueca. Vio que Hugh tenía la vista baja y el ceño fruncido.

-¿Te preocupa algo? -le preguntó.

-Hay alguien a quien no conozco. -Hugh señaló con la punta de su cuchillo-. Hay un extraño en la mesa.

-¡Oh, se llama Tyler! Lo he empleado esta mañana para que ayude a Crowder, que se encargará de la cocina y la despensa mientras que el señor Milton se ocupará del resto de la casa. Ahora las cosas irán mucho mejor.

-Comprendo. No me había dado cuenta de que las cosas no fueran bien -comentó él en un tono cortante-. ¿Qué tiene este Tyler que te haya hecho confiar en él?

-La voluntad de echar una mano en lo que sea -contestó Guinevere-. Tiene que mantener a su familia. A Crowder le pareció que sería bueno contratarlo y suelo confiar en el juicio de mi mayordomo para estas cosas. -Lo miró con franqueza, desafiándolo-. ¿Te parece mal?

Hugh negó con la cabeza.

-No, pero sospecho que a Milton sí. No está acostumbrado a tener que compartir las responsabilidades domésticas.

-Se acostumbrará -afirmó Guinevere-. No estoy dispuesta a vivir en una casa con un servicio que no funciona, y hay cosas para las que el señor Milton no resulta demasiado efectivo. Ahora estás casado y yo soy una buena administradora.

-¡Oh, no lo dudo! -dijo-. Después de todo, éste fue uno de los principales motivos por los que me casé.

-Seguro. -Guinevere volvió a levantar su copa de vino.

24

Jack Stedman y tres de los hombres de Hugh los acompañaron hasta la casa del consejero real en Austin Friars. El camino estaba flanqueado por soldados armados con pica y ataviados con la librea de la casa de Cromwell, que contenían a la multitud que se había reunido allí para vitorear a los reyes cuando pasaran y que observaba boquiabierta la procesión de invitados en carruajes de ruedas de hierro o montados a caballo, abriéndose paso con cuidado por el barro y la basura de las calles.

Cromwell había hecho derribar el monasterio de Austin Friars para construirse una mansión. Las casitas rústicas de los alrededores formaban parte de las dependencias del monasterio y el consejero real no había tenido ningún reparo en trasladarlas si le suponían un estorbo para sus planes arquitectónicos. Hizo levantar un alto muro de

piedra de casi un kilómetro de largo, que encerraba su jardín y había absorbido las modestas parcelas ajardinadas de unas veinte casas.

Guinevere vio las veletas en el vértice de los excesivamente empinados tejados. Tenían forma de hombres armados y despedían destellos dorados a esa primera hora del atardecer, y el refulgante estandarte en la punta de las lanzas casi parecía ondear con el creciente viento.

-Es toda una mansión -murmuró Guinevere, algo estremecida y con una extraña sensación de amenaza opresiva al cruzar la puerta para entrar al patio interior.

Todo era bullicio y gritos, con los mozos de cuadra corriendo para encargarse de los caballos y abriendo las puertas de los carruajes, y los ujieres apresurándose a acompañar a los invitados al enorme salón, que ocupaba toda la superficie de la planta baja bajo un magnífico techo dorado.

Les mostraron su sitio en una de las largas mesas que se extendían a cada lado del salón. Los hombres se sentaban a un lado y las mujeres ocupaban el asiento de enfrente. Guinevere miró a su alrededor fascinada a pesar de esa sensación amenazadora de la que no podía deshacerse.

Una fanfarria de trompetas anunció la llegada de los reyes y los invitados se pusieron de pie. El rico tapiz que cubría el fondo del estrado fue corrido a un lado y sus majestades entraron con sus damas y caballeros detrás. El rey y la reina se sentaron en sus puestos en la alta tarima, mientras que el séquito formó un semicírculo a su espalda. Guinevere pensó que, probablemente, pasarían hambre.

Para su alivio, el consejero real no estaba en la misma mesa que ellos, aunque Guinevere lo veía perfectamente presidiendo la mesa que había justo debajo de la tarima, con los invitados más importantes. El consejero miraba a todos lados, así que hubo un momento en el que sus miradas se encontraron. Sin expresión alguna y sin parpadear, él miró fijamente a Guinevere hasta que ella volvió la cabeza.

Guinevere miró entonces a Hugh e inmediatamente se sintió confortada por la firmeza y la seguridad de su presencia. Hugh estaba hablando con su vecino de mesa, pero, como si sintiera la mirada de su esposa, alzó la vista. Le guiñó un ojo, lentamente, y Guinevere no pudo evitar sonreír.

Nadie parecía interesado en hablar con ella y Guinevere supuso que eran ocasiones en las que se traficaba con las influencias, de ahí que importara mucho quién hablaba con quién y acerca de qué. Advirtió que se creaban fidelidades, para bien o para mal. Y ella no era nadie, sólo una extraña. En términos generales, a Guinevere no la entristecía ser ignorada en medio de aquel jaleo de voces que se elevaban cada vez más compitiendo con el estrépito de platos y cubiertos. Los platos eran de oro, y la cristalería, de cristal veneciano. Antes de cada cambio de servicio sonaban las trompetas, y hubo bastantes: grulla, pavo real, cisne, jabalí. Desde luego, nada tan humilde como la simple carne de venado. Los camareros corrían con bandejas y garrafas de vino del Rin, rellenando continuamente las copas.

Guinevere bebió muy poco y comió menos todavía. Se preguntaba por qué el consejero real había querido invitarlos a aquella ostentosa exhibición de su riqueza. La reina parecía encontrarse físicamente incómoda y era evidente que se aburría a pesar de la educada sonrisa que mantenía fija en su rostro. El rey comía inclinado hacia delante, meneando la cabeza arriba y abajo mientras contemplaba el espectáculo desde su posición superior y masticaba a conciencia lo que fuera que se hubiese servido de las bandejas que le ponían delante.

Tuvo lugar una representación en el centro del salón. Una fuente surgió del suelo como por arte de magia, con cisnes nadando elegantemente en un lago diminuto y unas ninfas de madera danzando a su alrededor mientras eran perseguidas por un trío de

sátiros. El rey aplaudió efusivamente, ya Guinevere empezó a dolerle la cabeza con todo aquel ruido. No comprendía de dónde salía esa fuente y no le interesaba en absoluto la lucha de las ninfas con los sátiros.

Miró a Hugh, que levantó inquisitivamente una ceja al tiempo que indicaba con la cabeza el tapiz que había a su derecha. Ella interpretó correctamente el gesto como una invitación para tomarse un respiro, así que asintió con la cabeza y se levantó de su asiento. Hugh también se levantó, rodeó la mesa y la agarró del brazo.

-Encima de la sala hay una galería por la que podemos pasear un rato. Tal vez se esté más fresco y, desde luego, será más tranquila.

-Mi cabeza parece la de Robin -se quejó ella-. Qué repugnante...

-¡Calla! -Le apretó el brazo con fuerza-. Las paredes oyen.

Ella se mordió el labio y se disculpó:

-Perdóname. En Derbyshire las paredes son sordas.

-Aquí es habitual -murmuró, y apartó un poco el tapiz para que pasara Guinevere, que al hacerlo se encontró a los pies de una escalera de caracol.

Ninguno de los dos vio al hombre que desde el otro extremo del salón se había dado cuenta de su desaparición y se escabullía detrás de otro tapiz.

Guinevere empezó a subir agarrada a la barandilla con una mano y aguantándose la falda con la otra. La escalera terminaba en una amplia galería que daba al salón. Una vez arriba, suspiró aliviada. La simple sensación de espacio a su alrededor la tranquilizaba.

-Vamos a andar un poco.

Hugh le metió una mano por debajo del codo y ella advirtió en aquel gesto el mismo sentido de propiedad que en el beso que le había dado por la mañana en el desayuno, y tuvo que reconocerse que no la disgustaba. Empezaron a caminar por la galería y Guinevere, por encima de otra barandilla de oro, miró al salón, donde los sátiros estaban ganándoles la partida a las ninfas. Vio que la reina y sus damas se habían marchado, pero el rey seguía allí, y todavía divirtiéndose, por lo que parecía.

-Bien, señor, por lo que veo anda buscando un poco de intimidad.

Guinevere alzó la vista. Un hombre se aproximaba a ellos desde el otro extremo de la galería, con paso vacilante, y el jubón, exageradamente acolchado sobre una barriga considerable, le daba un aspecto absurdo. Los zaragüelles le sobresalían de un modo ofensivo, tenía los ojos muy pequeños y, aunque hablaba y se movía como si estuviera borracho, Guinevere habría jurado que estaba tan sobrio como ella.

-Se lleva usted una buena pieza,. amigo mío. Por un revolconcillo con una moza como ésta yo también hubiera abandonado la fiesta del rey. -Miraba de reojo con lascivia a Guinevere a medida que se aproximaba.

Junto a ella, Hugh, tensó todo su cuerpo y se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero habló en un tono tranquilo:

-Regrese a su sitio, señor. Seguro que se divertirá más ahí abajo.

El hombre se acercó un poco más y juntó su rostro al de Guinevere.

-Un beso, preciosa. A su... protector no le importará. Le gusta compartir, ¿verdad, señor?

Guinevere oyó que Hugh tomaba bruscamente aire y notó que la agarraba con más fuerza el codo. Pero, de nuevo, habló con calma:

-Aquí no se divertirá.

El hombre se llevó la mano a la espada y hasta la sacó a medias de la vaina, sin dejar de mirar a Hugh de un modo penetrante, perspicaz.

-Venga, amigo mío -insistió-, no le va a negar a nadie un trocito de este pastel. He oído que muchos otros lo han probado.

Guinevere no podía creer que Hugh permaneciera allí escuchando aquellos insultos. Y, sin embargo, seguía sin hacer nada. Ya no tenía la mano en la espada y se limitaba a mirar fijamente al hombre. Pero ella notaba que estaba furioso aunque en el rostro no lo mostrara.

-Perdónenos -se excusó Hugh en voz baja-. Nos gustaría continuar con nuestro paseo.

Le puso al tipo una mano en el hombro y le hizo dar media vuelta, aparentemente sin esfuerzo, y lo apartó de su camino, empujándolo hacia la barandilla. Luego, sin soltarle el codo, le indicó a Guinevere que pasara de largo.

Oyeron el sonido de la espada al ser desenfundada. Hugh no se volvió y ni siquiera alteró el ritmo de su respiración. Siguió caminando por la galería junto a Guinevere. Llegaron a la escalera que había en el otro extremo, la que el hombre aquel había utilizado para subir allí.

Cuando Guinevere giró la cabeza, ya no había nadie. Miró a Hugh y lo vio muy pálido, muy tenso, con las mandíbulas apretadas y una mirada fiera en los ojos.

-¿Qué ha sido eso? -le preguntó ella-. ¿Quería obligarte a luchar con él?

-Eso creo. -Bajó la vista hacia ella y en su mirada había una nota de alarma y cierto aire inquisitivo-. ¿Sabes cuál es el castigo por desenfundar la espada en un lugar donde se encuentra el rey?

Guinevere negó con la cabeza y él la miró un momento en silencio antes de decir:

-La pérdida de un ojo se considera un castigo benévolo. Perder la cabeza es más severo, pero bastante frecuente.

Guinevere se estremeció.

-¿Por qué? Entonces, ¿por qué quería obligarte a hacerlo?

-No lo sé.

Guinevere inspiró profundamente.

-No me gusta este lugar, Hugh. ¿Podemos marcharnos?

-No antes de que se vaya el rey. -Le hizo un gesto para que lo precediera al bajar por la escalera.

Guinevere sentía la mirada de Hugh en su espalda. Al llegar abajo le preguntó:

-¿Conocías a ese hombre?

-No. No recuerdo haberlo visto antes.

La mirada de Hugh, inquisitiva e indescifrable, permaneció unos segundos fija en el rostro de Guinevere. Luego, él apartó el tapiz para que ella pasara y ambos volvieron a su sitio en la mesa, donde ya no podrían continuar hablando.

Poco después de haberse ido su esposa, el rey también se marchó por el tapiz de la parte de atrás del estrado, y así Guinevere y Hugh ya podían irse a su vez. El consejero real se acercó a saludarlos cuando se dirigían a la puerta.

-Hugh..., mi querida señora de Beaucaire. -Les ofreció su breve y fría sonrisa-. Espero que hayan disfrutado de mi pequeña fiesta.

-Ha sido una sorpresa para mí, lord Cromwell -aseguró Guinevere-. En Derbyshire no tenemos estas cosas.

-No, supongo que no. -La miró fijamente pellizcándose la nariz-. Pero ya le mostraremos más de nuestras maravillas. Estoy seguro de que se asombrará.

Guinevere le hizo una breve reverencia.

-Ya estoy asombrada, señor. -Dudó por un segundo y añadió-: Y muy agradecida por su deferencia.

El consejero reallevantó un dedo:

-La gratitud, señora, es una sabia virtud. -Miró a Hugh-. ¿Se ha divertido, Hugh?

-Por supuesto -afirmó Hugh-. Gracias por la invitación, señor. Rezaremos por un feliz parto para la reina.

-¡Oh, sí! Un hijo traerá paz y armonía. -Cromwell asintió con la cabeza-. El rey estará contento.- Miró reflexivamente a Hugh-. Usted tiene un hijo, así que ya conoce las alegrías que dan.

-Desde luego. -Tomó a Guinevere por el brazo-. Nos esperan los caballos.

-Que tengan un buen viaje. -El consejero real se alejó como si, de pronto, ya no estuviera interesado en ellos y se perdió entre la multitud de invitados.

Jack Stedman y sus hombres esperaban en el patio interior con los caballos. Guinevere utilizó el soporte para montar y dispuso la falda decorosamente en torno a la silla. El aire era fresco y le fue bien para el dolor de cabeza.

Hugh se subió a su corcel negro, pero se quedó quieto, sin indicarle al caballo que se dirigiera a la puerta de salida. La multitud se agolpaba a su alrededor, pero Hugh no parecía advertirlo, con el entrecejo muy fruncido y tensas la boca y las mandíbulas. Se volvió para mirar a Guinevere, cuando ella situó la yegua blanca a su lado, y de nuevo su mirada era inquisitiva e indescifrable.

-Vámonos -le pidió Guinevere-. No soporto esto un minuto más.

Hugh asintió y se giró en la silla hacia Jack Stedman.

-Jack, entre esta multitud hay un hombre con un jubón a rayas verdes y amarillas, un gabán negro, calzas verdes y sombrero amarillo. Andará por los cuarenta años, lleva barba recortada y tiene una barriga considerable. Búscalo. Tengo interés en saber qué amigos tiene.

Jack se mostró dubitativo.

-Haré lo que pueda, señor, aunque es como buscar una aguja en un pajar.

-Ya lo sé. Pero tal vez tengas suerte y yo tengo unas cuentas que ajustar con él.

Jack se apeó del caballo y desapareció entre la multitud que todavía salía de la casa del consejero real.

-No lo encontrará -opinó Guinevere mientras se dirigían a la calle, empujados por la marea de invitados.

Hugh se encogió de hombros.

-Tal vez no -dijo, y no volvió a decir nada hasta que llegaron a casa. El salón estaba iluminado y, a pesar de que ya era tarde, la chimenea seguía encendida. Guinevere dejó caer el gabán en un respaldo y bostezó.

-Estoy agotada.

-Vete a la cama. Yo esperaré a Jack.

Hugh se sirvió un poco de vino de la garrafa que habían dejado expresamente para él encima de la mesa.

Guinevere dudó un momento antes de preguntar:

-¿Crees que quería matarte?

-Quería causarme problemas -contestó secamente-. Por alguna razón hay alguien interesado en interrumpir el hasta ahora tranquilo curso de mi vida.

Guinevere volvió a dudar, pero preguntó en voz baja:

-¿Por qué?

-Si lo supiera, tendría una idea de dónde tengo que buscar a quienquiera que sea. Vete a la cama, Guinevere. Esta noche no estoy de humor para ser una buena compañía.

Entonces, Guinevere se marchó, sin dejar ver que se sentía dolida por aquella despedida. Arriba, entró con cuidado en la habitación de las niñas. Dormían tranquilamente y Tilly roncaba con suavidad en la cama supletoria. Guinevere se inclinó sobre sus hijas y sonrió sin darse cuenta al ver el tono rosado de sus mejillas. Pamplinas

y Nuez Moscada parpadearon perezosamente al verla y se acurrucaron entre los cuerpos de las niñas.

Alisó el cubrecama, les rozó la mejilla con los labios y salió de puntillas. Se detuvo ante la habitación de Robin al ver que una luz tenue, procedente de la lámpara de aceite, salía por debajo de la puerta. Le oyó toser, un carraspeo seco.

Entró y dejó la puerta entreabierta. A pesar de la luz de la lámpara, Robin parecía dormir, aunque intranquilo y murmurando ahogadamente. Guinevere le tocó la mejilla y creyó que estaba caliente. El chico volvió a toser. Guinevere lo miró preocupada. Aquello no podía ser consecuencia de la borrachera.

-¿Qué haces?

Al oír la voz procedente de la puerta, Guinevere se volvió bruscamente con la mano en la garganta. No había oído a Hugh acercarse y al oírle de repente en medio de aquel silencio se había sobresaltado. Él se quedó en la puerta, todavía con el ceño fruncido.

-Siempre voy a ver a mis hijas antes de acostarme -susurró Guinevere.

Robin volvió a toser, farfulló algo y se cubrió la cabeza con los brazos. Hugh se acercó a la cama y tocó la mejilla enrojecida del chico.

-Está caliente.

-Sí. Tiene fiebre -musitó Guinevere-. Le prepararé un poco de hisopo y equinácea, eso ayudará a bajar la fiebre.

-¡No! -se negó Hugh con inesperado brío, pero en seguida moderó el tono de voz-: Lo que le irá mejor es dormir. Déjalo. -La agarró de la mano y tiró de ella hacia la puerta.

-Apaga la luz -le indicó Guinevere-. No sé quién la ha dejado encendida. La luz debe de molestarlo.

Hugh apagó la llama y la habitación quedó a oscuras. Salieron al pasillo y Hugh cerró la puerta con cuidado.

-¿Ha vuelto Jack? -preguntó ella.

Hugh negó con la cabeza y, encaminándose hacia la escalera, advirtió:

-No me esperes despierta.

-No lo haré. -Guinevere torció por el pasillo y se fue a su habitación. Hugh se quedó quieto, esperando a que Guinevere desapareciese en el dormitorio. Luego, regresó junto a Robin. Se frotó los labios observando al chico, que parecía tener mucha fiebre. Siempre había estado sano, y apenas había pasado por alguna enfermedad infantil. ¿Qué tendría ahora? En los últimos días no había estado en ningún lugar donde hubiera fiebre. Mejor dicho, llevaba más tiempo en casa de lo habitual. En casa... En casa...

¡Oh! Era ridículo pensar algo así. Pero no podía evitarlo.

-¿De modo que no se ha inmutado? -El consejero real se reclinó en su asiento junto al fuego, tamborileando sin cesar en el brazo de la silla y golpeteando con el pie las baldosas del suelo.

-No, señor. Lo reté directamente, pero no se alteró lo más mínimo. -El hombre del jubón a rayas verdes y amarillas se removió incómodo junto al codo de su señor.

-Es un hombre frío -murmuró el consejero real-, pero creí que lo conseguiríamos. -Miró a su sirviente y el hombre se aterrorizó por la fría amenaza implícita en aquellos ojos-. Parece que estoy rodeado de imbéciles -murmuró Cromwell-. Te diriges a lord Hugh vestido así, como un abejorro gigante. ¿Crees que no intentará buscarte? ¿Crees

que no te reconocería inmediatamente? -Levantó su copa de vino y contempló al hombre con desdén durante varios segundos-. Será mejor que no te encuentre -añadió, recreándose en el terror que atenazaba al hombre que tenía ante él-. No lamentaría verte ensartado en la espada de lord Hugh, la verdad, pero no confío en tu capacidad para mantenerte callado.

-No diré nada, señor, ni aunque me torturen -prometió el hombre en tono lastimero.

-Vete de aquí cuando amanezca. Uno de mis barcos zarpa mañana por la tarde hacia Francia desde Greenwich. Asegúrate de que vas en él. Y quítate esa ropa ridícula antes de salir de esta casa.

El hombre hizo una reverencia tan exagerada que casi se dio en la frente con las rodillas y huyó de esa mirada terrorífica, aunque Cromwell ya se había dado la vuelta para contemplar el fuego.

Ya sólo le quedaba confiar en la tentativa de su buen sirviente Tyler. Al consejero real le gustaba atacar los problemas desde todos los puntos posibles. Si un intento fallaba, había otros. Hasta entonces habían perdido dos oportunidades. Esperaría a ver cómo se las había arreglado Tyler, antes de pensar en alguna otra cosa.

Había que considerar también a las hijas. Cromwell extendió sus gruesas piernas delante de la chimenea y se acarició la barbilla. Con la ejecución de la madre, tras las muertes de lord Hugh y su hijo, el testamento sería nulo y las propiedades quedarían confiscadas. Pero con una dote decente, Cromwell podía utilizar a las hijas para establecer alianzas provechosas. Tendría que desviar algunas de las posesiones de la madre hacia las dotes. El linaje era lo suficientemente bueno para atraer a los mejores postores del país, hombres ansiosos por progresar, ansiosos por gozar del favor del consejero real.

Era una buena idea.

Siempre y cuando Thomas Cromwell siguiera gozando del favor del rey. Se levantó de la silla. Si la reina Jane Ie daba otra hija al rey, era impredecible la reacción de Enrique.

Pero de momento no tenía por qué preocuparse de eso. Llamó a sus gentiles hombres para que lo ayudaran a acostarse.

Hugh permaneció levantado, manteniendo vivo el fuego, hasta que Jack regresó a primera hora de la mañana. Traía malas noticias, pues ninguno de los sirvientes con los que había hablado conocía a un hombre que concordara con la descripción que les había hecho Jack. Estuvo vigilando la puerta hasta que el portero la cerró después de que salieran los últimos invitados, y no vio a nadie que se pareciera a quien había provocado a Hugh.

-He dejado a Will Malfrey para que vigilara la puerta durante la noche, por si alguien sale antes de que amanezca. Si entonces no tenemos nada, seguiré investigando por la mañana, señor.

-Estoy seguro de que se ha marchado con el tumulto de invitados. No veo por qué iba a quedarse en Austin Friars toda la noche. -Hugh se levantó y se desperezó-. Lo dejaremos aquí, Jack. Gracias de todas formas. Lamento haberte mantenido despierto hasta estas horas.

-Es un placer servirle de ayuda, señor. -Jack saludó llevándose la mano a la cabeza y salió de la sala.

Al llegar a la puerta trasera dudó un segundo. Si lord Hugh consideraba cerrado el asunto, no había razón alguna para que Will Malfrey vigilara durante toda la noche la puerta del consejero real. Pero, de todas formas, no le haría ningún daño, pensó Jack con una sonrisa sardónica, pues el tipo debía pagar por el hecho de que la semana anterior pasó la noche en el burdel de Bankside cuando se suponía que debía estar de servicio. Will sabía que este otro servicio era un castigo por haberse ausentado la otra vez. No tenía por qué enterarse de que era un servicio innecesario, así que Jack se fue a la cama.

Hugh se quedó un poco más en el salón después de irse Jack y se sentía; extrañamente reacio a reunirse con Guinevere en la habitación. No podía evitar sospechar de ella, por mucho que se esforzara en desterrar la idea. Era como un gusano horadándole la tranquilidad de espíritu. Sin embargo, no dejaba de ser ridículo, pues Guinevere no conocía a nadie en Londres. ¿Cómo era posible que llevando tan poco tiempo en la ciudad se las hubiera apañado para conocer a esos hombres?

No obstante, Guinevere contaba con Greene, incluso con Crowder, para que hicieran ese trabajo en su lugar. Hugh sabía perfectamente que eran hombres de recursos y absolutamente fieles a su señora. Le habían ocultado todo detalle incriminador acerca de la muerte de Stephen Mallory y organizaron la huida a Cauldon. Seguramente no sentían una gran estima por el nuevo esposo de la señora. Tal vez los acuerdos matrimoniales los hubiesen enfurecido; de hecho, maese Howard no había ocultado su indignación.

Pero no, eso era demasiado absurdo.

Y, sin embargo, ella lo había avisado; le advirtió de que no se mostrara demasiado complaciente, que no pensara que había ganado la batalla de los acuerdos matrimoniales.

Pero no, eso era demasiado absurdo.

Y, sin embargo, ella había amasado toda su fortuna gracias a sus anteriores esposos; y había demostrado no tener escrúpulos.

¡Dios! ¡Se volvería loco!

Subió a zancadas los escalones y entró en la habitación de Robin. Encendió una de las velas de la mesa y se acercó a la cama. Robin tosía violentamente y tenía la piel más caliente que antes. Abrió los ojos cuando Hugh se arrodilló preocupado junto a su cama.

-Tengo sed -murmuró-. Tengo mucha sed.

Hugh llenó un vaso con agua de la jarra y se lo puso a Robin en los labios. El chico bebió con ganas. Luego, tosió y se le convulsionó el cuerpo al intentar respirar.

-La cabeza -farfulló-. Me duele mucho más que esta mañana. ¿Una resaca dura tanto?

-Esto no es una resaca, hijo. -Hugh le humedeció el rostro con un paño-. Tienes fiebre. Por la mañana avisaré al médico.

-Pero lady Guinevere tiene medicinas. -Robin recostó la cabeza en la almohada y cerró los ojos-. Prefiero tomar las medicinas de lady Guinevere.

-Pero lady Guinevere no es médico -objetó Hugh. Lo abrigó bien con la colcha sin hacer caso de los esfuerzos del chico por resistirse-. Necesitas sudar, Robin. Tienes que estar tapado.

El chico se rindió y se acurrucó de lado. Hugh se quedó un rato junto a él sosteniendo la vela en alto. Luego, la apagó de un soplo y se marchó a su dormitorio.

Guinevere no estaba dormida, pero algo le indicó que era mejor que se hiciese la dormida. Hugh había dejado muy claro que no quería hablar, que no quería comentar con ella nada de lo ocurrido. Ni siquiera quería hablar de la fiebre de Robin.

Se quedó quieta, respirando rítmicamente y escuchando los pasos, ya familiares, de su esposo al desplazarse por la habitación bajo la tenue luz de la lámpara que ella le había dejado encendida. La luz se apagó, y el colchón de plumas se hundió a su lado con el peso de Hugh al meterse en la cama.

Permaneció inmóvil, preguntándose si Hugh la tocaría, si se acercaría a ella. Pero se mantuvo en el otro lado de la cama. Guinevere notaba la tensión en el cuerpo de su esposo, oía su respiración ligeramente entrecortada y le entraron ganas de hablar, de romper aquella tensión; pero no se atrevió. Hugh había levantado una barrera entre los dos tan alta y gruesa como la que levantó ella durante el viaje desde Derbyshire después de la noche que pasaron juntos en la tienda de campaña, cuando ella se resistía a aceptarlo, desesperada, sabiendo que sólo así tendría fuerzas suficientes para enfrentarse a él.

Pero había surgido de la nada una nueva situación. Antes de la fiesta del consejero real estaban en buena armonía. ¿Por qué Hugh se alejaba de ella e imponía esa distancia entre los dos? ¿Qué necesidad tenía Hugh de luchar contra ella?

Por alguna razón, Guinevere no se atrevía a preguntárselo.

25

Will Malfrey temblaba por el frío del amanecer helado y se cubría la cabeza con la capucha del gabán como un caracol se cobija en su concha. Maldijo a Jack Stedman por haberlo obligado a permanecer allí. Jack estaría calentito en su cama, contento de haber encontrado el castigo ideal para el supuesto delito de Will. Después de todo, no había cometido ningún crimen, porque se buscó a alguien para que le hiciera el servicio aquella noche, sólo que omitió notificarle el cambio a Stedman.

Pateó el suelo y hundió un poco más las manos enguantadas en los bolsillos del gabán. En la oscuridad se veían las bocanadas blancas de aire al respirar. Por supuesto, tendría que haberlo previsto. El jefe de Jack Stedman, Hugh de Beaucaire, era un hombre de trato difícil, un militar que esperaba de los hombres a sus órdenes una lealtad extrema y un excesivo sentido del deber; y Jack, como lugarteniente suyo, mantenía ese criterio con lo que Will consideraba un entusiasmo innecesario.

El crujido de la puerta llamó su atención y Will retrocedió unos pasos, hasta el ángulo de la pared para que nadie pudiera verlo. Se abrió el postigo y un hombre grande y fuerte salió a la calle y se giró para decirle algo al vigilante de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Will entrecerró los ojos para verlo bien y, cuando el hombre volvió la cabeza, vio un rostro rellenito y una barba recortada. El gabán era de color amarillo chillón, y a Willle habían dicho que estuviera alerta por si veía a un hombre estrafalario, un hombre gordo, con una barriga considerable y barba recortada.

El hombre echó a andar a paso vivo hacia el río y Will Malfrey lo siguió a prudente distancia. Una vez en el río, el tipo se subió a una barcaza a punto de partir y se situó bajo la oscilante luz del hachón de popa, con cara de sentirse muy infeliz.

Casi tan infeliz como se había sentido el propio Will unos minutos antes, pensó mientras sonreía para sí y se llevaba dos dedos a la boca para avisar con un silbido a los barcos pequeños, que esperaban pasajeros un poco más lejos en el embarcadero. Saltó ágilmente al interior del primero que acudió y les dijo a los dos remeros que siguieran a la barcaza. Con la acción llegó el entusiasmo. La vigilancia había producido resultados

y los resultados siempre se premiaban en el servicio de lord Hugh, del mismo modo que se castigaban invariablemente los fallos.

A la mañana siguiente, Robin se encontraba peor. Hugh estaba junto a su cama, con el médico, ocultando su miedo por ver a su hijo medio inconsciente. El chico respiraba con dificultad y muy deprisa. No dejaba de toser y tenía los ojos entrecerrados y la piel ardiendo y muy seca.

Era un día gris, así que las velas y la lámpara estaban encendidas para que el médico viera mejor. Robin apenas protestaba cuando le presionaba las repugnantes sanguijuelas en los brazos y en la ingle.

-Tiene mucha fiebre, señor -murmuró el médico mientras sacaba otras sanguijuelas del bote para reemplazar a las que habían chupado suficiente sangre y estaban llenas.

Era un hombrecillo bajo y gordo, con barba larga y mal aliento. La ropa que llevaba puesta había conocido días mejores, y las botas estaban rotas. La medicina no era una profesión lucrativa a menos que se tuviera la suerte de trabajar para un noble importante.

-Ya lo veo -asintió Hugh, asqueado por ver aquellos bichos gordos en el cuerpo de su hijo-. ¿Qué más puede darle?

-Bueno, he traído una pócima que tal vez ayude -murmuró el doctor, no muy convencido, mientras hurgaba en su bolsa-. Pero si se trata de la fiebre miliar o de, que Dios me perdone, la peste...

-¡Por Dios, pero si no suda! -exclamó Hugh con violencia-. ¡Ojalá sudara! Y por aquí no hay peste. No puede ser. El chico no ha salido de casa desde hace una semana.

-¿Y todos los de la casa se encuentran bien? -El médico se rascó la cabeza y frunció el entrecejo.

-Que yo sepa, sí.

-¿Qué le está dando? -preguntó Guinevere desde la puerta. Parecía tan preocupada como Hugh, al acercarse a la cama y dirigirse al médico-: El hisopo y la equinácea tal vez le irán bien, ¿no cree?

El hombre se encogió de hombros.

-Lo dudo, señora. Con una fiebre así no hay nada que hacer, aparte de sangrar al paciente y rezar. -Reemplazó las sanguijuelas por otras.

-No deberías entrar aquí -reprendió Hugh a Guinevere-. Supongo que no querrás enfermar. Se lo pasarás a las niñas.

-Lo mismo que tú -replicó ella-. Me gustaría cuidar de él. A Tilly también. Es muy experta, entiende mucho de medicamentos simples.

Hugh negó con la cabeza.

-No, no quiero que nadie se ocupe de él aparte de mí.

-Pero ¿por qué? ¿Por qué no me dejas hacer algo?

Hugh volvió a sacudir la cabeza, pero no contestó.

Se acercó a Robin y le levantó los párpados. El blanco de los ojos estaba veteado de amarillo.

Guinevere observó a Hugh durante un buen rato, dio media vuelta y abandonó la habitación.

Las niñas estaban en la puerta.

-¿Qué le pasa a Robin, mamá? -preguntó Pen, agarrándose a la mano de su madre.

-¿Es el vino? -preguntó a su vez Pippa desde el otro lado.

-No, querida. Robin tiene fiebre. Ahora el médico lo está sangrando.

-¿Podemos verlo? -quiso saber Pen.

-No, para que no os contagie lo que tenga.

-Pero podemos oler las bolas aromáticas -sugirió Pippa-. Quitan la fiebre, ¿a que sí?

-No siempre. Ahora marchaos a clase. Tal vez más tarde, cuando Robin se encuentre mejor, podáis entrar a verlo.

Las niñas se fueron remolonas y Guinevere bajó por la escalera. Comprendía el miedo de Hugh por su hijo, pero no por qué no le dejaba a ella cuidarlo.

Hugh acompañó al médico a la salida y luego se acercó a la chimenea del salón. Guinevere dejó a un lado la labor de bordado, reclinó la cabeza en el respaldo y observó a Hugh, que estaba erguido, apoyando un pie en el quitafuegos, con el ceño fruncido y la mirada perdida en algún punto a media distancia.

-No soy muy partidaria de las sangrías -dijo Guinevere en voz baja-. En la mayoría de los casos, lo único que hacen es debilitar más al paciente.

-Tú no eres médico -replicó Hugh-. Eres abogada y una buena administradora, lo reconozco, pero no dijiste nada de que también fueras médico. ¿O me equivoco?

Guinevere procuró hacer caso omiso del tono mordaz de Hugh. Negó con la cabeza al decir:

-No, no soy médico. Pero como esposa y madre, tengo una experiencia considerable en atender a personas.

-Experiencia sí, pero ¿algún éxito? -Hugh la taladró con la mirada-. ¿A cuántos esposos les devolviste la salud, Guinevere?

Ella cerró un momento los ojos y le reprochó:

-Comprendo que estés preocupado por Robin, Hugh, pero eso no te otorga ningún derecho para atacarme de este modo.

Hugh se encogió de hombros y alegó:

-Sólo te he formulado una pregunta. Y no es una pregunta descabellada. Supongo que atendiste a aquellos de tus esposos que sobrevivieron, aunque fuera por poco tiempo, al accidente o la enfermedad que acabó matándolos.

¿Acaso esa sospecha iba a interponerse siempre entre ellos? Guinevere mostró abiertas las palmas de las manos, en un gesto que indicaba resignación, y se levantó.

-Tengo asuntos que tratar con el señor Crowder.

Él se quedó mirándola mientras salía del salón con su elegancia natural, la cabeza erguida y la espalda recta. No había sido su intención decir lo que había dicho, pero las palabras le salieron solas. El miedo y la sospecha eran ya gusanos constantes en su cabeza y le horadaban la razón. Maldijo en silencio y a grandes zancadas subió la escalera.

Al doblar por el pasillo hacia la habitación de Robin, se encontró frente a frente con el hombre llamado Tyler.

-¿Qué hace aquí arriba? -le preguntó irritado al sirviente. Por lo general, el personal de cocina no tenía por qué estar en las habitaciones privadas de la familia.

-El señor Crowder, señor. Me envió para que rellenara las lámparas de aceite que lo necesitasen -respondió el hombre, con la cabeza gacha y una postura de sirviente sumiso. Como prueba, Tyler levantó el recipiente de una lámpara de aceite que sostenía en una mano-, Estaba comprobando las de las habitaciones, señor.

Hugh frunció el entrecejo.

-Tenía entendido que el señor Milton iba a ser quien se ocuparía de todo lo que ocurriera fuera de la cocina.

-El señor Crowder se encarga de la despensa, señor -explicó el hombre, sin levantar la cabeza-Quería saber cuánto aceite se ha gastado esta noche.

-¡Ah!

Hugh no tenía nada que oponer a aquella explicación, a pesar de que no le gustaba la idea de que personas extrañas se pasearan por el piso superior de la casa. Tomó nota mentalmene de que debía hablar de ese asunto más tarde con el señor Crowder, se despidió del hombre con un movimiento de cabeza y se apresuró a entrar en la habitación de Robin.

La lámpara de aceite, presumiblemente rellenada, tenía la llama muy baja y, bajo esa tenue luz, Hugh vio a su hijo muy quieto y le pareció que apenas respiraba. Guinevere tenía razón. Al parecer, las sangrías no habían servido para nada, salvo para debilitarlo más todavía.

Se golpeó la palma de la mano con el puño, luchando contra su propio terror. Tenía la absoluta certeza de que su hijo se le estaba muriendo ante sus ojos. Robin tosió, levantó los párpados y, por un segundo, miró a Hugh sin conocimiento. Tenía los labios secos y agrietados y el tono de la piel era apagado.

No supo de dónde le venían la convicción yel impulso, pero tenía que llevarse al chico de la casa. Había algo maligno, había un mal en el aire. Hugh no era un hombre dado a las fantasías, no tenía tiempo para maldiciones, males de ojo, ni chácharas sobre brujería. Sin embargo, estaba actuando aguijoneado por un acicate que no se fundamentaba en el pensamiento racional. Alguien o algo estaba matando a su hijo, así que tenía que llevárselo tan lejos de la casa como le fuera posible.

Se inclinó sobre Robin, lo envolvió bien con las mantas y la colcha y lo levantó en brazos. Pesaba muy poco, como si hubiera perdido toda la sustancia. Hugh salió de la habitación a toda prisa y bajó la escalera.

Guinevere, que había vuelto a su asiento, se levantó de un salto en cuanto vio a Hugh dirigiéndose a la puerta principal.

-Hugh, ¿qué haces? ¿Adónde te llevas a Robin? -Se acercó a él con el brazo extendido.

-Me lo llevo de aquí -contestó mientras se volvía hacia la puerta con el chico bien sujeto en sus brazos-. Este sitio no es sano para él.

Guinevere se puso pálida al verle los ojos, pues había en su mirada un frenesí que no le había visto nunca antes. Y había algo más..., algo increíble: acusación. Guinevere dejó caer la mano en el costado.

-¿A qué te refieres? -preguntó.

Hugh no era capaz de pronunciar las palabras, no podía hablarle de su sospecha porque no tenía razones, sino sólo esa certeza absoluta de que un mal estaba actuando en su hijo. Y Guinevere tenía un motivo para ser ese mal.

-No sé a qué me refiero -respondió, y salió de la casa.

Ella permaneció inmóvil en el salón, con la mano en la garganta. No era posible que Hugh la culpara de la enfermedad de Robin. Sencillamente no era posible. Que Hugh todavía dudase de la inocencia de Guinevere en la muerte de Stephen era una cosa; pero ella jamás sería capaz de hacerle daño a Robin. Ella era madre. Hugh no podía creerla capaz de algo así.

Y, sin embargo, Guinevere sabía que, si Hugh la había mirado con esos ojos frenéticos, era porque sí la creía capaz.

Se sintió débil y mareada. Se pasó una mano por la frente y la notó fría y húmeda. ¿Cómo iba a vivir con un hombre que, sólo por un instante, la creyera capaz de algo tan monstruoso? ¿Cómo iba a compartir con él la cama, a dar a luz a un hijo suyo?

Se acarició lentamente el vientre y lentamente volvió a sentarse y apoyó la cabeza en el respaldo. Ella siempre había sabido antes de la constatación cuándo estaba embarazada y llevaba varios días rondándole la convicción de que tenía en sus entrañas un hijo de Hugh. No había pensado en ello, se limitaba a dejar pasar el tiempo hasta estar completamente segura; al menos, lo suficientemente segura para hacerlo público. Y pasaría otra semana antes de eso. Hasta entonces, el secreto que tanto la había alegrado era sólo suyo. Tal vez Hugh no pensara eso tan monstruoso y, simplemente, ella lo hubiese malinterpretado. Estaba muy asustado por Robin y tan desesperado que, sin duda, ni siquiera sabía lo que decía, lo que implicaban sus palabras. Cuando Robin estuviera fuera de peligro, volverían a hablar como antes.

Se llevo inconscientemente la mano a la boca y se presionó los labios. Robin tenía que ponerse bien; lo contrario era impensable. Pero ¿adónde se llevaba Hugh al chico? Suponía toda una locura llevárselo con el frío que hacía y lo enfermo que estaba. Y ella no hubiera podido detenerlo. Volvió a sentir sobre sí aquella mirada, acusándola, condenándola.

Hugh dejó un montoncito de monedas de plata encima de la mesa de aquella casa mal iluminada y de techo bajo en Ludgate Hill.

-Aquí hay monedas, Martha, para el médico, el boticario y lo que Robin necesite. -Retorciéndose las manos angustiado, miró al otro lado del cuarto; al jergón de paja donde su hijo estaba acostado, y preguntó-: ¿Morirá?

La anciana, que estaba inclinada sobre el chico, se enderezó sujetándose la zona lumbar con una mano.

-No puedo decírselo, señor. Tiene mal aspecto. Pero, si como usted dice, había una influencia maligna en la casa, entonces lo ha traído a tiempo. -La mujer se santiguó-. Pobre chiquillo, con lo sano que era cuando lo traje al mundo. Y su santa madre, que Dios la bendiga. Dos días de parto y ni una sola queja. Era una santa. -Volvió a santiguarse.

Hugh tragó saliva con dificultad. La opresión en el pecho, convertida en un nudo en la garganta, le hacía daño. Estaba a punto de echarse a llorar, como no le ocurría desde que murió Sarah, pero se aferró a toda la fortaleza que pudo reunir. Martha era su única esperanza. Robin era el único que la conocía, que sabía que Hugh le pagaba una pequeña pensión, lo que se podía permitir, en reconocimiento por sus servicios como criada de Sarah y como la comadrona que había traído a su hijo al mundo. Nadie más conocía aquella humilde casita. Nadie encontraría a Robin allí.

El chico tosió débilmente y durante lo que a su padre le pareció una eternidad. El sudor empapó la frente de Hugh. Martha removió algo en una taza y volvió a inclinarse sobre la cama. Incorporó al chico y le acercó la taza a los labios.

-Váyase a casa, señor. Aquí no puede hacer nada. Vuelva cuando anochezca y ya veremos.

-No puedo dejarlo.

-Trabajo mejor a solas.

Hugh dudó un momento y se acercó a la cama. Se inclinó, besó la frente ardiente de Robin y le alisó el cabello. Lo angustiaba una desesperada impotencia que nunca antes había sentido. Y, en lo más recóndito de su mente, hubo de reconocer que Guinevere debió de sentir esa misma espantosa impotencia, para ayudar a sus hijas, durante los últimos horrorosos meses en que intentaba deshacerse de la red que el propio Hugh le había lanzado.

¿Qué significado tendría para Guinevere la conciencia de que ahora él sabía exactamente cómo se había sentido ella?

-Váyase a casa -repitió Martha, en voz baja-. Vuelva cuando anochezca. Para entonces ya sabremos algo.

Hugh seguía dudando. De pronto, hizo un breve gesto de impotencia, abrió la puerta y salió de la única habitación de aquella casa. Subió al caballo, que había dejado atado a la puerta, y lo dirigió colina abajo, dejando atrás la iglesia de Saint Paul.

El caballo resbalaba con inseguridad y de un modo no habitual en las desigualdades del camino. Hugh tensó un poco más las riendas y notó que la silla se deslizaba ligeramente. Detuvo al caballo y desmontó. La cincha se había aflojado y eso desestabilizaba al animal. Hugh tiró de la correa para tensarla, metió luego un dedo entre el vientre del caballo y la correa y repasó ésta para comprobar que volvía a estar ajustada. Frunció el ceño al notar una muesca pequeña en uno de los bordes del cuero. Alguien en los establos no estaba haciendo bien su trabajo.

Por supuesto, era una de las tareas de Robin. Cuidar el equipo de su padre entraba en las responsabilidades concretas del hijo. Al rebelarse contra el resurgimiento de su tremenda desesperación, a Hugh se le ensancharon palpitantes las fosas nasales. Volvió a montar y, con los labios apretados en línea severa, volvió a dirigir a su caballo hacia Holborn.

No tenía ninguna gana de volver a casa, de ver a Guinevere, de sentarse a su lado en la mesa, de compartir el pan con ella, de beber junto a ella. No se creía capaz de callarse sus sospechas. Pero, como fuese, tenía que hacerlo. Debía vigilarla. Si ella había planeado la muerte de Robin, también estaría maquinando la suya.

Al llegar ante el establo, Tyler salió presuroso a hacerse cargo del caballo.

-¿Cómo está el chico, señor? -preguntó preocupado mientras Hugh descendía del caballo-. Yo tengo un chico de su edad en casa.

Era Tyler quien había ensillado al caballo y quien sostuvo a Robin mientras su padre montaba. La compasión que mostró aquel hombre, cuando devolvió el chico enfermo a su padre, había sido franca y genuina.

-Está en buenas manos, gracias -le contestó Hugh, mirando reflexivamente a ese desconocido que parecía ser realmente un hombre útil para todo tipo de trabajos, como le había dicho Guinevere. En la cocina, en la caballeriza, en las habitaciones privadas..., estaba en todas partes y en seguida se hacía indispensable-. Compruebe esa cincha, por favor. Se ha aflojado mientras volvía a casa. En el cuero hay una pequeña muesca en uno de los bordes.

-Sí, señor. La revisaré en cuanto desensille al caballo.

Hugh lo saludó con la cabeza y se fue caminando deprisa a la casa. Tyler lo observó un momento con los ojos entrecerrados. Había perdido su oportunidad con el chico; a no ser que lord Hugh lo hubiera sacado de la habitación demasiado tarde. Era posible, e incluso probable, pero tendría que asegurarse. De momento concentraría todos sus esfuerzos en el padre.

Jack Stedman se acercó a Hugh en cuanto éste entró en la casa por la puerta trasera.

-¿Tiene un momento, señor?

-¿De qué se trata, Jack? -Hugh se quitó los guantes.

-Bueno, es sólo que Will Malfrey ha desaparecido, señor. Lo dejé ante la puerta del consejero real toda la noche y al amanecer he enviado a alguien a buscarlo, pero no estaba allí.

-¿Lo dejaste allí toda la noche aunque te dije que no era necesario vigilar? -dijo Hugh frunciendo el ceño.

-Fue por disciplina, señor.

-¡Ah! -Hugh no iba a discutir la relación de Jack con sus hombres-. Tal vez se haya marchado por voluntad propia.

Jack negó con la cabeza y dijo:

-No lo creo. Es un buen hombre, sólo un poco díscolo de vez en cuando. Pero nunca abandonaría su puesto. Yo descartaría esa posibilidad.

-Puede que se haya visto metido en algún altercado.

-Tal vez, pero no sé, señor. -Volvió a negar con la cabeza-. Es bueno con los puños y se le da bien la espada. Yo diría que tendrían que haber sido varios. Hemos buscado por los alrededores.

-Y ¿dónde crees que puede estar? -Hugh suponía que Jack tenia su propia opinión al respecto.

-No puedo asegurarlo, señor, pero, si vio a nuestro hombre, lo más probable es que lo haya seguido.

Hugh se dio un golpe con los guantes en la palma de la mano y concluyó:

-Si es así, ya vendrá.

-Sí, señor.

-Pues esperaremos.

-Sí, señor.

Hugh lo saludó con un movimiento de cabeza y se dirigió al salón. La explicación de Jack no le parecía verosímil. Los invitados del consejero real no solían merodear por las calles antes del amanecer.

-¿Dónde está Robin, señor? ¿Se recuperará? -Pippa se le echó encima en cuanto entró en el salón-. ¿Adónde lo ha llevado?

Tuvo que esforzarse para sonreír como normalmente hacía con toda naturalidad cuando hablaba con la niña.

-Se pondrá bien -le aseguró.

-¿Dónde está, lord Hugh? -El tono más bajo de la voz de Pen secundó la pregunta de su hermana.

Hugh miró por encima de la cabeza de la niña hacia Guinevere, que se encontraba junto a la mesa mirándolo inquieta y vacilante. Se obligó de nuevo a sonreír al contestar:

-Está con una vieja amiga, alguien que sabe cuidar enfermos. Vamos a comer. Se está haciendo tarde y luego tengo cosas que hacer.

Todos se sentaron. El ambiente estaba triste, pues pesaba la ausencia de Robin. Hugh miró de reojo a Guinevere y se dijo que era absurdo sospechar que Guinevere le hubiese envenenado su comida. Estaba dejándose vencer por sus miedos. Era imposible que en una mesa con tantos comensales se envenenara comida o bebida únicamente para él. De todas formas, fue precavido y sólo comió de lo que Guinevere también comía.

Ella estaba inapetente. El hombre que estaba sentado a su lado volvía a ser aquel extraño severo, inculpador y lleno de sospechas de cuando se conocieron. No había en él ni el humor ni el cariño ni nada de la pasión que normalmente mostraba hacia ella. Ese deseo ardiente, tan manifiesto en él incluso cuando estaba furioso, se había extinguido y, en su lugar, había algo que únicamente podía describirse como repulsión.

Y era insoportable; era increíble e insoportable, y poco a poco el abatimiento se fue trocando en enfado.

-Tenemos que hablar -le soltó de repente-. Después de comer.

-Como quieras -accedió Hugh con frialdad-. Puedo dedicarte unos minutos.

Guinevere no volvió a dirigirse a Hugh y se dedicó a conversar con las niñas y el tutor, quien hizo todo lo que pudo para llenar los silencios con una charla amena y culta. Hugh no habló con nadie, pero su preocupación por Robin lo disculpaba.

En cuanto terminaron de comer, Guinevere se levantó de la mesa.

-Maese Howard, ¿le importaría llevarse a las niñas a pasear esta tarde? -le pidió-. Hace buen tiempo y tienen mucho que aprender acerca de la ciudad y su historia.

-Tendrán que ir acompañados -intervino Hugh-. Un hombre de edad avanzada y dos niñas no pueden pasearse solos por la ciudad. No seas absurda... ¡Jack! -Hizo señas a su lugarteniente, que se disponía a abandonar la mesa.

-Sí, señor. -Jack se acercó inmediatamente.

-Que tres hombres acompañen a maese Howard y a las hijas de lady Guinevere esta tarde. Quieren salir a dar un paseo.

Jack asintió con la cabeza y se marchó. Pippa miró a Hugh con los ojos muy abiertos.

-Está enfadado. ¿Por qué está enfadado? -le preguntó.

-No está enfadado -le explicó Pen-. Lord Hugh está preocupado por Robin.

-Sí, Pen -confirmó Hugh en un tono de voz un poco más suave-. No estoy enfadado con nadie, Pippa. -Sonrió a la niña y le hizo una caricia en la barbilla-. Que os divirtáis.

Con su mirada dubitativa e interrogativa, Pen parecía darse cuenta de lo mucho que le costaba a Hugh sonreír, mostrarse como de costumbre. Miró entonces a su madre, que les indicó en voz baja:

-Id a por los gabanes. No hagáis esperar a maese.

Pen agarró de la manga a su hermana y tiró de ella hacia la escalera. Hugh se dirigió a Guinevere en un tono inexpresivo y con una mirada indescifrable:

-Querías hablar conmigo...

-Vamos arriba. Será mejor que hablemos de esto en privado.

Se fue escaleras arriba y su irritación era patente en cada línea de su cuerpo, totalmente erguido. Entró en el dormitorio y dejó abierta la puerta.

Hugh entró y cerró con fuerza.

-¿Y bien? -preguntó.

-¿Qué quieres decir con ese y bien? -Guinevere se giró para tenerlo de frente. Estaba ella ante el alféizar de la ventana, de espaldas a la claridad, con los dedos de las manos entrelazados delante de la falda, como siempre, y, por encima de la blanca capucha, la luz del exterior le formaba un halo dorado-. ¿Qué está ocurriendo, Hugh?

Hugh se frotó el rostro con las manos, con movimientos rápidos y enérgicos, mientras decidía qué contestar. Sin pruebas, no podía expresar en voz alta sus sospechas, no iba a ponerse a soltar acusaciones contra esa mujer. A pesar de su convicción, no podía hacer eso.

-Estoy preocupado por Robin. Eso es todo -se limitó a responder.

-Claro, lo comprendo -aceptó Guinevere en un tono más suave, pero aún enfadada-. ¿Pero por qué me atacas, Hugh? ¿Por qué me miras de ese modo?

-¿De qué modo? -Hugh intentó parecer normal, razonable.

-Ya sabes a qué me refiero. ¿De qué sospechas? -Como él no contestó, Guinevere repitió-: ¿De qué sospechas? ¡Vamos, estoy segura de que tienes valor para enfrentarte a mí! -Se rió con amargura-. Dilo, Hugh. Dilo.

-¿Que diga qué? No hay nada que decir. -Se dio la vuelta y empujó un tronco de leña en la chimenea con la punta del pie-. Mi hijo está a las puertas de la muerte. ¿Qué más quieres que diga?

-Que sospechas que tengo algo que ver con su enfermedad -le soltó Guinevere-. Que maté a mis esposos o, por lo menos, a uno de ellos. De eso estás seguro, así que ¿por qué no iba a continuar haciéndolo? Si quiero recuperar mis tierras tengo que deshacerme de Robin y luego de ti. O primero de ti, eso da igual. -Añadió con desdén-: No puedo vivir con un hombre que es capaz de pensar algo así de mí.

-Yo no pienso eso. Dices tonterías, Guinevere. Estoy desesperado con lo de Robin. Por supuesto que no me comporto como siempre. Y ahora, si hemos acabado con estas tonterías, tengo que regresar con mi hijo. -Se fue con paso digno hasta la puerta.

-Si no piensas eso de mí, ¿por qué no has dejado que lo cuide yo? ¿Por qué te lo has llevado de esta casa?

Hugh se detuvo con la mano en el pestillo y contestó:

-No lo sé. No soy yo. Actualmente no soy capaz de razonar. Esperaba que me comprendieras.- Abrió la puerta y salió del dormitorio.

Guinevere se sentó en el alféizar. Hugh había negado sus sospechas, pero era de esperar. Sin pruebas, nunca admitiría algo tan monstruoso. ¿Acaso pretendía que ella bajara la guardia mientras él buscaba las pruebas?

Hugh fue al establo y pidió su caballo. Tyler acudió raudo con el corcel.

-¿Quiere que lo acompañe, señor? Me quedaré con el caballo mientras usted se ocupa de sus asuntos.

Hugh se lo pensó mientras comprobaba con aire ausente la cincha de la montura, que parecía estar ajustada y sin muescas en el cuero. En realidad, no le gustaba dejar el caballo en la calle y no quería tener que hacer una visita rápida por esa causa. Sería útil llevarse a alguien que se ocupara de su caballo mientras él estaba con Robin y Martha. No quería que nadie supiera dónde se encontraba el chico, ni siquiera un sirviente, pero podía dejar a Tyler y a los caballos en la puerta de la taberna de Bull, a pocas calles de la casita.

-¿No tiene usted otras ocupaciones? -le preguntó balanceando el cuerpo para acomodarse en la silla de montar.

-No, tengo un par de horas libres, señor. Me gustaría poder ayudarle. -Tyler se pasó los dedos por un mechón de pelo al tiempo que exhibía una sonrisa seductora.

-Muy bien. -Hugh sujetó las riendas-. Vaya a por un caballo.

Tyler reapareció al poco con un poni pardo. Montó con bastante torpeza y ambos se pusieron en camino, manteniéndose el poni de Tyler a una discreta distancia del corcel.

Hugh cabalgaba deprisa y la angustia le aceleraba el ritmo del corazón. ¿Con qué se encontraría? ¿Habría empeorado Robin en esas últimas horas? Se dio cuenta de que ni siquiera podía pensar en su conversación, si es que podía llamarse así, con Guinevere. Ignoraba si su negativa la habría convencido. Suponía que no, pero mientras no tuviera pruebas no podía enfrentarse a ella. En cuanto Robin estuviera fuera de peligro, respondería a sus intrigas con otras intrigas, pero hasta entonces únicamente podía pensar en su hijo.

En la puerta de la taberna desmontó y esperó a que llegara Tyler para darle instrucciones:

-No sé cuánto tardaré. Tómese una cerveza si quiere, pero paséelo cada hora. Nos encontraremos aquí.

-Sí, señor.

Tyler tomó las riendas del semental y lo ató con el poni al poste junto al banco de la taberna. Vio a lord Hugh marcharse con sus grandes zancadas y, en cuanto dobló la esquina, fue tras él a toda prisa y le siguió los pasos escondiéndose de puerta en puerta y esperando en las esquinas, hasta que Hugh se metió en el estrecho sendero de entrada a una casita.

Tyler regresó junto a los caballos.

Hugh entró en la casa de Martha agachando la cabeza para pasar por el bajo dintel. Dentro, parpadeó varias veces para acostumbrar sus ojos a la tenue luz.

-¿Cómo está? -preguntó atemorizado.

-Igual, señor -contestó la mujer, sentada en un taburete bajo junto a la cama-. Si no empeora podremos empezar a tener esperanzas.

Se sintió aliviado. Se acercó a la cama y se inclinó sobre Robin. El chico seguía con fiebre y tenía los ojos cerrados y el pulso acelerado, pero había algo en él que parecía dar esperanzas. Daba la impresión de que sufría menos y ya no hacía tantos esfuerzos para respirar.

-¿Cómo está de tos?

-Un poco mejor. Fuera lo que fuese lo que estaba respirando no lo respira ya. Aquí no.

-¿A qué se refiere? -Hugh se enderezó, mirando fijamente a la anciana.

Ella se encogió de hombros.

-Yo diría que el chico estaba respirando algo insano -respondió-. Yo diría que hizo usted muy bien en sacarlo de la casa.

-¿Veneno?

La anciana volvió a encogerse de hombros.

-Eso no tengo que decirlo yo, señor.

-No -convino Hugh, y se giró para mirar a su hijo-. No, eso no tiene que decirlo usted.

26

Tyler paseó a los caballos cada hora, como se le había indicado. Supuso que el chico se encontraba en aquella casita. En tal caso, su tarea sería mucho más rápida. Si las cosas ocurrían según lo planeado, poco después de la puesta de sol habría terminado con sus dos presas. En su último paseo con los caballos, los metió en un callejón angosto y oscuro que formaban los altos muros de ladrillo de dos enormes casas. El sol no entraba apenas en aquel espacio lleno de barro y mololiente, y el caballo de lord Hugh rebufó y pisó el suelo mojado con dificultad.

-Quieto -murmuró Tyler poniéndole una mano en el cuello para tranquilizarlo.

Se agachó debajo del animal y recorrió con un dedo la cincha por dentro, separándola del sólido vientre del caballo, para tantear el lugar idóneo donde un tajo diestro y preciso cortaría dos tercios de la cincha. Tendría que hacerlo sin mirar porque no podía asestar el corte hasta que lord Hugh estuviese ya encima del caballo, pues si la cincha se encontraba floja se deslizaría cuando el jinete montara.

Su plan original había consistido en aflojar la cincha durante varios días hasta que por fin cediera, preferentemente cuando Hugh estuviera cerca de casa. Una vez derribado de su montura, Tyler en persona se ocuparía con sus manos de rematar la tarea, sin que cayese sospecha alguna sobre el indispensable sirviente. Por desgracia, lord Hugh había descubierto el primer corte. A Tyler no le gustaba tener que actuar tan precipitadamente, porque con las prisas se cometían errores; pero no tenía tiempo para andarse con rodeos.

Se incorporó y le estuvo acariciando el cuello al animal durante un par de minutos. Luego, se sacó del bolsillo una piedra diminuta y muy afilada, le dio unas palmadas en el lomo al caballo, se agachó, le levantó la pezuña izquierda, introdujo la piedrecita debajo de la herradura, para que se hundiera en la carne, y volvió a dejar la pezuña sobre el barro.

-Vamos, muchachito -lo animó mientras tomaba las riendas-. Veamos qué tal.

Llevó a los dos caballos fuera del callejón y regresó al lugar acordado. Allí, los ató de nuevo delante de la taberna y él dirigió sus pasos a la calle desde donde había visto entrar a Hugh en la casa. Se detuvo en la esquina y, oculto en la entrada de una casa, examinó el pequeño edificio. Tenía una sola planta y no había buhardilla en la parte delantera. El tejado era de paja y de caída poco pronunciada. En el pequeñajo jardín delantero se veían profusión de hierbas, algunas verduras y un manzano. La puerta principal, muy estrecha, la flanqueaban sendas ventanas con los postigos cerrados. De la única chimenea salía humo, y la pared de la derecha estaba pegada a la casa contigua, mientras que un caminito separaba al vecino de la izquierda, así que detrás habría algo, probablemente gallinas y un gallo; es decir, aves bulliciosas.

No, sería mejor ir directamente a la puerta principal. Haría algo para provocar que saliera el ocupante de la vivienda, y él estaría junto a la puerta. Palpó con los dedos la cuerda que llevaba en el bolsillo. Se ocuparía silenciosamente de quienquiera que abriese la puerta. Nadie se daría cuenta de lo que estaba ocurriendo. Empujaría el cuerpo sin vida al interior y se encargaría del chico. Aunque se estuviera recuperando se encontraría débil, postrado en cama. Todo habría terminado en un momento, sin ruidos y sin que nadie se enterara. Escaparía por la parte trasera. Desde luego que resultaba un poco precipitado para el gusto de Tyler, pero tenía que dar por concluido aquel asunto lo antes posible.

Tyler sonrió, arrancó una hoja del seto de la casa vecina, la deshizo entre los dedos y olió el aroma.

Se abrió la puerta de la casita, salió lord Hugh, se volvió para hablar con alguien que permanecía en el interior y echó a andar por el sendero.

Tyler regresó a toda prisa a la taberna, se sentó en el banco, estiró las piernas, con aspecto de estar descansando, y se puso a mirar al caballo de Hugh con indiferencia. La piedra empezaría a molestarlo con el peso de su jinete en cinco minutos, y en cinco minutos estarían al final de Ludgate Hill, donde a aquella hora habría mucha gente de los mercados de las calles de los alrededores, asiduos de las tabernas y barqueros del río. Las puertas de la ciudad se estarían cerrando para el toque de queda. Un caballo abandonado en un callejón oscuro...

Lord Hugh apareció por la esquina y saludó desde lejos a Tyler con la mano. La actitud y el porte en general no estaban ya tan cargados como antes y Tyler supuso que el chico debía de estar recuperándose.

Se levantó del banco y se apresuró a desatar los caballos mientras Hugh se acercaba.

-¿Todo bien, señor? -le preguntó. Pero la mirada que recibió a modo de respuesta, distante y llena de preocupación, no parecía corroborar su suposición-. ¿Todo bien, señor? -repitió.

-Sí -contestó bruscamente-. Vamos, es tarde. -Hugh se subió de un salto al caballo.

-Un momento, señor. -Tyler se inclinó hacia el estribo, con el cuchillo oculto en la palma de la mano-. Está retorcido el cuero.

Hugh levantó el pie del estribo mientras Tyler lo ajustaba. No prestó atención al hombre y apenas se fijó en lo que hacía. Necesitaba llegar a casa, aunque, en realidad, era el último sitio donde quería estar.

Cabalgaron por Ludgate Hill. Hugh estaba absorto en sus pensamientos. Robin se recuperaba. Su instinto le decía que su hijo sobreviviría. Lejos de la atmósfera envenenada de la casa de Holborn, Robin se estaba recuperando. Pero ahora Hugh se enfrentaba a lo impensable. Su matrimonio había terminado. Hasta que Guinevere no se hubiera ido, él no llevaría de nuevo a Robin a casa. Todavía no tenía pruebas definitivas contra Guinevere por el envenenamiento de Robin, pero no las necesitaba. Nadie más tenía motivos para acabar con la vida de Robin. Su pasado y las circunstancias pesaban mucho sobre ella. Debía deshacerse de Guinevere, pero ¿cómo?

Podía denunciarla al consejero real. A Cromwell le encantaría tenerla de nuevo en su poder. La ejecutaría, pero también se aseguraría de anular los acuerdos matrimoniales. El plan del consejero real siempre había sido que Guinevere cediera sus propiedades a la Corona. Hugh recibiría una recompensa que beneficiaría a Robin, pero que lo dejaría a él no mucho mejor que antes.

A pesar de que la idea de que una mujer fuera capaz de planear la muerte de un chico inocente lo llenaba de repulsión y a pesar de que ya sólo sentía odio por esa mujer que ahora era su esposa, Hugh no le deseaba la muerte. A él no le reportaría ningún bien y, por otra parte, no soportaría el cargo de conciencia de haber dejado huérfanas a las niñas. Se ocuparía él mismo de su esposa. Se aseguraría de que no volviera a hacer daño a nadie. La desterraría. La enviaría de nuevo a Derbyshire. Desde allí no podría hacerIes daño ni a él ni a su hijo. La mantendría prácticamente encarcelada, vigilada por sus hombres.

¿Qué otra alternativa tenía? El caballo tropezó y Hugh tiró de las riendas con más fuerza de la que el animal estaba acostumbrado. Los adoquines estaban muy resbaladizos. El caballo relinchó y sacudió la cabeza. Hugh mantenía la vista al frente, haciendo caso omiso de las personas que se agolpaban a su alrededor.

La voz de Tyler interrumpió los pensamientos de Hugh.

-Si vamos por aquí esquivaremos a toda esta gente, señor.

-¿Qué? -Sus ojos siguieron la dirección de la fusta de Tyler, que señalaba una calle a su izquierda-. ¡Ah, sí! Esta maldita multitud... -Hugh hizo girar a su caballo hacia la estrecha entrada del callejón.

El poni de Tyler lo siguió. El corcel volvió a tropezar, relinchó y levantó la pezuña izquierda, dolorida. Tyler dejó caer su fusta sobre la grupa del animal, que se encabritó provocando que la cinta cediera por el corte y la silla se ladeara. Hugh cayó al suelo con un pie todavía enganchado en el estribo. El caballo empezó a hacer cabriolas con sus tres patas sanas y las pezuñas a pocos centímetros de la cabeza de su jinete.

Hugh torció el pie aprisionado y de un tirón logró liberarIo, llevándose la silla entera con él, justo cuando el animal, furioso y herido, plantó las patas delanteras en el barro y pisoteó la mano extendida de Hugh.

Soltó un gritó de dolor y en ese momento Tyler bajó de su montura con el cuchillo en una mano y la fusta en la otra. Golpeó de nuevo al corcel, que, muy asustado, se encabritó y chocó contra las paredes del callejón, enfurecido y desconcertado.

Hugh sabía que tenía que levantarse y alejarse de las pezuñas del animal. Tenía la mano inutilizada, la mano con la que utilizaba el cuchillo. Rodó hacia un lado, se acurrucó y se levantó de un salto, todo casi al mismo tiempo. Tyler se echó sobre él con el cuchillo en posición para rajarIe el pecho. Hugh le lanzó una patada que le acertó en la ingle, y el tipo aulló de dolor pero siguió adelante. Hugh se giró en el último momento y recibió un corte a lo largo del antebrazo.

Como no podía desenfundar la espada de su costado izquierdo, pues tenía la mano derecha inutilizada y la espada pesaba demasiado para desenvainarla con la mano izquierda, se agachó, al ver a Tyler aproximarse de nuevo, y, rezando en silencio, se

metió por debajo del vientre del corcel y, aunque recibió una coz en el hombro, salió por el otro lado, interponiendo así al animal entre Tyler y él.

Se encaramó a la espalda desnuda del caballo, le hizo dar media vuelta en el estrecho callejón y lo lanzó contra Tyler. El hombre gritó al caer derribado por las pezuñas del corcel, que lo pisoteó resoplando por la nariz, soltando espuma por la boca y enseñando toda la dentadura. Hugh evitó que le pisara la cabeza.

Cuando Tyler dejó de gritar, Hugh hizo girar al caballo. El animal seguía encabritado por la piedra que llevaba en la herradura, pero Hugh lo condujo callejón adelante, dejando sobre el barro el cuerpo destrozado. Salieron a una plaza en cuyo centro había un pozo de uso público, alrededor del cual se arremolinaban con cubos de madera unos cuantos chiquillos flacuchos y sucios, que miraron indiferentes e inexpresivos a aquel hombre que montaba un caballo sudoroso y al que le salía espuma por la boca. Hugh tiró de las riendas para detenerlo, se inclinó sobre el cuello del animal y le habló en voz baja al tiempo que lo acariciaba hasta que, finalmente, el corcel se tranquilizó lo suficiente para que Hugh pudiera arriesgarse a desmontar.

Sin dejar de hablarle, le levantó la pata izquierda y encontró la piedra. Se puso la pezuña sobre la rodilla alzada, sujetándola cuidadosamente con la mano herida, y extrajo la piedra de la pezuña enrojecida y dolorida con la punta de la daga. Luego, tomó las riendas con la mano buena y se fue de la plaza con el caballo cojeando a su espalda.

Tyler. Ya estaba todo claro. Guinevere había contratado a Tyler. Guinevere y Crowder. Tyler estuvo merodeando por el piso superior de la casa. Robin había inhalado algún tipo de veneno. Tyler se encargó de rellenar las lámparas de aceite. Tyler se quedó cuidando del caballo.

Sintió que la ira lo invadía. Se subió las mangas del traje y del jubón y se examinó el corte. Era largo, aunque parecía superficial y la sangre se estaba coagulando a lo largo de la herida. Pero tal vez el cuchillo estuviese envenenado. Hubiera sido un truco muy propio de Tyler. Como le dolía mucho la mano derecha, apretó los dientes y se la examinó con la mano sana. La piel estaba morada e hinchada, aunque aparentemente no había ningún hueso roto, a pesar de que, al palparse, el dolor le hizo ponerse pálido y se le empapó de sudor la frente. En el hombro le daban punzadas, debido a la coz que le había propinado el caballo.

La furia le fue en aumento hasta impedirle pensar. Él la había amado. Ella lo había embrujado. Le mostró el señuelo, tejió la red y lo atrapó. Y luego se propuso aniquilarlo, igual que había aniquilado a los otros hombres que hizo caer en sus redes.

Caminó hasta la casa alternando la rabia con la desesperación fría. Dejó el caballo en el establo y ordenó que le pusieran una cataplasma en la pezuña herida. A continuación entró en la casa.

Guinevere se encontraba en la cocina hablando con Crowder cuando entró Hugh procedente de la caballeriza. De inmediato, levantó la vista y se puso pálida al ver el rostro de Hugh.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Se trata de Robin?

-Ven conmigo -le ordenó él sin apenas mover los labios.

La agarró por la muñeca y Guinevere vio el corte que tenía en el brazo. Acto seguido, se fijó en la mano inutilizada, que él llevaba apoyada en la abertura del jubón.

-¡Dios mío, Hugh! ¿Qué ha ocurrido? -susurró Guinevere, horrorizada y con un mal presentimiento.

-Ven conmigo -repitió Hugh, en el mismo tono de antes y apretándole la muñeca hasta hacerle daño.

Guinevere no dijo nada más y lo siguió fuera de la cocina y por la escalera posterior hasta la quietud del dormitorio. Hugh le soltó la muñeca, como si se tratara de algo muy desagradable, y se alejó de ella para dirigirse al otro extremo de la habitación.

-¿Se trata de Robin? -preguntó Guinevere de nuevo, en un tono angustioso.

-Robin estaba siendo envenenado hasta que me lo llevé de esta casa -declaró Hugh sin andarse por las ramas-. Por tu marioneta.

Guinevere sacudió la cabeza.

-No... No... ¿Qué estás diciendo? ¿Qué marioneta?

-¡Tyler! Tyler. Ese hombre al que contrataste, ¡el asesino que has traído a mi casa! Ese que ha estado a punto de matarme.

-¿Tyler? -Guinevere volvió a sacudir la cabeza, con los ojos muy abiertos, desconcertada y horrorizada-. No sé de qué me estás hablando, Hugh.

Él dio un paso hacia ella y Guinevere retrocedió al ver la furia salvaje en su mirada.

-Ahorra tu saliva. Te conozco. Por fin te conozco de verdad. Robin vivirá y por Dios que yo también.

Le dio la espalda, agarró una vela, fue a la chimenea, acercó la vela a las llamas y la mecha se encendió con una tonalidad amarillenta. Echó mano luego de la botella de aguardiente de la mesita, quitó el tapón con los dientes y vertió licor en el corte del brazo.

-Toma, quémala. -Le tendió la vela encendida a Guinevere-. Me parece que el cuchillo de tu marioneta estaba envenenado. Quémala. -Le puso el brazo empapado en aguardiente delante de la cara.

-¡Hugh, basta! -gritó ella-. No sabes lo que dices.

-¡Por Dios que lo sé! Sé lo que eres. ¡Quémala!

Guinevere tomó lentamente la vela. Hugh parecía enloquecido; sería mejor hacerle caso.

-Primero, deja que te la limpie.

-¡No, maldita seas! ¡Cauterízala ahora mismo!

-Muy bien. Pon el brazo encima de la mesa.

Hugh obedeció y Guinevere aproximó la vela y recorrió la herida con la llama. El aguardiente se inflamó. El vello del brazo de Hugh se quemó y se quemó la carne, y el olor llenó la habitación. Hugh se puso pálido, apretó las mandíbulas y apenas se le veían los labios, pero no movió el brazo. Guinevere ni lo miró ni vaciló en lo que estaba haciendo, sino que con-tinuó muy seria hasta que la llama azul del alcohol se apagó a lo largo del corte ennegrecido.

-Ya está -le dijo-. ¿Estás satisfecho?

Hugh inspiró con fuerza. Una vena se le marcaba mucho en la sien y tenía muy blanca la piel alrededor de la boca. Hugh tomó una toalla de lino y se vendó la herida, empleando torpemente la boca y la mano lesionada.

Guinevere no intentó ayudarlo, se dio cuenta de que no se atrevía a acercarse a él.

-¿Qué te ha pasado en la mano? -preguntó, procurando no mostrarse asustada, intentando dar la impresión de que estaba calmada, serena, confiada, como si no la aterrorizara ese extraño, ese perturbado.

Hugh la miró con desdén y no contestó.

Ella tragó saliva, inspiró profundamente y se decidió:

-Deja que te ponga un ungüento y que te lo vende.

-¡No te quiero cerca de mí! ¡Jamás!

Lo miró entristecida por la locura que lo había llevado a pensar así de ella. Habló lentamente, con precisión, exponiendo los hechos para no dar pie a malentendidos:

-¿Crees que he intentado envenenar a Robin? ¿Crees que le dije a Tyler que te matase?

Hugh comprendería lo absurdo que resultaba todo aquello. Expresado con toda franqueza, él entendería por fin que era un imposible. Se daría cuenta de que el miedo por su hijo le hacía perder la razón. Pero él volvió a mirarla con desdén.

-He sufrido tres ataques desde que tomé la absurda decisión de casarme contigo -la acusó.

Se sintió desesperada. ¿Cómo convencerlo? ¿Qué palabras podía utilizar? Le tembló la voz.

-Pero yo te quiero, Hugh.

Él levantó las manos con las palmas hacia ella, como si quisiera alejarla.

-¡Mientes! Pero, ¡Por Dios, yo sí que te quería! ¡Ahora sal de mi vida! No quiero volver a verte jamás. Quiero que salgas de esta casa y que mañana a primera hora regreses a Derbyshire.

De eso se trataba. Ante aquella convicción brutal, ante la certeza fiera de su mirada, Guinevere tuvo que aceptar que, en realidad, Hugh nunca había creído en su inocencia, que sólo había permitido que el amor, o la lujuria, o como él quisiera llamarlo, se sobrepusiese a la evidencia de su culpabilidad en la muerte de Stephen.

Lo intentó una vez más, consciente de que no serviría de nada. Habló en un tono lo más mesurado de que fue capaz:

-Dijiste que el invierno está demasiado próximo para hacer ese viaje, Hugh.

Se quedó allí quieta, con una mano en la garganta. Su vida había dado un vuelco, se le había ido de las manos.

El hombre al que amaba se había convertido en un extraño pérfido y cegado por el odio. Siempre había tenido una faceta severa e intransigente, pero nunca lo hubiera creído capaz de aquello.

-Iréis muy deprisa porque las niñas montarán a la grupa con mis hombres, de modo que no tendrán que descansar tan a menudo. Al no perder ningún día entero, no hay razón para que no lleguéis a destino a principios de diciembre, antes de que caiga la primera nevada. Esta vez no habrá carromatos cargados de lujos, así que, si te acompañan tus sirvientes, cabalgarán al paso de mis hombres, que os escoltarán y se quedarán en Mallory Hall para vigilarte.

-¿Como carceleros? -susurró Guinevere aterrorizada.

-Puedes llamarlo así -le confirmó Hugh con frialdad-. No podrás salir de Mallory Hall sin mi permiso.

-¿Y las niñas? -Guinevere se llevó la mano al vientre en un gesto inconsciente-. ¿También serán prisioneras?

-Si van contigo compartirán las condiciones bajo las que tú vivas. Si quieres evitarles eso, o los peligros y las incomodidades del viaje, pueden quedarse conmigo. No las culpo por lo que ha hecho su madre.

Guinevere se dio la vuelta para que él no le viera en la mirada el horror y la desesperación. Nada podía hacer ni decir para cambiar las cosas. Hugh la declaraba culpable y la condenaba. Además, aun cuando fuera capaz de convencerlo, ella no podría ya vivir con un hombre que la creía capaz de unos hechos tan monstruosos.

-Mis hijas vendrán conmigo -decidió, y añadió en voz muy baja-: Todos mis hijos.

Permaneció de espaldas a Hugh, tan erguida y esbelta como siempre, con la cabeza en alto, los hombros rectos y las manos entrelazadas por delante. Hugh pensó que toda esa gracia, toda esa elegancia y toda esa belleza no eran sino su caparazón; un caparazón exquisito tras el que se ocultaba una codicia sin límites, un alma estéril.

-Estarás lista para salir con la primera luz del alba. Cuando yo regrese a casa por la mañana, ya no estarás aquí -ordenó en un tono adusto antes de salir de la habitación y cerrar la puerta de un modo determinante.

Ella se quedó quieta, con una mano apoyada en el vientre. Durante los últimos meses, desde que Hugh entró en su vida, se había sentido desesperada, y ahora comprendía lo que era de verdad estar desesperada. Se sentía absolutamente vacía, incapaz de sentir, de hacer nada; se sentía despojada, desvalida, desesperanzada.

No sabía cuánto tiempo llevaba así, ni siquiera se había dado cuenta de que había ido oscureciendo, cuando oyó a sus hijas al otro lado .de la puerta. Gritaban su nombre, golpeaban la puerta, y Guinevere regresó a la dura realidad. Una vez más, ocuparse de las niñas le daba fuerzas. Debía protegerlas, como siempre había hecho.

Abrió la puerta.

-Llevamos mucho rato llamando, mamá -la reclamó Pippa-. ¿No nos has oído?

-No, lo siento, estaba pensando -contestó, y le tiró suavemente de la trenza a la cría-, Tenemos que irnos de esta casa rápidamente. ¿Podéis correr a avisar al señor Crowder y a Tilly para que vengan?

-¿Por qué tenemos que irnos, mamá? -quiso saber Pippa-. Creí que pasaríamos aquí Navidad y reyes...

-¿Es por Robin? -preguntó Pen, mirándola fijamente.

-En parte -improvisó su madre-. Lord Hugh y yo hemos decidido trasladarnos. No queremos que Robin os contagie. Es mejor que nos vayamos de esta casa por si hay algo malo en el ambiente.

-¿Por si acaso es la peste? -se interesó Pippa, con los ojos abiertos.

-No creo que se trate de la peste -negó Guinevere-. Robin se está recuperando, pero mientras no sepamos qué le ha pasado a él es más seguro que nos vayamos.

-Iré a decírselo a Crowder -anunció Pippa, ya entusiasmada-. Se alegrará mucho. Le oí decirle a Greene que trabajar con el señor Milton era horrible. Y Greene dijo que no le extrañaba. Pen puede ir a buscar a Tilly. -y echó a correr.

-¿Todo irá bien, mamá? -preguntó Pen, más perceptiva que su hermana, con el ceño fruncido-. ¿Es cierto que Robin se está recuperando?

-Sí, es cierto, y sí, todo irá bien.

-¿Y lord Hugh viene con nosotras?

-No. Se quedará con Robin.

-Pero eres su esposa. ¿No deberías quedarte con él?

-Son unas circunstancias especiales -respondió Guinevere, esforzándose en sonreír-. Ahora ve a decirle a Tilly que venga. Tenemos que hablar de lo que nos llevamos: No podemos llevarnos muchas cosas porque nos marcharemos en seguida. -Al ver que su hija dudaba y la miraba con el ceño fruncido, como si quisiera preguntarle algo, repitió, pero con calma-: Ve a buscar a Tilly, Pen.

Se marchó no muy convencida y Guinevere fue al tocador, donde estaban su joyero y su árbol para los anillos. Ya era capaz de volver a pensar con claridad. No estaba dispuesta a aceptar dócilmente una vida de exilio y encarcelamiento. Dejaría a Hugh, pero ni ella ni sus hijas se someterían a las miserias del viaje que Hugh había decidido que hicieran. Las niñas nunca lo comprenderían.

Necesitaba dinero y, aunque ya no tenía acceso a los ingresos procedentes de sus tierras, Hugh no podría evitar que se llevara consigo las joyas, que constituían una pequeña fortuna. Crowder se encargaría de venderlas o de empeñarlas. Además, le quedaba algo del dinero que se había llevado para el viaje a Londres. Apretó las mandíbulas. No se quedaría sin nada, y Hugh de Beaucaire aprendería que, aunque le destrozara el alma y aniquilara su felicidad, no le arrebataría la independencia.

-¿Qué ocurre, querida? -preguntó Tilly desde la puerta, entrando apresurada-. Pen dice que nos vamos.

Crowder llegó pisándole los talones, y Pippa detrás.

-Sí, dentro de una hora. -Se giró desde el tocador con un collar de zafiros entre los dedos. Al ver a Pippa añadió, en un tono más brusco del que hubiera querido utilizar-: Pippa, no te he pedido que volvieras con Crowder. Ve a tu habitación y decide qué quieres llevarte.

-Sólo quería saber adónde nos vamos.

-Lo sabrás cuando yo te lo diga. -No era un tono de voz que invitara a discutir, y Pippa se marchó con cara de ofendida.

Guinevere intentó sonreír, pero le tembló el labio y los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Querida, ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado? -Tilly se acercó a ella y la abrazó-. Díselo a Tilly. -Le dio palmaditas en la espalda, como hacía cuando Guinevere era una niña.

Crowder se mantuvo apartado, con los ojos llenos de rabia, mientras su señora se desahogaba con esas dos personas que siempre habían sido sus amigos, que la habían servido sin condiciones, apoyándola, defendiéndola.

-¡Jamás he oído una tontería tan grande! -se indignó Tilly-. Se lo diré inmediatamente. Espera y verás, querida.

Guinevere se secó las lágrimas y sonrió a su pesar.

-No, Tilly, no quiero que hagas nada. Nos marcharemos, pero lo haremos por voluntad propia. -Se volvió hacia Crowder, que estaba muy pálido y parecía furioso-: Crowder, creo que debemos permanecer en Londres hasta que decida exactamente cómo enfrentamos a la situación. ¿Se le ocurre algún lugar donde podamos hospedarnos, unas habitaciones en alguna taberna o en una casa particular?

-¡Tú no vas a estar en una taberna, querida! -exclamó Tilly, alzando los brazos horrorizada-. Y menos con las niñas. Sólo Dios sabe lo que verían allí. Esa Pippa se entera de todo.

-No creo que sea necesario, señora Tilly -intervino Crowder-. El cocinero tiene una hermana que lleva una casa de huéspedes en Moorfields. Está un poco alejada de la ciudad, pero es un lugar agradable y tranquilo. Me ha asegurado que es una persona muy respetable. Me contaba precisamente que se le ha quedado vacía y no sabe qué hacer para cubrir sus necesidades.

-¿Podría alojarnos a todos?

-Creo que sí, señora. Iré a preguntárselo y arreglaré las cosas.

-Sí, por favor. Quiero que salgamos de aquí dentro de dos horas. Sólo nos llevaremos lo necesario, principalmente vestidos y ropa blanca. Cuando haya decidido lo que vamos a hacer, ya veremos si volvemos a poner casa. -Pensó en sus libros, pero inmediatamente se los quitó de la cabeza porque no tendrían tiempo de empaquetarlos. Le entregó a Crowder una bolsita de piel-. De momento nos hospedaremos allí durante un mes, Crowder. Por ahora no puedo decir nada más.

-Sí, señora. -Crowder tomó la bolsa, y las monedas de su interior sonaron al metérsela en el bolsillo-. Volveré antes de una hora -prometió, y se marchó a toda prisa.

-¡Ay, ay, ay! -se lamentó Tilly-. ¡Vaya, pequeña! -Abrazó a Guinevere-, ¡Cómo puede creerte capaz de algo así!

Guinevere se dejó consolar un rato por las frases cariñosas de Tilly. No se creía capaz de soportar sola la paradoja, mitad desesperada, mitad airada, de desear olvidar todo recuerdo de Hugh y, paralelamente, anhelar su amor, su sonrisa, la ternura de sus caricias, la salvaje pasión de su lujuria.

¿Cómo podría vivir sin él? Pero no podía vivir con él. De modo que, como había hecho siempre, se responsabilizaría de sí misma y de los que dependían de ella. No se ocultaría. No intentaría ocultar su paradero como si le tuviera miedo. Siendo su esposo, podía negarse a que ella fuera independiente, pero tendría que utilizar la fuerza para arrebatársela y Guinevere estaba segura de que él jamás haría algo así; o al menos, creía estar segura, Hasta aquel día, lo habría estado; pero había conocido una faceta de él que ponía en duda todas sus ideas preconcebidas. De todos modos, ya se ocuparía de eso si llegaba el momento,

-Ya está bien, Tilly. -Guinevere se apartó-. Ya está bien de lamentaciones. Tenemos muchas cosas que hacer y no quiero que las niñas se enteren de todo mientras no sea necesario.

-Pen no tardará mucho en descubrirlo -aseguró Tilly mientras se dirigía al armario. Empezó a sacar vestidos-. Pero es una vergüenza. Y más ahora que estás embarazada.

-De modo que lo sabes. -No la sorprendía, en realidad, pues era una característica de Tilly enterarse de ese tipo de cosas.

-Sí, por supuesto que lo sé. ¿Por quién me tomas?

Guinevere no contestó a esa pregunta retórica y empezó a seleccionar joyas para llevarse.

27

Jack Stedman dejó su jarra de cerveza encima de la mesa sucia y de madera del Dog and Duck y se limpió la espuma del bigote con el dorso de la mano, sin dejar de observar el rostro de Will Malfrey mientras éste le contaba su aventura.

Will había tardado una hora en localizar a Jack, que estaba matando el tiempo a última hora de la tarde en una taberna cercana. Le contó su historia lentamente y con todo tipo de detalles. A su presa la había dejado la barcaza en el embarcadero de Greenwich a eso de media mañana. La barca seguía allí cuando el esquife de Will llegó media hora más tarde.

-Era una de las barcazas del consejero real. Los remeros lo sabían de sobra. Lord Cromwell la deja en el embarcadero para utilizarla cuando le convenga.

-De modo que nuestro amigo era un invitado de lord Cromwell -comentó pensativo Jack-. Y además importante, si utiliza la barca del consejero real.

Se pellizcó el labio inferior con el índice y el pulgar.

-No lo sé, señor -se permitió dudar Will-. Hablé con los barqueros y ellos lo despreciaban, aunque la verdad es que no les dio propina y eso los puso de mal humor. Pero me parece que más bien se trata de una especie de sirviente que cumplía órdenes.

Así pues, no era un invitado, sino un sirviente. Seguro que lord Hugh lo consideraría interesante. Jack contempló las vigas de madera del techo, ennegrecidas por el humo.

-¿Por qué has tardado tanto en regresar? Son más de las diez y me has dicho que nuestro hombre desembarcó en Greenwich a media mañana.

-Sí, pero es que no se ha ido hasta el anochecer -se justificó Will-. Pensé que sería mejor esperar a ver qué hacía por si descubría algo más.

-Siempre fuiste un granuja muy tozudo, Will -observó Jack, de buen talante-. Llevas las cosas a tu manera y te impones tú mismo las órdenes.

-No tiene sentido dejar un trabajo a medias -razonó Will-. El caso es que encontré a nuestro hombre casi borracho en una taberna. Me tomé un par de cervezas con él, pero no soltó prenda.

-Es un hombre del consejero real. Hablar le costaría la vida.

-Sí, eso es lo que pensé. Parecía muy asustado, miraba continuamente por encima del hombro, sudaba como un cerdo, y se sobresaltaba con cualquier cosa. Y nadie se acercaba a él. La gente lo miraba como si fuera una rata de cloaca. Observé que a mí también me miraban del mismo modo, así quele dejé bebiendo a solas y esperé fuera. Salió a media tarde y se marchó al muelle, subió a un barco y ya no he vuelto a verlo. El barco zarpó hacia a las cinco, cuando subió la marea.

-¿Hacia dónde?

-Francia. -Will escupió en los adoquines-. Era un barco bonito, pequeño y rápido. Me han dicho que es uno de los barcos clandestinos del consejero real. Según parece va y viene con espías. Nadie quería hablar mucho, y eso que les he pagado un montón de jarras de cerveza.

-Nadie en su sano juicio cuenta los secretos del consejero real.

-Entonces ¿se lo dirá a lord Hugh?

-¡Por supuesto! Buen trabajo, Will. Estoy seguro de que te felicitará.

Will se mostró satisfecho y dijo con intención:

-Pues me voy a la cama. Entre una cosa y otra hace días que no duermo demasiado.

-Creo que mañana puedes tomarte el día libre, si no tienes pensado pasarte por la casa de la orilla del río. -Jack sonrió con malicia y se puso un dedo en un lado de la nariz.

-Tal vez vaya o tal vez no -repuso Will sonriendo igual-. Buenas noches, señor.

-Buenas noches, Will.

Jack permaneció sentado allí, junto a su jarra, durante un rato más.

Algo estaba pasando en casa de lord Hugh y, por una vez, a Jack no le había contado nada su jefe. Primero, el señor Robin enfermaba y lord Hugh se apresuraba a sacarlo de la casa. Lo siguiente era que lord Hugh, con aspecto de haberse peleado con un gato, le había ordenado que tuviera una escolta, preparada y bien provista, a primera hora de la mañana para que acompañara a la señora y a las niñas a Derbyshire. Tampoco le había dado ninguna explicación de las heridas ni de las órdenes, y se había vuelto a marchar inmediatamente, magullado y lesionado como estaba, dejando su caballo herido en el establo.

Jack había seleccionado la escolta, les dio instrucciones y abandonó aquel caos para poder pensar tranquilamente en el Dog and Duck, donde Will lo había localizado. Y también había desaparecido Tyler, que no era porque Jack lo echara de menos, pues le parecía demasiado adulador, pero no dejaba de ser otra incógnita que añadir a las demás.

Jack tiró una moneda encima de la mesa, se levantó y se ajustó bien la espada a la cadera. Lord Hugh le había dicho dónde enviarle un mensaje en cuanto lady Guinevere y su escolta hubieran partido, pero Jack consideró que no se enfadaría si lo molestaba antes para explicarle lo que había descubierto Will.

Recorrió a caballo el camino hasta Ludgate Hill, manteniéndose en el centro de las calles y con la espada en la mano. En la cima de la colina llegó a un grupo de casitas. El caballo secundario de lord Hugh estaba atado a un manzano en el jardincito delantero de una de las casuchas. A pesar de que era tarde, las luces estaban encendidas y salía humo de la chimenea.

Jack dejó a su caballo en el jardín con las patas trabadas y llamó a la puerta con la empuñadura de la espada.

Oyó descorrerse los cerrojos, se abrió la puerta y apareció lord Hugh, con la espada en la mano como si esperara tener problemas.

-Jack. ¿Qué demonios ocurre?

-Algo que creo que le gustará saber inmediatamente, señor. -Jack pensó que jamás había visto a lord Hugh con un aspecto tan espantoso, ni siquiera después de un día entero en el campo de batalla. Tenía ojeras y enormes bolsas debajo de los ojos, la boca torcida en una mueca de dolor y la tez cetrina y apergaminada-. ¿Cómo está el señor Robin? -le preguntó, sin esforzarse por ocultar su interés.

-Mejor. Gracias. -Hugh retrocedió un paso y abrió más la puerta-. Entra.

Jack entró en la casa. Robin se encontraba tumbado en una cama en el rincón, y en otra, delante del fuego, dormía una anciana cubierta con una manta fina.

Hugh se sentó en un taburete junto a la cama de su hijo y le indicó a Jack que se sentara en otro. Se volvió para limpiarle al chico el sudor de la frente con un poco de agua de lavanda.

-La fiebre ha remitido. Gracias a Dios sobrevivirá.

-Gracias a Dios -repitió Jack, que echó un vistazo a la habitación y pensó que, a pesar de la buena noticia, el ambiente de aquella casa se asemejaba al de un velatorio. Lord Hugh parecía empequeñecido, y el brillo de sus ojos azules estaba amortiguado. Llevaba el brazo y una mano vendados y los movía con dificultad; pero, más que un dolor físico, era como un dolor que procediera de su interior-. Will Malfrey ha vuelto, señor.

-¿Ah, sí? ¿Qué ha descubierto? -No daba la impresión de que le interesara aquella información.

-Todo indica, señor, que el hombre en cuestión sería un sirviente del consejero real.

Hugh tardó un poco en reaccionar. Luego, levantó la cabeza lentamente y miró a Jack, con la mano quieta sobre la frente de Robin.

-¿Qué le hace a Will pensar eso? -preguntó.

Jack le contó lo que había hecho Will aquel día.

-Estaba muy asustado -concluyó-. Will dice que se mostraba tan asustadizo como un conejo camino de la cazuela y que la gente no se le acercaba. A Will no le gustó el modo en que lo miraban a él también mientras se tomaba una cerveza con el tipo, así que se levantó y se marchó, pero lo vigiló hasta que le vio subirse al barco.

-¿Está seguro de que se trataba de uno de los barcos del consejero real? -Hugh se volvió hacia Robin, que se lamentó en voz baja e intentó retirarse el paño húmedo de la frente.

-Sí, señor.

Hugh atendió a Robin, lo incorporó y le acercó una taza de agua a los labios, le secó los labios y estiró la sábana.

Jack se preguntó si lord Hugh le había oído. No parecía reaccionar. Pero sí que le había oído. Le había oído y comprendía lo que aquello significaba. ¿Pero era relevante? Le dio vueltas al asunto, lo examinó y le buscó los fallos. La gente al servicio del consejero real actuaban únicamente bajo sus órdenes directas. Pero el hombre que lo desafió durante la fiesta no tenía aspecto de sirviente, aunque Thomas Cromwell tenía sirvientes de todas las clases sociales. Por otra parte, el hecho de que se tratara de un barco del consejero real no significaba necesariamente nada, ya que a cualquiera de sus amigos o a un conocido o a un simple invitado a la fiesta podía darle el permiso para utilizar uno de sus barcos. El consejero real sabía ser generoso cuando le convenía.

¿Se habría equivocado él? ¿Tal vez Guinevere no tenía nada que ver con el envenenamiento de Robin ni con los intentos de asesinarlo a él? Pero quienes habían contratado a Tyler eran ella y Crowder, los dos lo habían metido en la casa.

Se sintió ligeramente esperanzado y se le aceleraron los latidos del corazón. Pero se dijo que no debía precipitarse. No podía haberse equivocado. Había demasiadas

pruebas, demasiado pasado y demasiados motivos consistentes en contra de ella. Tenía que pensar con tranquilidad, y no apresurarse a creer algo por lo que estaría dispuesto a dar un año de su vida para que fuese verdad.

Recordó al hombre que lo atacó en la calle el día de la boda. Aquel hombre habló de que cumplía órdenes y murió desangrado en el callejón porque nadie quería acercarse a él. De ser uno de los hombres del consejero real, uno de los agentes que merodeaban y fisgoneaban para su señor por aquella zona de Londres, era posible que la gente lo hubiera conocido y, en tal caso, nadie habría movido un dedo para ayudarlo. Crummock, como llamaba a Cromwell el pueblo en general, era tan odiado como temido.

Hugh cerró los ojos y se frotó con fuerza el rostro. Jack advirtió el cambio que se producía en lord Hugh. De pronto parecía sentarse más recto y se le acentuó el color de los ojos. La piel recobró firmeza y perdió la textura de cera.

-Esta tarde me han dicho que ese tal Tyler ha desaparecido, señor -comentó Jack, interrumpiendo el silencio.

-Ya lo sé -asintió Hugh lentamente y abrió los ojos-. Lo encontrarás pisoteado hasta morir en un callejón al final de Ludgate Hill.

La mirada de Hugh se perdió en la pared. Quizás el cadáver de Tyler seguía estando donde él lo había dejado. Quizás en el cadáver de Tyler encontraran alguna pista. Miró a Robin y, como el chico había vuelto a dormirse y respiraba sosegada y uniformemente, Hugh se puso en pie de pronto con renovada energía.

-Vamos a ver si el cuerpo de Tyler nos dice algo, Jack.

-Sí, señor -obedeció Jack, con aspecto de estar tan desconcertado como realmente se sentía-. Pero ¿por qué sabe dónde está?

Hugh se señaló las heridas y respondió lacónico:

-Esta mañana ha estado a punto de matarme. -Se dirigió a la cama de delante de la chimenea y despertó con cuidado a la anciana-. Martha, tengo cosas que hacer. Debo marcharme. Robin está dormido. Vendré a buscarlo por la mañana.

La mujer se incorporó de inmediato ya totalmente despierta. Miró a Jack con curiosidad y lo saludó con un breve movimiento de cabeza. Él correspondió educadamente.

Martha retiró la manta y se levantó un tanto anquilosada. Se acercó a Robin, lo examinó brevemente y asintió con la cabeza al decir:

-Sí, ahora ya está fuera de peligro, pobre muchacho. Pero antes de llevarlo a casa será mejor quemar azufre en su habitación y deshacerse de su ropa y de cualquier cosa con la que haya tenido contacto. No sé de qué veneno se trata, pero puede que siga ahí. La pestilencia seguro que sigue.

Hugh asintió con la cabeza y dijo:

-Vendré a buscarlo más tarde y dormirá en otra habitación. -Se echó el gabán sobre los hombros-. Vamos, Jack.

Cabalgaron hasta el final de Ludgate Hill en silencio. Jack no hizo ningún intento de que Hugh le diera una explicación. Tenía la impresión de que no era el momento apropiado.

Hugh detuvo a su caballo y echó un vistazo a su alrededor. Por la mañana iba tan abstraído que únicamente se fijó en la muchedumbre y no recordaba mucho más de los alrededores. Se había limitado a seguir el camino sugerido por Tyler para salir de la multitud.

Al final de la colina había varios callejones oscuros y húmedos.

-Por aquí -señaló Hugh con el látigo hacia uno que salía hacia la izquierda y le resultaba familiar.

Tal vez el cuerpo de Tyler ya no se encontraba allí, pero ¿quién se molestaría en retirar un muerto de una calle en aquella ciudad? A no ser que, en efecto, se tratara de un agente del consejero real y su señor hubiera enviado partidas de búsqueda para localizado. Volvió a darle un vuelco el corazón y volvió a obligarse a ser realista. De todas formas, aunque el cadáver siguiera allí, era muy probable que lo hubiesen saqueado y que, en caso de llevar algo que lo relacionara con el consejero real, ya no estuviese allí. Y sin pruebas concluyentes, ¿cómo se iba a arriesgar a creer en la inocencia de Guinevere?

Entraron en el callejón cautelosamente y con la espada desenvainada. Estaba oscuro y aparentemente desierto. A pocos metros, Hugh vislumbró una forma más oscura en el suelo. Señaló con la espada y se bajó del caballo. No quería tener esperanzas y, sin embargo, estaba lleno de ellas.

Jack desmontó, tanteó en la bolsa de su montura y sacó yesca y pedernal. Igual de cautelosos que antes, se acercaron al bulto del suelo. Tyler estaba boca abajo, con la cara hundida en el barro. Jack encendió luz y se arrodilló con Hugh junto al cadáver. No parecía que nadie lo hubiera tocado, pero estaba tan maltrecho que no se podía asegurar nada.

-Busca en los bolsillos -le indicó Hugh, que le dio la vuelta al cuerpo y metió la mano por dentro de la camisa, manchada de sangre, para ver si encontraba bolsillos interiores mientras Jack examinaba las prendas exteriores.

Bajo la tela del jubón, Hugh notó algo duro.

-Alumbra aquí -murmuró mientras extraía una bolsita de piel suave de un bolsillo hábilmente cosido.

Le temblaban un poco los dedos cuando desató los cordones y volcó el contenido en la palma de la mano. Jack aproximó la luz e iluminó un pequeño sello, como los que solían utilizar los viajeros y... también los espías. Hugh lo examinó bajo la luz.

-Es del consejero real -confirmó en voz baja e inexpresiva, procurando ocultar su emoción-. Tyler lo utilizaría para identificar las misivas que enviara a su señor y para falsificar las que Cromwell quisiera falsificar.

Volvió a meter el sello en la bolsita, ató los cordones y devolvió la bolsita al bolsillo del jubón. Se quedó un momento sentado sobre los talones, dejándose invadir por una enorme alegría.

Jack colocó bien la ropa y volvió a poner el cuerpo boca abajo. Ambos miraron a su alrededor de forma instintiva. ¿Alguien los estaría observando? Nadie debía saber que habían identificado a Tyler como uno de los hombres del consejero real. Cromwell tenía espías en todas las esquinas de la ciudad y descubrir uno se castigaba con un arresto en plena noche o con un cuchillo en la espalda.

Jack miró a lord Hugh con curiosidad: en cuclillas junto al cuerpo tendido en el barro, daba la impresión de estar hipnotizado, inmóvil, con la vista fija en el cadáver.

-Señor -lo llamó-, deberíamos marcharnos.

-Sí, sí, por supuesto.

Hugh se levantó. La escasa luz de las estrellas de aquella noche nublada no entraba en el callejón. El aire olía a muerte.

Pero en casa estaba su esposa, su querida esposa, su esposa inocente. Se sentía tan contento que estuvo a punto de gritar. Ansiaba abrazarla, disculparse por haber dudado de ella, besarla hasta hacer desaparecer la pena de sus ojos, reparar el daño que le había hecho. Podría arreglarse todo porque ella lo amaba. Se lo había dicho. Guinevere lo recibiría tan deseosa y dispuesta como él a empezar de nuevo, sin sombras entre ellos.

-Vámonos a casa, Jack.

Cabalgaron en silencio, con Hugh espoleando a su caballo para llegar cuanto antes. Nada más llegar al establo, a pesar de las heridas casi saltó de la montura, tanta era su prisa.

-Te agradezco que me ayudaras esta noche, Jack. -Le entregó las riendas y se dirigió a la casa. El piso inferior estaba a oscuras. No se dejaban lámparas ni velas cuando todos estaban acostados. Hugh encendió una vela con los rescoldos de la chimenea del salón y subió la escalera sin meter ruido.

Por debajo de la puerta de su dormitorio no se veía luz. Puso una mano en el pestillo.

Entró con cuidado en la habitación. El fuego de la chimenea casi estaba extinguido y sólo brillaban mortecinamente unas ascuas en el hogar. En seguida supo que algo iba mal. El cuarto estaba vacío, no era necesario mirar para saberlo, pues no quedaba nada del espíritu de Guinevere en aquel espacio que habían compartido. Todo lo que le pertenecía a ella había desaparecido y la habitación se encontraba tan austeramente decorada y tan carente de sensibilidad femenina como lo estaba antes de la boda.

Hugh entró en el dormitorio y fue hasta la cama con la certeza de que no habría nadie en ella. La espléndida colcha y las suaves almohadas ya no estaban. La blancura de las sábanas destacaba en la oscuridad, burlándose de él.

Se volvió hacia la mesita de noche y encendió una vela. Seguro que habría dejado una nota, no se iba a ir de su vida sin decir nada. Buscó, desesperado, debajo de la almohada, en el armario vacío, debajo de la jarra de agua, del aguamanil. Pero no había nada. Era como si Guinevere nunca hubiera estado en la habitación.

Salió medio corriendo y fue a la habitación que las niñas compartían con Tilly. La puerta estaba entreabierta y el cuarto igual de vacío que el suyo. No había fuego en el hogar. Ningún gato lo recibió maullando.

Se quedó allí de pie, con los brazos cruzados, temblando por dentro, plenamente consciente de lo que había perdido.

Su relación con Guinevere había empezado con la muerte, y la muerte había entretejido con sospechas su amor mutuo, con el particular veneno de la muerte. La sospecha era una serpiente que se mordía la cola.

Volvió a ver a Guinevere inmóvil, callada, con la luz dorada a su espalda mientras escuchaba las crueles acusaciones que él le hacía. Volvió a oírle decir: «Pero yo te quiero, Hugh.»

Él la había apartado de su lado, la había tildado de mentirosa, y de asesina. Había creído que esa mujer, que renunciaba a todo por sus hijas, era capaz de hacerle daño a Robin.

Se tumbó encima de la cama de las niñas y fijó la vista en la oscuridad.

28

-¿Ha dicho usted Moorfields?

Hugh alzó la cabeza, que tenía apoyada en los brazos sobre la repisa de la chimenea, por encima del débil resplandor de los rescoldos, y se volvió hacia el señor Milton. Un signo de vida asomó a sus ojos ojerosos.

-Sí, señor. -El mayordomo metió las manos por las anchas mangas de su traje y se agarró los codos. Todavía no había amanecido y en el salón hacía frío. A Milton lo habían sacado de la cama por petición urgente de su señor. A pesar de ello, daba la impresión de sentirse satisfecho de sí mismo por ofrecer una información trascendental-. Poco antes de irme a la cama oí que el señor Crowder le preguntaba al cocinero los detalles acerca de la casa de huéspedes que su hermana tiene en Moorfields. En aquel

momento no le di importancia, señor. El señor Crowder no dijo nada sobre abandonar la casa. Si lo hubiera hecho, por supuesto que no me habría ido a la cama -añadió un poco a la defensiva, como si, por estar ausente lord Hugh, él hubiera podido evitar que lady Guinevere y su séquito actuasen a su antojo. Hizo una pausa y agregó-: Pero he preguntado en los establos y parece ser que se marcharon antes de las once. Se llevaron sus caballos. Maese Howard, las niñas, la señora Tilly, el señor Crowder e incluso el cazador, Greene. Se han ido todos. La señorita Pippa les dijo a los mozos que tenían que irse porque en la casa podían contagiarse de la misma enfermedad que el señorito Robin. -Miró a Hugh-. Pensé que parecía un poco repentino. Tenía entendido que de todas formas tenían que partir para Derbyshire hoy por la mañana.

Hugh no dijo nada. No le interesaba saber qué opinaba Milton sobre aquellos acontecimientos repentinos. Evidentemente, Guinevere les había dado una excusa a las niñas, pero Hugh dudaba de que sus sirvientes se la creyeran. Se imaginarían la humillante verdad, que lady Guinevere había abandonado a su esposo. Y supondrían que él la obligaría a regresar, como haría cualquier esposo con amor propio.

¿Por qué Guinevere no había pretendido ni ocultar su paradero ni marcharse en secreto? Se sintió esperanzado. ¿Acaso esperaba que él fuera a buscarIa? Pero seguramente no, porque no era ése el estilo de Guinevere. Ella no hacía nada sin sentido, así que Hugh supuso que ella sabía que no la obligaría a regresar y por eso no se había esforzado en ocultar su paradero.

-Deme la dirección de ese sitio -le pidió a Milton con impaciencia-. Y que vuelvan a ensillar mi caballo.

-Sí, señor. Voy a buscar al cocinero. Está encendiendo los fuegos de la cocina. -Salió a toda prisa, con sus ropas negras agitándose a su alrededor. Hugh se paseó por el salón. En cuanto Guinevere supiera toda la verdad acerca del consejero real, en cuanto comprendiera que él estaba muy arrepentido y muy apenado por el daño que le había causado, seguro que volvería con él. Milton regresó con el cocinero, que se limpió la harina de las manos en el delantal mientras le daba a lord Hugh la dirección de la casa de huéspedes que regentaba su hermana.

-Se encuentra en una zona respetable del pueblo, señor. Está rodeada de campos y bosques. Las niñas respirarán aire fresco. Es de esperar que allí no contraigan la enfermedad del señor Robin.

-Estoy seguro de que no -repuso Hugh lacónicamente. Salió a grandes zancadas del salón y lo recibió una mañana gris. Estaba empezando a llover y el viento era frío y húmedo.

Un mozo, temblando de frío, le llevó el caballo hasta el sendero de la entrada. El caballo parecía tan desdichado como el mozo por tener que salir con aquel horrible tiempo y tan temprano. Hugh se subió al caballo y le indicó con el codo que se pusiera a medio galope en dirección al este. Recorrieron el estrecho puente sobre el río Holborn y siguieron luego por Cheapside. Las puertas de la ciudad ya estaban abiertas y Hugh salió por Bishopsgate a los verdes campos de extramuros.

Moorfields era una aldea que se encontraba justo al otro lado de los muros de la ciudad. A la luz gris y fría del amanecer, el grupo de casitas y tabernas a lo largo de la única calle, marcada por las rodadas de los carros, parecía confortable y hospitalario, con las chimeneas humeantes y la luz colándose por las rendijas de las contraventanas. El aire estaba impregnado del olor a beicon frito y a pan recién horneado.

El destino de Hugh resultó ser una casa a las afueras de la aldea, con mejor presencia que muchas de las otras, las paredes pulcramente encaladas y con entramado de madera y el tejado de paja en muy buen estado. La puerta principal estaba cerrada y las ventanas tenían echados los postigos.

Hugh desmontó, ató el caballo y llamó a la puerta con la mano, controlándose para no ponerse a aporrearla con el puño de la espada debido a su nerviosismo y su prisa. Nadie contestó a la llamada.

Volvió a llamar y esta vez oyó en el interior voces sofocadas y el ruido de una puerta que se abría y se cerraba. Llamó otra vez.

Sonaron los cerrojos al ser descorridos y la puerta se abrió con un chirrido. El señor Crowder recibió a lord Hugh sin mostrarse sorprendido y con evidente hostilidad.

-¿Señor?

-Dígale a lady Guinevere que estoy aquí -dijo Hugh, sujetando el pestillo con la mano.

-La señora ya sabe que está aquí, señor. Me temo que no puede recibirle. -Hizo un intento de cerrar la puerta.

Hugh sujetó con fuerza el pestillo y los nudillos se le pusieron blancos.

-Tengo que hablar con ella, Crowder. No se interponga en mi camino.

Crowder habló en un tono suave y mirándolo con frialdad:

-Obedezco órdenes de mi señora, señor. No quiere recibirle.

Hugh soltó el pestillo e hizo un esfuerzo para mantenerse sereno, controló su ira por la insolencia del mayordomo y se recordó que los sirvientes de Guinevere únicamente eran leales con ella.

-Entonces, me gustaría que le diera un mensaje -le pidió.

-Por supuesto, señor.

Hugh dudó un momento. No podía decirle a Crowder lo que necesitaba decirle a Guinevere.

-¿Tiene pergamino y pluma? -le preguntó con impaciencia.

-Si me permite el atrevimiento, señor, más abajo hay una taberna respetable. -Le indicó a la derecha-. Allí le darán lo que necesita.

Hugh dio media vuelta y se marchó. Se sentía muy humillado por el tratamiento recibido por parte de un simple sirviente, aunque era consciente de que no podía culpar al hombre por ello. Sin duda, Crowder sabía de lo que lord Hugh había acusado a su señora, hasta qué punto le había hecho daño, de modo que si de ellos dependiera, tanto el mayordomo como los demás sirvientes de lady Guinevere contemplarían con sumo gusto su cuerpo ensartado en una lanza.

Encontró la taberna y entró agachando la cabeza para no darse con el dintel de la puerta. Era día de colada y el local, que era de techo bajo, estaba impregnado del olor a jabón y a ropa blanca hirviendo, procedente del lavadero de la trastienda.

Apareció una mujer de rostro redondo y con los brazos enrojecidos hasta la altura del codo. Llevaba la cofia medio caída, debido al calor húmedo del lavadero, y miró con desdén a Hugh, que se dio cuenta de que no se había lavado ni afeitado ni cambiado de ropa después de su pelea con Tyler. Los vendajes de la mano y del brazo estaban muy sucios y el olor de la sangre y el del sudor se mezclaban con el hedor de las calles. Hugh sintió que un gran cansancio se apoderaba de él.

-Tráigame pergamino, pluma y tinta -le pidió a la mujer-. Y una jarra de cerveza calentada con especias.

El tono autoritario compensó el aspecto desaliñado. La mujer hizo una inclinación de cabeza, se marchó y regresó al poco con el recado de escribir y la jarra.

Dejó las cosas en la mesa y puso la jarra al fuego sobre unos trébedes encima de la llama. Calentó un hurgón y lo introdujo en el contenido de la jarra, que emitió un silbido y despidió humo. Le llevó la jarra a Hugh y se la puso junto al codo.

-¿Eso es todo, señor?

-Sí, gracias. -Le indicó con un gesto que se marchara y se puso a pensar en lo que iba a escribir.

¿Qué podía decir? ¿Cómo empezar? Debía explicar lo del consejero real, pedir perdón por su ceguera y su estupidez y rogarle que regresara. Tenía que decirle que no era capaz de soportar perderla y que le era inaguantable pensar en lo abominable de su acusación.

Sabía lo que tenía que decir. Si pudiera verla, si pudiera abrazarla, la convencería; pero con unas palabras puestas en un pergamino, con unos signos negros... En ellos no encontraba el sentimiento ni nada de la sangre ardiente que lo consumía. Él era un hombre brusco y no tenía habilidad para expresar sus emociones por escrito. Había reflejado la verdad, pero allí no aparecía la intensidad de sus sentimientos.

Sólo que no podía hacer otra cosa. Cuando Guinevere leyera la carta querría verlo. Sería entonces cuando tendría la opotunidad de convencerla del único modo en que sabía hacerlo.

Releyó una vez más aquellas palabras tan insatisfactorias, espolvoreó la hoja y la plegó. No se molestó en sellarla. Ninguno de los sirvientes la leería.

Acabó de beberse la cerveza, y el líquido caliente en el estómago lo animó un poco. Dejó un penique sobre la mesa y salió a reunirse con su caballo.

Esta vez, nada más llamar se abrió la puerta, como si Crowder lo hubiera estado esperando. El mayordomo recibió la carta con una expresión impasible, le hizo una inclinación de cabeza y cerró con firmeza.

Hugh retrocedió unos pasos y levantó la vista. Los postigos estaban cerrados para proteger la casa de la lluvia y del frío, pero la contraventana que estaba justo encima de la puerta crujió un poquito y se veía una sombra detrás. Esperó golpeando el suelo con los pies en el suelo y entrechocando las manos enguantadas. Esperó a que la puerta se abriera y Crowder le dejara entrar.

Pero no ocurrió nada. La puerta permaneció cerrada. La sombra siguió inmóvil detrás del postigo. Hugh estuvo esperando durante casi treinta minutos. Finalmente, montó en su caballo y lo encaminó hacia las puertas de la ciudad.

Guinevere, detrás del postigo del piso superior, le vio marcharse. Había permanecido allí, mirándolo mientras esperaba a que ella le dejara entrar. Le dolía verlo así. Parecía tremendamente agotado, y vencido; un hombre que llevaba tanto tiempo sin pegar ojo que se quedaba dormido de pie. De hecho, no dormía desde la noche en que su hijo cayó enfermo, y Guinevere sabía que la última noche tampoco había dormido. Hacía dos noches desde que Robin cayera enfermo; ¿tan sólo dos noches desde que empezó aquella pesadilla?

Volvió a leer la carta. No le resultaba difícil percibir la emoción oculta debajo de la aspereza de las palabras. Conocía a Hugh. Se sintió furiosa con el consejero real, pero Hugh había caído en la trampa de Cromwell y Guinevere no podía olvidarlo. La había considerado capaz de asesinar a Robin, capaz de asesinarlo a él. Ella le dijo que lo amaba y él hizo caso omiso y prefirió creerse una barbaridad horrorosa.

¿Cómo iba a olvidarlo? Y, si no lo olvidaba, no podía vivir con él como si nada hubiera ocurrido. Siempre se interpondría entre ellos.

Una vez más, sólo recuperaría la fuerza para luchar por sus hijas si rechazaba a Hugh. Permitir que Hugh regresara con ella sería ceder ante él, y no podía ceder ante alguien que se había comportado de aquel modo. Tenía que ser fuerte. Tenía que hacer planes y decidir dónde vivir y cómo vivir. Ella se conocía bien y sabía que su tozudez

era un gran defecto y un salvavidas al mismo tiempo. Pero en esa circunstancia necesitaba el salvavidas.

-Mamá... Mamá...

-¿Qué ocurre, Pippa? -Notó el tono preocupado en la voz de la niña. Con la carta en la mano, contra la falda, se volvió hacia su hija.

-Era lord Hugh.

-Sí, ya lo sé.

-¿Por qué no ha entrado? -Pippa acariciaba a Pamplinas, que se acurrucaba entre sus brazos.

Guinevere sabía que tendría que contarles a sus hijas toda la verdad que ella fuera capaz de soportar. No tenían por qué saber lo de la acusación de Hugh, pero sí que no volverían a vivir bajo el techo de su padrastro. Y necesitarían una explicación, pero todavía no se le ocurría nada. Tenía la sensación de que se le hubiese secado el cerebro, lo tenía paralizado.

-¿Estás enferma, mamá? -Pen se aproximó nerviosa a su madre-. Tienes mala cara.

-Vamos, no molestéis a vuestra madre esta mañana. -Tilly sacó la cabeza del armario, donde estaba colgando ropa-. Está muy cansada. Han sido unos días agotadores. Bajad corriendo a desayunar. La señora Woolley lo tiene todo preparado.

Las niñas miraron a su madre y ésta sonrió y las tranquilizó:

-Estoy un poco cansada, pequeñas. No he dormido muy bien por la noche. Esta mañana descansaré un poco.

-¿Tenemos que dar clase? -preguntó Pippa.

Guinevere negó con la cabeza.

-No, hoy no. Podéis hacer lo que queráis siempre y cuando no molestéis a la señora Woolley.

-Le pediré a Greene que me lleve a cazar -anunció Pippa-. Me prometió que me dejaría ir la próxima vez que fuera él. ¿Quieres venir, Pen?

Pen seguía mirando a su madre.

-¿Estás enferma, mamá? -repitió.

-No, querida, sólo estoy cansada. Descansaré ahora por la mañana, no te preocupes. -Se agachó para besarla y le acarició la mejilla.

Pen no se mostró demasiado convencida, pero salió de la habitación.

-¿Tienes náuseas, querida? -le preguntó Tilly con absoluta naturalidad.

Guinevere negó con la cabeza.

-No, hasta ahora no he tenido ninguna. Pero estoy agotada, Tilly.

-No me extraña, con todo lo que ha pasado. Métete en la cama y te traeré un ponche. -Le abrió la cama-. Ven, querida. No os hará ningún bien ni a ti ni al niño si estás cansada.

-No.

Guinevere dejó que Tilly la ayudara a quitarse el vestido. Estar agotada mentalmente era una cosa, pero con el embarazo no podía permitirse no cuidarse.

Hugh regresó a casa bajo una llovizna persistente. ¿Qué podía hacer si ella no quería escucharle? Tenía que volver a intentarlo. Llamaría a su puerta hasta que le dejara entrar. Podría tener éxito si llegaba a abrazarla, si le expresaba sus sentimientos. Guinevere era imparcial, ¡pero tan tozuda! Si le escuchara lo comprendería.

Dejó el caballo en los establos y entró en casa por la parte trasera, como solía hacer siempre. Al cruzar la cocina se percató de las miradas inquisitivas. No les hizo

caso. En el salón, el fuego ardía y las lámparas estaban encendidas, pero el calor del hogar no le servía de consuelo. Se quedó de pie, frotándose el mentón con la mano sin pensar en nada, notando en sus dedos la aspereza de la barba incipiente.

De pronto subió corriendo la escalera y entró en su dormitorio. El vacío de la habitación lo impresionó e hizo que se le esfumara el arrebato de energía mientras se oía mentalmente, acusándola, condenándola, apartándola de su lado. ¿Cómo iba a esperar que quisiera regresar con él?

Tocó la gran campanilla con fuerza e insistentemente, con un gesto de asco por el olor que desprendían su cuerpo y la sangre seca de la manga. Se quitó la ropa y le pidio agua caliente al criado que acudió a su llamada. Sólo se le ocurría hacer una cosa: cortejar a su esposa. Sería la primera vez que cortejaría a una mujer, pues el matrimonio con Sarah lo acordaron los padres de ella y, desde luego, el de Guinevere había tenido lugar sin el dulce arte del cortejo.

Así pues, si quería recuperar a su esposa tendría que cortejarla, galantearla, convencerla de su amor.

Se afeitó torpemente con la mano sana, la izquierda, y soltó, una palabra malsonante cuando se cortó bajo la barbilla. Se lavó con jabón y agua caliente y, en otras circunstancias, se hubiera reído de sí mismo por prestarle tanta atención a su apariencia. Normalmente no era algo que lo preocupara demasiado y no solía importarle la impresión que causaba en los demás. Pero esta vez era distinto. Iría a verla con buen aspecto. Guinevere no cambiaría por ello de opinión, pero seguramente le demostraría el empeño que estaba poniendo para que le escuchara.

Se vistió con sumo cuidado y se examinó en el espejo de cobre desconchado. La imagen quedaba distorsionada, pero aun así se veía lo agotado que estaba. Tal vez comer algo lo ayudaría. Ya ni se acordaba de la última vez que había comido.

Volvió al salón, donde Milton lo estaba esperando.

-Tráeme pan, carne y cerveza, por favor -le pidió desde el último peldaño de la escalera.

-En seguida, señor.

El mayordomo le hizo una reverencia y salió a toda prisa. Hugh atizó el fuego de la chimenea y aproximó las manos a la llama. Guinevere había dicho que lo amaba, incluso al final, cuando él le estaba diciendo esas cosas horribles, ella había dicho que lo amaba.

Mientras comía no dejó de pensar en ello, de pie, partiendo trozos de la hogaza caliente, utilizando su daga para cortar la rodaja de carne, bebiendo la cerveza directamente de la jarra. Todos sus músculos le pedían que corriera hasta ella, pero se obligó a comer y a beber. Cuando Guinevere aceptara verlo, él debería mostrarse razonable y comedido en su ruego para que lo perdonara. Le había mostrado un lado agresivo de sí mismo que ni él sabía que tuviera, excepto en el tumulto de una batalla sangrienta. Tenía que hacer todo lo posible para borrar ese recuerdo. Se le ocurrió algo.

-Milton.

-¿Señor? -El mayordomo permanecía de pie a un lado mientras su señor comía.

-¿Lady Guinevere se llevó sus libros?

-Creo que no, señor. Están en la habitación de maese.

-Empaquételos en seguida. Que los carguen en un carro. Protéjalos de la lluvia.

Milton se sorprendió, pero había algo en la actitud de su señor que le indicaba que no era el momento de cuestionar su orden, así que se apresuró a cumplir el encargo.

Hugh terminó de desayunar y paseó por el salón mientras esperaba a que le dijeran que los libros ya estaban empaquetados y podía marcharse. Era un regalo, el único que podía hacerle para demostrarle que comprendía que ella tenía derecho a abandonarlo.

Esa aceptación sería para Guinevere más elocuente que nada de lo que pudiera decirle sobre lo mucho que lamentaba el horrible comportamiento que había tenido con ella. Si aceptaba su arrepentimiento, le escucharía. Tenía que creer que sería así.

Guinevere estaba profundamente dormida cuando volvió a sonar la aldaba de la puerta. Guinevere no se enteró. Tampoco se enteró de que Tilly entraba con sigilo en la habitación ni de que se quedaba un rato de pie junto a la cama, observándola.

Tilly apretó los labios y salió de la habitación con el mismo sigilo con el que había entrado. El mayordomo esperaba fuera en el rellano.

-Está dormida, señor Crowder. No voy a despertarla. Sería fatal.

Crowder asintió con la cabeza.

-Se lo diré a lord Hugh.

-Sí, pero no le diga que está dormida. Dígale que no quiere verlo -le aleccionó Tilly sin inflexiones en la voz-. Ella tiene que decidir por sí misma si quiere verlo o no. No quiero que él se piense que va a recibirlo si no lo ha dicho ella.

Crowder volvió a asentir con la cabeza y bajó por la escalera para transmitir el mensaje. Dos criados jóvenes estaban trasladando los libros del carro y los apilaban en el pequeño recibidor, donde maese Howard los iba contando y examinaba los lomos y reprendía a los chicos por transportarlos sin tener cuidado.

Crowder abrió la puerta. Lord Hugh esperaba en la calle con una mano en la empuñadura de la espada y el puño de la otra en la cadera. Todo en su postura anunciaba a gritos lo impaciente y angustiado que estaba.

-Lo siento, señor, pero la señora no puede verle -le informó Crowder, que retrocedió un paso al ver que lord Hugh avanzaba, con el semblante mucho más sombrío.

-¿No puede? ¿Y por qué no?

-Me ha dicho que le dijera, señor, que no puede verle -se mantuvo firme Crowder.

Hugh dio media vuelta sin decir nada más. Se dirigió hacia su caballo sin volverse a mirar atrás. Había estado a punto de apartar al mayordomo de su camino y entrar en la casa, pero eso no lo hubiera favorecido en absoluto. Se disponía a subir al caballo, cuando una voz aguda lo llamó.

-Lord Hugh. Lord Hugh.

Pippa se acercaba corriendo por un costado de la casa, con la capucha revoloteando a su espalda y el cabello mojado por la lluvia. Se arrojó encima de él, con su habitual desinhibición, y Hugh la levantó, la abrazó y la besó.

Pippa le dio una palmadita en el rostro con la mano como solía hacer a menudo.

-¿Ha venido para quedarse? ¿Por qué ya no estamos con usted? ¿Cómo está Robin? ¿Ya está en casa? ¿Cuándo podremos verlo? Mamá está durmiendo. Está muy cansada. Ha dicho que debía descansar toda la mañana y Tilly no nos deja que la molestemos hasta la hora de comer. ¿Se quedará usted a comer? ¡Pen! ¡Pen! -gritó-. ¡Lord Hugh ha venido a vemos!

Pen se acercó lentamente.

-Buenos días, lord Hugh. -Lo miró con recelo.

-Buenos días, Peno -Hugh dejó que Pippa se deslizara hasta el suelo y se agachó para besar a su hijastra mayor-. Creo que vuestra madre duerme.

-Sí, señor. Está muy cansada. Es que llegamos muy tarde -dijo Pen muy seria-. ¿Quiere verla?

-No, no quiero molestarla si está durmiendo. Cuando se despierte, decidle que he venido y que volveré esta tarde. Le he traído sus libros.

-¡Oh, se pondrá muy contenta! -A Pen se le iluminó la cara y una sonrisa asomó a sus ojos de color avellana-. Anoche no dijo nada, pero yo sé que estaba preocupada por habérselos dejado.

-¿Por qué iba a estarlo? -Hugh esperó con curiosidad a ver qué contestaba la niña.

Pen frunció el ceño.

-No lo sé -respondió mirándolo directamente a los ojos-. Teníamos prisa. No sé por qué teníamos tanta prisa. ¿Usted lo sabe?

-Sólo ella puede explicároslo -contestó Hugh-. Cuando se despierte, le dais cariñosos saludos de mi parte y decidle que vendré esta tarde.

Pen asintió con la cabeza.

-Se lo diré.

-Buena chica.

Volvió a besarla, hizo lo mismo con su hermana y se dirigió hacia su caballo.

-Lord Hugh parece tan cansado como mamá -observó Pippa, mientras se secaba unas gotas de lluvia de las pestañas y veía marcharse a su padrastro-. ¿Por qué están tan cansados, Pen?

Pen no contestó. Miró con el ceño fruncido el charco que se estaba formando a sus pies.

-¿Por qué, Pen? -Pippa tiró del abrigo de su hermana.

Pen alzó la cabeza y le dedicó a su hermana una mirada llena de pena.

-Eres muy pequeña, Pippa.

-No es cierto. Sólo te he hecho una pregunta.

-Están cansados porque ha ocurrido algo malo.

Pippa se puso tristte.

-¿Malo? ¿Por qué es malo?

-No lo sé. Pero sea lo que sea les hace infelices a los dos y no sé qué podemos hacer. Ojalá Robin estuviera aquí -añadió con rabia, pero lo decía más para sí misma que para Pippa. De pronto dijo-: Me voy adentro. Aquí está muy mojado. -Dio media vuelta y echó a correr hacia la casa.

Pippa dudó un momento y luego se levantó la falda, que la tenía empapada y corrió detrás de su hermana.

-¡Espérame, Pen!

Hugh apenas notaba la lluvia mientras cabalgaba de vuelta a Holborn. Guinevere estaba dormida, tenía que creer que estaba dormida y que sus sirvientes le habían mentido. No era lógico que Pippa y Pen se lo hubieran inventado; a no ser que, por supuesto, Guinevere les hubiese dicho que estaría durmiendo para poder estar a solas.

Pero Hugh no creía que fuera así. Quería ser optimista.

Guinevere se despertó justo antes del mediodía. Permaneció amodorrada contemplando el bordado del dosel. Volvían a estar cerrados los postigos y el cuarto quedaba en penumbra, con sólo la vacilante luz procedente de la chimenea. La lluvia golpeaba en el tejado y en las contraventanas.

Pensó en el bebé que llevaba en el vientre. El hijo de Hugh. Se puso la mano en la tripa. Se había despertado pensando en el niño como si, durante su sueño, su mente se hubiera concentrado en la vida que crecía en su interior.

El hijo de Hugh. Era tanto de Hugh como de ella. Un niño que tenía derecho a su padre. Un padre que tenía derecho a su hijo. Un padre que lo cuidaría y lo educaría, que lo amaría con el mismo amor incondicional con el que amaba a Robin. Y a sus hijastras.

Se abrió la puerta lentamente y las niñas entraron con cuidado y se acercaron a la cama de puntillas. Guinevere giró la cabeza sobre las almohadas y les sonrió en la penumbra.

-¿Estás despierta, mamá? -Pen se aproximó más.

-Más o menos. Enciende las velas, cariño.

-¡Yo lo haré! -Pippa agarró el yesquero antes de que lo hiciera su hermana-. Yo encenderé las velas.

Pen suspiró, se aupó a la cama y se puso junto a su madre.

-Lord Hugh ha traído tus libros.

-¡Eso se lo quería decir yo! -protestó Pippa-. Iba decirle que lord Hugh ha estado aquí.

-No importa quién me lo diga -terció su madre en tono paciente.

-¡Oh! -Pippa se subió a la cama y se sentó en el otro lado-. Dijo que volvería esta tarde. Nos ha dicho que te demos cariñosos saludos. Pen y yo queremos saber qué ha ocurrido.

Guinevere se incorporó y se recostó en las almohadas. Hugh le había llevado sus libros y ella entendía lo que eso significaba, que se disponía a renunciar a ella porque Hugh aceptaba no tener derecho a esperar que ella regresara.

-Queremos saberlo, mamá. -Pippa tiró de la ancha manga del camisón de su madre-. ¿Va a ocurrir algo malo otra vez? No vas a ir a la cárcel, ¿verdad?

-No -contestó Guinevere con firmeza-. Por supuesto que no.

Estaba embarazada de él. El hijo y el padre tenían derecho el uno al otro. Hugh era consciente de su comportamiento, comprendía la gravedad de los hechos. ¿Bastaba eso para perdonarlo? ¿Era suficiente para que ella bajara la guardia? ¿Para que aceptara de nuevo su amor? ¿Para volver a depender de ese amor? Ése era el punto crucial.

-¿Es por la enfermedad de Robin? -preguntó Pen.

-Tiene algo que ver con eso, querida. Pero no quiero hablar de ello hasta que lord Hugh y yo hayamos pensado en todo lo ocurrido..., hasta que no hayamos hablado.

-Vendrá más tarde -le recordó Peno

-Sí. Y hablaremos. Ahora dejad que me levante. Debe de ser hora de comer.

-Hay estofado de liebre. Greene la ha cazado esta mañana. También hay pudin de pescado. Nos lo ha dicho la señorita Woolley -le informó Pippa mientras se dejaba caer de la cama-. Y tarta de manzana. -Parecía pensar que el problema entre lord Hugh y su madre ya estaba resuelto.

-¿Qué vestido te pondrás, mamá? -se interesó Pen, curioseando en el armario.

-Da igual, Pen. El gris.

-No creo que debas ponerte ése -dijo Pen-. Creo que deberías ponerte este otro. -Sacó un vestido de seda de color turquesa y con estampado de flores, que se abría sobre unas enaguas de tafetán negro y tenía un ancho cuello de encaje, caído de hombros, y las mangas profusamente ribeteadas y también de encaje.

-¿Por qué? -preguntó Guinevere. Era un vestido que Guinevere solía llevar en las ocasiones más solemnes.

Pen no contestó y fue su hermana quien respondió con precisión:

-Porque lord Hugh estaba muy elegante cuando vino esta mañana. Llevaba el jubón de color esmeralda y las calzas y el traje de rayas doradas. Tú tienes que estar tan elegante como él cuando os veáis.

-Comprendo -asintió Guinevere-. De todas formas me pondré el gris. Creo que es suficientemente elegante para una casa de huéspedes de Moorfields.

Pen se mostró decepcionada, pero no discutió.

Hugh esperó al atardecer antes de regresar. Pasó la tarde en las imprentas de Cheapside y acabó encontrando lo que buscaba. Un volumen bellamente ilustrado de las epístolas de Cicerón encuadernado con la piel más suave de Italia, con un papel fino como la seda y las letras miniadas en oro. Los cantos de las tapas eran de nácar. Sin duda se trataba de una verdadera preciosidad, aparte de su contenido, y Hugh sabía que a Guinevere le gustaría tanto por lo uno como por lo otro.

Le envolvieron el libro en cuero aceitado y Hugh lo protegió dentro del gabán cuando salió a la oscuridad del crepúsculo para dirigirse de nuevo a Moorfields. Ya no llovía, pero seguía haciendo frío y había humedad. Se veía luz detrás de los postigos de la casa de huéspedes, salía humo de las chimeneas y Hugh tuvo la impresión de que por fin sería bienvenido, de que el edificio mismo sabía que, esta vez, no le cerrarían la puerta.

Dejó atado el caballo y llamó a la puerta con firmeza. Crowder tardó poco en abrir y le hizo una reverencia.

-Señor. -Se puso a un lado mientras aguantaba la puerta abierta.

Hugh entró en el iluminado vestíbulo. Al fondo había una escalera. A la derecha se abrió una rendija en una puerta y Hugh vislumbró el rostro curioso de Pippa. De pronto alguien tiró de ella y la puerta se cerró.

A pesar de los nervios, Hugh no pudo evitar sonreír. Crowder se hizo cargo del gabán húmedo y dijo:

-Encontrará el dormitorio de la señora detrás de una puerta doble al final de la escalera, señor.

Hugh se lo agradeció con un movimiento de cabeza y se dirigió con paso largo a la escalera, con la sangre corriéndole a toda velocidad por las venas y el corazón latiendo muy deprisa. Únicamente en una ocasión anterior, cuando temía por la vida de Robin, había estado tan tenso y tan insoportablemente nervioso. Y, lo mismo que entonces, esta vez tampoco había palabras para describir lo que estaba en juego.

Se detuvo unos segundos al otro lado de la puerta doble. Por debajo asomaba luz, una tranquilizadora luz dorada.

No llamó a la puerta, pues Guinevere ya sabía que estaba allí; levantó suavemente el pestillo y empujó las dos hojas.

Estaba sentada delante de la chimenea, con los pies apoyados en el guardafuegos, y se levantó cuando Hugh entró y cerró las puertas a su espalda. Guinevere se frotó una mano contra otra y luego los dedos en la falda.

-Guinevere.

Hugh avanzó un poco dentro de la habitación, que estaba imbuida de su presencia, con su fragancia y su aliento impregnando de calidez y dulzura el aire. La amaba más de lo que jamás la había amado. No, la amaba con toda la fuerza envolvente que, hasta que no había estado a punto de perderla, no había querido reconocerse a sí mismo.

Y ahora, para combatir el dolor que le había causado, tenía que encontrar las palabras que la convencieran de ese amor.

Guinevere no se movió ni habló. Era Hugh el que debía empezar. Sin embargo, el corazón le daba brincos como siempre que él se encontraba cerca. Hugh le había hecho daño, pero ella lo amaba.

-Guinevere -repitió él en voz baja y observó primero el reflejo del fuego en su mejilla y se perdió luego en la intensidad púrpura de sus ojos, donde vio la confusión de sentimientos que la embargaba.

Dejó su regalo, todavía envuelto, en una mesita junto a la puerta. No quería arriesgarse a que Guinevere pensara que él creía que podía comprar su perdón. Se lo daría más tarde. Más tarde, cuando...

Atravesó la habitación a paso rápido y la tomó de las manos. Estaban frías.

-No sé cómo pedirte perdón. -Se llevó las manos a los labios y su aliento calentó los dedos de Guinevere-. Perdón por haber pensado algo tan horrible de ti. -Ante el silencio de ella, añadió, arrepentido-: No espero que me perdones. ¿Cómo podría esperarlo?

Guinevere lo miró y leyó en sus ojos la agonía del remordimiento, la desesperada necesidad de una respuesta.

-Consideraba a Robin un hijo mío -dijo ella finalmente, incapaz de reprimir el tono acusador y herido.

-Lo sé. -Le soltó las manos-. Siempre lo he sabido. No hay excusa para lo que hice, para lo que dije. -Inspiró profundamente, sintiendo un escalofrío, y le acarició los cabellos-. Me parece increíble que haya estado tan ciego. Conozco al consejero real. Sé cómo actúa. Y era un plan muy simple el suyo, tan simple que yo tendría que haberlo comprendido en seguida. Y, sin embargo...

-Y, sin embargo, sospechaste de mí. No, no fue una sospecha, sino una convicción que, además, hizo posibles las maquinaciones del consejero. -Guinevere dijo todo eso en voz baja y mientras volvía a sentarse en la silla baja delante de la chimenea.

Hugh apartó la vista un momento y luego volvió a mirarla.

-¿Mataste a Stephen Mallory? -le preguntó.

Guinevere, que tenía las manos en el regazo, volvió las palmas hacia arriba.

-Creo que no -contestó-. Quería verlo muerto, eso no lo niego. Me maltrataba y a la larga habría hecho lo mismo con mis hijas. Se acercó a mí. La ventana estaba abierta. Yo moví el pie. Él tropezó y se cayó. -Miró a Hugh-. ¿Quería provocar su muerte? -Se encogió de hombros-. No lo sé. Jamás lo sabré. -Volvió a levantarse de la silla-. ¿Maté a Stephen Mallory? No puedo contestarte con seguridad, Hugh.

-Pero ¿por qué no me lo dijiste antes?

Ella sonrió con tristeza al responder:

-Porque no confiaba en que comprendieras la ambigüedad. Tú eres un hombre cabal, como me dijiste lleno de orgullo. No tienes tiempo para las verdades a medias, para andarte con rodeos.- Se miró las manos-. Me creías culpable. Decirte la verdad no habría hecho sino confirmar tu convicción.

-¿Y he de cargar con la culpa yo solo? -se quejó Hugh-. Cuando hacíamos el amor había confianza; ¿no podías haberme dicho entonces la verdad?

-Tal vez -admitió Guinevere-. Pero siempre había demasiado en juego. Mi vida..., el futuro de mis hijas... Siempre estaba eso en juego. Y tú me salvaste a mí y las salvastes a ellas. Cometiste perjurio. Pero mira el resultado que has obtenido. ¿Cómo puedo confiar en ti?

-Porque te amo. -Volvió a tomarla de las manos; estaban calientes esta vez-. He cometido graves errores. Te pido que me perdones. -La miró a los ojos, pero no hizo ningún intento de acercarse mientras esperaba la respuesta.

-No es un buen momento para confiar -adujo Guinevere-. Este lugar..., esta ciudad... -Soltó una mano e hizo un amplio gesto en el aire, que abarcaba toda su repulsa-. Esto es un nido letal de engaños

-¿Me perdonas? -insistió él.

-Te amo -contestó ella simplemente.

-¿Me perdonas? -repitió.

Guinevere inclinó la cabeza, en un pequeño gesto de impotencia.

-¿Cómo podría no perdonarte? Yo también desconfié de ti.

Se echó en sus brazos y escondió el rostro en su cuello, exultante al sentir su abrazo. Sólo importaba el amor, y su bálsamo se sobreponía al dolor, a la desesperación. Se perdonarían, sí, y muy pronto olvidarían.

Hugh la estrechó con fuerza, inhalando su fragancia y sin atreverse todavía a creer que la hubiera recuperado. Momentos después, Guinevere le agarró una mano, se la puso sobre el vientre y murmuró:

-Le presento a su hijo, señor.

Hugh la miró asombrado e incrédulo.

-¿Estás embarazada?

-Casi con toda seguridad.

Sin retirar la mano, le reprochó:

-¿Y no me lo hubieras dicho? ¿Me hubieras dejado sin que lo supiera?

-No -contestó ella con naturalidad-. No era capaz.

-¿Por eso has vuelto conmigo? -La miró angustiado por la incertidumbre.

-Si yo no te amara, si no supiera qué es para mí que tú me ames, no habría vuelto contigo ni siquiera por un hijo -afirmó Guinevere.

Hugh la abrazó con más fuerza y le buscó los labios.

-Te quiero. Te quiero tanto que me asusta.

-Entonces, enfrentémonos a este horrible mundo juntos -sentenció Guinevere, sonriendo con sus labios pegados a los de él-. Y ahora ámame, Hugh, ámame como nunca lo has hecho antes.

Epílogo

28 de Julio de 1540

El verdugo le mostró la cabeza a la vociferante multitud. Hugh, al fondo entre la muchedumbre, hizo dar media vuelta a su caballo para alejarse del patíbulo.

Jack Stedman y sus cuatro hombres lo siguieron con la espada desenvainada. Si se daban prisa se abrirían paso antes de que se volvieran todos locos de alegría.

El consejero real estaba muerto. Hugh y sus acompañantes se abrían camino en silencio por entre el gentío, que se apelotonaba empujando hacia la plataforma del patíbulo. Los caballos avanzaban con la cabeza erguida, y el pesado petral que cubría el imponente pecho de los corceles obligaba a dejarles paso. El heraldo hacía sonar una nota continua para que les dejaran pasar. Se oían insultos, pero la mayor parte del tumulto se apartaba para que pasara aquel grupo armado y ataviado con una magnífica librea, al que encabezaba un hombre de penetrantes ojos azules y porte distinguido.

-Señor, ¿a casa o a Whitehall?

Hugh volvió la cabeza hacia Jack al oír su pregunta. Siendo el día en que el rey se casaba con Katharine Howard, cualquier cortesano prudente se dejaría ver en palacio. Pero Hugh de Beaucaire no tenía intención ese día de jugar el papel de cortesano prudente. Le llevaba noticias a su esposa, noticias que iban a originar alguna que otra discusión.

Hugh metió la mano por dentro del jubón y palpó el pergamino con el sello del rey. Crujió bajo sus dedos.

-A casa, Jack.

-Sí, señor.

La pequeña tropa cabalgó hacia el este en dirección a Holborn. Se cruzaron con mucha gente en dirección contraria: vendedores ambulantes, acróbatas, músicos y hombres que llevaban osos bailarines. Era un día de júbilo. Y no únicamente por la quinta boda del rey; también porque el odiado Thomas Cromwell, el consejero real, había terminado en el patíbulo.

El gentío fue disminuyendo a medida que Hugh y sus hombres se acercaban a la casa. Al final de la calle en la que el hombre del consejero real atacó a Hugh el día de su boda, el heraldo tocó la trompeta y el portero acudió presto. Se abrieron las puertas y todos entraron en el tranquilo parque.

Al final del sendero, la casa resplandecía bajo el sol. Ahora en las ventanas había cristales, que refulgían con la luz de media tarde. El césped estaba cuidado, los arbustos habían sido recortados y las flores aparecían abiertas.

Hugh desmontó y le entregó las riendas a Jack, que se fue con los hombres al establo. Hugh se quedó un momento en la grava delante de la casa y agachó la cabeza, escuchando. Esbozó una sonrisa al oír lo que esperaba oír: la voz aguda de Pippa. Como de costumbre, instruía a su hermana menor acerca de cómo funcionaba el mundo.

Hugh caminó a buen paso hacia la voz. Donde había niños estaba Guinevere.

Se metió entre los arbustos por el sendero estrecho, pulcramente limpio y flanqueado de setos. Era un lugar tranquilo, impregnado de la fragancia de las rosas de la pérgola que había en el centro. Y hubiera sido silencioso de no ser por Pippa y su hermana.

-¡Papá!

Anna se puso en pie con dificultad sobre sus piernas gordezuelas y corrió por la hierba hacia su padre. Hugh se agachó para levantarla. Tenía dos años, era redonda como un botón y sus ojos presentaban una curiosa tonalidad, mezcla de azul y púrpura. Absolutamente asombrosos, pensó Hugh mientras la sostenía en alto y le daba un beso en la fragante mejilla.

-¿Ha muerto Crummock, lord Hugh? -Pippa, que había crecido mucho, pero seguía siendo el mismo duendecillo de ojos de color avellana, con la convicción esencial de que el mundo no podía arreglárselas sin ella, se sacudió de la falda unas briznas de hierba y lo miró muy seria.

-Sí, Pippa -contestó Hugh-. ¿Dónde está tu madre?

-Aquí. -Guinevere habló desde detrás del enrejado de rosas-. Me estaba cobijando del sol. Hace calor en esta maldita ciudad. -Salió sonriente de la sombra.

Hugh le pasó la niña pequeña a Pippa.

-Toma a Anna, Pippa, y dile a Pen que venga. Tu madre y yo tenemos que hablar con ella.

-¿Y conmigo no? -protestó Pippa.

-Esta vez no.

Pippa dudó un momento, pero conocía a su padrastro y había algo en su tono de voz que acalló sus protestas. Miró a su madre, que, de pronto, estaba tan seria como lord Hugh.

-Iré a buscarla. -Acomodó mejor a su hermanita, que enlazó con sus piernas gordezuelas las enjutas caderas de Pippa, y se marchó de la pérgola.

-¿Qué ocurre? -preguntó Guinevere.

Hugh sacó del jubón el pergamino.

-Dos cosas. Una es más importante que la otra. Sentémonos a la sombra.

Entró detrás de ella bajo el enrejado, se sentó a su lado en el banco de piedra, desdobló el pergamino y lo alisó sobre el muslo.

Guinevere esperó y, como él no decía nada, rompió el silencio:

-Así pues, el largo brazo del consejero real ha desaparecido. Vivir bajo su sombra durante estos tres años no ha sido fácil. Apenas ha habido un solo día en el que no haya esperado alguna treta suya.

-A Cromwell le cortó las garras el favor del rey -señaló Hugh-. Si hubiéramos perdido su favor, entonces sí que habrías tenido motivos para estar asustada.

Guinevere se rió y apuntó:

-Pero mantenerlo ha sido una tarea laboriosa. Me parece que las niñas han tenido mucho que ver en ello.

-Sí. Enrique está encantado con ellas. Siempre son muy naturales con él. Ni lo adulan ni las intimida. -Tomó de nuevo el pergamino y añadió en voz baja-: Lo cual me lleva a esto.

-Tiene el sello del rey -comentó muy bajito Guinevere, preparándose para cualquier cosa.

-Sí. El rey considera oportuno concederme el condado de Kendal.

Guinevere sonrió.

-Esto no es para ponerse tan serio. Más bien parece ser un motivo de alegría.

Hugh inclinó la cabeza.

-Tal vez. Pero, como ya sabemos, cuando Enrique concede algo puede arrebatártelo en cualquier momento. Por supuesto, he aceptado muy agradecido, aunque ya veremos qué ocurre. Pero la noticia importante está relacionada con Pen.

-¿Sí?

-Enrique quiere que entre al servicio de lady Mary. Es un gran honor, ahora que Mary se ha doblegado y vuelve a contar con el favor del rey. -Dudó un momento y, como Guinevere no decía nada, añadió-: Pen tiene la edad adecuada para dar este paso.

Guinevere permaneció callada. Era cierto que Pen, con trece años, estaba en la edad en que los hijos de los nobles solían instalarse en otras casas, donde tenían la oportunidad de establecer alianzas ventajosas. Robin llevaba tres años con Henry Grey, marqués de Dorset, cuya esposa era sobrina del rey. Suponía una buena oportunidad para el hijo del nuevo conde de Kendal. Y también para la hijastra del nuevo conde supondría un honor similar entrar en el servicio de la hija del rey, quien se interesaría particularmente por Pen y consideraría su deber encontrarle un buen esposo.

Pero no era eso lo que Guinevere quería para su hija. Pen no estaba preparada para encontrar su propio camino entre las tortuosas intrigas, las conspiraciones, las mentiras, las tentaciones y los peligros de la vida en la corte. ¿Cómo evitaría las trampas? ¿Cómo sabría quién era verdadero y quién era falso?

-¿Podemos negarnos?

Hugh hizo una mueca.

-Sí, pero corremos el riesgo de ofender al rey.

-Y, claro, ningún riesgo vale la pena -murmuró Guinevere, más para sí que para Hugh.

-No -coincidió él-. Pero no olvides que, mientras estemos en Londres, Pen siempre se encontrará cerca de nosotros. Podrá venir a visitarnos siempre que lo desee. Y verá a Robin a menudo en la corte. Él tiene ya cierta experiencia en este tipo de vida. Podrá ayudarla a encontrar su camino.

-Si ella no quiere ir yo no la voy a obligar -le advirtió Guinevere, poniéndose de pie-. Al demonio con el favor del rey. Regresaremos a Mallory Hall.

-Si así lo deseas, regresaremos. Pero al menos pregúntale a Pen. Y sin prejuicios -añadió con media sonrisa-. Deja que decida por sí sola.

-¡Siempre lo hago!

-Crees que lo haces. Pero Pen te lee los pensamientos y siempre intenta complacerte.

Guinevere pensó en ello y tuvo que admitir que era cierto. Y sabía que no podía retener a Pen únicamente porque ella no soportara la idea de perderla.

-Entonces se lo dirás tú -decidió-. Cuando hayas hablado con ella dile que venga a verme a la sala de trabajo.

Se marchó y lo dejó en la pérgola esperando a solas a su hijastra. Media hora más tarde, sentada en la sala de trabajo con la puerta entreabierta y un libro abierto delante de ella, Guinevere oyó las pisadas suaves de su hija en el pasillo.

-Entra, Pen.

Pen entró, deprisa, con elegancia, y se quedó en la puerta con su vestido de damasco de color rosa balancéandose, igual que una mariposa sobre una rosa, pensó su madre, y entoces advirtió la emoción contenida del rostro de Pen y el disgusto hizo que se le aceleraran los latidos del corazón. Pero sonrió y le indicó que entrara.

-¿Te lo ha contado lord Hugh? -le preguntó su hija según se acercaba a la mesa donde estaba su madre.

Guinevere asintió con la cabeza y le preguntó a su vez:

-¿Y qué piensas tú de la oferta del rey?

Pen la miró como si quisiera leerle el pensamiento y su madre permaneció sonriente, sin ofrecerle ni una sola pista de lo que pensaba en realidad.

-Creo que sería muy emocionante -respondió, chispeándole los ojos muy brillantes. Entrelazó con fuerza las manos-. Creo que es el momento de hacerlo, mamá, ¿no te parece a ti?

Guinevere, apenada, reconoció que su hija había tomado una decisión sin recurrir a la opinión de su madre. Era hora de aceptar que Pen casi se había hecho mayor ya.

-Si tú crees que ha llegado el momento, querida, entonces debes hacerlo. -Se levantó de la silla, rodeó la mesa, le pasó a Pen un brazo por la espalda y la estrechó contra sí-. Te echaré de menos, pero no estarás muy lejos.

-No, y lord Hugh dice que podré venir a veros cuando quiera. Y Robin está en casa del marqués de Dorset y son muy amigos de lady Mary, así que mi hermano podrá ayudarme y ser mi amigo.

Guinevere le dio un beso encima de la cabeza. Robin cuidaría de su hermanastra. El enamoramiento infantil había muerto de muerte natural, pero lo reemplazó una buena y duradera amistad. A Pen nunca le faltarían ni consuelo ni apoyo mientras Robin se encontrara cerca de ella.

-Deberías decírselo tú misma a Pippa. Le costará aceptarlo. Algo se apagó en los ojos de Pen.

-La echaré mucho de menos. Incluso echaré de menos su charlatanería -afirmó.

-Piensa en todas las preguntas que te hará cuando vengas a vernos.

Las dos se volvieron hacia la puerta al oír la voz de Hugh. Estaba erguido, mirándolas con una sonrisa benevolente en la que, sin embargo, asomó una sombra de inquietud cuando se quedó mirando a Guinevere.

La sonrisa con la que correspondió Pen fue un poco ambigua al decir:

-Me acribillará a preguntas, pero me encantará que lo haga.

-Estoy seguro. Ahora será mejor que vayas a buscarla antes de que se impaciente. -Hugh se aproximó a Pen y la besó en la frente.

Pen asintió con la cabeza y alzó el rostro para que su madre la besara.

-¿Seguro que no te importa, mamá?

-Por supuesto que me importa -reconoció Guinevere-. Ahora bien, eso no significa que yo no quiera que hagas lo que es bueno para ti. Si pudiera elegir, preferiría que siempre fueras niña, sólo que las cosas no funcionan así. -Le hizo una caricia en la mejilla-. Pero aquí nos tendrás a Hugh y a mí. No estarás sola. Recuérdalo.

-Lo sé.

Pen se puso de puntillas y abrazó a su madre. Estuvieron varios segundos sin separse, hasta que Guinevere la apartó suavemente, aunque dejó las manos sobre los estrechos hombros de su hija. Pen puso las manos encima de las de su madre y dijo:

-Voy a buscar a Pippa para hablar con ella. -Salió y cerró la puerta.

-Un nuevo principio -comentó Guinevere y se volvió hacia Hugh. Él extendió los brazos y ella se cobijó en él, con la cabeza debajo de su barbilla. Hugh la mantuvo abrazada hasta que estuvo seguro de que Guinevere había recuperado sus fuerzas.

-Un nuevo principio para el conde y la condesa de Kendal -puntualizó Hugh, sonriéndole, y la solemnidad de los últimos minutos desapareció-. Tal vez debería darte la casa y las tierras de Kendal como tardío acuerdo matrimonial... Los acuerdos originales eran un tanto desiguales.

A Guinevere le brillaron los ojos.

-¿Te refieres a que, ahora que Cromwell ha muerto, no hay necesidad de fingir que me robaste los bienes?

-Preferiría compartirlos -murmuró Hugh, levantándole la barbilla con el dedo índice.

-Bueno, como en realidad parece que las cosas son ya así, me conformo con dejarlo todo como está. Para mí es agua pasada.

-Pero hay algo que no es agua pasada -insinuó Hugh con los ojos entrecerrados, y, acto seguido, se lamió un dedo y lo pasó por los labios de Guinevere.

Ella comprendió inmediatamente a qué se refería.

-¡Ah! -exclamó-. Es que algunas aguas no acaban de pasar nunca. -y se metió el dedo entero en la boca.

Hugh alargó un brazo por encima del hombro de Guinevere y echó el pestillo a la puerta.